



ELENA ALDUNATE

MOLINO

Y LA

SANGRE

Lectulandia

Es la historia de una familia de la alta burguesía chilena, en especial de sus mujeres, narrada por la casa que mandó construir don Félix Ballesteros cerca de un molino, a finales del siglo pasado, para ocuparla tras su matrimonio con la bella Laura, que pronto se convertiría en Laura la Loca, bisabuela de Sibila, la hija de la señorita Estela Ballesteros y de un hombre misterioso de cabellos rojos que sólo una sirvienta llegó a ver. Lo mágico y lo cotidiano se mezclan, con el malévol fantasma de Laura siempre presente, siempre dispuesto a insuflar en sus descendientes su odio hacia los hombres.

Escrita en una prosa que puede calificarse de poética, ahonda en la psicología femenina, creando el personaje antológico de Sibila; moderna, contradictoria, a la vez rebelde y convencional.

Lectulandia

Elena Aldunate

El molino y la sangre

ePub r1.0

Titivillus 28.09.15

Título original: *El molino y la sangre*
Elena Aldunate, 1991
Diseño de cubierta: José Antonio Llorens Perales

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

INTRODUCCIÓN

En el lugar elegido, la brisa se entrega lenta al verano, mientras allá afuera, frente al portón de roble, todavía húmedo, que cierra la alta muralla de adobe coronada por pequeñas tejas, detiene su cupé don Félix Ballesteros de los Ríos, mi dueño.

He aprendido a reconocer sus pasos, que calzan botines de cabritilla negra; su voz baja y precisa entre el oscuro bigote poblado; el autoritario gesto al dirigirse, durante los meses de mi gestación, a maestros constructores y albañiles, carpinteros y tejadores, que hoy, respetuosos, concluidas las faenas, me entregan a él.

Ante su inquisidora mirada, orgullosa yergo mis muros olorosos de adobe y cal, afirmo en ellos gruesas vigas talladas por manos morenas, empotro mis rejas de hierro forjado en las que, en finísima filigrana, nostalgias españolas dan al escudo de los Ballesteros su sello de abolengo.

Me rodean jardines de tilos, lilas, reinas luisas, rosas, floripondios, rododendros; todos ellos crecidos a la sombra del señor del lugar, un peumo centenario.

Divertida, siento el leve crujido de chincoles y diucas que corretean curiosos sobre mis tejas «musleras» anchas y firmes, y allá, cosquilleándome entre juntas y rincones, una legión de grillos, cucarachas y hormigas, que instalan laberintos. Aprendo a diferenciar el soplo del viento del calor solar, la oscuridad de la noche de los fríos rayos de la luna sobre mis tejas nuevas.

Tras el pórtico de mi fachada, ostento una doble puerta de madera de nogal, con un tirador de bronce en forma de cabeza de león. Hay ventanas a cada lado; diez ojos de enrejadas pestañas que miran al corredor externo que me circunda.

Al paso de mi dueño, con qué ímpetu abro las celosías recién pintadas para que el sol seque la cal de mis paredes y el aceite de molduras y comisas. Vanidosamente, lo hago reflejarse en el encerado parquet traído de París, acompañándolo por salones, corredores, alcobas y dependencias, cocinas y reposteros. Mi dueño hace temblar con sus impetuosas zancadas mis cristales, claraboyas y ventanas. Maravilloso vitreaux de la mampara de entrada, Ondina, saliendo del agua de una fuente, luce su lánguida desnudez. Ondina viajó por mar en una oscura bodega de barco inglés. Engastada de cristales multicolores y metal fundido, nació de hábiles manos italianas. Emergiendo del agua de su fuente, sabia en lotos y transparencias, eternamente desnuda, se cubre con su mojada cabellera. Es lo femenino, lo frágil, lo romántico. La bella Europa detenida en el umbral.

Hacia el interior, tras esta mampara, me reparto en una galería acolumnada en forma de U, que da al primer patio, ondeado de huevillo, en cuyo centro, a la sombra de naranjos y limoneros, una fuente con su niño de mármol sostiene para siempre un pececillo de bronce que lanza al aire tibio un surtidor de diminutos diamantes, enjoyando los rojos cardenales plantados en sus maceteros quietos. El agua de esa fuente comienza a impulsar mi corazón recién nacido.

A este patio oloroso a azahares dan dormitorios, salones, y el comedor, que,

austero, viste artesonado inglés. Al fondo, el cuarto de baño, con sus peinadores y jarros de porcelana, novísima instalación para la época; luego, la cocina, con su armazón de hierro alimentada por leña, grande y generosa. Más allá, dependencias y piezas de empleadas.

En el tercer patio, de tierra, tras un arco de ladrillo oscuro, se encuentra la noria, junto a la casita del jardinero y su familia. En la huerta, los dominios del Molino: gallineros, acequias para el riego, hortalizas, antiguos muros misteriosos de ruinas. Y entre todo aquello, un magnolio recién plantado entrega sus flores primerizas, blancas como palomas.

Estoy vestida con amor por los futuros esposos. Terciopelo, brocado y visillos de malla me abrigan; famosos óleos cuelgan de mis muros; candelabros y lámparas de gas me alumbran, repartiendo destellos de opalina, porcelana, cobre, bronce, plata y estaño. Biselados espejos y curiosas cornucopias lucen su embrujo contra el papel azul, rosa viejo y oro; colores que dan nombre a mis dos salones. En el azul, el más amplio, cuelga en un hermoso marco de madera policromada el retrato del padre de mi dueño, en uniforme de capitán de navío. Entre el escritorio y el salón dorado, donde el piano reina, exóticos helechos de invernadero se abren en murmullos bajo una cúpula de vidrio. Cabalísticas alfombras silencian el suelo, y ciertos espejos de cuerpo entero multiplican mis esquinas a la luz de las velas.

Un domingo caluroso, familiares y amigos vienen a admirarme en elegantes carruajes para celebrar al fin, con un baile, el casamiento de mi dueño. Es mi presentación en sociedad.

Trescientas candelas y mecheros de gas iluminan mi salón azul, y diez apliques de bronce y fuego brillan en mi salón dorado.

Criados de guantes blancos y librea sirven el champagne en altas copas de baccarat en el salón azul, mi preferido.

A las doce en punto, allá fuera, en la noche, un viento tibio arremolina el polvo en el círculo triple de los Señores del Tiempo, mientras el Molino cruje saludándome.

¡Qué alocada vibro cuando al son de la mejor orquesta de la ciudad cientos de pies, enfundados en raso y cabritilla, inician el vals nupcial precedidos por mi dueño y su esposa, frágil y transparente como su mantilla de encaje! La Belle Époque para los recién casados.

Década a década, mientras las generaciones se suceden y el Pasado se deposita en mí, el cambiante Presente humano que viene del afuera me va poblando de ciudad. El portón y sus altos muros me aíslan de ruidos y asechanzas.

Aprendo a ser hogar, refugio y tradición en la vida de mis dueños, a respetar la voz hidráulica de mi Maestro y Consorte, el Molino, y al cotidiano vibrar de su presencia, entre revoluciones, cambios de gobierno, terremotos, innovaciones y progreso, transcurro por el curso inevitable de los Señores del Tiempo: Pasado, Presente y Futuro.

PRIMERA PARTE

SIBILA

La elegida de los dioses

«La verdadera mujer, la que nos llega del fondo de los siglos, la hembra que nos fue dada, pertenece por completo a un universo ajeno al hombre. Resplandece en el otro extremo de la creación. Conoce los secretos de las aguas, de las piedras, de las plantas y de los animales. Mira fijamente al Sol y ve claramente en la oscuridad. Posee las llaves de la salud, el descanso, la armonía de la materia. Es la hechicera blanca entrevista por Michelet, el hada de grandes senos húmedos, de ojos transparentes, que espera al hombre para reanudar el paraíso terrenal.»

LOUIS PAUWELS

1

Bautizada en la sangre materna, la criatura irrumpe, cayendo boca abajo, en el aire inhóspito.

Es el nuevo día, el de la vida nueva. Noche del terrible don Félix; mediodía de su hijo Benjamín, padre de las hermanas Ballesteros, mis dueñas de hoy; atardecer de Estela, madre de la recién nacida. Todos en mi Presente. Cada uno en su tiempo humano.

Comienza el verano de 1926.

Entre mis viejos muros, bajo mi añoso techo, en los cimientos antiguos, pacientes como esos corazones que me construyeron, busco el cuarto, el rincón donde comenzará el vibrar tenue, inusitado y poderoso. La señal esperada, la Presencia.

Mis gruesas puertas de madera recuerdan infantiles manos colgadas de sus chapas de bronce, y los gastados ladrillos de mis corredores sienten que soportarán nuevamente la tibieza de pequeños pasos saltando en la oscuridad.

Siete meses espero, detenida y presente, pues sólo yo sé, instruida por el Pasado, en qué momento el germen frágil y extranjero brotará dentro de la entraña oscura, enamorada, de la niña Estela. Grávida de ternura, aguardo que el nuevo milagro del amor, de la especie y de la sangre, ocupe en el Ahora su lugar intransferible. Aquel ser diminuto, metamorfosis de ameba en larva, de larva en pez, de pez en lagarto, de lagarto en mamífero, de mamífero en imagen de Dios, será nutrido blandamente por la hembra. Oleosamente mecido, sellada la boca, los ojos vislumbrando Luz, los oídos percibiendo los murmullos del afuera, placenteramente inducido por el Futuro, aquel ser crece hacia su destino.

En estos meses confirmo cómo poco a poco el paso de la niña Estela va oprimiendo con más fuerza las tablas del suelo, las alfombras, los gastados adoquines. Cómo su andar se hace más lento, su voz más suave.

La congoja, la tensa sorpresa que en un principio produjo la inusitada revelación, se va calmando, y un mudo respeto, una tierna preocupación por el que viene sin nombre, aflora en las hermanas Tránsito y Luzmila.

Diez horas de angustia han pasado. La tarde refresca el aire tibio mientras fuera del cuarto se reza. El doctor Flores, médico de cabecera de las Ballesteros, afirma su confianza a pesar del parto prematuro, y junto a la cama conforta a la parturienta.

Cerrados los ojos de párpados violeta, hundidas las mejillas de cera, la boca abierta, seca, crispadas las manos con el último desgarramiento, Estela cumple el mandato de la especie.

Ha nacido una niña.

Desde el corazón del viento, la risa de Laura la Loca triza en mil astillas la noche, estrellando puertas y ventanas.

¡Muere, ramera, muere!

Abriendo los ojos mentales en el umbral que cancela el tiempo, Estela descubre el

carro de fuego de Él, esperándola.

Los minutos de urgencia asesinan la alegría. En un río de sangre, la madre pierde el contacto. El murmullo de sus células entra en regresión. El alma, ingrávida, escapa. Hacia adentro de la vida penetra la muerte, y simultáneamente al roce duro del aire, en bautismo de sangre, la criatura sale de su morada cálida y oscura a un mundo luminoso y frío. Sus ojos inusualmente abiertos absorben la Luz; sus pulmones se despliegan para asumir el ritmo primigenio de lo viviente.

Las manos de las dos hermanas sienten, trémulas, enfriarse las manos de la niña de la casa, Estela. A los pies del lecho, Mama Aurora solloza blandamente.

En su presencia astral, Estela acoge a su hija, acunándola, y el Rojo impone sobre la pequeña frente dormida la mágica energía de sus manos.

En un segundo cósmico, el Molino se detiene, haciendo retroceder la rueda del Tiempo. Yo, la Casa, en un eterno Presente, siento el Pasado como el hoy, veo a Laura, la Loca, meciéndose en este mismo cuarto, las pálidas manos abriéndose y cerrándose. La veo en la tarde en que los hombres de blanco se la llevaron en un carruaje con pequeñas ventanas enrejadas. Luego don Félix, su esposo, hijo de Félix Ballesteros, mi primer dueño, clausuró su cuarto.

¡Laura, la Loca! Laura llevaba ojos de cristal verde entonces. Cristal que es polvo opaco ahora. La culpa la tuvo el color de su piel, que encendió la contenida pasión en ese hombre alto de grandes ojos nocturnos. Pero son los largos cabellos de Laura los que desatan el demonio lujurioso en el alma del caballero feudal. Como lobo en celo, el la busca por mis corredores, la espía en la alcoba donde el se encierra tiritando de miedo y de frío para desnudarse cubierta apenas con el pesado chal de seda negra de su pelo. La acosa en las noches ardientes del verano, en esa luna de miel que es miel derretida al rojo vivo.

Nada sabe ella de las urgencias del macho, ni de entregas ni de deseos. Su madre, sometida al marido, jamás se atrevió a prevenirla, sufriendo en silencio un traumático recuerdo. Coronada de azahares, de la mano de su inflexible padre, Laura sube arrebolada al altar, que reluce como una joya. Su alma es una flor abierta. Su alma en pena es un cardo maligno ahora.

Recién salida de las monjas, cae en los brazos de un esposo que, penetrándola con ciega ferocidad, satisface en ella su angustia animal. Acatando la costumbre de una sociedad mojjigata, jamás pudo ni siquiera tocarla en los siete meses de noviazgo. El pequeño brote de deseo que esa mirada hambrienta hizo germinar en la imaginación cándida de Laura, fue arrancado de raíz la primera noche. Su sonrisa coqueta se convirtió en lamento, su tímida espera en náusea y horror, su amor en odio. El invierno se aposenta en su alma para siempre en ese verano de espanto.

Una madrugada, en la solitaria y enorme cama matrimonial, el roce leve de la criatura que se gesta en sus violadas entrañas le provoca un miedo mortal. Un repudio obsesivo a ese ser que invade su vientre, semilla del hombre aborrecido. Sólo una cuidadora de noche y de día logra calmar sus ataques de furia, meciéndola en la silla

de balance.

Al año del nacimiento de su hijo Benjamín, padre de las hermanas Ballesteros, Laura tiene que ser internada en el manicomio, luego de intentar estrangular a la criatura con una de sus largas trenzas negras.

Dos años viaja don Félix por el mundo, dejando al pequeño Benjamín al cuidado de sus abuelos, y sólo vuelve a mí al recibir la noticia de que su esposa ha muerto de neumonía. El cortejo llega tarde por la noche. La capilla ardiente se monta en mi salón azul. Don Félix, enflaquecido por los remordimientos, se queda de pie ante el ataúd negro y bronce, cubierto de magnolias blancas, hasta el amanecer. No puedo detenerlo. Cuando se la llevan, encerrado en su cuarto, se dispara un tiro en la boca.

Por dos generaciones esta habitación permanece a oscuras, cicatrizándose en mí. Con qué alivio abro de nuevo mi ventana clausurada cuando la mano de la niña Estela da vueltas a la españoleta y la empuja hacia afuera. Porque es ella, valiente, la que elige este cuarto, desafiando la trágica leyenda del suicida. ¡Con qué ansias entra el sol, cómo ilumina purificando las esquinas de telarañas y maleficios! ¡Cuántas asechanzas, cuánto polvo!

—¡Desgracia y sólo desgracia le traerá a mi niña este cuarto! —susurra Mama Aurora, santiguándose por los corredores.

Pero las hermanas barren, limpian, sacuden, y entre risas y temores lo sórdido es desalojado. ¡Qué suaves cierran los aceitados goznes! ¡Qué relucientes los vidrios, ojos con los que vuelvo a ver naranjos y limoneros! ¡Cómo despiertan mis paredes, mis maderas entumecidas! ¡Qué tiernos los dibujos de las estampas que adornan los muros! ¡Qué cálidos los géneros! ¡Qué expectación en el aire!

Hoy, en su cuna de bronce y batista, la recién nacida recibe en silencio el saludo de los Señores del Tiempo. Ha nacido la que trae la semilla prometida. Sagitario es su signo astral. Un regalo de Navidad para las tías Ballesteros.

El Molino gira y gira. Laura la Loca, asomada a la improvisada capilla ardiente, ríe con su risa rota. Estela cose baberos de humo en la ventana abierta de su antiguo cuarto mientras, a la luz de los cirios, yace pálida, desconectada. Doña Carmelita, su madre, con la boca llena de ingrátidos pasteles, espía aterrada la sombra de don Félix por la huerta. El Molino gira y las hermanas lloran a la niña Estela.

¡El Molino! En mi eterno presente, se yergue desde la remota Colonia sobre un canal de agua oscura. Primitivo ingenio del hombre, entona de molienda en molienda canciones antiguas mientras al pie del cerro San Cristóbal contempla las frías estrellas, resistiendo estoico el Relámpago, la Lluvia, el Viento, el quemante Sol, la caprichosa Primavera, arrullado por el cántico continuo del Río, a veces en calma, a veces torrentoso. El río Mapocho. El Molino es sabio y poderoso porque el hombre fue fraguando en él fuerzas milenarias del pasado para mover la rueda de su corazón, que desmenuza la blanca harina, sustento de sus dueños. Su vientre henchido de cadenas y engranajes se nutre de aceite, agua y herrumbre. Yo trepido entera al ritmo de sus latidos.

Me ve nacer enternecido, me instruye en firmeza. Al contemplar mi juventud, se enamora tardíamente. Para seducirme, recuerda añejas historias de trillas y carretas, granos rubios y quintales. Sólo logra interesarme cuando habla de los hombres. Los ha visto nacer, reproducirse y morir, generación tras generación. Admira su genio, su ingenuidad, su empuje.

Su angustia de enamorado es no poder tocarme, no poder recrearse en mi interior, que divisa fresco, cerrado y misterioso.

En 1899 llega la electricidad a las casas del Gran Santiago. Don Benjamín Ballesteros reemplaza la muela gastada del Molino, implantándole entre turbinas, cables y circuitos, un nuevo corazón, que extiende sus venas de alambre y llega hasta mí para alumbrarme e introducirse al fin, acariciante, en mi intimidad, por corredores y alcobas.

Así, lo primero que recibo de él es el pan de cada día para mis dueños, el lujo, la regalada vida. Luego, la maravillosa presencia de Luz, energía que nos une en cotidiano vínculo. Por último, mi propio nombre: la Casa del Molino.

La recién nacida, estrenando sus pulmones, llora. La Primavera de 1926 aligera el aire, y el aliento del río es rápido y profundo.

2

En la penumbra de cerradas celosías, vigilo.

La niña duerme, el ama duerme, y duermen tíos, tías y sirvientes.

Entre heredados ritos, la triste semana ha pasado.

En la primera alcoba, bajo el dosel del gran lecho matrimonial, entre cojines de encaje y almohadas de crin, duerme el matrimonio Henríquez, tía Luzmila y tío Fermín. Cuarenta años en la piel de Luzmila, en sus manos blancas de uñas almendradas. Camisón de raso gris, melena a lo garçon de un oro artificial, gruesos párpados de oscuras pestañas sobre los ojos verdes, cejas y boca a lo Gloria Swanson, opulenta, escotada, sensual. Fermín, estampa del caballero francés del 900. Bajo, de cabellos espesos, bigote entrecano, mejillas altas, estriadas de finísimas venas rojas, labios carnosos que ocultan una maliciosa sonrisa de dientes parejos, ojos castaños, vivaces y observadores. Pijama de seda celeste con un monograma bordado. Confiable, maduro, elegante y tierno.

Pared por medio, el matrimonio Bascuñán —Tránsito y José Manuel— reposa entre sábanas de hilo en camas gemelas de alto respaldo, el cuarto apenas iluminado por una lamparilla duermevela. Tía Tránsito, siempre con temor a la oscuridad, pequeña, delgada, frágil, como sus manos de largos dedos de pájaro, arropada en un camisón de mangas largas y cuello alto, con cintas y valencianas. Los párpados plegados sobre unos ojos oscuros de mirada tímida y ausente. Tan fina la piel, que deja apreciar su pequeña calavera, dentro de la cual anidan extraños ritos y reencarnados recuerdos. Una larga trenza gris remata el óvalo enflaquecido de su rostro. Tío José Manuel, de espaldas en su metro noventa, apenas cabe en el lecho revuelto. Sus grandes manos cuelgan. Su frente, ancha, contraída. Bajo las hirsutas cejas, un ojo azul y el otro café desconciertan con una mirada extraña que recorre las tablas de mi techo, y un porqué silencioso no lo deja en paz. Serio y excéntrico en su camisón de batista, bohemio, coleccionista de pájaros que me invaden de aleteos y trinos por cuartos, jardines y corredores.

En las piezas del segundo patio duermen las sirvientas. La Lolo, cocinera mapuche que oculta bajo la manta las manos morenas, gastadas por el calor del homo y la lejía, los años y el cansancio. Luisa, vivaz muchacha que tiene a su cargo los dormitorios y la ropa de las señoras. Carmen, de ojos negros, flaco semblante, que sirve la mesa, me barre por corredores y salones, y mantiene relucientes la loza y la platería. En un cuarto cerca de Mama Aurora, la Teresa, nueva ama de leche para la pequeña. Hembras oscuras, tristes, primitivas, por las que penetro recorriendo ancestros de leyenda, pobreza heredada y supersticiones.

Afuera, al final de la huerta, bajo los paltos que plantó don Benjamín, duermen Octavio y su familia, apiñados en una construcción de adobe. Juana, su mujer, de alto moño y anchas caderas, cuida los gallineros y la huerta, lava y plancha la ropa blanca, acariciando el hilo y el algodón con manos ásperas. A su lado, en camastros aparte, la

Peta y el Soplón, sus hijos, de ojos bajos y manos sucias, de juegos crueles y risas en la oscuridad. Al costado de mi cochera, donde antiguamente se guardaban los arreos de los caballos trotones, duerme Humberto, chófer y mozo. En el patio de servicio, entre la hortaliza y los sacos de alpiste y cáñamo, dos daneses pardos, Sultán y Morena, dormitan y vigilan a las lauchas de ojillos como cuentas y redondas orejas, en perpetua búsqueda de algo que roer. Mezclados con el barro del canal que pasa bajo el Molino y los desperdicios que Octavio olvida barrer, están los guarenes de gruesos rabos y malignos colmillos, feos y gordos, acechando el momento de penetrar en las jaulas para comerse huevos y polluelos. Bajo mi alero colonial, una gata esquelética se oculta con su prole cambiante de agosto en agosto, mientras se alimenta de pichones.

En el jardín en sombra, el Peumo hurga, con su raíz mayor, la dormida presencia de la muerte bajo la tierra fecunda. Me cuenta que siendo retoño presencié el júbilo de los primeros atardeceres libres de su Chile, allá por el año 1817; que vio nacer y crecer al viejo Molino cuando en el campo sólo se tendía el trigo y el río Mapocho, al pie del Cerro, reinaba soberano y torrentoso. Patriarca del reino vegetal, abre sus fuertes ramas embotonadas de rojos frutos o florecillas blancas, para conducir ante la eterna presencia de los Señores del Tiempo sus huestes verdes: paltos, floripondios, sauces. Junto a él, esbelto como un galante capitán, está el joven Magnolio, y entre la tropa revoltosa de flores, enredaderas y hierbas, crece un Olivo taciturno.

En esta noche especial siento intenso el tranquilo imperio del viejo centenario. Su voz arbórea me enseña la necesaria vitalidad del agua, del viento y del sol; la benéfica amistad del hombre bueno; la trascendencia de la recién nacida, la enviada por los dioses. El Peumo, corazón del tiempo, late en el jardín de los Ballesteros. Pululan en la oscuridad, ya cálida, ya fría, grillos y hormigas, descendientes de aquéllos que se instalaron en mí esa mañana de primavera. Las cuncunas pelusientas y las cucarachas negras, inmemoriales habitantes del Planeta. Las larvas esperan pacientes en los rincones convertirse en mariposas, y en los aleros dormidos de mi estructura, arañas y moscas aparentemente inútiles tejen sueños y columpios, ensuciando con su efímera fajina vidrios y lámparas. Y Ellos, eternamente presentes, no dejan que olvide la secreta presencia de la muerte.

Amanece.

3

Con la cabeza pesada, Mama Aurora despierta. La Niña, a su lado, tiene hambre. ¡Qué barbaridad! Otra vez se quedó dormida la Teresa, y en este día santo. La siento apoyarse ancha y lenta en mis suelos que crujen, mientras rezonga en voz baja:

—Lástima no ser ya la misma de antes, esa chiquilla que llegó de Santa Cruz a cuidar a la niña Estela. ¡Que en paz descanse!

Una rabia sorda la domina al tener que entregar la criatura a Teresa, sobrina de la Lolo. Metida en su pensamiento, sigo escuchándola:

—¡Esta muchacha...! La historia de siempre: trece años y un huacho. ¿Y el padre? El sinvergüenza del padrastro. Y el hijo muerto al nacer. La familia en la miseria y la chiquilla fatalizada. Suerte tuvo de que la aceptaran las patrañas. Menos mal que es sana y fuerte para criar, con esa leche gorda que le revienta en los pechos.

Golpeando la puerta de la habitación donde duerme Teresa, entra para zarandear a la muchacha, que, de espaldas, con la boca abierta y el pecho destapado, se despierta asustada.

—¡Ya, floja! No es así cómo se gana el pan en esta casa. Y te he dicho que te tapes bien, o se te secará la leche.

Aurora vuelve a la habitación de la pequeña, que la mira silenciosa, y comienza a vestirla con maternal esmero. Hoy es el gran día del bautizo. ¡Pobre huachita! ¿Huacha su Niña? La vieja mama se santigua mientras siente el temor anidar en su corazón generoso. ¡No, eso jamás! Para eso tiene tíos respetables. ¿Qué más puede pedir una señorita? Con la niña en los brazos, sale al corredor.

—¡Al fin, mujer, por Dios! Anda, recuéstate en la cama y pon el regazo para recibirla.

Teresa la acerca con timidez a uno de sus abultados pechos, mientras Aurora sale hacia la cocina y da tres fuertes golpes con el puño cerrado en la puerta de la Lolo, la cocinera. No será ella sola la que madrugue esa mañana. La floja de la Lolo ya debería haber comenzado los preparativos de las masas y los comistrajos para el bautizo. Y remedando la voz del padre Estanislao, se dice a sí misma: «Porque como es un sacramento, no afecta el recato del duelo», para sentenciar rotunda: «¡Claro, no se pierden fiesta estos curitas!»

—¡Ya, pues, Lolo, son las siete!. Los pasos de Aurora se alejan mientras en el cuarto de la niña siento en la piel de Teresa cómo la pequeña boca desdentada va succionando con ansias la leche caliente. El líquido vital penetra lento, suavizando la frágil garganta, hacia el bruno vientrecito. Calma por dentro su orfandad, y, como en un matraz, mezcla y refuerza encontrados y primitivos orígenes de bosques y cultrunes, de ritos y leyendas, de mundos astrales y abolengos. Teresa se entrega al placer atávico de dar vida a otro ser. A través de sus ojos que me recorren, techo arriba, techo abajo, intuyo que la muchacha es simplemente feliz.

Afuera, otro día comienza; me abren puertas y ventanas.

El matrimonio Henríquez desayuna en cama. Adornadas de anillos y encajes, las manos de Luzmila enmantequillan para su marido las tibias tostadas. Recostado en un enorme almohadón, Fermín continúa leyendo en voz alta, calados los anteojos y el diario La Nación en las rodillas: «Teatro Municipal, recital del compositor nacional Osmán Pérez Freire, con el concurso de las señoritas Lily y Mercedes Pérez Freire, en sus «canciones de hogar». Piano Mignon. Palco, 40 pesos.» ¡Lástima perderse ese recital! Luzmila, moviendo su cabeza de melena a lo garçon afirmativamente, se levanta de la cama con un vaporoso negligée sobre los hombros redondos, blancos, envueltos en Chanel. Abre el gran ropero de caoba para descolgar un vestido de seda gris, cuya pollera termina en cuatro triángulos bordados en el mismo tono, cuatro cimbreantes pétalos. Presentándolo sobre el camisón, se mira al espejo mientras yo, anhelosa, imagino cómo será ese Teatro Municipal iluminado.

—¿Tú crees que es éste el que me queda mejor? Quiero ser una madrina elegante, pero sobria. Tú sabes por qué. El negro me sienta muy mal, ¿no es verdad? ¡Fermín!, ¿me oyes?

El hombre, bajando el diario, la mira con admirativa atención por sobre los anteojos.

—Perdón, hijita. Tienes razón. En Inglaterra, ya nadie se viste de negro en primavera.

Los ojos masculinos recorren con ternura el perfil de esa mujer a la que quiere tanto. Es linda todavía.

—Ahora me levanto yo también. Hay mucho que hacer hoy.

Y poniéndose la bata de seda azul y las pantuflas de cuero, sale al pasillo para encerrarse en el alto cuarto de baño. Luzmila ordena sobre el lecho todo lo que se pondrá en esa mañana de bautizo, entre timbrazos a la Luisa y recomendaciones a Mama Aurora.

—No termines de vestir a la niña hasta que yo esté lista.

De la habitación contigua, de luto riguroso —aros, medias, guantes, zapatos, sombrero—. Tránsito sale para la iglesia. Se despide de José Manuel, su marido, de cabellos largos y despeinados, que, boina vasca a la cabeza, deshilacladas pantuflas y poncho de vicuña sobre el camisón, va a llevarles desayuno de lechuga y pan a sus pájaros.

—Me voy a hablar con el padre Estanislao, José Manuel. Quiero asegurarme de que la iglesia se vea muy linda. ¿Quieres algo? Tengo que pasar al almacén de don Ramiro por los mazapanes.

¡Qué triste y pequeña se ve la tía Tránsito de negro!

¡Cómo ha llorado invocando a la hermanita todos estos días! ¿Que no la ve allí, paseándose entre las jaulas? José Manuel acaba de traspasar su figura, arrebujiándose en su poncho mientras le dice riendo a su mujer:

—Ándate de una vez, que vas a llegar tarde a la cita con tu señor cura. Reza por este hereje, y sobre todo por la niña. Ése es mi encargo.

Tránsito cruza el patio por entre la fuente y los naranjos para abrir la mampara. Sonríe a Ondina soñolienta, y ante mi doble puerta entornada que da a la calle, encuentra a Humberto, el chófer, esperando al lado del gran automóvil azul.

—Buenos días, misia Tránsito.

—Buenos días, Humberto. ¿Puso atrás los canastos con los adornos para la iglesia?

—Sí, señora. Todo va en el asiento como me lo dio la Luisa. No se preocupe.

Veo el Hudson roncar suavemente por la calle Bellavis ta hacia la iglesia de La Epifanía, donde será bautizada la niña como lo fueron su madre y sus tías.

En la cocina, luego de recoger las bandejas y la ropa sucia de los dormitorios de los patrones, la servidumbre desayuna antes de comenzar el aseo. Comentan entre risas y bromas el bautizo de la patroncita nueva, acontecimiento que las llena de suspicacias y cuchicheos.

—¿Qué dirá el señor cura, niña? Te digo que le van a poner el apellido de la señorita Estela. Se lo oí a don Fermín anoche. Como a una huacha cualquiera, digo yo.

—¿Y ese nombre como de bruja? ¡Qué raros son los patrones! ¿Por qué no le daría su apellido don José Manuel, que es para mí el menos egoísta?

—Es que a lo mejor el gringo vuelve y se enoja.

—¡Las cosas tuyas! A ese gringo sinvergüenza se lo tragó la tierra.

Y la risa que casi la saca de la silla estremece las baldosas de mi suelo sobre las que se sienta Carmen. Luisa, callada, con un encogimiento de hombros, les da su ración de pan y leche a Sultán y a la Morena. La Lolo es la primera en levantarse y comenzar a lavar la loza, con mucho ruido de agua.

—No se ríen de la desgracia ajena, que cualquier día les pasa a ustedes lo mismo. ¿Ya se olvidaron de la Teresa? Harto buena que era la patroncita Estela, que en paz descanse.

Así, con sumisa diligencia, las sirvientas comienzan su trabajo de rutina. Ramos de flores y cintas blancas me refrescan. Escobas y plumeros me quitan el polvo, desordenando las diminutas partículas de tiempo que árboles, pájaros y días depositan en mi estructura antigua, comprometiéndome con los Señores del Tiempo. Me frotan, me cierran, me abren y me airean un millón de veces.

Luzmila, Mama Aurora y Teresa se preocupan de cubrir de heredades batones de encaje y batista a la silenciosa criatura. Entre cintas y chales, con una caperuza de vuelitos ocultando su pelusilla roja, la niña, los ojos violeta abiertos, espera. Entra a verla José Manuel, invadido de pájaros. Y entonces llega Tránsito de la iglesia, sofocada.

—El altar quedó precioso con los ramos de magnolias.

Fermín, con los bolsillos llenos de monedas —«cincos» y «dieces»—, hace su aparición tras la tía, comprimido en su traje de paño negro.

—Aquí están los santitos y los chiches para las visitas. Ya verá la chiquillería que

espera allá frente al templo que no soy ningún «padrino cacho».

La niña es acunada de brazo en brazo mientras traga, serena y rosada, su mamadera de agua de azahares. José Manuel, ya vestido, de azul, ha vuelto al patio para adornar, ayudado por Octavio, las jaulas con grandes ramos de rosas y claveles blancos, mientras Tránsito, en puntas de pies, con unas finas tijeras de peluquería trata de emparejarle los cabellos que le caen sobre los hombros.

—Ya, mujer, déjame. Así soy yo. Si les gusta, bien, y si no...

Olorosos pasteles se doran en el horno, y confites de almendras y masas horneadas llenan el aire de aromas «de dulce y de sal».

¿Cuántas veces los humanos han detenido el tiempo para empezar de nuevo con otros rostros y otros nombres? ¿Dónde está esa pequeña Estela? ¿Dónde su energía inmortal? Yo la veo allí, presenciando etérea cómo los tíos salen hacia el bautizo de su hija. ¿No es la misma que se fue por mi puerta, envuelta en esas mismas mantillas, en brazos de don Benjamín, su padre, hace sólo treinta años terrestres? Y así Tránsito, y Luzmila, y los otros...

Pasado, Presente y Futuro, Señores del Tiempo, círculo hermético del que no pueden escapar los humanos. De la tierra surge el principio material y a la tierra vuelve, pero cada individuo repite, devenir tras devenir, el acto misterioso de la creación.

Los tíos parten alborozados a la fiesta bautismal. Las tías, tristes y llorosas.

Sibila del Tránsito Ballesteros se bautiza a la niña.

¡Pájaros! Pájaros por cuartos y corredores, rincones y ventanas. Seres que me rozan, me aturden, me conmueven de aleteos y trinos. A veces me parece que mis dueñas y sus consortes son sólo aves de gran tamaño. Tordo gigante, de ojos dispares en su aspecto sombrío y misterioso, José Manuel. Tránsito, urraca milenaria, cansada de hurgar en el arcano insondable del tiempo. Fermín, ágil, elegante, convencional. Luzmila, diuca gris, clara y hermosa, con su voz de soprano. Y Mama Aurora, gallina castellana cloqueando detrás de Sibila, polluelo de plumaje anaranjado y ojos alertas. A veces me siento como una gran jaula de adobe y tiempo, dentro de la cual crecen, como flores de alambre, otras jaulas pequeñas. Para Sibila canta el canario blanco de ojos azul marino en su enrejada bolita de bronce. En la soleada ventana de Luzmila, una pareja de mirlos distorsiona su figura en los cristales, y allá en el comedor, alisa parloteando sus plumas multicolores el loro brasileño. Tres picaflores vienen a beber agua con azúcar en los tubitos de cristal verde que Luzmila cuelga de las paredes de su dormitorio. Sólo Tránsito les tiene miedo a los pájaros, pánico que no confiesa. Esos pájaros que ama José Manuel desde que supo que no podrían tener hijos. Miedo y celos le producen las avencillas a la frágil mujer. Sentado bajo el Magnolio, a veces sin acordarse de que ella existe, o en la mecedora de la galería en las tardes de invierno, su marido pasa horas y horas frente a las jaulas. Leo en sus ojos que quisiera volar y sentirse protegido como ellos por esa alambrada que los aísla del peligro externo, del deber cotidiano. Hoy, allí sentado, se sorprende invadido por una desconocida ternura de abuelo. Esa criatura nueva ha venido a llenar el vacío de cincuenta años de soledad sin hijos. Nunca se preocupó mucho de Estela, su cuñada. Muchas veces la encontró en este mismo banco, contemplando a los pájaros. Sólo yo logré saber que ella odiaba a José Manuel. Al verlo llegar se escabullía rápidamente, como si estuviera haciendo algo prohibido. Estela tenía doce años cuando él la vio por primera vez al ponerse de novio con su hermana Tránsito. La muchacha se sintió observada por esos ojos extraños y supo que la había encontrado fea, «fea como un ratoncito flaco». Se lo oyó comentar a la furiosa Mama Aurora en la cocina: «¿Habrás visto? ¿Es que no se habrá mirado los ojos de gato loco que tiene?» Siendo ya mujer, cuando su gravidez comenzó a hacerse evidente y él la miraba y la miraba, opuso a esa inquisitoria un terco silencio. Una tarde, Luzmila se encerró con ella en el escritorio de Fermín. Estela salió después de horas con los ojos rojos y las manos en el vientre. Así supo la familia el acontecimiento.

¿Qué herencia trae Sibila? ¿Quién es su padre? ¿De qué color terminarán siendo sus ojos? Dicen que todos los niños tienen al nacer los ojos azules. Observando cómo dos turpiales pelean en una polvareda de plumas y picotazos por un pedazo de miga, de pronto José Manuel piensa en Tránsito, dolorosamente resignada a su infecundidad, deambulando entre curas y jubileos, concurriendo a furtivas sesiones de espiritismo para comunicarse con extraños seres, íncubos, súcubos, ángeles y

maestros del Más Allá.

Me digo que la amo más que a ningún otro ser humano, con excepción de Sibila, porque comprende y acepta el mensaje de los Señores del Tiempo. José Manuel la ve envejecida sin haber vivido, y toda su ternura, su urgencia de hombre enamorado, no bastan para mantener esa débil llamita que una vez ardió para él en sus veinte años. Tránsito es una cristiana mágica, y la niña Sibila será para ella esa hija que no pudo concebir. A veces, al mirarla con la pequeña en sus brazos, un halo de juventud le hace recordar a esa jovencita a la que retenía contra el muro de la huerta las tardes de los domingos y que se desmayó después del primer beso, mientras el agua de la fuente cantaba como loca; pero, hombre al fin, no percibió el mensaje y volvió a besarla y a estrecharla muchas veces, a escondidas de doña Carmelita y don Benjamín. El desbocado corazón de Tránsito clamaba por inútil ayuda, pero sólo Laura la Loca aullaba a horcajadas en una rama del Magnolio, esparciendo por el aire su olor de almizcle. Entonces Tránsito era impulsiva, alegre, repentina y misteriosa, con esa contenida pasión por todo lo extraño, con esa increíble inocencia que cautivó al hombre de los ojos raros.

En los pensamientos de José Manuel cae de pronto su voz:

—Viejito, ven, ayúdame a bajar el coche para que este pajarito aproveche el sol.

—¡Voy, hija!

Entre primorosas sábanas de hilo bordado, las manitas siempre en movimiento, como si quisiera coger insectos invisibles, Sibila gorjea. Los tíos, inclinados sobre ella, sienten cómo sus corazones huérfanos de infancia se nutren de palabras tiernas.

—¡Qué bendición de criatura! ¿Te has fijado en que no llora casi nunca?

—El doctor Flores dice que los niños sanos no tienen por qué llorar.

La llave de don Fermín abre mi puerta y, al cruzar la mampara, despierta a Ondina en el viejo vitreaux. Siento el peso de sus pasos por la galería, saludándome.

—¡Miren a los abuelitos chocheando! A ver, ¿cómo me han tratado a mi reina? Aquí le trajo el padrino su nuevo cascabel. ¡Y pobre de usted, señorita, que lo muerda otra vez!

Y al ver a Luzmila, que sale del comedor en una transparente blusa tornasol:

—¡Me está costando más cara que tú esta jovencita! —La besó—. ¡Toma, toma todos estos paquetes! Vengo muy cansado de traquetear por el centro. ¡Pero, por Dios, quitémosle esas lanas con que me la tienen sofocada!

—Se puede resfriar, Fermín.

—No, mujer, ¿no sabes que los niños tienen más calor en su organismo que los adultos? Sobre todo, más que los tíos viejos.

Y la risa estremece al hombre en un ataque de tos, mientras se sienta en el banco entre las dos mujeres, con la niña en brazos. José Manuel hace sonar el nuevo juguete. Laura la Loca traspasa violenta la jaula. Odio hay en su aliento. En conjuro, transmutando ese odio en ternura, acallo por el aire los oscuros llamados.

—¡El almuerzo está servido, señora Luzmila! —grita la Lolo, y Sibila es dejada

en los brazos de Mama Aurora.

Con sano apetito se sientan los tíos a la mesa del comedor. El cristal y la floreada porcelana resplandecen. La lámpara de opalina ilumina una mesa de nogal redonda que, sobre el mantel blanco bordado por manos enclaustradas, les ofrece la sal y el pan, los condimentos y el vino, el agua y los higos secos. Los tíos toman tinto; blanco Luzmila; agua de Vichy Tránsito. Una pareja de flamencos rosados que nunca dejan de entrar en el comedor, enredando sus zancudas patas en la alfombra, se acercan a José Manuel con las cabezas de largo cuello inclinadas, y golpeando con los picos pedigüeños esperan su ración de migas remojadas y azúcar. Mis dueñas sienten que la comida diaria es vida, y la ofrecen con amor. Cada fuente luce una receta especial que la Lolo ha interpretado magistralmente. Hay volauvents, caldos de posta, asados jugosos, salsas aromáticas, cazuela, locro falso, panqueques dulces y salados, flanes y jaleas de cristalina apariencia rellenas con frutas, y a veces tortas de un millón de hojas. Las dos parejas se nutren en paz y en comunidad, comentando la política, la carestía de la fruta y la alegría de tener a Sibila.

Allá en su clara pieza de la infancia, la niña satisface su hambre huérfana. Duerme; y mientras duerme, crece. Un día le brota un diente, y una tarde pronuncia por primera vez una palabra. «¡Ta... taaaa!» Palabra eterna. Onomatopéyica. Que los tíos interpretan a su manera. Un lunes, a las doce en punto, Sibila siente el sabor desconocido del alimento vegetal, fuerte, espeso. La cuchara dura, tibia, choca con sus dientecillos transparentes, sorprendiéndola. Así, día a día, percibo cómo la vida se abre paso en mi Sibila. Los sonidos la conmocionan; las formas, los colores, le dicen que más allá de su cuerpo y su intimidad hay seres, cosas, espacios. Abierta a lo mágico, vive intensa, receptiva, alucinada, conducida al amanecer por la recia presencia de su padre, el Rojo, confiando plenamente en lo que ve y en lo que oye, cuidada por sus dos pares de padres adoptivos. De la mano de José Manuel da un paso y otro, y de pronto está sola en medio de la habitación enorme, de pie sobre sus piernas trémulas. La veo reproduciendo el gesto de aquel ser cavernario que, consciente de la trascendencia de su logro, intuyó la imposibilidad de volver atrás con la misma angustia de cuando fue lanzado de su placentera vida uterina al mundo desconocido. Con la primera caída, Sibila siente la mordedura inexplicable del dolor, que la hace gritar para espantar al ser que lo provoca. Los humanos corren alarmados, y sus gestos de terror hacen que la niña piense que el dolor y el miedo son la misma cosa.

Sueño a sueño, juego a juego, le muestro a Sibila los dominios de lo mágico, las instancias del Tiempo, las señales de la Eternidad.

En el tercer día del verano de 1928, siento los ojos color violeta de Sibila escudriñar curiosos mis muros blancos mientras se tambalea con sus pasos nuevos por el largo corredor. ¡Qué inmenso, qué difícil, es el mundo para ella! Inalcanzables los objetos, incomprensibles casi siempre las voces y los gestos de los grandes, los platos, los vasos, los cubiertos, las mesas y las sillas que no controla. Y por las noches, la furtiva y alta figura del Rojo, su padre. La criatura avanza equilibrándose; y al enredarse en la larga y angosta alfombra, cae soltando la muñeca de labios pintados. Como nadie viene, se levanta entre gorjeos y quejumbres para seguir su dificultoso traslado a la pieza de tía Luzmila. Son esos cajones, esos grandes cajones perfumados y llenos de misteriosos objetos los que la atraen, y se acerca a ellos agitando ansiosa las manitas. Entonces la prevengo contra el enojo de los grandes. No quiere oirme, pero sabe de mi presencia y sonrío. Para ella, que tiene la facultad heredada de su padre de ir más allá del aparente silencio de la madera y el metal, de la tierra y el aire, los que la rodean son seres maravillosos, presencias que de un momento a otro se vuelven flores, árboles, diamantes, estrellas con quienes jugar. Y en su memoria virgen, los sonidos, la luz, el color de cada cosa, el miedo, la risa, los sueños, van quedando depositados día a noche, como un sedimento viviente de secretos significados. La niña siempre tiene hambre. Las cosas que introduce en su boca duelen a veces. ¡Qué raro le parece que no se pueda comer todo! «¡Qué tontos son los grandes!», me dice. ¿Cómo se puede pasar frente a una rosa roja abierta y no morderla? ¿Cómo se pueden dejar tranquilos esos cubiertos brillantes junto a los platos y no golpearlos sobre ellos para que canten? ¿Cómo no chupar la almidonada servilleta blanca? Son aburridos los grandes. Cuando ella se cae se ríen, y cuando, para hacerlos reír de nuevo, vuelve a caerse, la recogen muy preocupados, le abrochan los zapatos entre reprimendas a Mama Aurora, le revisan las suelas y, por último, la sientan en una silla tan alta, tan alta, que, aislada, indefensa, no le queda más que gritar.

La niña por fin ha llegado a la puerta, colgantes las amarras del largo delantal. La empuja con las dos manos y la oscuridad la abraza. Le intriga la ausencia de Luz. Ama la penumbra, porque ha superado los atavismos de la noche cavernaria. Adaptando sus pupilas violeta a la oscuridad, avanza entre pequeñas mesas redondas y sillas enconchadas, alfombras y canastos con lanas de tantos y tantos colores, hasta encontrar los brillantes y fríos tiradores de la cómoda de mañío de tía Luzmila. Sentada en el suelo, frente al último cajón, el más grande, gorjea alborozada. «¡Mira, mira!», me dice, y yo espero con ella... La pequeña mano caliente se introduce en el hueco tibio que quedó mal cerrado. Será dueña y señora de los secretos prohibidos de tía Luzmila. Algo liso, suave, oloroso, encuentra su mano atrevida. Nada más allá. Con las dos manos tira del cajón. No se mueve, no se abre. Con extraños sonidos cambia de posición y, peligrosamente de pie, equilibrándose, prueba de nuevo. Nada.

«Es malo el cajón», me dice, y yo lo apruebo. Entonces una presencia cálida invade el cuarto, su palma húmeda se apoya contra la madera, y el tiempo se detiene. Energía y poder, la memoria dormida del árbol traspasa la carne frágil subiendo por la arteria infantil, y la mente vive un bosque umbrío lleno de rumores y de años. Crujiendo, el inmenso cajón se desliza hacia adelante, suave, abriéndose para ofrecer sábanas y sólo sábanas de hilo bordadas a la curiosidad de Sibila. Decepcionada, pasea sus ojos por el cuarto oloroso a Chanel, Crema del Harem, naftalina y cuero argentino. De pronto la intriga una figurita que baila allá sobre la mesa de altas patas de bronce. Los ojos fijos en el juguete, ya casi sobre él, se cae de bruces, arrastrando el blanc de Chine, la lámpara con su pantalla plisada y una cajita de metal con botones. Expresa su rabia a gritos y patadas para espantar a los duendes que la empujaron y que seguramente se esconden debajo de la inmensa cama.

En el salón azul, los tíos y los amigos de siempre juegan al póker, barajando esos naipes brillantes que tanto le gustan a Sibila y que tampoco se pueden tomar. Las empleadas, en el repostero, preparan bocadillos de pavo y de palta, el vermouth y el sorbete de frambuesa para las señoras. A los gritos de Sibila, tías y empleadas se levantan precipitadamente, entre voces de hombres que reparten calma y aspavientos de las visitas.

—¡No corras, mujer, que será peor si te caes y te quiebras un hueso!

—No se asuste, cuñada; es sólo una rabieta, se las conozco todas —tranquiliza José Manuel a Luzmila, mientras la empuja apresuradamente por el corredor.

—¿No ven que Sibila ya abrió la puerta de algún dormitorio o del baño?

—¡Qué criatura, Señor! No se la puede dejar ni un segundo sola, Merceditas —le dice Tránsito a su amiga, que corre con ella—. Esta Aurora se vuelve cada día más descuidada. La niña se le esconde y ella jura que desaparece ante sus ojos. ¿Habrás visto un disparate igual?

Fermín abre la puerta de su dormitorio y prende la luz. Las mujeres irrumpen sofocadas, con Carmen y Luisa detrás, muertas de la risa.

—No puedes exigirle a la pobre Aurora, cuñada, que se pase todo el día junto a la niña. A Sibila le hace bien jugar sola.

Las tías levantan a la pequeña, que se ha quedado mirándolas enojada. Tránsito toca el timbre.

—Será como tú dices, Fermín, pero voy a llamar a la Aurora. Al fin y al cabo, la niña es su obligación.

Mientras cura la diminuta herida con mercurio cromo, no advierte que el color violeta de esa sangre no es efecto del medicamento. Sibila se encuentra nuevamente ante inexplicables conductas. ¿Qué hizo mal? ¿Por qué gritan tanto las tías, avergonzándola ante las visitas? ¿De qué se ríen las tontas de las empleadas en vez de recogerle la muñeca y abrocharle el delantal? Llega Mama Aurora y se la lleva a la huerta para distraerla con los famosos pajaritos. «¡Qué tontos son los grandes!», me dice, y yo lo apruebo.

Al fin los tíos, de nuevo sentados alrededor de la mesa de póker, frente a los platos de bocadillos y los vasos de sorbete y vermouth, comentan divertidos las andanzas de la sobrina.

—¿Ves, José Manuel, cómo es cierto que a la niña le gustan las piezas oscuras?

—Claro; niña moderna, hija. Nadie le ha metido miedo en el coco.

—¡Por Dios, Merceditas —interrumpe Luzmila—, con este alboroto de la niña se nos ha hecho tarde! Tenemos la reunión en el Club de Señoras y son más de las seis. ¿Nos puedes dejar en el centro, Fermín? Me vas a buscar después de las ocho.

El salón azul queda rápidamente vacío y, para vengar a Sibila, hago gemir maderas y estrello puertas aprovechando el viento frío del atardecer, mientras las mujeres se acicalan. Todo inútil. Ellos, como dice Sibila, no entienden nada. Reflexiono que los humanos, una vez adultos, renuncian a lo mágico para sumirse, como en bíblico castigo, en la inmediata realidad que los esclaviza. El viento me ayuda sacudiendo árboles y ventanas, que Fermín y José Manuel cierran antes de irse, dejándolas herméticas, inútiles. Último en salir, el tío de los ojos raros se despide de sus pájaros.

Sentada en la tierra, Sibila hace escurrir entre sus dedos el polvo antiguo del patio de los naranjos. Sus ojos curiosos siguen el camino de las hormigas desde un limonero hasta una piedra enorme, mientras interroga a las muñecas que, a su lado, la miran con sus ojos de vidrio. ¿Adónde irán? Yo la siento imaginar, en ese mundo sin imposibles de las criaturas, un porqué maravilloso para cada gesto, cada movimiento, cada forma. Esa tarde son las hormigas, pero lo mismo podrían ser las moscas, las «chinitas», los peces de la pila o esas mismas muñecas, sus compañeras de trapo y paciencia. En la mente de Sibila, las visiones se congregan y se desmadejan. Sonriente, se coge de la mano de Estela, esa joven señora que viene por ella desde la huerta todas las tardes. Juegan, se persiguen, y a la niña no le asombra que la figura pueda traspasar las puertas o desaparecer dentro del grueso tronco del Peumo. Su pensamiento, que yo recorro, se ordena a su manera, y vuelve a desordenarse colérico cuando la añeja experiencia, con su dedo de vieja odiosa, la alecciona de que los insectos son sólo insectos y que las niñas buenas no se ensucian las manos ni el delantal con tierra. Su mundo se quiebra. Huye la señora. Desencantada, soporta los sacudones de Mama Aurora, que rezonga algo sobre el planchado, el almidón y un terco dolor en los riñones.

Ya en mi cocina, acaricio la desmantelada imaginación de la niña, susurrándole mientras toma el chocolate con leche leyendas de princesas, cigarras y gatos con botas de un millón de leguas. Los tíos, en el comedor, toman el té en transparentes tazas orientales; sus manos revolotean entre las tostadas y los bizcochuelos, el dulce de membrillo rubio y el pan amasado calentito que la Lolo hornea cada día. Frufrú, la pequinesa de tía Tránsito, que sabe de mi presencia, espera en su regazo una galleta de champaña.

Yo recibo el roce de esos cuatro pares de zapatos que, bajo la mesa de nogal, oprimen mis antiguas junturas. Me introduzco por los túneles desconocidos de la herencia y de la sangre. El pie pequeño pisa el timbre oculto bajo la alfombra, y siento cómo por mis nervios de alambre el llamado se transmite de pieza a corredor, de corredor a cocina, de cocina a sonido estridente. Carmen sale calmadamente del repostero donde limpiaba la cuchillería, para que las demás vean que ella no se deja apurar «así como así no más», y se aleja arrastrando sus silenciosas pantuflas.

El pie vuelve a su cómoda postura, y por ese zapato gris de la Casa Pepay invado el equilibrado ser que es tía Luzmila, tan hermosa todavía. Alta su figura, finas sus extremidades, suave y corto el óvalo de su cara, profundo el escote, rasgados los ojos verdes y serenos, la boca carnosa, la nariz transparente, el cabello ceniza peinado en una melena corta y ondeada, la frente ancha, la voz reposada y baja. En las manos pálidas, de uñas almendradas, tiene siempre un tejido finísimo, una labor de bordado o un cigarrillo en boquilla de ámbar. Por sus venas transitan antiguas afluencias de moros y cristianos, de doncellas y vasallos, de conquistadores y mestizos, trabadas en

ancestrales batallas.

Mientras se arregla coqueta un rizo del peinado, Luzmila se inclina hacia el hombro de su marido para decirle:

—Esta niña a veces me da miedo... No se comporta como los niños normales. ¿Quién diría que es hija de Estela?

Cuando Fermín apoya en el trinche de madera sus manos blancas y pecosas para coger un vaso, me deslizo por entre sus firmes nervios y sus venas anchas. Tiene hombros musculosos, un cuello donde los latidos del corazón enrojecen la epidermis, risueños ojos azules, bigote cano y cuidado. Es buen mozo, elegante, bajito. Dentro de su pensamiento están el Pasado que añora y el Presente que disfruta.

En su mundo discurren la alegría socarrona del París de la Belle Époque, el Club de la Unión de los 30, los negocios, los amigos y compañeros del Partido Radical, los enemigos de la oposición, y a veces los ojos y las cinturas de esas niñas de la calle Ahumada. Su vida cotidiana transcurre comunicativa, cariñosa y plena. Ya no rumia su amor de mediodía, su pasión de adiós a la juventud y a la aventura, porque sigue amando a Luzmila. Apoyando su mano cálida en los finos dedos de su mujer, contesta sonriéndole:

—Tienes razón, mi amor, pero ¿qué haríamos sin ella?

Y Tránsito, los ojos oscuros y ausentes, susurra con su voz clara, dejando en el plato de su cuñado un panecillo todavía caliente:

—Y bueno, «A quien Dios no le dio hijos...»

La servilleta de José Manuel se desliza de sus rodillas y cae al suelo. Los velludos dedos la cogen, y subo por ellos para sumirme en su enorme pecho. A José Manuel poca impresión le hace él mundo que lo rodea. No le interesa la política, que apasiona a Fermín, ni las calles de la ciudad, ni las niñas de Ahumada. Desde muchacho ha convivido en la tertulia del Café Torres con la bohemia de la noche santiaguina. Y también con los libros, los empastes raros, la música y los pájaros. Tras sus espesas cejas, que cubren esa mirada que asusta —un ojo café y el otro celeste—, la imagen de Tránsito ocupa su pensamiento. Su pasado se oculta en un silencio hostil.

—No me toquen a Sibila. Es mucho más sabia que todos ustedes.

—Es extraña como tus pájaros, ¿no es así, mi amor?

Y Tránsito dobla la servilleta con manos que tiemblan. Tránsito es la que más hurga bajo mi techo por desvanes, reposteros y pasillos. Nunca fue linda. Demasiado delgada tal vez, demasiado tímida, como Estela, demasiado austera. Por sus venas frágiles, la sangre corre lenta. Poco sabe de las grandes capitales, poco de la vida que estalla en un siglo apresurado. Tiene ojos oscuros y manos parecidas a las de esos santos polvorientos y policromados, siempre como en eterna plegaria. Cuentas de madreperla acarician sus dedos huesudos, que remiendan casullas recamadas de hilos de oro, o viejas prendas de la Olla del Pobre; y mientras cose, su mente es perturbada por astrales mensajes que le recuerdan esas pequeñas mesas de tres patas que a escondidas preside. En su corazón, José Manuel lo abarca todo. Frufnú, bostezando en

su regazo, la contempla con sus ojos de pez oriental.

—Por extraña, siento que esta niña pudo ser hija nuestra, José Manuel.

Y bajando la cabeza, Tránsito sonríe con tristeza, mientras Luzmila la mira ofendida.

Las finas patas de las sillas se deslizan por mi cuello. Han terminado. Carmen, con crujiente ruido de almidones, recoge las tazas en silencio.

Los hombres salen a fumar al jardín, frente a las grandes jaulas y entre los naranjos en flor. Un olor de azahares refresca el aire de la primavera. Las hermanas van en busca de Sibila, precedidas por los ladridos de Frufrú y de los dos daneses.

La tarde oscurece los rincones. Siento cómo la vida de los humanos transcurre lenta, cómo la noche baja por el jardín y, penetrándome, me enciende de lámparas. Allá afuera los pájaros revolotean buscando el lugar más tibio, más oscuro, preparándose para dormir. Como cuentas blancas adornadas de rosas, están los diamantes en una sola línea. Las loicas y los chincoles arrullan, y los tordos, con su paso insolente, pesquisan el lugar más cómodo, encrespándose con mirlos y zorzales. Miles de voces se adormecen entre la maraña de arbustos y nidos. La paz se interrumpe de pronto. Es Sultán, el gran danés, que sentado sobre sus patas traseras junto a Morena, su compañera, levanta la cabeza para ladrarle a la noche que llega. En sus pupilas rojas se reflejan las altas columnas de mi galería, la luz de los faroles, los altos y viejos árboles. El animal, al girar la gran cabeza leonada, cambia las imágenes por la del cielo estrellado. En lo oscuro, la presencia del Peumo; bajo él, los helechos y las reinas luisas, los rododendros con sus voces vegetales que saludan a la luna.

Circundada por esa vida arbórea que crece a mi alrededor, me intriga el sordo rumor de las raíces que absorben el agua de la noria, El diminuto mundo reptante me desvela con sus insectos duros y diligentes y sus mariposas sin brillo. Las patas caninas, haciendo crujir mis peldaños carcomidos por la herrumbre y el musgo, me divierten. Logro penetrar en la firme presencia que es Sultán. Es un adentro oscuro, limitado, instintivo. El amor agita su corazón fiel al amo. El hambre y el deseo, así como el temor a posibles asechanzas contra los humanos que habitan en mí, tensan las cuerdas de su garganta, llenándole la cabeza de mordiscos y visiones.

La noche se enseñoera del mundo. El claroscuro de los rincones me recuerda perfiles antiguos, negras sombrillas de encaje, abullonadas mangas de seda, abanicos, penachos, cintas, abalorios y azabaches. La policromía armónica de antiquísimos carruajes arrimados en el último patio despierta, y los veo girar, girar, girar. Siento que los humanos son cifras que se repiten, energía que se transmuta, designio que permanece. No como los pájaros y las flores, los Sultanes y los gatos de agosto, las hormigas y los peces de la pila, que nacen y mueren sin saber por qué. No ambicionan cosas ni necesitan de artificio para ser. ¿Será que hace milenios un hombre y una mujer fueron hormigas, pájaros, peces? ¿Será que vivían sólo piel y huesos, nutrición e instinto? ¿En qué caverna el macho, en vez de rasgar la carne con

uñas y colmillos, trató de introducir entre tendones y arterias el filo agudo de un guijarro? ¿Cuál fue el primer anciano que, mirando el cielo, imaginó venir de esa estrella? Siento en mi eterno Presente que no hay casi diferencia entre ese hombre-mujer de la Prehistoria y esa joven señora que paseó su terror por mis corredores y ese hombre que con sus propias manos cerró la aldaba del cuarto donde Laura se desgarraba la ropa. Sólo Sibila pulsa otra sangre, sigue otros caminos.

Morena y Sultán se han dormido en su casucha. Silenciosa, la vegetación crece.

Subiendo en el intenso calor de la calle, una neblina terrosa me invade. Desde mediados de diciembre hasta marzo, las vacaciones marcan otro curso.

La familia está instalada en los automóviles, un Packard y un Hudson. Los rostros surcados de alegres preocupaciones. Canastos, paquetes, atados de frazadas, maletas y bolsas resbalan, atestando pisaderas y parrillas.

Los ojos de Sibila, excitados, preguntan: «¿Vienes, casita?»

Demoro en contestarle, ensordecida de gritos, rezongos, golpes de martillos, cerrajerías que se ajustan. «Allá, junto al mar, mi hermana menor te aguardará, Sibila, para jugar contigo.»

Aseguran mis puertas, ajustan mis trancas, cubren con blancas sábanas los muebles, cuentan y revisan todo ante la mirada de las tías. Octavio, el jardinero, junto a Juana, su mujer, que se seca eternamente las manos con el delantal, hace reiterados gestos afirmativos.

—Sí, patrón, no se preocupe. Compré los sacos de cáñamo y alpiste, como usted me dijo. No me olvidaré de la lechuga y del agua corriente.

»Vaya no más tranquilo. ¡Buen viaje, patrón! Que lo pasen bien las señoras.

Los motores se estremecen, la tierra se levanta, chóferes y tíos revolotean una vez más ante radiadores y manivelas, y las Ballesteros, de sombreros y capelinas, parten con gran estrépito a esa playa que yo sólo conozco a través de sus recuerdos.

¡Algo se queda! La torta y los emparedados que hizo la Lolo para el camino.

Sibila, con los ojos brillantes en un mudo adiós, saca la cabeza por la ventanilla, con las rojas trenzas al viento. El lugar de destino se confunde en su reciente experiencia. Espacios inmensos, sol, cielo, olor de mar, de barquillos. ¡Cartagena! Qué palabra difícil. Sibila no la repite, porque se ríen mucho los grandes.

Octavio y la Juana se han ido despacio hasta el fondo de la huerta, donde los esperan sus hijos.

—¿Ya se fueron los patrones, taitita?

—Sí, m'hijo, ya se fueron.

Entonces la Peta corre por las galerías gritando:

—¡Yo, yo, la primera!

—¡A ver quién gana hasta la pieza de la Sibila!

Los perros, inquietos, dan vueltas y vueltas, tratando de penetrarme. Rasguñan puertas y, en dos patas, junto con los chiquillos, atisban mi interior por persianas y ventanales.

La Peta se imagina bailando con todos los vestidos de Sibila, mirándose al espejo, acunando las muñecas de las consolas; el Soplón, sentado en el escritorio de don Fermín, se fuma un gran puro.

—¡Ya, chiquillos de moledera, no ensucien! ¡Ya, mañosos, bájense; miren, los perros no se quieren quedar solos ahora! Y ustedes, váyanse para adentro a ayudar a

la mamá, ¿me oyeron?

Rezongando, se van corriendo hacia la reja. Cansados de buscar a los amos, los perros se echan en el corredor. En la penumbra de los cuartos cerrados, los rumores humanos se aquietan, se desvanecen. Disfruto un dominio total bajo el techo callado y caliente. Por las rendijas sólo el sol pasa sus dedos, iluminando mis pisos recién encerados. A su calor me dilato, estirando mi vieja armazón que cruje. Se detiene el Presente y la brisa trae olor de lilas, almizcle, lavanda. Uno a uno comienzan a llegar. Laura, la primera, las trenzas metidas en la boca, los ojos negros en las negras ojeras, traspasando los muros como si buscara a su hijo. Vestida de largo con su camisón de tocuyo sin adornos, calzando bordadas zapatillas turcas. El segundo es don Félix. Alto, delgado, brillante el negro bigote, cuidada la crespada barba, la partidura del cabello perfecta, almidonada la camisa, relucientes los zapatos de charol. En el salón azul, doña Euduvigis, madre de don Félix, sentada al piano, toca a Chopin con sordina. Doña Euduvigis, la única que podía entrar en el cuarto de la loca sin que ésta se le abalanzara al cuello para enterrarle las largas uñas furiosas.

Estela, en la mecedora del corredor, teje chales de espuma. En el lecho de Luzmila y Fermín, la madre de mis dueñas, doña Carmelita, retoza como niña, sin anillos, ni mostacillas en el camisón. Seres astrales cuyo secreto no puedo revelar. Y entre ellos, los mil habitantes nocturnos que salen a rondar.

En vigilia espero. El tiempo se repite un día y una noche noventa veces.

Una mañana de marzo, Sibila cruza corriendo mi umbral. Corriendo choca contra la mampara, asustando a Ondina, que duerme. Corriendo entra en el patio de huevillos empolvados y resacos para hundir sus manos oscuras de sol en el agua. Así saluda a los peces de la pila de mármol, mientras los tíos y la servidumbre comienzan a habitarme otra vez.

La niña, curiosa, me invade, y yo la acojo con alegría. Detenida en la penumbra del salón azul, se sienta en el sofá de raso color pan, bajo el cuadro del abuelo Benjamín, que ejerce en ella una extraña fascinación. Entonces yo le cuento cómo Ellos volvieron y cómo el olor de lilas perfumaba el aire. Cómo corretearon las lauchitas de ojos como cuentas por los respaldos de las camas gemelas de Tránsito y José Manuel; cómo los grillos rasparon alborozados con sus duras antenas la oscuridad olorosa de los cajones de tía Luzmila; cómo jugueteó el sol entre rendijas y celosías. Cerrando los ojos, siente mi presencia, y a su vez me habla del mar y de la arena milenaria, de su amigo el Sol, de las gaviotas voraces y de las Conchitas de nácar, y de esa hermana casa que no sabe contar historias. Sibila sueña en este aposento vivo, brumoso por el polvo detenido, enriquecido de presencias, y mirando al techo suspira. ¿Cómo será ese mundo misterioso de allá arriba? ¿Ese altillo adonde no la dejan subir las tías? La escalera es tan alta, tan alta y transparente. Un día llegó hasta la mitad. Lo peor fue el grito de Luzmila. ¡Qué miedosos son los grandes! «Cuando cumpla seis años voy a subir sola, y de noche. ¡Te lo juro, Casa!»

Cómo le late el corazón a la niña de sólo imaginarse allá en lo alto, cómo la

perturba el mito: «No subas, allí vivió Laura la Loca...» Eso le ha dicho Mama Aurora, santiguándose. Duendes, hadas, demonios, almas en pena, todos juntos allá arriba.

La tranquilizo. «Nada te hará daño. LUZ te protege.»

A lo lejos, por el corredor, los gritos de Mama Aurora.

—Sibila, Sibila, ¿dónde estás?

Huyen los bichos, se esconden los duendes de la infancia, se esfuma la leyenda. El abuelo Benjamín no es más que una pintura viejísima.

Sentada sobre los talones, frente al ropero de caoba del cuarto de guardar que fue de Laura, Sibila cree percibir el murmullo de una conversación. Entre las ropas de verano y las sábanas bordadas, olorosas a lavanda, las muñecas se cuentan historias en voz baja. Ellas no le temen a la oscuridad como los niños humanos.

Desde el interior de su infancia solitaria, la niña necesita que esas muñecas de paño y estopa, de ojos de vidrio y pelucas de seda, despierten de su letargo para jugar. Quien manda en todas es una vieja y sucia muñeca de china que la Carmen encontró en el desván con el descolorido pelo tejido de telarañas y polvo y el traje de seda deshilacliado. Le susurró que fue un regalo de don Félix para Laura la Loca.

Abre el ropero y allí están, de pronto enmudecidas: la holandesa con sus zuecos, la de los ojos que se cierran y se abren, Pepito, el del mameluco de pañolenci, y su oso de felpa desteñido y tuerto. Mi niña se levanta con los brazos llenos de muñecas y el corazón alegre, y mientras juega con ellas una y otra vez a las visitas, al doctor, al colegio, llega la noche, y con ella el comer esa sopa demasiado caliente, lavarse las manos para ir a dar las buenas noches a los tíos, desnudarse friolenta, meterse entre las sábanas y rogar que Aurora se vaya y la deje sola.

De pronto el cuarto se ilumina de nocturno sol. Es el Rojo, que se la lleva hasta el amanecer.

El Pasado se hace Presente, y con la lluvia de junio llega sorpresivamente la señora Olga Schmidt de Ballesteros, viuda del hermano Julio, que se ha muerto en el sur.

—Venimos de pasadita no más, para darles la mala noticia. Para que el Nano y la Bárbara conozcan a las tías.

Y en esa «pasadita no más» se quedarán cinco años.

Rubia, bajita, hija de alemanes, modesta y alegre, la tía Olga trae mil anécdotas del tío Julio, del sur y de los lagos. Su hija Bárbara es alta, pálida, con los largos cabellos cubriéndole la espalda como un chal de seda amarilla. El Nano es negro, flaco y feo. Ante estos sorpresivos primos que ya presentía, siento reaccionar violentamente a Sibila. Vienen a usurpar sus dominios. De inmediato, los odia.

Al día siguiente a la llegada de la tía Olga y sus hijos, Sibila desaparece. Los tíos, la servidumbre, los perros inquietos y los recién llegados me recorren de huerta a jardín, de arriba abajo. Gritan, llaman, suplican, y nada.

—Pero señora, si no es la primera vez que desaparece la niña. ¡No lo sabré yo, con los sustos que me hace pasar! Ya aparecerá, no se preocupe —responde Aurora a una tía Tránsito histérica.

Aparentemente furioso, Fermín sale a recorrer el barrio acompañado de Humberto, que le maneja el coche. José Manuel se va a pie por la calle del Monte Carmelo, recordando perplejo el pasado domingo, en que la niña de pronto le gritó colérica y llorando: «¡No quiero que lleguen esos niños, Tata, no quiero!», y él pensó

que serían los chiquillos de la vecina. Octavio y sus hijos la buscan por el fondo de la huerta, en el canal y bajo los arbustos. No se ha escondido entre los viejos engranajes del Molino. Él me lo transmite mirando a lo lejos.

Entre nerviosas llamadas telefónicas a los carabineros y regaños a las empleadas, las tías trajinan aterradas por mis corredores. Tía Tránsito reza, concentrándose para adivinar el escondite de la sobrina. Invoca a los espíritus y, encerrada en su cuarto, pretende caer en trance.

—Ay, Tránsito, con esos disparates no aparecerá. ¿No la habrán robado? ¿Y si fuera el desgraciado de su padre?

—Ten confianza en Dios, hermana. Sibila está muy cerca; lo sé, lo presiento.

—Estás cada día más loca, hermana.

Discutiendo, salen a la vereda, y ante la calle desierta miran al cielo angustiadas.

Atada de puertas ventanas, detenida en mis viejos cimientos, recurro al Molino, que desde su alta torre puede divisarlo todo. Allá va Sibila. Se acerca a la orilla del río, que corre silencioso entre los adoquines y las grandes piedras. Sueña, mientras sus ojos curiosos observan las barrosas aguas. Un perro ahogado, una naranja, una cacerola, un tronco, un cajón. La niña imagina que llegará su padre, el Rojo, para protegerla de la calle, de la oscuridad y del frío. Él le ha dado valor para irse de la casa. Fue tía Tránsito quien le dijo a esa chiquilla que podía dormir en su pieza. Muy prima será, pero su pieza es suya, sus secretos son suyos y nadie puede descubrirlos. No va a permitir extraños en su cuarto, porque el Rojo y la señora no volverán a visitarla y los juguetes se quedarán quietos en las consolas y Ellos no saldrán por el espejo para contarle historias de hadas y de planetas. Allí, por el río, vendrá el carro de fuego convertido en barco para llevársela lejos, donde nadie la encuentre jamás. De pronto estalla en sollozos, que van aumentando a medida que las sombras crecen. «¡Casita, carita, no dejes que ellos se queden! ¡Qué malo es el padrino, que no viene a buscarme!»

Abriendo de par en par mis ventanas, diviso allá en la esquina el automóvil de Fermín. La niña, al verlo, siente que su rebeldía renace, y pegada al muro gris se mimetiza con él. Es el Molino el que me lo transmite.

Humberto detiene el Hudson junto a la solera y el caballero se baja enérgico. Camina despacio, haciéndose el que la busca abajo, entre la corriente. Pero acercándose de pronto, la enfrenta, y con fingido asombro la toma de un brazo.

—¡Ah, estabas aquí! ¿Qué significa esto, Sibila?

Arisca en un principio, la niña se va entregando, hasta quedar entre las rodillas del hombre, que acoge las pequeñas manos heladas en las suyas.

—¿Crees que una niñita buena como tú tiene el derecho de asustar a sus tíos en esa forma, a sus tíos que la quieren tanto? Estamos todos muy enojados, señorita.

Mientras suben y se acomodan en el automóvil, la sobrina cuenta al tío su pequeña tragedia y su humillación.

—¡Prefiero dormir en la calle antes que con esa Bárbara, padrino!

—¡No sea egoísta, niñita! Son tus primos y debes compartir con ellos, que son pobres, lo que Dios te ha regalado.

Sibila, sonándose con el pañuelo de hilo de Fermín, piensa que el tío tiene razón, pero ella no puede decirle por qué no quiere dormir con Bárbara ni con nadie. «Sólo yo y tú, casa», me dice mentalmente, y yo la comprendo.

Cariñoso, el hombre me la devuelve, y las tías y Aurora la abrazan con gritos de alegría, olvidando el enojo y la angustia. La miman, la atiborran de caldo caliente y torta, y luego la acuestan en su camita tibia y blanca.

De espaldas en el lecho, dueña absoluta de su cuarto, ya que todo lo han arreglado las tías discretamente, Sibila recuerda la calle, el río, esa aventura en que por primera vez avanzó sola por el mundo de afuera. Descubrió caras y cosas nunca vistas antes, cuando paseaba de la mano de Aurora. Sufrió el temor delicioso de doblar una esquina desconocida, de correr sobre los muros bajos sin que la obligaran a bajar bruscamente, de arrastrar los pies y llenar la calle de tierra. «La calle es maravillosa como tú», me dice. «El mundo es como la calle, mi niña», le digo. El sueño la desconecta.

En el silencio de mis habitaciones siento las voces de Fermín y Luzmila, que, al desvestirse, comentan la huida de la sobrina. La pareja, en sus nocturnas ocupaciones, se mueve de acá para allá, entre un abrir de cajones, armarios y cuartos de baño. Rutina inconsciente y tranquilizadora. La mujer se acuesta rendida.

—¿No crees, Fermín, que Sibila es una niña bastante curiosa? Mira que arrancarse de su casa a la calle, y de noche. Yo me habría muerto de susto a su edad. Además que nadie le impuso nada, se lo dije a Tránsito. Sólo le pedimos prestada su pieza por una noche. Eso fue todo.

El sueño los sorprende tomados de la mano. Penetro en sus mentes y revivo con ellos esa juventud lejana. Luzmila recuerda cuando, en un banco de la Plaza de Armas, él le tomó la mano por primera vez. Cómo latía su corazón.

Fermín siente su contacto suave y helado como si fuera ahora. Mano dulce, tímida. Ese primer contacto fue un sí para la eternidad. Hoy el hombre percibe en su dormida sexualidad esa urgencia de poseer, de sentirla suya, de saberse todavía viril, y sublima en ese contacto cotidiano un deseo que ha sabido controlar en treinta años de intimidad. Es tarde, ha sufrido, y debe dejarla dormir.

El matrimonio Bascuñán duerme, también agotado.

Dos piezas más allá, a través del silencio oscuro de su cuarto improvisado, siento que, rodeada de recuerdos que ha traído del sur, la señora Olga se desviste cuidadosamente, cansada de tanta angustia y preocupación. La niña se fue a la calle por su culpa. Deprimida, teme que la presencia de ella y de sus hijos en esa casa sea un problema para las cuñadas, que la han acogido con tanta generosidad. Yo, que leo en su corazón solitario, hambriento de familia y de pertenencia, sé cuánto le duele la escapada de Sibila. Acomodándose entre las sábanas frías, la mujer quiere dormir y no pensar, dormir y no recordar. No fue feliz con Julio, pero lo que tenía era suyo. Su

marido fue un buen hombre, romántico, jugador y bohemio. Todo lo perdió, las tierras, la casa, los ahorros. Con su muerte repentina vinieron la pobreza, el desamparo, las deudas de juego que pagar y el miedo. Va a ser duro para sus hijos vivir de allegados. Con las mejillas húmedas, la señora Olga recuerda las palabras de Bárbara: «Trabajaré, mamá, trabajaré para irnos de aquí.» Y su propia voz, que ocultaba las lágrimas, la angustia que la roía: «Eres muy chica todavía para trabajar; ten paciencia, ya cambiarán las cosas.» Ella había comenzado a trabajar en el fundo de su padre a los trece años. No quiere que su hija pase por lo mismo, no puede olvidar las lágrimas que vio en los ojos azules...

Al fin se duerme, mientras yo la acuno suavemente.

El primer timbrazo de la mañana me hiere, y Carmen llega silenciosa para llevarse un pantalón mal planchado que Fermín se ha negado a ponerse. Sentado al borde de la cama, en calzoncillos a rayas, espera leyendo La Nación: «Inesperados acontecimientos han permitido que aparezca este diario tras diez meses de silencio...» Ojea los títulos más destacados: «Grandes Proporciones Alcanzó el Comicio Popular de Adhesión a la Junta de Gobierno.» Conclusiones del Comicio: «Que la Junta Revolucionaria proceda de inmediato al armamento de las organizaciones de los trabajadores. Radicalización del movimiento, para dar representación a las fuerzas populares. Hacer efectivas las reivindicaciones económicas para que los trabajadores apoyen la revolución y la burguesía tenga la sensación de caída...»

—Mala se pone la cosa... Pero tiene razón la Junta Revolucionaria. ¿Hasta cuándo van a marginar al pueblo de la política? Alguna vez tienen que comenzar a pensar solos.

Luzmila se ha quedado pensativa. ¿Serán ellos esa burguesía?

—Si la Carmen no se apura con mis pantalones, me voy a perder lo mejor de la reunión. Todavía tengo que pasar por el banco.

El timbrazo me saca del recuerdo de aquellos tiempos en que esa burguesía me llenaba de reuniones y bailes, de candelabros y bandejas rebosantes. ¿Burguesía, clase media, clase alta? Altivos seres los humanos. Caprichosa organización la de sus sociedades. Yo veo las instancias ocultas, las que preparan el advenimiento de un orden nuevo, nacido del Espíritu.

Al fin vestido, Fermín va por mi corredor, gastado por otras pisadas que, como las tuyas, fueron día a día al trabajo cotidiano.

Llevado hasta el centro por el gran Packard que maneja Humberto, se dirige primero al Banco de Chile. Camina airoso, con su bigote perfumado, su calañé de invierno, su puro y sus ideas políticas avivadas por la lectura de La Nación, que luego esgrimirá en el Partido para dar la contra a sus colegas radicales. Sus ojos vagan por entre las gentes de ese Santiago de 1932. Un hombre de cabellos rojizos le hace recordar la conversación de esa noche con Luzmila, y mentalmente estalla. ¿Quién diablos es el padre de Sibila? Se lo ha preguntado un millón de veces. A pesar de todas las averiguaciones que se hicieron cuando la gravidez de Estela fue evidente, sólo se logró saber que parecía ser griego y que lo llamaban el Rojo, por su pelo colorín como el de Sibila. ¡Maldito! Ni que se lo hubiera tragado la tierra. O a lo mejor está preso. En la pensión de la Población Los Gráficos le dijeron que se había marchado a Valparaíso, para embarcarse, seguramente. En la pensión quedó una firma ininteligible, un número de carnet y una chaqueta de terciopelo raída. Con ese número, se fue a la comisaría del barrio. No lo encontraron en los registros. Nada en el Civil. Nada en el consulado griego. Un ser inexistente. Sin amigos, sin deudas, sin

anécdotas ni identidad.

Recuerdo esa tarde en su recuerdo. Luego de encerrarse con José Manuel en su escritorio y darle cuenta de sus frustradas pesquisas, llamó a las hermanas, mis dueñas.

—Así es... No sabemos ni sabremos nunca quién fue ese hombre. Si no fuera por el embarazo de Estela y esta chaqueta, se diría que todo fue mentira. A no ser que la cuñadita nos haya engañado.

—Mejor será olvidar el asunto —dijo José Manuel, acomodándose en el sillón—. El hijo de Estela será nuestro hijo. A mí me parece maravilloso.

Encogiéndose de hombros, Fermín se levantó con la chaqueta en la mano, mientras las hermanas lloraban sin ruido.

—Hablaré con ella, a ver si tengo más suerte.

La recuerdo frente a él, sentada en la silla de balance del escritorio, las manos apretando convulsas la chaqueta contra el abultado vientre, y la mirada perdida entre el techo y la ventana. La sentí hosca, ajena, empecinada. Lo escuchó mirándolo entre nubes, silenciosa. Exasperado, Fermín le gritó por primera vez.

—¡Estela, por tu propio bien, te exijo que me digas cuál es el nombre del padre de tu hijo! ¿Me oyes?

Entonces Estela, sorpresiva, furiosa, le lanzó a la cara:

—No me importa quién sea, ni adonde se haya ido. Era un hombre maravilloso. Lo querré siempre, y volvería a hacer lo que hice mil veces. Es mejor que todos ustedes. No voy a hablar más con nadie del asunto.

En el recuerdo de Fermín la escena reaparece con toda su violencia. ¡Vaya con la cuñadita! Tan tímida, tan callada, tan frágil. Jamás creyó que se comportaría así con él. Jamás imaginó que algo así le podría pasar a ella. Mientras se dirige al banco, reflexiona que peor habría sido que el tal Rojo se la hubiera llevado lejos. Regalona e inútil como era, quién sabe en qué habría terminado la pobre. Pensándolo fríamente, fue mejor así. A su manera, tal vez fue feliz. A ellos, Sibila les ha regalado una vida nueva. Tránsito dice que así estaba escrito en los astros... Y entre las gentes y los saludos de empleados y amigos, Fermín hace hora en el banco para ir a la asamblea del Partido, que se reunirá para discutir los graves problemas que enfrenta la nueva Junta de Gobierno.

Como a las dos de la tarde, Fermín sale de la sesión, riéndose socarronamente. Ahora ya saben los colegas cuál es su pensamiento y cuál será el apoyo que dará a la nueva junta. En el trayecto comenta con Humberto, que lo escucha sin atreverse a dar su opinión.

—Y a ti, ¿qué te parece esta república socialista?

—¿Yo, patrón? Poco entiendo de política. Parece que la cosa se pone mala. Siempre le echan la culpa al pobre, ¿sabía usted? Dicen que los tranvías van a parar a las tres, en apoyo a la Junta. ¿Será cierto, señor?

—Eso dice el diario, Humberto, pero sólo será por unos minutos. Y te vuelvo a

decir que me gustaría saber qué piensas tú de todo esto. Algo oirás entre tu gente, ¿no es así?

—Bueno, como le dije, el pueblo es el que pierde siempre en estas roscas políticas... Yo sólo quiero continuar con mi trabajo y no dar problemas.

—Deberías interesarte un poco más por lo que pasa en tu país. Ahora apurémonos, que Luzmila debe de estar preocupada. Son más de las dos, ¡y tengo un hambre!

Y la risa estremece los bigotes del hombre. Arrellanándose en el asiento, prende un habano mientras mira el reloj de oro que cuelga de su chaleco a cuadros.

Habitantes sureños en mí. Sus mentes, prisioneras de recuerdos que no capto todavía. Lugares, vivencias, hábitos desconocidos, tristeza.

Poco a poco el Nano va dejando entrever tras su flaco pecho y sus ojos negros una fantasía inagotable que, noche a noche, entre historias de hadas, vampiros, princesas, embrujados castillos, y correteos primaverales por patios y jardines, conquista a Sibila.

Bárbara es otra cosa. No comprende el idioma infantil de los primos ni le interesan sus juegos ni sus miedos. No comparte el lenguaje con que se comunican conmigo en el silencio de sus sueños alucinados. Se ocupa en coser interminables polleras y en peinarse el largo pelo rubio en una cola de caballo tan larga, tan larga, que es la envidia callada de Sibila y la admiración de su hermano. A escondidas, lee novelas prohibidas de amor de Delly. Sibila presiente que la muchachita guarda secretos. Su prima tampoco es grande, y sin embargo come en la mesa, se acuesta tarde y conversa de igual a igual con las visitas. Va al colegio también. Algo mágico alumbra en su mirada celeste cuando esos amigos del tío la miran. Yo sé que es la sangre nueva, que va diseñando esa forma de niña-mujer. La herencia hace aflorar en ella luminosos ancestros germanos, fuerzas poderosas que la llenan de deseos y temores deliciosos. Bárbara contempla cómo, ciclo a ciclo, su sangre marca el comienzo de esa fecundidad, que sin embargo oculta como un estigma, aunque secretamente se enorgullece de ser ya una mujer para siempre.

Tres días después de haber cumplido los seis años, Sibila sube una tarde al desván con el Nano. La mano blanca en la mano morena, la mano helada de la niña en la ardiente mano del muchachito. El Nano, con sus ocho años valientes, sube primero. Sibila lo sigue, pisando fuerte para espantar a los duendes. Ya frente a la misteriosa puertecita de madera tallada, la niña tiembla, oyendo imaginarios suspiros en el interior. ¿Y si la loca estuviera todavía allí? En fábulas alemanas que les lee tía Olga, se asegura que los locos no se mueren. Instintivamente se cuelga del hombro de su primo, y ambos saltan al otro extremo de la viga que divide el techo en dos. Juntos escudriñan la penumbra polvorienta, atravesada por rayos de luz, en la que dormitan muebles desvencijados, tablas, antiquísimas armazones y un califont oxidado, cubierto a medias por una rasgada cortina de terciopelo rojo. Los ojos de los niños construyen a través de mis tejas viejas, por encima del tiempo y la leyenda, un umbral

propio e insondable, ése de la infancia solitaria, lugar vedado para los adultos, que olvidan ese tiempo en que los juegos prohibidos son parodia del mundo y exploración de sus enigmas.

Sentados en unos pisos cojos, los niños se miran, se tocan, descubriéndose físicamente diferentes, y bajando los ojos sonrían, mientras yo vigilo en la penumbra de diminutas partículas de polvo que el sol de la tarde alumbra.

Un hombre y una mujer en ciernes. Nada más y nada menos. Y jugando a los primos en ese período de aprendizaje que es la infancia, se encuentran como estaba escrito por los Señores del Tiempo.

Las manos de Sibila surcan el aire enrarecido del salón azul. Los pies descalzos, los ojos bajos, pálida, sudorosa. Poco a poco los invitados van apagando sus voces, sus risas, y la música cobra central importancia.

Es el cumpleaños de tía Luzmila.

Ajena a todo contacto externo, Sibila baila. Hay otro ser en ella que la empuja a girar y girar mientras desgarrar el aire o lo acaricia con los dedos, con los hombros, tobillos y caderas finas e impúberes. Tenues estremecimientos percibo en las juntas de mi parquet encerado. Ahondo mi acústica, silencio los crujidos, despido a los fantasmas.

Los tíos la miran entre embelesados y trémulos. Pocas veces se ha entregado así en público. Desde pequeña ha bailado para sí misma, pero esta vez es diferente. Los ojos entornados, la respiración jadeante, tensa, les dicen que esta vez es diferente. Las tías y sus amigas lloran. Los caballeros, un tanto embarazados, siguen los gráciles movimientos.

Termina el disco, y el roce continuo de la aguja hace que Sibila, como si un estampido la hubiera conmocionado, huya a refugiarse en los brazos de su Tata, que se angustia y se enrabia sin saber el porqué.

Los aplausos la sonrojan. No. Sibila no quiere bailar de nuevo, y ante la insistencia, los sollozos estallan violentos. Tomándola en sus brazos, José Manuel se la lleva a su cuarto, con el pretexto de que es tarde y la niña está cansada. Ya en su habitación, las manos febriles en las de su Tata, que se ha sentado al borde de la cama, éste logra calmar los sollozos poco a poco. A Sibila le duele la cabeza, como si una mano de hierro le apretara el mentón contra la frente. Le duele como si fuera a quedar tonta o muda. Fue ese disco que le llevaron de regalo a tía Luzmila, La Valse, de Maurice Ravel. Melodía extraña que la electrizó, que la fue desdoblado, impulsando a descubrir en las profundidades de su niñez una mágica respuesta a su angustia. El miedo, la súplica, la enajenación surgieron de ella, reviviendo vestigios de antiguas encarnaciones. Será bailarina; lo viene sintiendo una y otra vez, desde que asistió a esa función del Municipal con el padrino Fermín y tía Luzmila. Soñó durante semanas con esa tarde de gala, cuando supo que irían a la presentación del ballet de Hans Zulich y su danza libre, inspirada en la técnica de Isidora Duncan. Era la primera vez que asistiría a un estreno. Esa noche tío Fermín no la podía alejar del escenario. Frente al palco de la orquesta, gritaba, y quería más y más. La función había concluido, y la niña, después de aplaudir frenética, lloraba ante las cortinas cerradas, las manos juntas, los ojos desorbitados.

—¡Que no se vayan, padrino; que no se vayan, madrina!

Recordando aquello con molestia, el hombre desviste a la niña, la acuesta y se queda a su lado hasta que se duerme.

La fiesta continúa hasta muy tarde. Los mozos del Club de la Unión que contrató

Fermín van apilando en el repostero las copas, los vasos, los platos sucios, y sirven más torta, alfajores y masitas con el café. Se canta, se baila, y Luzmila, en un precioso vestido verde de chifon, deja todo su repertorio en el piano, herencia de la señora Carmelita, su madre, mientras el Nano, en pijama, oculto tras el moro veneciano y su farol enjovado, la mira en trance, recordando el baile de Sibila. La prima despierta en él una nueva sensación, de desamparo, de rabia y de celos. La prima es suya, y hasta ahora había bailado sólo para él. Es su reina, su Salomé bíblica. A nadie más que a ella le ha confiado sus secretos de niño sin padre, de niño sin casa, de hambre y de soledad. Mirando cómo bailan los invitados, sueña el muchachito que va corriendo de la mano de Sibila por los bosques sureños, por los campos sureños. Los acompaña su padre, y los tres se ríen de todo y de nada. Galopan por las carreteras mojadas por la lluvia con sus compañeros del Colegio Alemán: el Hans, el Nicky y el Jung. Juega en la plaza con esas niñitas rubias, coloradas y gordas, tan distintas de la prima Sibila. Cansado, aburrido, se va a su cuarto. Tiene los pies helados y no puede dormir. Siente una necesidad imperiosa de verla, de hablarle. Se levanta y, en puntillas, como un gato, cruza el corredor hasta la blanca habitación de la niña. Por la puerta entornada pasa la oscura cabeza. Sibila duerme. La lamparilla del velador enciende sus mejillas pálidas, su rojo pelo revuelto, sus párpados de pestañas cobrizas. Se queda largo rato mirándola, sin atreverse a despertarla, hasta que un ruido de pasos lo hace ocultarse tras una maceta de helechos y luego huir con el corazón retumbándole en los oídos.

En la habitación contigua, que era el cuarto de juegos de Sibila, Bárbara, que durante la comida, muy elegante en su traje de terciopelo azul con cuello de encajes color té, ofreció bebidas y bocadillos a los invitados, yace de espaldas en el lecho, a oscuras, y tampoco puede dormir, porque no es una niña como Sibila. Le habría gustado quedarse hasta el final de la fiesta.

Todo en la pequeña pieza la fastidia: el papel celeste y rosa, las cortinas viejas, herencia del cuarto de soltera de tía Tránsito; la colcha a crochet que tejió Luzmila, no para ella; los cuadros: un gato gordo y maligno, una rosa blanca... Nada realmente suyo, nada elegido por ella como en su cuarto allá en el sur. Cierra los ojos y las lágrimas mojan la almohada hasta adormecerla.

Arriba, en la oscuridad polvorienta de mi desván, por un agujero hecho mañosamente en el soporte de la lámpara central, unos ojos oscuros la miran estáticos. Después de ver bailar a los patrones, de tomarse los restos de los tragos, el Soplón, resoplando en cuatro patas, la ha visto desnudarse, recorrer la habitación impudicamente, tenderse en el lecho y apagar la luz. Las venas del cuello le estallan. Sobre su lomo sudoroso, Laura galopa a horcajadas. Sus dedos mentales lo incitan, lo asfixian, mientras aúlla maldiciones. El muchacho descarga su deseo en un goce solitario y rencoroso que me ensucia de vibraciones maléficas. Allá abajo comienzan a irse los primeros invitados. Las luces se apagan y los tíos se encierran en sus cuartos, comentando en voz baja la noche y el baile de Sibila.

Las cortinas corridas, un olor de tabaco y de perfume francés, la tenue luz de la madrugada filtrándose por las celosías del salón azul, hacen surgir nítido el rostro angustiado de mi niña en danza, haciendo vibrar mi vieja estructura con cadencias y vértigos cuyo significado sólo yo comprendo. Sólo yo y el Molino, porque se lo dictan los Señores del Tiempo.

Allá en los reductos de la servidumbre queda el comentario de la Mama Aurora y de la Lolo.

—¡Eres una vieja mala, eso es lo que eres! ¿Que no te das cuenta de que la niña puede llegar a ser una artista? A lo mejor le viene de su padre esa habilidad, mujer.

—¿Habilidad lo llamas tú? Sinvergüenzura, diría yo.

Con el ajetreo de lavar platos y ordenar, la conversación muere en el cansancio, y se van a acostar, mientras en la casita de la huerta, en la penumbra del único cuarto, el Soplón llora de rabia y la Peta se muerde los labios pensando que se quedó con el traje de los domingos y no la dejaron ver nada de la fiesta.

—¿Qué tiene, m'hijo?

—Me cayó mal el licor. Me mareó la música.

—Duérmase; los hombres tienen que aprender a aguantar el vino.

¡Me cargan Laurel y Hardy! Prefiero lavarme la cabeza.

Ardiente imaginería estriando el cerebro de Bárbara, pálida rosa gris; escenas de pasión, de odio, de amor en éxtasis y anonadamiento. No va a soportar una matinée del Teatro Real con ridículos personajes y risas estridentes de colegiales en vacaciones.

Con un beso desganado, se despide de su madre y de su hermano, que le hace muecas.

—Me da pena que te quedes sola, hijita. Pero como quieras. Acuérdate de secarte el pelo al sol.

La pareja cruza la mampara donde Ondina, con los ojos bajos, vibra suavemente.

Quisiera advertirle a la señora Olga que no se vaya, que Ellos están aquí. Que el viento cálido del verano trae un mensaje hermético.

Con fastidiados pasos, la muchacha comienza a recorrer mis cuartos. El de tía Luzmila, poblado de cajones misteriosos, que hoy tiene olor de lilas... Doña Carmelita se yergue ante la niña, que la traspasa indiferente. El de Tránsito, con mesitas llenas de libros de magia, de historias de santos y aparecidos, que esa tarde la cercan en una ronda de humo. Abre el despacho en penumbra de tío Fermín, lavanda y tabaco rubio, en el que don Félix se mece entre colecciones de pipas, candelabros de bronce y estantes repletos de libros, apretados de arriba abajo de los altos muros. Con un escalofrío vuelve a cerrarlo y va en busca del alegre dormitorio de Sibila. Saca una a una las muñecas, que, ordenadas en la alta consola, la miran con un reproche de cristal en sus ojos fijos. Demasiado grande la prima para jugar con ellas, se burla, mientras las acuna bailando por el cuarto. Lo que más le gusta es trajinar el ropero de nogal pintado de blanco con flores azules, y mirarse en el biselado espejo de cuerpo entero. Con nervioso gesto abre la puerta y se contempla, sin sentir que la cogen de las trenzas rubias. Sólo su imagen se refleja en la luna alargada. Levantando los brazos, inventa mil peinados que la presencia irradiante de Estela destrenza. Desabrochándose la blusa de hilo con ademán teatral, descubre sus hombros frágiles, el blanco tibio de su escote; mide la brevedad de su cintura con las dos manos y... de un salto sale al corredor al oír el teléfono. ¡Ojalá sea su amiga Lucía! Ojalá venga a tomar el té con ella, para mostrarle el libro que encontró en la biblioteca de tío Fermín y leerlo juntas, ahora que estarán solas. Número equivocado. Enrabiada, se encierra en la sala de baño y se desnuda a medias mientras echa a correr el agua, quedando en un breve calzón color té. El dinero que le da su madre se lo gasta en lencería fina. ¿Para qué? ¿Para quién? Se moja los cabellos, y el agua tibia y la suavidad olorosa del champú de quillay la envuelven en voluptuosa sensación. La espuma adorna de diminutos espejuelos la piel de leche, el cuello flexible, los hombros y los senos de crema tibia. Se lava y se enjuaga, se enjuaga y se lava, hasta que el pelo cruje y brilla. Desenredándose bruscamente, se pone la vieja bata de

chiffon de su madre y sale al patio para secarse al sol. Camina entre los naranjos. El calor y el silencio la inquietan. Para distraerse, se sienta frente a las jaulas y mira volar los pájaros. Un mirlo azul oscuro pisa a su hembra, que se sacude. Diucas, zorzales, canarios blancos, amarillos, naranjas y negros cruzan callados por entre los arbustos en flor y las rejas, como si temieran despertar a algún dragón dormido.

Peinándose una a una las delgadas culebrillas mojadas que le cuelgan a la espalda, Bárbara revive historias de sirenas y barcos encallados, eróticas escenas de princesas encantadas y príncipes que las besan con apasionados labios. Entonces recuerda el libro prohibido y, en temblorosa exaltación, penetra en mí, espantando a los fantasmas que vigilan. En el último cajón de la cómoda de su cuarto, bajo los chalecos, la portada amarilla con letras negras. «El amante de Lady Chatterley». ¿Cómo irá a ser su amante? Lo imagina muy alto, de ojos felinos y pelo ensortijado, ronca la voz. Un día vendrá a rescatarla de este castillo. Castillo embrujado, donde la tienen recluida dos viejas condesas y sus orgullosos consortes. ¡Cómo se pondrían las tías si supieran que ella lee a D.H. Lawrence!

Las empleadas duermen la siesta. Sibila y los tíos se fueron de vacaciones, como siempre a Cartagena, el sábado pasado. Su madre pretextó que este año tenía mucho que hacer, y se quedó con ella y el Nano en Santiago, para no molestar. Dos largos meses por delante, dos meses de calor, soledad y aburrimiento en esta ciudad vacía.

En la embriaguez de sus quince años, Bárbara sueña con viajar, conocer Inglaterra, Francia, Alemania, ser admirada y tener un enamorado, un amante, como esa Lady Constance del libro que sostiene en sus manos.

De espaldas en el banco, las piernas colgando, lee: «Constance tomó la angosta senda que conducía al oculto calvero donde se hallaba la choza. El perro color canela se le acercó saltando de alegría. Vio al guardabosques que se enderezaba desconfiado y escrutaba cautelosamente por entre los árboles. Siempre estaba alerta, prevenido contra los cazadores furtivos y los transgresores... Hallábase en mangas de camisa...»

Un ruido allá en la huerta le hace esconder el libro apresuradamente en el bolsillo de la bata. Se levanta y cruza el jardín hasta llegar a la entrada del segundo patio, justo cuando la familia de Octavio abre la puerta falsa que da a la calle de los Gráficos, todos enfundados en sus trajes de domingo.

—¡Adiós, señorita Bárbara!

Los perros vienen saltando y ladrando a lamerle las manos, y azotan con las colas sus piernas desnudas. La Morena está otra vez en celo. La niña ha presenciado el amor animal, que la intriga y la sonroja.

—¡Adiós, Peta; adiós, Octavio, que lo pasen bien!

Con Sultán y la Morena a la zaga, la muchacha recorre las acequias de la huerta. Todos salen, hasta los sirvientes. Todos tienen un enamorado, hasta los perros. Se agacha a coger frutillas, y caminando continúa la lectura.

«Constance permaneció en cuclillas entre los activos y pequeños pichones.

Lloraba silenciosamente. Sentía que una inmensa soledad la envolvía. Y Parkins, que trataba de alejarse de ella, quedó como preso en un misterioso hechizo. No le era posible separarse de aquella suave y dulce figura femenina...

—¿Está llorando, milady? —preguntó con asombrada voz.» Bárbara levanta la mano para coger un durazno. «Ella asintió en silencio, sin moverse, mientras la cascada de sus cabellos sueltos le cubría el rostro. Parkins miró a la figura vencida y, casi sin saber lo que hacía, se puso en cuclillas frente a ella, con las rodillas muy separadas. Posó una mano suavemente sobre la curvada espalda. Ella continuaba llorando y respirando anhelante... Despertó en él un deseo tan inmenso que se puso de pie, e inclinándose sobre ella, la levantó en sus brazos... Y Constance, apretada contra el cuerpo masculino por el dulce dogal de los fuertes brazos, vio por un segundo fugaz la brillante dilatación de sus ojos... Y ella pensaba: «Sí, cederé a él, ¡seré suya...!»»

Con el corazón agitado, Bárbara se pregunta: ¿cuándo conoceré el amor, ese amor que salta en el libro a cada página, a cada frase?

Deseo, temor, curiosidad, le produce el mundo del hombre, ese ser antagónico, tan distante de su todos los días. Vuelve a sumergirse en las páginas prohibidas, la espalda contra el Magnolio que la refresca. «Y en aquel momento, por primera vez en su vida, la pasión despertó en su ser. De pronto, en las profundidades de su cuerpo, donde antes no había nada, se agitaron dulcísimos estremecimientos. Extraños y crecientes sonidos como campanillas repicaban dentro de su cuerpo, la fueron llenando de un éxtasis cada vez más sublime, y oyó y no oyó sus propios y delirantes gemidos...»

Como atraída por un conjuro, Bárbara levanta la mirada y se ve cogida por dos ojos negros que al encontrarse con los suyos claros se desvían disimulando. El guardabosques. Ojos que la han espiado absortos toda la tarde.

—Y tú, ¿no saliste hoy?

—No, señorita, me quedé para recoger las últimas frutillas, antes de que se pierdan.

La muchacha cierra el libro, provocativa.

—¿Me cogerías unos limones para enjuagarme el pelo?

—¡Ya, patroncita!

El muchacho la mira de reojo mientras su corazón galopa, mareándolo. Ágil, subido en la escala de podar, remece con fuerza el limonero y la fruta cae a los pies de la niña, que admira los brazos musculosos al inclinarse a recogerla, dejando entrever el comienzo de sus muslos largos.

—¿Le ayudo, señorita?

Las manos morenas se rozan con los dedos albos, y una sonrisa de dientes grandes cruza la cara del Soplón.

—Entonces, ¿te gusta tocarme? —preguntó él en voz baja, tuteándola por primera vez.

«¡Sí... es hermoso tocarte... es divino tocarte! —dijo ella como en un gemido...»

—¿Y la señora y su hermano, señorita?

—Se fueron al cine.

En un segundo de miedo, la niña comprende su error. Pero es tan inofensivo el Soplón. Tan diferente de Parkins, el guardabosques.

El muchacho sabe que Aurora y la Lolo duermen, que tienen el sueño pesado. Nadie para impedirle contemplar a la señorita Bárbara a su gusto. ¡Chitas que es linda la patroncita!

Tiemblo. ¿Cómo prevenirla? La mujer que crece en ella despierta a la urgida excitación del muchacho. Sacude la cabeza y los rubios mechones húmedos azotan la cara cercana, tensa y oscura. El asombro la suspende como en un columpio de tiempo.

«Y oyó y no oyó sus propios gemidos, mientras las sucesivas olas de aquellos sacudimientos crecían y crecían hasta volverse inmensas...»

Su mirada negra es tan intensa que lo transforma. La niña tiembla. ¡Es él, que ha venido a rescatarla! Los mismos ojos negros, los fuertes brazos en la camisa a cuadros, el olor de bosque, los rizos castaños y duros.

«¿Soy así para ti... como tú para mí? —preguntó él, con el tono lento y cerrado del dialecto. Era evidente que, por el momento, había olvidado toda diferencia de clases... Envuelta en una nueva vida, sintió un nuevo latir a su alrededor...»

Bárbara retrocede, y queda aprisionada contra el tronco áspero del peumo, que desata sobre ella sus pequeños frutos rojos para ocultarla. La bata se abre y sus muslos entrevistos encienden al Soplón. Hipnotizándola, lento como un cazador de mariposas, se va acercando hasta quedar a centímetros del pecho acelerado. Sus grandes manos se apoyan en el tronco que cruje, sobre los hombros encogidos, mientras modula roncamente:

—No me tenga miedo, señorita.

Ella siente que una ola cálida estalla y se rompe en su interior, empañándole los ojos.

El hombre huele fuerte. La niña, a limón.

El cuerpo masculino, oprimiéndola, de pronto quema...

«En las profundidades de su cuerpo, donde antes no había nada, se agitaron dulcísimos estremecimientos.»

La muchacha lo rechaza con las manos, con las rodillas, con la voz.

—¿Qué haces, quién eres?

Sus palmas resbalan por los duros hombros. La boca ancha, ansiosa, cae sobre los labios maravillosos; los dedos se hunden en la cabellera increíble; los brazos la estrechan, soñando, contra el árbol, que vigila un cielo limpio. Vencida de deseo, Bárbara se aferra a esa espalda sudorosa, incrustándose en el personaje de fuego que la envuelve.

Los dedos febriles, torpes, rasgan la bata frágil, arrancan los botones de nácar.

Sabe el Soplón que está soñando, pero ahora sí que no va a despertar.

La camisa burda vuela mientras se tienden en la hierba alta. Los párpados tiemblan sobre los ojos celestes, las pestañas dibujan en sus mejillas una red de oro viejo, los labios abiertos descubren unos dientes de niña.

¿Cómo, cómo prevenirla?

En un solo cuerpo, bruno y blanco leche, terciopelo y sarga, se aman.

Entonces, y sólo entonces, como una súbita tormenta, el aullido de Laura oscurece la huerta, el cielo y el verano, deshojando las flores, pudriendo los frutos, arremolinando el polvo entre mis tejas rotas.

—¡Maldita ramera, que arrastras el nombre de las Ballesteros con un esclavo! ¡Fuera de esta casa! ¡Es tu culpa y la pagarás con el infierno!

En un segundo helado, el grito reprobatorio quiebra el embrujo. Bárbara vuelve a la realidad de lo que está sucediéndole.

Aterrada, violenta, rechaza el cuerpo jadeante, con asco, con odio, con furia culpable.

—¡Socooooorooo! ¡Maaama Auroora! ¡Veeengaaan, veeengaaan!

El Soplón, sonámbulo, cae de espaldas sobre un guijarro cortante. El dolor lo despierta mientras la niña grita, enronquecida de sollozos.

—¡Socoooooroo! ¡Ayúdeenmeeee, ayúdeenme!

El muchacho comprende tarde que no es un sueño.

La Lolo y Mama Aurora despiertan sobresaltadas por los gritos y corren hacia la puerta, tropezando. El Soplón huye vistiéndose a medias, mientras las dos sirvientas llegan sofocadas al pie del peumo y encuentran a Bárbara llorando a gritos. Con una mano sobre sus senos agita la otra ante sus ojos, ensangrentada.

Histérica, es conducida a su cuarto por las mujeres, grises de miedo, sin saber cómo afrontar lo que se les viene encima.

—¡Maldita sea! ¡Hacía tiempo que me lo esperaba!

Aurora maldice entre dientes flojos.

—Demonio de chiquilla, diría yo —gruñe la Lolo—. Un hombre no puede solo si la mujer no quiere.

Entonces la llave abre mi puerta trémula, y doña Olga entra riendo y comentando con el Nano.

—A mí me gustó más cuando se subían por la cuerda... Y alegres, cruzan el umbral, sin ver que Ondina llora.

El hecho se calla, y Bárbara y su madre, dejando al Nano con las mamas, desaparecen en un viaje al sur antes que los tíos regresen. El Soplón se aleja, y sus padres cuentan que en el centro encontró un trabajo mejor.

Al volver Sibila de aquel transcurrir cerca del mar, inmensidad que no comprendo, revivo en mi mente esos soliloquios con los que allá recuperaba mi presencia, eterno espejo de sí misma.

«¿Sabes, casa?, el gran automóvil de los tíos corrió por el camino empolvado, mientras a ambos lados de las ventanillas los campos iban levantando un muro multicolor. La vista caía en una cinta tan larga, tan larga, que parecía dar la vuelta al mundo. ¿Te das cuenta? El Tata y el padrino durmieron todo el viaje, y ellas, habla que habla, no vieron nada. El auto parecía engullir el camino y al mismo tiempo huir de esos dragones mecánicos que pasaban bufando a su lado. Me habría gustado no llegar a ninguna parte y seguir volando, volando para siempre. Que no anochezca y que los dragones de metal sigan galopando por comarcas encantadas que tú no conocerás jamás.

La velocidad y esas voces que repiten y repiten me aburren y me duermen también. Despierto de pronto sobre Cartagena; iluminada por el sol de enero, la diviso con sus torres y parques, ramblas y terrazas, al fondo del camino que serpentea por los cerros. Parecía que caíamos al mar, verde y acero. Bajamos como una exhalación, y allí se abre la Playa Grande, con gaviotas, roqueríos y arena gris brillante como plata oxidada. El padrino cuenta que Cartagena fue construida imitando a Biarritz, un balneario al otro lado del mar. Para mí, un pueblito de cuentos, casi. Al fin llegamos frente a tu hermana menor, con sus terrazas sucias y sus ventanas cerradas. El automóvil se detiene resoplando. Se despiertan los tíos y comenzamos a bajar maletas y canastos. Subimos las escaleras, llenamos cuartos, corredores y salones para despertar a esa hermana tuya, muda y marina.

El resto del día se lo pasan los tíos y las empleadas cambiando cosas de acá para allá y abriéndolo todo, mientras yo, acodada en la ventana de mi cuarto húmedo, saludo al mar de la tarde. Mañana temprano iremos a la playa, y hay que acostarse. De espaldas en este otro lecho, más duro y más frío, le pregunto a tu hermana cosas que ella no sabe contestarme. Me duermo con la voz del mar, que murmura al otro lado de la calle, y la ventana abierta hace flotar la fina cortina de gasa que cubre mi lecho para que no me piquen los mosquitos. Me imagino ser una princesa embrujada y no sé si estoy soñando.

Amanece un día luminoso. Salto de la cama para descorrer las cortinas y vestirme rápido. Corro escaleras abajo toda de amarillo, atravieso la calle y, saltando la baranda de la rambla donde pasean señoras de sombrilla y niños vestidos de marinero, caigo a la arena sin romperme nada. ¡La arena, por fin la arena! Es que tú no sabes cómo es esa arena. Sólo esos granos finos que caen en tu suelo te dan una mísera muestra cuando de vuelta sacudo mi ropa de playa. Aquí hay miles y millones de miles. Dicen que la playa tiene más de diez millones de años. Me revuelco en ella con los brazos abiertos hasta que me duelen. A lo lejos, los tíos y las tías gritan,

llamándome. Vamos todos por la playa bordeando la espuma. Salado merengue con gusto a yodo.

Mientras las tías se desvisten en las casetas, de bruces, apoyada en los codos, miro y miro el mar. No quiero bañarme todavía. Lo miro por un millón de años, casi el tiempo de la arena. Me gustan los espacios abiertos, el horizonte limpio, el viento marino que enfría. Corro hacia las olas, y mis pies van dejando calcos perfectos en la arena húmeda. Con la punta de los dedos desnudos voy dibujando un círculo de un pie al otro pie, un ocho y otro ocho. Me alejo. Las voces de los tíos se pierden en la niebla salada que dejan las olas. Camino, salto, y allí están las rocas. Entre ellas imagino que soy una gaviota, un pirata, una princesa turca como las de las fábulas, huyendo de un monstruo verde. Busco entre los huecos mojados Conchitas, pequeños esqueletos transparentes, piedras de colores, ágatas pulidas por el tiempo y el mar, maderas en forma de pez, estrellas de cinco puntas. Echo de menos esos días de febrero con el Nano, del año pasado. Esa tarde en que corríamos de la mano por la espuma crespada, mojándonos, buscando el primer caracol negro, una tabla sucia de brea y de navegar, una piedra verde. Y la figura de Bárbara a lo lejos, en su traje de baño celeste.

¿Te acuerdas, casa, cómo me enojé cuando llegaron? Ahora los echo tanto de menos. Bárbara sabe nadar y me enseñaba. ¡Qué linda es! Me faltan cinco años para tener la edad de Bárbara y ser una señorita. ¿Acaso por ser una niña, casa, no soy mujer? ¡Tanto que preguntarte! Pero los meses pasan rápido, ¿sabes? Antes de irnos estuve con el padrino donde las monjitas. Voy a entrar al colegio. ¡Tengo miedo! Esas altas murallas de los patios no son como las tuyas. Esas paredes de cemento desnudas y frías, esas salas grises, horribles, con santos de caras pintadas, y esas ventanas mezquinas. Una cárcel como aquélla en la que encerraron al pobre maestro Lucho por robarle la pulsera de oro de la tía Olga. ¡Qué raras son las monjas! Parecen muñecas antiguas. Claro que no pueden ser peores que la señorita Robinson. «Vamos a ser muy buenas amigas, Sibila. Voy a tener una alumna muy inteligente, Sibila... No debes decir no quiero, o no pienso, o no me gusta, Sibila.» Toda una sarta de estupideces sobre lo que una niña bien educada no dice ni hace. Ahora que sé leer y escribir, sumar y dividir, comer con la boca cerrada y no interrumpir a los grandes, ¿seré una niñita bien? Me va a gustar ir al colegio sólo por no ver nunca más a la tal Miss Robinson, con sus medias gruesas y sus anteojos de alambre. No te ofendas, pero tengo tantas ganas de tener una amiga de verdad. Una de carne y hueso. Gracias a la Miss, lo reconozco, me pusieron en sexta preparatoria. El padrino me regaló esta cadenita con la cruz de oro, que no me sacaré ni cuando me muera. ¿Será la muerte tan mala? Dicen que hay que pasar un umbral, una puerta, para llegar adonde vive la muerte. ¡Papá y mamá están allí!

De nuevo la playa. Tropiezo y me caigo desde la roca más alta. No sabes lo que duele caerse así, tan cerca de las olas, y cómo me arden las rodillas. Me he mojado entera. ¡Cómo se enojaron las tías! Es desesperante tener tantas mamás. ¡Qué lindo

debe ser tener una sola! Corro de vuelta hacia ellas, que me hacen señas, y ya sé todo lo que me dirán.

Es el último domingo del verano. Sentada en las gradas de la terraza, miro los preparativos del regreso, el camino por donde iré rodando hacia ti, y el corazón se me duerme. Me consuelo pensando que vas a contarme cómo volvió Laura con su risa loca, cómo las abuelas pasearon por la huerta sus sombrillas de espuma mientras las lauchitas y los escarabajos dorados hacían casas en tus rincones y en tu entretecho misterioso.

Con súbito temor, veo aparecer el rostro de Bárbara, sus ojos llenos de lágrimas.

¿Por qué no vendría este año con nosotros?»

En la frente de mi niña queda el recuerdo del último verano de la infancia.

Un lunes 15 de marzo, cogida de la mano de tío Fermín, baja Sibila los escalones de la sala de espera de las monjas y cruza los jardines interiores, con sus prados bordeados de alcachofas en flor. Le cuenta cómo las madres, escandalizadas, le descosieron la pollerita plisada, dejándola tan larga que ahora le llega casi a los zapatos nuevos.

—Usted no sabe, padrino, la vergüenza que me hicieron pasar las monjitas, y cómo se rieron de mí las compañeras.

Así comenzó la entrada a clases. Dos largas horas sentada ante el pupitre todo rayado con nombres, fechas, flores y palabras feas que habían tratado de borrar. Su compañera de banco es una niñita de largas trenzas negras y se llama Doreen. Doreen la mira con sus vivarachos ojos oscuros y, metiendo la cabeza bajo el pupitre, le dice con una risita que le vale la expulsión de la sala:

—¡Qué colorina tan grandota con esa pollerota!

Frase que corean todas en sordina.

Allí en el auto, junto a Fermín y Luzmila, la niña cuenta lo feo y lo bonito de su primer día en ese colegio tardío.

—Pero, ¿sabe, madrina? Doreen me dio un beso al despedimos.

Primer día, en el que se pierde para siempre la infancia libre.

Despacio penetra esa tarde en mí, preguntándome: «¿Fui yo la que estuvo allí? ¿Yo, Sibila Ballesteros, con toda mi timidez y mi rabia?» Con la inseguridad de saberse distinta, bajo la tutela de padres adoptivos, hija de nadie.

«Eres tan bonita, Sibila, aun con la basta caída, la blusa tiesa, una apretada trenza roja en la nuca, la mirada furiosa y las manos llenas de tinta. Veo la claridad de tu origen, don que no poseen esas chiquillas crueles y tontas. Deja la autocompasión para ellas y sus educadoras encerradas en su mundo. Ya verás que, a pesar de tu actitud arisca, con la sola ventaja, por ahora, de ser la sobrina de las señoras Ballesteros, donantes eternas y generosas, las irás ganando hasta ser la preferida.»

Las muecas de Doreen alegran su segundo día de clases, y también lo alegra la sonrisa admirada de su profesora de Historia y Geografía, la madre Tarsicia, ante su ordenado cuaderno.

Por la noche, en la densa oscuridad de mis paredes, entre ventanas y celosías cerradas, le cuento que su abuela, su madre y tía Luzmila estudiaron en ese mismo colegio, debiendo soportar burlas y risas como ella. Es la ley en la niñez de los humanos, le digo. Así logro calmarla, y se duerme sin soñar.

La cabeza oscura del Nano sobresale por la ventana de mi desván. Sibila se pasea leyendo por el patio de los naranjos, de arriba abajo, como lo ha visto hacer a los estudiantes en el Parque Forestal. Los ojos negros del Nano la miran ir y venir por la crujiente gravilla. ¡Qué linda es!

—Sibila, sube. Quiero mostrarte algo que encontré...

Sé que la niña ya lo ha visto, que hace rato que lucha con el deseo de tirar el libro de francés y subir corriendo de dos en dos los escalones para entrar en el ámbito de mi entretecho, alucinante tras la hirsuta cabeza. Pero, ¿y el examen de francés, y los anteojos del tío Fermín, que la vigilan desde la galería mientras, sentado en la silla de balance, lee El Imparcial? Violenta, deseosa de ir hacia el primo con todo su capricho de niña mimada, en vez de contestarle con una sonrisa y un encogimiento de hombros hacia el tío, bajando el libro, con gesto furioso y destemplada voz, le grita:

—¡Cállate, mocoso, y déjame estudiar! ¿Crees que no tengo nada más que hacer que andar mirando tus estúpidos descubrimientos?

Y reanudando su paseo, sube el libro bien alto para que no se le noten las lágrimas.

El Nano retira de repente la cabeza, golpeándose contra una viga, y castiga mis maderas con la varilla de sauce que, haciendo las veces de látigo, siempre lo acompaña. ¡Mujeres! Eso le pasa por jugar con mujeres. Bien dicen los compañeros del liceo que las mujeres no sirven sino para... Miren que decirle a él «mocoso». A él, que tiene dos años más que ella, que es hombre y sacó un siete en todos los exámenes. Ella, que todavía no puede salir con los suyos, y eso que los tíos se lo pasan de cabeza ayudándole. ¡Mujeres! Aunque se lo suplique de rodillas no le mostrará el cuarto misterioso que descubrieron los dos y que él, temerario, logró abrir con un cuchillo. ¿El cuarto donde vivía la loca? Ha comenzado a ser un pequeño brote de hombre que lo sabe todo. Rabioso, se jura que ese cuarto será suyo y sólo suyo.

De pronto, la voz de Sibila lo paraliza.

—¡Nano, Nanito! Ven, ayúdame a subir. El padrino me dio permiso.

Sin siquiera pensarlo dos veces, el muchachito salta por entre tablas y alambres, cañerías y tejas rotas, y toma de la mano a la niña, cuidando de que no se vaya a romper los calcetines blancos o ensuciar la pollera plisada. Fascinado, la arrastra hacia su escondrijo. Y esa tarde Sibila es nombrada Doncella de Honor del Cuarto de la Escalera, Reina del Desván.

Aún en potencia, el eterno femenino triunfa sobre la razón y el orgullo del pequeño hombre.

Sentados en el suelo, enterrados en tiempo y acecho, los primos se miran, descubriéndose, mientras Laura, encogida en el umbral de su pequeño cuarto-cárcel, abre sobre ellos su maléfica presencia para gritarles maldiciones y conjuros.

—¿Que no ves lo que quiere de ti? No te dejes atrapar por este engendro de hombre. ¡Maldito, maldito, como todos ellos!

La niña, arisca, se escuda contra la pared del pequeño cuarto, a punto de llorar.

—No lo mires, que tiene ojos de serpiente. ¡Mátalo, aplástalo con tu talón y vivirás para siempre! Cierra tu corazón al hombre, Sibila, ahora que eres niña. Que no se reproduzca, que no se fecunde la semilla maldita nunca más en esta casa.

Siento su risa como un viento huracanado que estremece mis cimientos. Un

viento caliente que hace volar pájaros y palomas inquietas, y huir gatos por el tejado.

Los primos no pueden oíría, ensordecidos por el rumor de la sangre que va encendiendo sus pupilas nuevas, agitando su respiración, acelerando los latidos del temor.

—¡Sibila! ¿Te casarás conmigo cuando seas grande?

Coqueta, la niña sonríe, mientras Laura se interpone entre ambos.

—Niños, ¿qué hacen allá arriba? Es hora de comer. La señora Tránsito los está buscando. Bajen inmediatamente —los llama la Mama Aurora.

Bruscamente se separan, sudorosos, agitados, culpables.

Esa noche, después de la comida, Sibila baila como siempre para los tíos, pero el Nano sabe que él es el héroe.

Las estaciones se reflejan en los humanos. Sibila ya lleva once veranos. Los tíos transcurren sin variaciones, cada uno en su yo circular. De vez en cuando la señora Olga, que ha regresado sola después de un apresurado y oscuro casamiento de Bárbara, llora en su habitación. A veces Tránsito pasea en sueños por mis corredores. Extraños gestos en sus manos dormidas, como si buscaran soles, estrellas, entre las piedras y los arbustos, o en el agua de la pila que la despierta con su fría materia. ¿Adonde trasladará su presencia tía Tránsito en esas noches? Su inconsciente es un muro que no puedo penetrar. Sólo José Manuel sabe calmarla en esas ausencias, acunándola en sus brazos mientras ella tiembla como una niña en la oscuridad.

En las largas tardes del invierno, Sibila se sienta al lado del tío de los ojos raros a escuchar historias. Hadas, ciudades extranjeras que él conoció una vez, naves fantasmas. Con tierna sabiduría, aquel hombre maduro penetra en la mente ansiosa de la niña, enseñándola, guiándola, preparando su futuro.

La tarde hace oscuridad, y Sibila ya no quiere acostarse temprano. Un día tras otro se ramifica el problema de los niños que comienzan a crecer. Y una mañana tras otra Tránsito y Aurora zarandean a la colegiala, que no quiere levantarse.

Veo a distancia a Sibila, en el colegio de las monjas carmelitas. La barbilla apoyada en la mano, oye sin escuchar lo que la madre Renata explica sobre una exótica planta que crece en el norte de Chile. Su pensamiento ha salido por la ventana abierta para interpretar en imaginación esa melodía que le llega envuelta en claros y tentadores acordes desde la sala de música. ¡Chopin! Ese Chopin que adora su Tata. ¿Será la madre Filomena la que toca? ¡Qué lindos ojos tiene la madre Filomena! Son seres curiosos las monjitas.

Tan alegres a veces; ríen y juegan como niñas. De pronto, esas caras enmarcadas en crueles tocas tiesas de almidón se transforman en jueces, con la soberbia y la seguridad que les da su mundo a salvo del afuera incierto. Sibila advierte esa mezcla de ingenua santidad y morbosos miedo al pecado que lucha en las religiosas de su colegio, y ese dualismo le hace reflexionar que no son modelos para tomar en serio.

Oyendo sin escuchar, la niña sale por la ventana y baila, baila la clara melodía que la madre Filomena toca con sordina. Si supiera la madre Filomena que va a ser bailarina cuando crezca. Qué de ojos en blanco, qué de manos en el aire. Tío Fermín le ha prometido para cuando cumpla sus trece años un regalo maravilloso... la matrícula en la Escuela de Danzas del Instituto de Extensión Musical de la Universidad de Chile. Le costó aprenderse ese larguísimo nombre. Le faltan sólo dos años para pertenecer a ese mundo prodigioso que ha vislumbrado en teatros y revistas. ¡Bailarina! Viendo imaginarias coreografías, Sibila se detiene para saludar a un público fantasma.

—A ver, usted, señorita Ballesteros, que me ha oído con tanta atención. Repita por favor a sus compañeras lo que he dicho.

La muchachita se levanta del banco lentamente, y sus ojos color violeta, oscureciéndose, aceleran el tiempo del reloj que cuelga en el muro blanco, y suena la campana llamando a recreo. Las alumnas se alzan de sus pupitres con estrépito, y la voz alterada de la madre Renata trata en vano de hacerse oír.

—¡No he dado la señal! ¡Esperen! ¡A la fila, señoritas, por favor! Salgan de dos en dos. ¡Silencio, silenciooooo!

Y una línea desordenada y parlanchina sale al patio, donde se disuelve en carreras y risas.

—¡Doreen! ¡No oí ni una palabra de lo que decía la Renata! ¿Me lo explicas tú? ¿Quieres?

—¡Claro! ¡Pero qué suerte tienes, Sibila, eso de la campana fue muy raro! ¿Cómo lo haces?

Las amigas, abrazadas, van a jugar al luche, a las cuatro esquinas, y se cuentan bajito, tímidamente, sus recién adquiridas experiencias, sus miedos, sus instintos que nacen, mientras las monjas gritan:

—Niñas, no hagan grupos. A jugar, a correr.

—Niña, al gabinete se va sola.

—Niñas, no levanten tanto las piernas.

—Niñas, no se sienten en el suelo, caminen derechas, como señoritas.

Y yo, en la distancia, las oigo murmura: «No piensen, no sientan, no imaginen, no vivan.» Pobres mujeres, qué existencia tan dura llevan. Las veo en el tiempo, sin avanzar, sin cambios, guardadas y místicas. Soñando a escondidas, vibrando a escondidas, llorando a veces en silencio, odiando en el silencio de sus claustros cerrados y oscuros. Pocas son las escogidas que comprenden, como la madre Renata, la Superiora, y aceptan con amor y alegría su misión de educadoras.

La madre Renata. Sibila la recuerda en esas clases de biología: el hábito al viento, un mechón en los ojos, escapado de esa toca de rígidas ondas perfectas. Ríe con risa de niña, su rostro surcado por finísimas arrugas que, como una telaraña de seda, cubren las mejillas, la frente, las comisuras de los labios. Sibila ríe con ella, encantada del paseo semanal por la huerta del colegio durante esas clases de botánica que adora. En más de una ocasión el hábito de la religiosa se arremolina cuando sube en la escalera de podar para alcanzar un nido, o al agacharse a coger una flor silvestre, dejando ver un refajo de seda roja que ella se apresura a justificar: «Bueno, me encanta el rojo. Mi madre me hacía unas polleras tan lindas, que hoy, para recordarla, uso estas enaguas bajo el hábito. El Señor no se puede enojar por tan poco, estoy segura.»

A sor Renata le sorprende y le encanta todo lo que ve tras sus gafas de metal, con esos ojos pequeños y rasgados tan celestes y tan brillantes.

—Miren, niñas, allá, en ese álamo. Hay un chincolito que llama a su esposa para hacer juntos un nido... Allá va un volantín en forma de pájaro, allá una nube larga y grande como un dragón.

Bajo los nogales, sentadas todas en círculo alrededor de la Superiora, escuchan el elogio de la naturaleza que brota entusiasta de los labios finos, con acento extranjero y dicción perfecta. Es encantadora esta monjita de cincuenta años que corre por los jardines con sus alumnas, las oscuras polleras levantadas y los pies ágiles como los de una novicia.

Las clases se suceden: ciencias naturales, matemáticas, historia, música, idiomas, costura, dibujo. Una tarde, de vuelta a casa, Sibila, la carita sudorosa, el bolsón atestado de cuadernos y lápices, cuenta:

—Padrino, hoy tuvimos clase de música, y yo, sin que la madre Filomena se diera cuenta, bailé detrás del piano mientras ella tocaba. ¡Ay, padrino, qué largos se me van a hacer estos dos años! ¿Ha pensado que una noche, usted y yo, vestidos de gala, saludaremos al público, que me llenará el escenario de flores?

—Tranquila, mi niña; para que eso suceda falta mucho tiempo, y tienes que crecer y estudiar —le dice Luzmila, preocupada por ese estallido de su sobrina. Pero Sibila la mira como si no existiera y continúa exaltada, tomándole las manos al hombre.

—¡Voy a ser la mujer más feliz del mundo! Seré mejor que la Pavlova, mejor que

la Karsavina. Ya verás, padrino.

Fermín, ante el entusiasmo de la niña, que ha soltado este discurso sin respirar, sonríe.

—Primero que nada, mi niñita loca, loca y presumida, tendrás que salir bien en los exámenes y no distraerte en clase. Una bailarina debe tener más disciplina y esforzarse mucho más que las otras. No es fácil la vida de una artista en estos días. Tienes que estudiar, sobrina, estudiar mucho, si quieres ser como la Karsavina.

—Sí, padrino, ya lo sé. Pero es tan aburrido.

Tras los ojos melancólicos del tío, los recuerdos se suceden. La Ópera, el ballet de la Opera de París. Musette, la pequeña Musette. Candilejas, cintas, zapatillas de raso llenas de champagne. Volantes rojos y hombros desnudos, brillo en los pintados labios. Sombras azules en los pintados ojos. Risas, encajes, palabras que se susurran entre bastidores, manos que se tocan. ¡París! ¡Cómo han pasado los años! Si Sibila llega a ser una bailarina, también tendrá su galán, su admirador casado y rico que la recordará después de mucho tiempo, como él ahora a Musette. Pero Sibila no será bailarina. ¡Si lo sabrá él! Entonces tenía treinta y seis años, y estaba en su segundo viaje a Europa. ¡Qué maravillosa mujer era la suya! Nunca le reprochó nada por esas salidas nocturnas; nunca un gesto airado, una mirada furiosa. Se quedaba después de la función en el hotel, pretextando un dolor de cabeza para que él saliera solo. Cuando por la madrugada abría él la puerta con muchas precauciones para no despertarla, ella sonreía como disculpando a un hijo descarriado. Llegó a pensar, por su falta de celos, que no lo quería, y así se lo reprochó una tarde. Entonces, y sólo entonces, la vio llorar por primera vez. ¡Qué injusto! Era por amor que disimulaba. Y tan linda que se veía en París. Con esos coquetos sombreros y manguitos que él mismo le había comprado en las Galerías Lafayette. Es linda todavía. No podría vivir sin ella. Tal vez si hubieran tenido hijos no acudiría a veces esa tristeza a su mirada. Pero fue mejor así. Han vivido más unidos, más ellos mismos. Es curioso que ninguna de las dos hermanas haya podido tener hijos, y sin embargo Estela... Sibila es la hija de ambos matrimonios, su compensación. ¿Se sabrá alguna vez quién fue el padre de Sibila? ¡El amante de Estela! Por orgullo, por respeto, no quiso seguir averiguando entonces. Sibila es feliz; es lo único que importa.

La aparición de Mama Aurora lo devuelve al Presente.

—¡A tomar el té! Después, a estudiar, y luego, lo que quieras.

—Sibila, ¿me ayudas con el francés, y yo te ayudo con esas matemáticas?

El Nano, alegre, se sienta junto a ella. Los primos, luego de tomar las onces^[1], se van al escritorio de tío Fermín y se disponen a estudiar, a descubrirse mutuamente su territorio íntimo, en tránsito hacia una pubertad cercana.

Por la noche, como siempre, la familia se reúne en tomo a la mesa de comedor. La Carmen, silenciosa, pone y retira los platos. Ofrece la fuente a Tránsito, que reparte a todos por igual el guiso humeante. Bajo la mesa, el pie de Luzmila oprime el zapato de Fermín. Hace treinta años que viven así, el uno junto al otro, la mano cariñosa del

hombre en la mano tierna de la mujer. La ingenua insinuación femenina excita la sensualidad del hombre. Al contacto secreto, él levanta la mirada del plato, y sus ojos penetran en los de ella. «Te quiero», le dicen. «Eres encantadora. Te quiero, te deseo y te respeto.» Así va este matrimonio sin hijos entre mis paredes, sobreviviendo a las pruebas. ¡Y vaya, como dicen los humanos, si las han tenido serias! Hace unos años casi se separan de cuarto. Una aventura de éstas de los cuarenta, entre el caballero y una actriz. Pero sirvió para quererla más aún, ante el perdón doloroso de ella. Se dieron cuenta de que no podían vivir aparte, de que todo era preferible a esa soledad de a dos. Hoy sus manos sobre el mantel se buscan, se encuentran; sus cuerpos se entregan sin miedo, sabiendo que triunfaron de los páramos de la rutina. En la intimidad de su cuarto, la pasión se abre al azar, libre de tabúes y falsos pudores. Ese recíproco disfrute de sí mismos, esa indemne condición de goce conyugal, es lo que Sibila, doña Olga, la servidumbre y los amigos sienten que forma parte de «ése no sé qué de las Ballesteros.» La sobrina compara a la pareja con otros matrimonios que se miran con odio, se nombran con desprecio, se tocan con aversión. A Sibila, niña todavía, la vista del cotidiano sortilegio la hace olvidar su condición de huérfana. ¿Cómo se consigue? ¿Cómo se mantiene? «¿Qué embrujo encierra esa casa vieja?», preguntan a veces sus amigas.

La niña sigue el movimiento de las manos de sus tíos sobre el largo mantel. Sus voces son suaves; su tono, código de secretos entendimientos y complicidades.

Allá en la huerta se oyen los denuestos de Octavio y el llanto rencoroso de la Peta; insultos, gritos, groserías. El Nano ha visto al jardinero castigar duramente a su hija.

Mientras saborea el rico flan de leche, especialidad de la Lolo, Sibila piensa en todo esto vagamente, y al ver que tío Fermín se levanta de la mesa y luego de hablar bajito con la Lolo cierra la puerta del comedor, se pregunta: «¿Qué pasará?» Con la perspicacia que le da el haber crecido entre gente grande, Sibila intuye en ese mundo adulto subsuelos de sordidez que a su madre y a sus tías les fueron ocultados bajo eufemismos, o silenciando toda palabra que pudiera despertar hasta la sospecha de su existencia.

Sibila está más allá. Por su sangre violeta circula, como oscuro resplandor, el designio de una nueva teleología de la especie. Y el tiempo la impulsa. El tiempo, condición del hombre, no se detiene, no puede dejar de transcurrir. Lo mismo que la Tierra, gira con él, y el Cosmos gira, y gira mi corazón-molino.

Fermín y Luzmila se nutren de los consuelos del Presente. José Manuel y Tránsito, de las sombras del Pasado. Sibila no conoce ni uno ni otro reposo, pues ha recibido en su frente la marca ineludible del Futuro.

La comida termina con el café negro y humeante.

—¿Pasamos al salón para que Carmen levante la mesa? —propone la suave voz de Tránsito.

Los pájaros duermen en la oscuridad, las empleadas se reúnen para comer a su

vez en la cocina tibia, olorosa a especias y a dulces.

—¡Qué callada estaba tu chiquilla, Aurora! ¿Qué le pasará? A veces me da pena la pobrecita.

—Mira, Lolo, la mocosa tiene todo lo que ni tú ni yo tuvimos de chicas. ¿Qué sacamos con un padre borracho y una madre cansada, digo yo? —estalla la Carmen, sonándose. La vieja mama la mira mientras sorbe su sopa de sémola.

—¡Qué van a compararse ustedes con la niña! ¿Que no oyeron el escándalo de Octavio con la Peta? Hasta don Fermín se molestó. Así somos nosotras, así nos criaron y así no más es nuestra vida.

—No le critiquen su princesa a la Aurora. ¿Que no ven que se cree la mamá de todas las Ballesteros, esta vieja chupamedias? —apunta la Carmen, con la boca llena.

—Ellas son mis patronas y de ellas vivimos todas. Cállate mejor, y no muerdas la mano en que comes.

En silencio tragan la sopa espesa y tibia, oyendo cómo allá en la huerta la Peta llora sordamente.

Un día tras otro asimilan su alimento los humanos. Proyectos angélicos confinados en blandas máquinas, que avanzan sin saber a dónde ni por qué.

Sibila tiene al fin una amiga de carne y hueso. A su lado, hombro contra hombro en el banco de la escuela, la niña aprende a escuchar, a compartir su pan con palta y su chaleco nuevo. Conoce otra casa y otra familia. Doreen tiene papá y mamá; sin embargo, también llora a veces. De la mano por los patios, las cabezas muy juntas, ríen misteriosamente. Las monjitas las separan.

—No se tomen de la mano, niñas. Secretos de dos no son de Dios... No jueguen solas.

Pero ellas no las oyen, absortas en un mismo rumor que crece acuciando su sangre.

—¿Sabes, Doreen? El Nano me dio un beso anoche.

Se miran a los ojos y sienten que serán amigas hasta la muerte.

Diciembre trae la libertad, las vacaciones y el final de otro año escolar. Doreen se irá a Viña del Mar y ella a Cartagena. No se verán hasta marzo.

—Te escribiré todos los días.

—Y yo te contaré todo, todo, siempre que rompas mis cartas...

Día a día Sibila se levanta tarde y recorre mis cuartos sin saber qué hacer. Los pájaros la aburren, el Nano la aburre, todo la irrita. Los sábados, tía Luzmila y tío Fermín la llevan a tomar té en la confitería Torres. Largo viaje en auto por la Alameda de las Delicias, que encanta a la niña. A veces van con el primo a la matinée de Gath y Chaves, con pasteles, sorpresas y tonys. Le dan pena a Sibila los payasos, y la algarabía de los niños y la orquesta la aturde. Prefiere quedarse conmigo, paseándose por el jardín o sentándose bajo el Peumo a contar estrellas mientras llega la Pascua verde. ¡La Pascua! Fecha que todos los años espera con una curiosidad estremecida de impalpables anuncios.

Es entonces cuando me lleno de agitación de cuartos, cajones y roperos que no se pueden abrir. Se discute en la cocina por la torta, los pasteles y la cena. Un enorme pavo se dora en el horno. Las tías y la sobrina se cambian un millón de veces de vestidos. La Nochebuena santiaguina está en el aire, con sus absurdos pinitos de algodón y un rojo viejo pascuero, ritual prestado que se repite año a año desde los primeros días, cuando los árboles de la huerta no daban sombra y mis muros estaban húmedos todavía. En el patio de la fuente y sus peces se levanta encendido el pino pascual, el mismo que don Félix introdujo por mi puerta, rozando el cuerpo de Ondina, días antes de su trágica Navidad con Laura. Siento el pecho de Sibila estallar de felicidad al verlo de nuevo engalanado. El Nano sonrío con burla ante la actitud de misterio de los grandes. En la punta en cruz del pino, una estrella brillante atrae las miradas. Colocada como todos los años por Octavio, cada vez con más miedo a caerse de la escala.

—Siempre es el pobre el que se arriesga. ¿Por qué no se subirán ellos, los futres, digo yo? —rezonga la Carmen por lo bajo.

Sibila, su primo y la Peta miran las velas y los juguetes que cuelgan: tambores, soldaditos de dulce, muñecas, cornetas, sables, caballitos. Entre las ramas, guirnalda de papel de seda, grandes copos de algodón, y rizos de cintas que bailan a la luz de los farolitos contra el cielo de la tarde.

Pasa demasiado lento el día, pero al fin comienzan a llegar los invitados. Amigos, parientes, antiguos servidores con sus mujeres e hijos, vecinos, como la señora Clarita, que cose y arregla la ropa de las tías. A todos abro mis puertas en este verano pascual.

Sibila se arregla, se peina, se mira y vuelve a mirarse en los biselados espejos, ensayando pasos de baile a escondidas con la amplia pollera de organdí.

Estallan las doce en toda la ciudad. Las luces se apagan y quedo a oscuras. En el salón, el piano comienza su Noche de Paz en los pálidos dedos de tía Luzmila, mientras se oye allá al fondo del jardín, entre el coro de voces que cantan dispare, un suave tintineo.

—¡Ya viene, ya viene...!

Los niños, excitados, quieren que sea cierto por última vez, y aguardan expectantes. Manteniendo la leyenda, los adultos gritan emocionados:

—¡Es el Pascuero, es el Viejito de Pascua que ya viene, niños!

Un trineo dorado y rojo aparece tirado por los perros, Sultán, la Morena y Frufrú, en un tumulto de ladridos y alegres colas. Entre arneses que cascabelean, el gran danés se adelanta con una enorme rosa verde coronando su pelaje color miel. El Pascuero, todo vestido de rojo y de nieve, con respetable barba blanca, viene medio sentado y medio empujando el trineo, colmado hasta los bordes de paquetes y guirnalda. Con tono paternal y misterioso ahueca la voz para pedir a los niños que le ayuden a descargar. Entonces siento latir como nunca el corazón de mi niña. El mágico minuto estalla en colorido, esperanza y oro; brillantes paquetes y envoltorios rememoran el mensaje de ese Niño Luz que una noche trajo al mundo fe y misericordia.

Regalos en los brazos y regalos en las miradas, los humanos comienzan su ritual con canciones de paz y amor. El padre Estanislao bendice el nacimiento de greda pintada, entonando una oración de gracias. El trineo vacío desaparece por la huerta con su música de ladridos y campanillas. Entonces, de mano en mano, los tíos, los amigos, los niños y la servidumbre se van entregando los paquetes, hasta que el jardín y los salones florecen de papeles multicolores, cintas, lazadas, abrazos, cajas vacías, admiración y felicidad.

—Nano, ¿qué te regalaron a ti?

—No he abierto todavía mis paquetes, te estaba esperando. Vamos.

Esquivan la mirada hambrienta de la Peta, que, los brazos llenos de pequeños paquetes para ella, no se atreve a seguirlos y cruza cabizbaja el jardín hacia la pequeña casa de la huerta. Ensordecida, embriagada de fiesta, reacciono tarde ante la cruel diferencia, pero ya los primos, sentados en las gradas de su desván, se olvidan

de esos ojos oscuros y tristes.

—¡Aquí, abrámoslos juntos!

—Necesito que me digas si mi regalo te gusta. Es ése con la cinta azul. Lo compré hace días con la mamá en Gath y Chaves.

—Este es el mío para ti, Nano.

—¡Sibila!, ¿cómo supiste que quería un cortaplumas?

Y el muchachito le da un atolondrado beso en la mejilla, muy cerca de la boca, haciendo que la niña se ponga roja.

—Como siempre estabas pidiéndole a la Lolo un cuchillo... Mira, tiene de todo, hasta tijeras.

Con las cabezas muy juntas, los primos, entre cintas y exclamaciones, van descubriéndose uno a uno sus regalos, mientras los contemplo en esta claridad nocturna que la Luz lunar esparce a su alrededor.

—¡Sibila, Nano! ¿Dónde se habrán metido estos niños?

Luzmila y Mama Aurora han recorrido todas mis habitaciones, buscándolos entre invitados y mozos, hasta dar con ellos y trizar su mundo en viaje.

—¡Al fin! ¡Ya, vamos, que sólo faltan ustedes para cortar el pavo!

Engalanada hasta las lámparas, afronto un comedor iluminado por grandes velones de cera. Presiden la gran mesa central dos pavos gordos rellenos de manzanas y castañas, con sus patas enflecadas de oro y plata. Ensaladas verdes, arroz blanquísimo, papas humeantes, camote acaramelado, veinte fuentes de verduras y aliños, tortas de mil trescientas hojas, de merengue y de lúcuma, de manjas y de piña. El ponche a la romana y las tacitas colgando de la preciosa ponchera de baccarat y plata labrada que el padre de don Félix compró en Europa. Pastelitos de San Estanislao, de las monjas clarisas, vino del tinto y del blanco y, en la nevera, diez botellas de champagne francés elegidas por Fermín.

Son las tres de la mañana. Sibila, metida en su cama de sábanas rosa y blanco, brotada de regalos la colcha de piqué, tapizado el suelo de cintas y amarras, no puede dormir. Los zapatos de charol nuevos relucen bajo la silla, y el vestido con catorce botoncitos de nácar que estrenó esa noche se desmaya fatigado en la pequeña silla acolchada. Una colección de «El Tesoro de la Juventud» sobre la cómoda, regalo de tío Fermín. Una caja de acuarelas. Calcetines y chalecos tejidos por Luzmila. Un traje de baño rojo con pollerín. Una falda azul marino con tirantes y botones dorados, el regalo del Nano. Una bicicleta de niña grande. Dos catitas verde limón, que eligió para ella José Manuel, duermen en su jaula bajo una toalla, allá en una esquina de su cuarto. Son maravillosos los tíos, pero... una tristeza callada apaga el remolino de cantos y alegría que fue para ella esa noche especial. Nostálgica, la leyenda del Rojo y la señorita Estela llora en su mente en esa madrugada familiar. Una Pascua con ellos, ¿cómo habría sido? ¡Cómo los necesita! La pequeña mano en alto, Sibila contempla el anillo de metal oscuro con una piedra azul engastada en un triángulo de oro que tía Tránsito le entregó esa noche misteriosamente.

—Fue de tu madre. Sibila. Cuídalo mucho, ya eres una mujercita.

Le encantan los anillos. Sólo le dejan usar la cadena de oro con la cruz que le regaló el padrino, y en las orejas las perlititas de tía Luzmila. En la oscuridad, la piedra azul parece titilar como una diminuta estrella. ¿Sería un anillo de compromiso? Con el Nano no se casará. Cuando la tía se lo puso en el dedo, un calor violento le invadió toda la mano. La sombra de su padre estaba allí, mirándola desde el gran techo biselado del salón azul. ¿Un anillo de compromiso? ¿Con quién se casará ella? «Niña, duérmete», le digo, y ella, cerrando los ojos, se encuentra con el hombre brillante como el sol y alto como la montaña.

Sibila, torbellino de manos, brazos y piernas en el aire, suavidad de caderas y hombros, ojos entornados, y la roja cabellera oscura que se le enrosca en la garganta, le azota la espalda y se abre como abanico. La niña baila mientras el Nano la mira callado, tenso. José Manuel, sentado en el sillón de felpa cálida con las manos juntas, las puntas de los dedos en los labios y las rodillas separadas bajo el chal de vicuña, la contempla pensativo. Temor, angustia, tristeza refleja su mirada. Oscuros presentimientos inquietan al hombre. Su vida no siempre transcurrió en paz, con ese ensimismamiento y esa serena alegría de hoy. Un recuerdo sombrío invade el territorio de su ojo oscuro, apagando en cenizas el celeste claro del otro... Aparece Sara. Los brazos morenos de Sara aceitunan los delgados brazos de la pequeña; la cabellera crespa y retinta de Sara eclipsa los cabellos finos color caoba; la cintura estrecha y cimbreante de Sara transforma el talle incipiente; el perfume asfixiante de Sara apaga el suave olor a limpio de la bailarina núbil. Demonio y pasión fue esa mujer para él. Sus puños se cierran como para golpear, la boca apretada, la mirada dura. ¡Maldita! El Nano, percibiendo tal vez la escondida violencia del hombre, siente que la sangre le circula rápido, agitada, por las venas púberes. Quisiera abrazar a la prima, beber su respiración, terriblemente cerca, y una culpable vergüenza le enciende los ojos negros. Juntando las manos húmedas, se jura que Sibila se convertirá en su esposa cuando sea grande.

La aguja gastada del gramófono se atasca en un surco y la música se transforma en monótono ritornello. Los tres caen violentamente de sus mundos íntimos.

—¡Ay, Tata!, ¿qué pasó? Me duele la planta de los pies. Me encanta este disco, ¡qué pena que esté tan rayado! Pero, ¿qué le pasa?

La mirada huidiza de José Manuel; las manos, cariñosas, de nuevo atraen a la niña, como disculpándose.

—Mi pequeña Pavlova, me emocionas con tu baile...

Pero no se atreve a besarla. ¡Maldita Sara! Entonces el Nano, brusco, nervioso, la abraza sorpresivamente.

—Eres mucho mejor que esa Pavlova.

Sudorosa, hambrienta. Sibila se va con el Nano al comedor, donde Aurora les sirve el asado, la ensalada de tomates y un trozo de torta de naranjas. Mientras se beben dos grandes vasos de leche, por la puerta entreabierta oyen la conversación de las criadas en el repostero.

—Te digo que es un fresco el tal Octavio.

—¡Cállense las tontas! ¿Que no ven? —rezonga Aurora, indicando el comedor. Pero las tres se matan de la risa. Tienen mucho que contarse todavía.

—Como te estaba diciendo —continúa la Carmen—, el muy bruto me plantó el agarrón justo cuando iba pasando doña Tránsito. ¡No te imaginas la carita que puso la señora!

Teresa, la mucama, acercándose mucho a la oreja de Carmen, susurra entre risas:

—Si te llega a pillar la Juana, te va a sacar la mugre uno de estos días.

Las risas estridentes fastidian a Sibila, que entiende trozos de esa conversación mientras cena con el primo en silencio. Capta lo prohibido, lo equívoco de los comentarios; y mirando al Nano, se ríe bajito, como haciéndolo cómplice de sus pensamientos. El último pedazo de torta se les diluye en la boca, y las empleadas terminan de lavar los platos.

—Mamita, antes de acostarme voy a dar una vuelta con el Nano. No tengo sueño y quiero mostrarle el mirlo que nació hoy.

—Es que ya son las nueve y media, niña, y usted sabe las órdenes de su padrino.

—Un ratito, mamita. Ni se darán cuenta los tíos.

La vieja sirvienta sonrío mientras los ve cruzar el patio hacia las grandes jaulas y acercarse en puntillas a las rejas. En la penumbra se divisan los pequeños bultos informes que, inmóviles, respiran dormidos después de la algarabía diurna. Desde chiquitita le ha gustado a Sibila sorprender el sueño de los pájaros, recuerda Aurora, y hay que dejarla. Hábito infantil que sé prolonga en sus doce años. Está muy oscuro, y el nuevo pichón de mirlo duerme protegido en su rincón.

—Ven, Nano. Aquí, donde no nos vea la mama.

«Respirar un poco es lo que quiero», calla la niña, «mirar las estrellas e imaginar cómo papá y mamá paseaban por este mismo jardín. Papá, ¿estás ahí?» Despacio, los niños llegan al pie del Magnolio, y levantando las cabezas pierden sus miradas por entre el follaje duro y lustroso del árbol amigo. Entonces, en una ronda silenciosa, los Señores del Tiempo los envuelven, abriendo con mágico ritual el cauce curioso de su sangre. El Peumo respira su follaje verde para nutrirlos de oxígeno y de estirpe, respondiendo a las preguntas de Sibila. «¿Quién fue mi padre, Árbol? ¿Lo sabes tú, el más sabio de este jardín?» «Seré escritor, para contarle a ella cuánto la quise, cuánto la quiero», calla el niño de catorce años, recostado en la hierba a sus pies. Los ojos cerrados, los primos se comunican con sus huéspedes verdes en un mudo diálogo de incertidumbre y añoranza. «¿En qué lugar secreto celebraron su boda mis padres? ¿Quién soy, Árbol?» La ronda gira, y la mente de Sibila presiente extraños seres en la oscuridad.

—Mira, un pájaro con las alas abiertas, frente a la luna. ¿Lo ves?

El Nano, levantándose, sonrío. La cara de la prima es un astro pálido contra el negro follaje. De pronto, la voz alarmada de Aurora los despierta.

—Sibila, Nano, ¿dónde están? Ya es muy tarde para que anden solos por el jardín.

—¡Por Dios, mama!, ¿para qué gritas? ¡Casi me matas de susto! ¿Cuándo tendré quince años para acostarme a la hora que me dé la gana?

—Estábamos mirando la luna, Aurora. —En la mente agitada del muchacho las visiones se trizan: Sibila bailando entre las flores, trozos de conversación... «Me plantó el agarrón.» Qué sucio sonó en la voz de la Carmen. ¿Y si le diera un agarrón a la Peta? «Algún día la besaré en la boca, y entonces, entonces...» Todo le duele al

niño, todo lo extravía.

—Vamos, Nano, antes que ésta se ponga a gritar de nuevo.

De la mano, los niños entran en mí. Ya en su lecho, los sucesos del día oscurecen la mente de Sibila. La extraña actitud de tío José Manuel en el salón mientras ella bailaba. De furia era su expresión. ¿Por qué? El brillo en los ojos del Nano, el temblor de sus manos al abrazarla de repente. «Aunque todos se opongan en esta casa, seré bailarina.» «Yo te ayudaré, mi niña.» ¿Sería su padre un poeta? «¿Tu padre, Sibila?» Siento las manos anchas y cálidas de aquel hombre apoyarse como entonces en el muro de mi huerta para saltarlo con agilidad de pájaro. En mis paredes resuena su voz, sus pasos sigilosos, su risa contagiosa. Quise en ese entonces, por un segundo, ser mujer y conocer su vitalidad, la vertiginosa locura de sus pensamientos, el girar de sus células ante la apasionada necesidad de la niña Estela. «Tu padre, Sibila, fue un loco según los humanos; ni poeta, ni músico, ni bailarín. Esos eran juegos de niños para él. Nunca lo conocerán, los humanos.» Me duele la angustia de la niña por un padre incógnito, temido por todos los que la quieren. No hay ni un retrato, ni una pintura que haya atrapado su imagen. No podría haberlos... Sólo el de su madre, allá, desde la cómoda, le abre sus ojos pequeños y tristes, eternamente enmarcada en plata su cara antigua. «¿Cuál es mi nombre, casa?», me pregunta en sueños, y yo no debo responderle.

En la cocina, Aurora se encrespa con la Lolo y las otras.

—Mira, tú, que eres una mujer vieja, deberías saber que hay cosas que no se hablan delante de los niños. ¿Cuál es el gusto de abrirles los ojos, digo yo?

—¡Ésta sí que es buena! ¿Crees tú que la chiquilla entendió algo de lo que decíamos? Es muy chica, y con lo potijuntas que son las ricas... En cuanto al otro, se las trae el chiquillo. ¿Que no has visto cómo mira?

Carmen interrumpe para exclamar, fastidiada:

—¡Qué tanta cosa! ¿Acaso ustedes creen que no sabe lo más bien quién fue su padre? No están los tiempos para andar con tapujos. Que sepa lo que es la vida y lo que pasa con el hombre, porque, como decía mi abuelita, «cuando la edad tiene dos números, el entendimiento se aguza.» Y la mocosa ya cumplió los doce, ¿no es así? Que no le pase lo que a su madre, que al fin salió con su domingo siete.

La risa ruidosa estremece a las mujeres. Aurora, impotente para hacerlas callar, da media vuelta y sale al patio, enfurecida. Así será, pero su niña Estela fue tan mujer como cualquiera de ellas, capaz de querer al gringo con un amor que lo volvió loco. Sólo una vez lo vio. Alto, delgado, el pelo rojo y los ojos penetrantes, casi negros de azules. Se acuerda muy bien de él, pues fue bajo la luz de los faroles de la calle de los Gráficos. ¡Qué sorpresa se llevó! La niña Estela lo abrazaba apoyada contra la pared de ladrillo. Lo miró bien, a pesar del miedo que le dieron sus ojos cuando volvió la cabeza para enfrentarla. ¡El hombre valía la pena! Se lo dijo a la señora Luzmila y no volvió a hablarle de eso. Era su secreto, su última fidelidad. Para ella, que no tuvo hijos, fue su niña la Estelita. Dos lágrimas brillan en las mejillas marchitas y,

sonándose estrepitosamente, Aurora se encierra en su cuarto.

El Rojo, el hombre de Estela... A mi recuerdo regresa esa tarde en que la familia, como todos los años, se iba de vacaciones, y los que moraban reclusos entre mis paredes y buhardillas salían a recorrer los cuartos cerrados. De pronto, entre Ellos volvió Estela, escapándose, no sé con qué urdida mentira, de ese veraneo obligado. Al mismo tiempo sentí que por la huerta, tras abrir la pequeña puerta de madera redonda, alguien entraba determinado, casi sin tocar el suelo. Y aquel hombre, deslizándose por jardines, corredores y salones, se ocultó en el cuarto de la niña Estela. El huerto, en desatado deseo, detuvo el tiempo humano. Las manos se buscaban; el corazón, vibrando como una flor, se abrió rojo y esplendente. El temor huyó. La inocencia, como una luz en la oscuridad, se entregó al ente masculino que poseyéndola la santificaba y amándola la integraba, que cubriéndola la liberaba. Así fue concebida Sibila. Los Señores del Tiempo fueron padrinos y Reyes Magos, para regalarle un pasado noble, un presente misterioso, un futuro de revelación. Más atrás en el tiempo, al reflejarse en aquel espejo de su cuarto, el de Sibila ahora, veo el rostro pálido y febril de la solterona. Lentamente va deslizándose el camisón por sus hombros, sus pequeños pechos duros y agresivos, la cintura increíble, las caderas acusándose bajo la piel, sus muslos y tobillos de una belleza clara. Porque esa tarde, y por segunda vez, los ojos tímidos de la señorita Estela se han encontrado con los ojos incisivos del hombre de los cabellos rojos. Lo vio dirigirse a ella con el pelo cubriéndole la frente, con el sol que se ocultaba en su pecho encendido, en los ojos azul oscuro, en la boca de labios finos que daba a aquel rostro un algo de granítico.

—¡La estaba esperando, señorita!

Al detenerse, el sol se apagó en sus ojos, en la abertura de la camisa, burda para la fina piel, en la hebilla del cinturón y en los toscos pantalones que enfundaban unas piernas increíblemente largas. El hombre sonreía sin dejar de mirarla, mientras el corazón de la niña saltaba en su prisión de huesos. Estela, la espalda contra la redonda puerta de madera que cerraba el muro de la huerta, se quedó inmóvil, temblando, como una niña ante un hombre agresivo. Sentí la presión de su frágil estructura y la puerta cedió. La muchacha entró corriendo, y corriendo cruzó ante las grandes jaulas para meterse en su cuarto y cerrar la puerta con llave. Eran las siete de la tarde. Lentamente en el recuerdo, la veo acercarse al espejo ovalado de la antigua cómoda de caoba, la misma ante la cual Laura peinaba sus largas trenzas negras. Apoyada en la cubierta de mármol, se mira y se contempla con ansias, con temor, con valentía y con odio. Es fea, fea, fea. El lacio cabello de color arratonado le cae en dos flequillos escasos, enmarcando un rostro largo y flaco, unos ojos pequeños, oblicuos, la boca de labios como cintas, la tez tan pálida, tan pálida... Sintiendo que ese cuerpo es todo lo que tiene, vuelve a observarse largamente. En su memoria, los ojos del hombre la recorren, la miran por dentro, y se jura a sí misma, quemándose, que se le mostrará desnuda en esa puerta, a esa misma hora, desnuda en alma y cuerpo, ofreciéndose al fin. ¡Ha esperado tanto! La abrasa su virginidad madura, su obligada

virginidad de solterona. Todas sus amigas se han casado y tienen hijos. ¡Solterona, solterona! Es lo que dicen de ella a sus espaldas. ¿Por qué nadie ha querido mirarla? Ningún hombre ha querido amarla. Fea. No sabe desde dónde le sube esa rabia caliente y loca, ese deseo doloroso, esa pena incontrolable. Sobre el pequeño lecho de blancas sábanas de hilo, con los ojos cerrados, calmando aquella fiebre antigua y culpable. De espaldas, con los brazos en cruz, la niña Estela llora su soledad y desencanto.

Por la angosta y oscura callejuela del Monte Carmelo, los pasos del Rojo aún resuenan. Siento en el muro de la huerta la huella vibrante de su mano. Por esa mano extranjera trato de penetrar en el cuerpo. Son diferentes los cursos de sus venas y lo es también su pensamiento. Las moléculas giran en él a mayor número de revoluciones. Sus contactos se silencian ante mi búsqueda. Su intimidad se esconde, protegiéndose. En la noche, el Molino gira y trepida, trepida y gira, y ese suave trepidar masculino une a través de mis muros al Rojo y a la niña Estela.

En el cuarto que recuerda a Laura, la solterona duerme.

Y la Loca aúlla silenciosa contra los vidrios que reflejan unas cuencas sin mirada.

—Huye, mujer, no vuelvas a tentar al demonio. Eres una Ballesteros y serás maldita por eso.

La muchacha se despierta tiritando. Rápida se pone el camisón y se acuesta dentro del lecho de sábanas almidonadas. Entonces, al otro lado del muro, el hombre fija en su memoria los ojos de la muchacha y se aleja con unas ganas desconocidas de dormir.

En el silencio en que reposan esta noche mis habitantes, puedo repasar aquella historia que el Molino y la huerta me confirman.

Ésa fue la segunda vez. La tercera fue una noche en que los faroles iluminaban apenas. Estela, abriendo la puerta de madera, llamaba a Muñeca, la gata blanca, que se le había escapado de nuevo. Sus zapatillas estaban mojadas y hacía frío. De pronto, una silueta la inmovilizó. Es él, saliendo de ninguna parte. Detenido bajo el farol, la enfrenta; las largas piernas abiertas, los brazos cruzados sobre el pecho, la mira. Al trasluz, el hombre percibe el cuerpo fino que el delgado camisón no logra encubrir.

—Señorita, Muñeca cruzó por el muro. ¿Le ayudo a buscarla?

Estela tiembla, y no es de frío, porque se quema. Su voz disimula apenas la ansiedad que la posee.

—Si fuera tan amable... Todas las noches tengo que salir a buscar a esa gata callejera.

Él se acerca, y juntos buscan entre las matas y en lo alto del muro. De pronto, con un rápido gesto, la mano masculina se introduce por las enredaderas de hiedra que cubren la pandereta, y sale con el blanco animalito colgando de los dedos oscuros, como un gatito recién nacido del hocico de su madre. La deja en el suelo, la acaricia suavemente, y Muñeca, en vez de huir, ronroneando se restriega contra los pelillos de ese dorso que pulsa susurrantes, enigmáticas señales.

—Bien... Y ahora, ¿qué hacemos, señorita...? Estela, ¿verdad?

El hombre sonrío, y su mano se tiende en un saludo formal.

—Me llaman el Rojo.

—Bueno, muchas gracias... Pero yo... Como no nos han... A mis hermanas no les gusta que hable con desconocidos.

—No lo sabrán, Estela. Hasta mañana. Vendré a la misma hora.

La muchacha se escurre tras la puerta con la gata en brazos, sin contestar, y corriendo se pierde entre las sombras de las grandes jaulas, mientras rápidos los pasos allá afuera se alejan.

Recordando a su madre, contemplo los ojos cerrados de Sibila. Ojos que, abiertos, se parecen a aquellos ojos extranjeros.

En la galería, a oscuras, Sibila ve las agujas del tejido de tía Luzmila relucir como pequeños relámpagos a la luz de la luna. Hace calor, y la niña se pasea, a punto de llorar.

—Voy a caminar un poco, tía, a ver si me refresco.

Cruza el sendero de gravilla brillante y se detiene unos segundos bajo el Peumo, que la consuela. Cierra los ojos violetas de húmedas pestañas, y entonces, desde el pecho angustiado, su intimidad se desdobra, y comienza a bailar, a bailar sobre el agua de la laguna, entre los lotos abiertos, diminuta libélula humana, bajo las ramas que dibuja el agua. Se detiene sobre unas hojas gigantes que ocultan una rana amarilla con manchas de seda negra. Se coge de las alas transparentes de otra libélula —trasnochado matapiojos—, y por unos momentos se ve transportada en delicioso vértigo, girando y zumbando a través de la noche vegetal, herida de fosforescencias.

Se elevan un instante por encima de las copas de los árboles, y Sibila sabe que volando, volando muy alto, puede cruzar el mundo. En la oscuridad, su disfraz de niña regalona se rasga como la envoltura de una crisálida, dejándola desnuda y milenaria. Así quiere recordar tantas cosas, saber lo que supo entonces...

Descienden. Sibila se hunde en la alta hierba, y se va tras una oruga lenta, a vigilar unos ratones grises que hacen el amor a saltos.

—Padre, ¿eres tú?

El Rojo está a su lado.

—¡No quiero volver a ser niña, padre! ¡No quiero volver! Podría seguirte, y todo cambiaría de pronto. No pedí nacer, y tú sabías lo que iba a sucederme, ¿verdad?

Sibila se mira las manos, y sabe que con ellas puede transformar una piedra en una flor azul.

—Hija, ven; ahora estamos aquí, tú y yo.

La niña admira al hombre hermoso, y acaricia su piel oscura, su cabello rojo, mirándole a los ojos.

—¡Te quiero, padre!

Desde lo profundo, la angustia vuelve a aflorar, y las lágrimas caen entre el vello rojizo de los antebrazos que la estrechan.

—Tu tiempo no ha llegado... Ellos te necesitan.
De espaldas contra el Peumo, Sibila abre los ojos. La luna se ha ido.

El calor de la salamandra encendida empaña los vidrios del corredor. Con un tejido en sus manos ágiles, Luzmila mira por sobre los anteojos a Tránsito.

—¡Ay, hija, me tiene tan preocupada la niña! El otro día lo conversé con Fermín, pero tú sabes cómo es: a nada le da importancia.

Tránsito, pensativa, recuerda la confidencia que hace años le hizo la Mama Aurora, tiempo después del nacimiento de Sibila: «¿Sabe, misia? El don de la señorita Estela era un hombre muy simpático, muy leído también. Yo se lo digo porque lo vi una noche allá en la huerta, y porque ella, que en paz descansa, me hablaba de él. ¡Qué palabras lindas le decía! Tuvo razón la niña en enamorarse. ¡Hombrazo, el don! Se lo juro por ésta.» Y, santiguándose, se rió. «El mismo demonio era ese hombre, doña Tránsito.» Lástima que la mujercita no se lo hubiera dicho cuando todo estaba sucediendo.

—Lo que pasa, hermana, es que Sibila es una niña muy precoz para su edad. Su padre debió de ser un hombre muy especial. Nuestra hermanita sabía lo que quería, a pesar de su timidez... Acuérdate de ese posible pretendiente que José Manuel le presentó. Oigo sus palabras como si fuera hoy: «Prefiero morir soltera a casarme con un imbécil, cuñado.» Yo tengo confianza, como José Manuel, en la sangre nueva que trae Sibila. Será alguien en la vida, no como su madre. ¡Que Dios me perdone!

Las siluetas de las dos hermanas se traslucen por los ventanales mientras se pasean de arriba abajo en el corredor, hablando muy bajito para que no se enteren las criadas.

José Manuel las mira desde las jaulas, percibiendo agitación y angustia en sus gestos y en sus voces. Su alta estatura se inclina ya. Su ojo café parpadea, y el celeste se ve cruzado de venitas rojas, uniéndose ambos en un mirar penetrante, alerta y tenebroso, como el de algunos gatos.

Las hermanas, abrigadas con chales y medias gruesas, salen al jardín para sentarse bajo el Magnolio y mirar cómo José Manuel, dentro de las jaulas, limpia y juega con sus pájaros. Luzmila borda silenciosa, ensimismada en su tarea. Tránsito vigila a su hombre, que, trepado en una escala de podar, trata de pillar un pichón de mirlo que torpemente se le escapa. La escala se balancea bajo el enorme peso, y la tía se muerde los nudillos para no gritar. Por fin la avecilla es suavemente atrapada, y su cazador, con ella entre las grandes manos callosas, va a sentarse junto a su mujer.

—¿Ves cómo no me pasó nada? Esta hilacha de los nidos era la que no dejaba volar al pobrecito. Se habría estrangulado si no es por mi ojo, el celeste, que es el que ve lo bueno, como tú sabes.

El hombre sonríe mientras los anchos dedos liberan el cuello frágil del ave. De pronto el viento trae un olor de lilas... y la imagen de doña Carmelita se le aparece a Tránsito en el recuerdo. La ve sentada en ese mismo banco, repartiendo alegría y vitalidad entre las hermanas y las jaulas, como siempre. Tránsito las tiene cerca, y

calla. Sus anillos, los mismos que ella luce hoy. ¡Qué madre alegre, tierna y femenina fue doña Carmelita! Entonces, los árboles de la huerta eran pequeños, y mi hermana, la casa de Cartagena, estaba en construcción. Una familia feliz. Doña Carmelita y su esposo, don Benjamín; Julio, Tránsito, Luzmila... ¡Cómo los quiso! Estela nació después...

De pronto, Luzmila deja el bordado sobre la falda y toma a su hermana de un brazo para decirle asombrada:

—¡Qué raro! Me pareció ver a mamá entre las jaulas, como cuando éramos chicas...

—¿Tú también? Sí. El olor de las lilas está en el aire...

Se quedan silenciosos los tres, mirando el revoloteo de los pájaros en el frío atardecer, unidos en el recuerdo que impulsan los Señores del Tiempo.

Tránsito siente que la angustia, esa vieja angustia, la atrapa de nuevo. Las manos heladas, los tendones del cuello rígidos, la nuca dolorosa. Se levanta como una autómatas y lentamente va penetrando en mí hasta su cuarto. Yo la acojo, la acepto, sin poder ayudarle. José Manuel, sólo con mirar su andar incierto, sabe que aquello atacará otra vez.

—Tránsito se siente mal. Iré a ver.

Luzmila se levanta para acompañarlo, pero el hombre la detiene, cariñoso.

—Prefiero ir solo. Esos estados no son agradables de presenciar.

Se demora unos segundos en atrancar la puerta de la jaula, y luego, con su paso lento, atraviesa el corredor viniendo hacia mí, inquieto. Al abrir la puerta del dormitorio, tropieza con un cuerpo tendido. Tránsito yace de espaldas, los ojos fijos, vidriosos, la boca torcida; las manos agarrotadas se engarflan en los flecos del cubrecama que no pudo alcanzar.

Siento no tener brazos ni voz humana y ser sólo una casa. Es mi estigma, el precio de la sabiduría. Me lo dijo el Peumo y me lo confirman los Señores del Tiempo.

Rápido, José Manuel la coge en sus fuertes brazos para recostarla en el lecho. Busca en el velador las obleas que le ha recetado el doctor Flores, y por entre los dientes apretados logra que trague un poco de agua. Poco a poco los ojos fijos se cierran, las manos se distienden, mientras la mueca de angustia va desapareciendo. El sueño relaja los músculos torturados y el misterioso cortocircuito cerebral se desvanece. Pálida, Tránsito recorre los escondidos caminos del subconsciente. Yo, la Casa, vigilo en su recuerdo, en su ancestro, en su origen. Vestida de blanco, de la mano de su madre, corre volando sobre las arenas de una playa luminosa. El agua del mar, arremolinándose, sube, sube, y entonces siente que esa mano querida se suelta de la suya y se aleja mar adentro mientras ella le grita que no la deje, que tiene miedo. Pero la figura, sonriendo, le hace un adiós con su mano enguantada y se pierde tras una ola enorme en el horizonte rojo.

Los sollozos descontrolados despiertan a Tránsito. Al abrir los ojos, sabe que

aquello se apoderó de nuevo de su ser. No recuerda nada, ni quién la recostó en el lecho ni cuántas horas ha dormido. Sólo esa pesadilla que nunca deja de atormentarla. El beso cariñoso de su marido la conforta suavemente en la oscuridad del amanecer.

Unas veces, como ahora, es el mar. Otras, la soledad de un bosque. Pero siempre es lo mismo: su madre se aleja de ella, se despide, se pierde, abandonándola. Quince años tenía cuando murió. Es con ellos, sus padres, con los que se comunica en el Astral. A veces la llamada es tan imperiosa que no puede resistirla, y entonces corre a casa de sus primas González, a recibir con ellas, a puertas cerradas, el mensaje del más allá. El padre Estanislao le ha dicho que ésas no son cosas de Dios. Que son males para el alma. Que es herejía. Pero, ¿quién sino Dios le ha dado el poder? Ella lo usa para el bien. ¿Cuántas veces ha salvado a amigos o parientes con sus premoniciones? No está poseída por el demonio; lo sabe y le basta. Ya de muchacha le cambiaba la voz. Otros hablaban y escribían por ella. Era excitante ser distinta. Un día en que la sesión se prolongó más que de costumbre, sus amigas temieron no poder despertarla. Casi se mueren del susto. José Manuel le prohibió volver a esa casa, y desde entonces los ataques se repitieron con frecuencia. Hace más de tres años que no posa las manos en una mesa de tres patas o sobre los vasos parlantes. Un extraño agotamiento la consumía después de las sesiones, y por eso se las prohibió también el doctor Flores. Por las noches se levantaba dormida a caminar. La veo en medio de la huerta, escarbando la tierra con las uñas, las joyas metidas en la boca como si quisiera enterrarlas, los ojos desorbitados. A su lado, Laura se ríe, los brazos ingrátidos abiertos sobre ella como un maligno manto de odio. ¿Sonambulismo? ¿Secuela de un tiempo desconocido? ¿Epilepsia, mutaciones atávicas de la noche cavernaria o fuerza cósmica?

Siento la tremenda radiación de aquel ser que, meta morfoseándose, abandona los caminos del Presente para entrar en el Pasado con la complicidad de los Señores del Tiempo.

¡Doña Luzmila, doña Tránsito, corran! ¡Al patrón le ha dado un ataque!

La Lolo es la primera en verlo, pero es Fermín el que llega junto a él a los gritos de la cocinera.

Las mujeres salen despavoridas a llamar a Octavio para que ayude a Fermín a levantar el pesado cuerpo y llevarlo a su dormitorio.

—¡Hay que llamar al doctor Flores!

Angustia siento en mis cuartos. Es el comienzo de un final lento y progresivo.

—¡Que no sea nada grave, Señor! —implora Tránsito, los ojos desorbitados, a punto de desmayarse.

Es Luzmila quien sostiene la cabeza de su cuñado, que, con rostro macilento, respira dificultosamente, sin volver en sí.

Afuera, en mi corredor, Sibila se apoya en el muro, y entre el miedo que agita su corazón se abre paso la certeza de que el tío no morirá. Junto a ella, el Nano y las empleadas esperan disimulando las lágrimas. La Peta solloza histérica.

—Cayó como un tronco al suelo. ¡Que Dios le ayude! —Se santigua la Lolo, y se suena ruidosamente.

«No morirá, no morirá, madre.» La niña, mordiéndose los labios, se repite la frase como un mantra. Ascendiendo por la mano laxa del enfermo, a través de venas y arterias navego hacia su corazón, que sangra levemente. Extraños sueños, visiones de vidas pasadas lo atormentan. Un túnel largo, caluroso y oscuro se abre ante él, y la certeza de que no debe penetrarlo todavía le hace detenerse. Nebulosa de paz, de luz. Ruidos que lo llaman, lo traen de regreso.

—José Manuel, el doctor Flores está aquí. Ya pasó lo peor. Por Dios el susto que nos diste...

—Doctor, dígame a esta mujer que no pienso morirme. Tengo mucho que hacer todavía.

Amigo de la familia, el doctor Flores sonrío preocupado mientras lo examina. Sus manos lo tranquilizan y su voz paternal le dice que volverá a sus pájaros y a Tránsito por algunos años más, si se cuida.

—Oblíguelo, doctor, por favor. A mí ya no me hace caso este hombre.

—Le hará caso, doña Tránsito, porque la quiere mucho. Aquí le dejo la receta y el régimen. Para cualquier cosa, me llama.

Con paso apresurado se va el viejo doctor de maletín y gafas, de arrugas cariñosas y fe en Dios. Es un hombre bueno, honrado, generoso. El médico que infunde esa confianza que los humanos tanto necesitan.

En los días que siguen al infarto de José Manuel, Sibila, al volver del colegio, se sienta a los pies de su cama, y así, entre historias y risas, llega la noche. Una tarde la sobrina nombra a su padre y quiere saber más. Tía Tránsito, que teje al otro lado del lecho, cómodamente mecida por la silla de balance que compró don Félix para Laura,

levanta los ojos y se queda mirando a la niña. En su mirada hay una mezcla de pena y repentina resolución.

José Manuel, de espaldas e inmobilizado, gira la cabeza para responder a la pregunta que persiste en los ojos de la niña.

—Tránsito te lo dirá mejor que yo, hijita. Que ella te cuente la historia de su hermana.

Entonces, a través de la voz entrecortada de la tía, Sibila escucha la inventada historia de su nacimiento. ¿Por qué mienten los humanos?

Es tan fácil la verdad. ¿Que su padre también murió? No, ella no lo cree; sabe que no es así. El Rojo vive. Lo ve en sueños, lo presiente muy cerca por las noches. Sin embargo, algo prohibido y pecaminoso intuye la niña en ese matrimonio de sus padres. Y el anillo que lleva en el dedo, ¿se lo regalaría él a su madre? Las manos cálidas del tío cogen las manos húmedas de la pequeña.

—De tu padre, como dice Tránsito, sabemos muy poco. Tu madre fue una mujer muy reservada y nosotros respetamos su silencio. Una mujer valiente para su época, diferente a las de su medio. Puedes estar orgullosa de ambos, porque a su manera crearon un mundo propio y fueron felices. Cuando seas mayor y te enamores, comprenderás mejor esta historia.

La voz del enfermo se opaca por la emoción. Que su niña no sufra; es lo que importa.

La muchachita se levanta del borde de la cama, los ojos trizados, y mira por los vidrios hacia el jardín. Esa fuente en que su madre debió de ver, como lo hace ella ahora, las flores, semillas de otras flores; esos bancos; esos muros que sintieron el contacto de sus manos, manos que ella no conocerá jamás. Llora porque, en el mundo en que vive, los niños felices tienen papá y mamá. Porque sus compañeras, al hablar de ellos, se callan cuando la divisan.

Me enfurezco con los adultos y les grito con mi voz mineral que son odiosos. Hago crujir cañerías, estremezco puertas, ventanas y tragaluces, a ver si por el temor se detienen y dejan de ocultarle a la niña la verdad de su origen. Entonces los mayores, que no me oyen, que nunca me han comprendido, llaman al gasfiter y regañan a Octavio por no aceitar los goznes y limpiar los desagües. Sólo Tránsito y Aurora discurren misteriosas historias de fantasmas y aparecidos. Algún día se abrirán sus oídos y verán sus ojos, y entonces, entonces...

Sibila, con los suyos fijos en el agua, llora.

Ya no se anda en puntillas frente al cuarto de José Manuel. Su primera salida, en una mañana de sol pálido, es al patio, hacia las grandes jaulas, donde los pájaros se alborotan de revoloteos y trinos, reconociéndolo. Despeinan su cabeza cana, se posan en sus manos, picotean sus pantuflas, y el corazón recién cicatrizado se inunda de paz.

Al amanecer del segundo día de abril me duelen puertas y ventanas. Siento que envejezco. Me duelen y crujen, como cuando va a llover. Los humanos las abren y las

golpean, sin piedad por mi artrítica osamenta de madera y tiempo. Ofendida por su falta de consideración, vuelvo a hacer sonar cañerías y desagües. Soplo con el viento norte por chimeneas y pasillos. Sólo Sibila, que me presiente, no quiere tomarse toda la taza de chocolate ni salir al patio a jugar con el primo.

Empieza a llover, y la Lolo y Carmen van a recoger la ropa recién lavada. Dentro de mí, los tíos han prendido la salamandra, que crepita desbordante de carbón. En la cocina, las empleadas toman mate alrededor del brasero y se abrigan con sendos chales de lana peinada.

Llueve, y la lluvia me limpia del polvo de un verano caluroso. Llueve, y las lágrimas del cielo corren por los vidrios, empañando la calle y el jardín. Llueve, y me lleno de recuerdos y de nostalgia por esos días, esos años en que otra lluvia se deslizaba alegre y juguetona por mis paredes recién encaladas, contándome historias de trillas y de campos color miel. Desde que amaneció me he sentido vieja y cansada. Me pesan los techos y se agrietan mis paredes. Por mis venas de cobre, el agua corre más lenta a causa de la herrumbre. Mi corazón-molino no es el del novecientos. Él, mi Maestro, cada día agoniza despacito, y la tristeza humedece mis cuartos y cubre de manchas pardas el muro de la huerta.

Así, los días de este otoño del treinta y ocho pasan apacibles, y en su transcurrir, el hombre y la niña, acostumbrados a esas tardes juntos, viajan de historia en historia, tejiendo un mundo propio con urgida necesidad, como si intuyeran que el tiempo es corto para quererse.

A veces el Nano se sienta con ellos bajo el viejo Magnolio, o en el escritorio del tío Fermín, quien los acompaña después de las onces. A veces la Peta, tímida tras la puerta, hace muecas al muchacho, y unos celos invaden a Sibila, sin saber por qué. A veces las tías participan en una conversación crepusculada de añoranzas.

—¿Cómo era el abuelo Benjamín, tía Luzmila? ¿Es cierto que murió en un viaje, en el mar? ¿Cómo era la abuelita Carmela? Dicen que yo me parezco a ella.

—Es verdad que te pareces a ella. No sé en qué, pero te pareces, aunque tus ojos y ese precioso pelo rojo no son herencia familiar.

—¿Me parezco a mi padre, entonces? No hay ni una fotografía de él en esta casa.

—Tu mamá las rompió cuando él murió.

Sibila siente la necesidad apremiante de saber. A oscuras, cuando los tíos salen a comer fuera, se pasa horas enteras sentada en el salón azul, con la espalda contra la pared empapelada, pared por la que penetro en su joven organismo que crece. Me embarco en el curso de su sangre hacia sus músculos y huesos en tránsito, y llego hasta su cerebro, alerta a todo lo nuevo, irrigado por misteriosos orígenes. Hay mañanas en que la niña, sentada al borde de la fuente de los peces y con las manos en el agua, coge imaginarios insectos entre hermosas flores abiertas para ella sola. Se mira los dedos alargados por el efecto deformante del agua, y ve en ellos tallos, serpientes míticas de transparentes alas. Imagina el rostro quebrado de su madre, Estela, así como lo ve en esa fotografía que en su cuarto sonríe eternamente a la nada.

Con los ojos absortos, sufre la ausencia de recuerdos. Su mano vuelve a sumergirse, y reaparece engalanada por verdes légamos brillantes que le cuentan historias que todavía no comprende. Juega a ser sirena, libélula, ondina como la bella mujer de la mampara, o una de esas hadas de los cuentos de Calleja que el padrino le leía cuando niña, y baila una danza mental alrededor de fuentes sumidas en países de leyenda.

Desperezándome bajo el pálido sol de invierno, veo en el tiempo a Laura, las oscuras trenzas colgando sobre esa misma agua; a Carmela, con su perpetua sonrisa reflejándose entre lotos y peces; a Estela y sus ojos tristes, lágrimas que forman pequeños círculos en el espejo húmedo.

Niñas, vírgenes, mujeres, hembras. ¿Qué hacen con los símbolos de su femineidad? ¿Qué mueca en el tiempo, qué desesperanza, qué desgaste inútil, qué monotonía! Ojos, mentes, corazones resignados o insumisos, simples o tortuosos, terrenales o místicos. ¿Para qué, si la mano ajada de la herencia las castra jóvenes, inseguras, frágiles? ¿Qué corriente cálida enciende sus mejillas a la misma hora? ¿Qué enceguedora luz cierra sus ojos ante el misterio? ¿Qué maligno arcángel les sopla en el delgado cuello, niñas aún, cuando presienten el amor, aterrándolas? ¿Por qué siempre allí, por la tarde o la mañana? ¿Qué duende malvado las ensordece cuando la sangre que hoy está floreciendo en la entraña virgen de Sibila comienza su canto pasional? Corriente roja es la que las une en un único mensaje de origen.

El sonido de la campanilla del comedor cae entre las manos mojadas de la niña, en su sueño revuelto.

—¿Sibila, a almorzar, que los tíos ya están en la mesa!

Saltando de baldosa blanca en baldosa negra, la mu chachita llega al comedor familiar. Una solapada angustia la marea. Se sienta silenciosa ante el albo mantel bordado. Platos humeantes. Las manos de los matrimonios, unidas como siempre, hacen que Sibila sienta hoy un no sé qué de rabia y de vergüenza. Desagrado que exacerba la mirada hambrienta del Nano, que apenas puede esperar a que los tíos se sirvan para empezar a sorber la sopa de lentejas con tal ansia que tía Luzmila se ve obligada a corregirlo con suave acento:

—Nano, a tu madre no le gustaría oírte. Un joven educado no hace ruido con la sopa.

Sibila lo mira con una risita que el tío Fermín corta.

—Es muy feo reírse de su primo en la mesa. Que la lección sea para los dos.

Ella vuelve a mirar al Nano y a sonreír irónica, porque tiene secretos, miles de secretos que ese hombrecito en ciernes no podrá entender jamás.

Durante todo el día Sibila siente como si anduviera sobre la cubierta de un barco. Le duele la cabeza y odia al Nano con un odio inexplicable y violento, a los tíos y al mundo. Al mismo tiempo, su nostalgia por Bárbara se hace imperiosa. ¿Qué será de la prima? ¿Cómo la extraña ahora! Nadie la nombra ya en la casa. A veces llegan cartas de la tía Olga, que ha regresado al sur, pero las tías se encierran para leerlas, como si hubiera algo feo y malo en ellas. Intenta averiguar con Aurora.

—¡Ay, Sibilita! Pregúnteles a sus tías. Es muy chica todavía para entender algunas cosas.

Sibila se va a su cuarto, con unas ganas terribles de llorar. A las cinco en punto de la madrugada, un rayo de luna abre en el vientre dormido de la niña una herida como una pequeña amapola roja.

SEGUNDA PARTE

LA SANGRE

La sangre es un flujo muy especial.

Fausto, de Goethe

1

¡Sangre! Pequeña flor oscura en la sábana blanca. La mancha asusta a Sibila. Entonces es cierto... El corazón le late ligero.

Le vino a la cabeza algo leído en el Antiguo Testamento una tarde lluviosa en que Bárbara y ella sacaron la Biblia de la biblioteca, a escondidas del padrino, y la hojearon bajo la escalera del desván. Se refería al flujo de sangre del cuerpo de la mujer, considerándolo impuro, y a la prohibición de yacer con ella mientras durase.

Le preguntó a Bárbara qué significaba yacer y, aunque presumía de saberlo todo, su respuesta no le resultó muy clara.

«¡Qué tonta eres! Eso es cuando los casados hacen cosas y tienen hijos.» Pero, ¿qué cosas? Se quedó desconcertada.

Lo que sí sabe es que hoy ha amanecido distinta. Tiene pena y tiene miedo.

Laura, tras la cabecera de la cama virginal, ríe con su risa rota, con su voz sin labios. «¡Inmunda! Inmunda es lo que serás por los siglos de los siglos. ¡Maldita!»

Siento las suaves plantas apoyarse con precaución en el suelo y avanzar despacio, muy despacio. Es un avanzar aprensivo. Cada mujer es la primera a la que este flujo llega. ¿Para qué les sirve la memoria genética? Las manos de la niña en la perilla de bronce de la pieza de tía Luzmila, abriendo silenciosas.

—Tía... ¿Estás sola, se puede...?

—Entra, hijita. Fermín ya se fue. Pero, ¿qué tienes?

—Tía, es que yo... Ay, tía Luzmila, tengo algo muy raro. Parece que boto sangre.

—¿Sangre?

Con una rápida mirada, Luzmila ve la camisa manchada y comprende, y como antes lo hicieron su madre y su abuela, inundada de ternura compasiva, trata de calmar el temor de la niña.

—No hay que asustarse, mi amor; son cosas de mujeres. ¡Pero claro! Hoy cumples trece años. Felicidades, mi niña grande. Tu tía tiene la culpa. Debí prevenirlo mucho antes. El doctor Flores me lo aconsejó. Lo que te pasa es muy natural; no hay por qué tener miedo. Somos así las mujeres. Algún día lo comprenderás mejor, cuando seas más grande.

—Pero es que ahora ya soy grande, ¿no es así?

La mano de la mujer se apoya en el muro, y percibo su turbación. Busca palabras para explicarle a la niña ansiosa con claridad lo que su madre a su vez le explicó oscuramente. Desea que esté Tránsito allí para ayudarle. ¿Por qué se ocultan la una a la otra lo que saben? A Sibila ya se lo contaron en secreto sus compañeras del colegio. En los recreos de las grandes, se dividían entre las que ya se enfermaban y las otras. Y ella les tenía una envidia... La tía cuenta con su propia experiencia, además de lecturas y conversaciones, aunque no muy científicas. ¿Por qué se empeña en callar? Son tan raros los humanos. Cuánto les falta todavía para entender su esencia. ¿No es acaso lo mismo que cuando una niña se asombra por primera vez ante

el mar, o cuando pregunta de dónde vienen las flores, o qué es la electricidad? Yo quisiera transmitirle a la nueva mujer de la casa la respuesta de otras Sibilas que en el futuro se mirarán, una mañana como hoy, orgullosas de ser mujeres, ajenas al maléfico temor de aquéllas que, de generación en generación, se miraron avergonzadas en los cristales tantas veces renovados de mis ventanas.

«Llevas la palabra más hermosa, Sibila. Mujer. ¿A qué le temes? Hoy contemplas conmovida la respuesta a tus angustias de niña, el rubor de las palabras prohibidas. Entrás en una dimensión diferente, y como en cada Primavera de la Tierra, brotará la roja flor de tu sexo, purificado por la sangre. Ya eres eslabón cristalino; a través de ti, del diminuto y cálido mar de tu vientre, óvulo tras óvulo, ascenderá la vida que allá en el Pasado surgió en lo profundo de las aguas primigenias. ¿A qué le temes? Eres el centro de tu universo. ¿No comprendes que LUZ es tu madrina, y la Sangre tu talismán, el rojo cauce que impulsa a las generaciones?»

La mano en el agua de la pila, entre familias de lotos y de peces, la niña es protegida por los Señores del Tiempo, mientras el Sol enciende hogueras en su pelo.

En la tarde, la investidura de los trece años: medias largas de seda, taco medio, peinado paje, pollera angosta y un mirar de persona grande. Trece años, y el mejor de todos los regalos: la matrícula en la Escuela de Danzas del Instituto de Extensión Musical. Tío Fermín, resistiendo a la débil y temerosa negativa de la tía y a la terca furia de José Manuel, se la entrega con un apretado abrazo. «Para mi pequeña Pavlova, con el amor de su padrino.»

La muchachita siente algo doloroso y cálido apretarle la garganta, mientras yo quisiera tener lágrimas, y boca para sonreír.

Luego vienen las visitas, las felicitaciones maliciosas por su flamante porte de mujer. Un maravilloso libro de Pablo Neruda, «Veinte poemas de amor y una canción desesperada», regalo de José Manuel, que se lo entrega dedicado por el poeta. Los amigos bohemios del tío le consiguieron esa maravillosa sorpresa: «Para una niña en flor.»

La torta con las trece velitas, las miradas admirativas, todo pasa a segundo término; lo único que le importa es ese papelito blanco que en un raptó escondió en su corpiño de raso recién estrenado como trofeo de nueva identidad. Gracias al hombre que por amor a su sobrina ha quebrado tabúes y prejuicios. Aunque siempre deseó que fuera tío José Manuel quien la diera la alegría. Ese amigo grande de ojos extraños. No importa cuántos años tenga, ni sus zapatillas deshilachadas, ni su vieja boina negra, sus toses o sus rezongos; es niño como ella en esas tardes en que juntos leen poesía y conversan de la vida, los animales y el futuro. El hombre, hermético para los demás, se descubre inconscientemente ante la sobrina a través de fugaces señales que revelan un pasado insepulto. Palabras involuntarias, silencios repentinos, recortes de diarios que oculta en cajones con llave, fotografías de una mujer de pelo oscuro y ojos violentos, desteñidas y arrugadas. Pasado secreto que a Sibila la llena

de visiones prohibidas. Una historia de amor trágica que le hizo decir «No y no» a las súplicas de la niña por entrar a la Escuela de Danzas. «El ballet no es para una chica como tú, si lo sabré yo...»

Después de muchas discusiones, Fermín, exasperado ante las lágrimas de la sobrina, se encerró con el cuñado toda una tarde en su escritorio, y el resultado fue ese papelito con su nombre que ahora late contra su piel. Con pena y con oculta excitación recuerda todo aquello, mientras pasea la mirada por las gentes que han ido a verla. Trece años. Es un número mágico que cambiará su vida para siempre. Siente el flujo caliente de la sangre y, disimulando, sonrío a compañeras de colegio y amigos de los tíos, muerta de susto de que se le note en algo.

—¡Cómo has crecido, Sibila, pareces una niña de quince años!

—Ya eres una mujercita, Sibila. No debes seguir comiendo así. Te pondrás gorda y fea.

—¡Qué linda estás, Sibila! Te pareces mucho a Gene Thierney.

—Si tuviera veinte años menos, me casaría contigo, Sibila.

La niña recibe ilusionada esas frases en su nuevo porte de treceañera, mientras la oscura sangre fluye y un dolor cansado la coge por la cintura.

De pronto cae bajo sus ojos la figura del Nano, allá en un rincón del comedor, comiéndose un gran trozo de torta. Al verlo, se pone serio; ya no va a arrastrarla por los corredores al desván, ni a retorcerle los brazos atacado de risa, ni a revolearla en las arenas del jardín para rozar deliberadamente sus pechos. El Nano sólo tiene catorce años y ella ya es una mujer. Los hombres maduran tarde; se lo ha oído decir a tía Luzmila, y es verdad. La figura de su primo le da risa: desgarrado, torpe, como si todo lo que se pone le quedara chico. Todavía le falta mucho para ser un hombre. Además, ¿cómo va a decirle lo que le pasa? Se moriría de la vergüenza. No son cosas para comentar con niños.

Pero el Nano, deprimido, consciente de ese umbral de la adolescencia que ambos acaban de traspasar, no se atreve ni a mirarla. Una barrera tensa se ha levantado de pronto entre él y la prima. Esas medias largas, ese peinado, esa cintura... esas redondeces que sus manos torpes ya no se atreverán a tocar... Ya no podrá jugar con ella como antes. ¡Mujeres! Quiere explicarse la angustia cálida y violenta que lo detiene ante el cuarto de Sibila por las noches, esas noches en que luego, en las oscuras y livianas regiones del sueño, la besa y la estrecha frenético, como ha oído a sus compañeros que se hace con las muchachas y con «esas otras» en las que piensa con miedo y curiosidad. Se funde en ella con rabia, con temor, con ansias.

Los tíos. Mama Aurora, los amigos habituales, comprueban melancólicos, al mirar a la mujer que viene ya en Sibila, cómo pasa el tiempo.

En mi eterno presente, he asistido día a día al imperceptible proceso. Pero en Sibila hay un engranaje que no ajusta, una pieza nueva. Tal vez ya en Laura comenzó a cambiar el ritmo. No conocí su infancia; llegó a mí ya mujer, del brazo de don Félix. Pero vi que en el flujo de su sangre algo había trastornado la vieja cadencia.

Unos ojos que no lloran y no se entornan, unos brazos que dibujan en el aire, sin imitar, signos cabalísticos. Un corazón que se hunde en el abismo ante la violencia ignorante del hombre de su tiempo. Laura, cuando estaba sola, bailaba, encerrada en su cuarto con llave, oyendo los compases de una música interior. En ella los signos fueron ininteligibles; el mensaje, oscuro. Siguió un ritmo quebrado y fue destruida. Sibila esconde en su sangre la señal definitiva e irrevocable de lo que ha de venir.

Ondina de su fiesta, Sibila gira ante los ojos hambrientos del Nano y el temor angustiado de las hermanas Ballesteros.

—Dios mío, Tránsito, la niña no debería hacer ejercicio hoy.

Ella baila, ajena a las miradas atónitas de invitados y parientes. Sus brazos en el aire quieren ser pájaros, nubes, flores. Sus ojos puestos en la lejanía la trasladan a mundos imaginarios. Las largas piernas y los pies arqueados imitan peces, vientos, sol. Sus manos heladas y gráciles tejen y destejen la melodía de «La Valse» de Ravel. El acelerado corazón late como un surtidor caliente, inundándola entera de sangre.

Más tarde, encerrada en el dormitorio, con las manos sudorosas en las de tía Luzmila, la mujer le susurra, turbada, seria: «Sibila, no debes bailar ni hacer ningún ejercicio brusco cuando estés así. Es malo para la belleza de la mujer. ¿Me entiendes?»

La niña se pone colorada, y bajando los ojos pregunta confundida:

—Esto que me pasa hoy, tía, ¿será para todos los meses y para toda la vida?

—Sí, hija, para... toda la vida.

Así acallan los humanos a sus hijos, como a ellos los acallaron, atemorizándolos, sus padres. Algún día se hará la luz en sus mentes en tránsito.

Verano, sol, playa, y de nuevo Cartagena.

Me he quedado sola. Registro el pensamiento de Sibila, y allá en la rambla la veo pasear su impaciencia. Los ojos violeta en un rostro tostado, con ese bronceado artificial que exige la moda de hoy. Recuerdo la pálida piel de su tatarabuela, el fino óvalo leche y crema de su perfil, la transparencia de sus manos, enguantadas para que ese mismo sol no las tocara jamás.

Sibila va del brazo del Nano, jugando a ser pareja; a su lado, las hijas de la señora Amanda. ¿Quién es doña Amanda? Qué importa. En vacaciones la gente se acerca, se conoce, y luego deja de verse, hasta el siguiente verano. Sibila siente que atrae las miradas masculinas y, enderezando su espalda, camina cadenciosa e intencionada. Tal vez el hombre-niño que acecha en cada paseante, en el señor experimentado en conquistas amorosas, en el tímido romántico, intuye que a su lado pasa creciendo una mujer. Una mujer especial. Ella, altiva, oculta una mirada temerosa de niña sola.

El verano avanza, y las manos morenas de un muchacho, que no es el Nano, aprisionan por primera vez las suyas. Como un tenue relámpago, el deseo aparece, y se pierde luego en una espera de horas en el paseo de la tarde, en un no saber cómo se llama, en el comentario de una amiga que lo vio con otra. Y en el recuerdo aún tibio de la arena, las huellas de cuatro pies que caminaron juntos por el borde húmedo y espumoso. En el bolsillo de los discutidos pantalones, una piedra en forma de pájaro y dos conchitas blancas. Un vaso de dientes con una flor mustia, y no volvió a verlo nunca más.

Los días corren; mar, toallas llenas de arena y de sal, largos paseos por rocas y quebradas, noches de luna en la rambla, «Voy por la vereda tropical», pero todo sin él... Cómo encontrarlo... Permisos que no le dieron los tíos para ir a bailar por las noches al Hotel La Bahía, mentira de imaginarios resfríos cuando su sangre volvía a fluir, disculpas al grupo por no bañarse en el mar, por no ir a las excursiones.

—Hoy no; estoy tan resfriada que me quedaré en la casa a oscuras, a ver si se me pasa este horrible dolor de cabeza.

Y en parte era verdad, verdad de la que se hacían cómplices esas amigas nuevas y fugaces de las que después ni siquiera recordaría el apellido.

El verano termina, y ya sentada en el gran automóvil en viaje a Santiago, los ojos húmedos, un dolor indefinido en el pecho hace que la niña sienta que nunca, nunca nada volverá a ser como antes de conocerlo. En el interior de los vehículos se comenta, se hacen planes para marzo. ¡Marzo y el ballet! Se la embroma —muy chica para enamorarse—. Los tíos se miran con nostalgia. Luzmila recuerda que se casó poco antes de cumplir los dieciséis años, y sólo se había tomado de la mano con Fermín. La mujer se confiesa a sí misma el recuerdo de su temor al hombre en esa primera noche, su vergüenza y su asombro. Luego el amor lo envolvió todo, y Fermín supo esperar. Baja los ojos y sonrío. Los tiempos son diferentes para las niñas de hoy.

Pero Sibila no puede saber todavía cómo es un hombre. ¿Se atreverá a decírselo ella cuando la sobrina se ponga de novia? José Manuel y Tránsito discuten algo sobre la libertad de la mujer moderna, y Sibila, las manos empuñadas en los bolsillos de los discutidos pantalones, reafirma su resolución de ser una mujer libre. Sabe por la mirada de tía Luzmila que no la aprueba, ni en lo que se pone ni en lo que dice; cuando la tía tenía catorce años, ninguna mujer usaba pantalones como ahora. Luzmila, que conoce el mal genio de su sobrina, calla. Por desgracia, no es su madre. La niña se lo gritó aquella tarde. Pero una Ballesteros no podía ir de pantalones a una kermesse. Y la muchacha piensa que fue mejor no ir. ¿Dejarla un tipo plantada a ella, y la primera vez? Era el colmo. ¿Cuál sería su error? Cuando él le tomó la mano en la playa, sus ojos oscuros le decían cosas tan intensas que no la dejaron dormir, y por eso a la mañana siguiente no lo miró en la rambla cuando se sentó tan cerca en el banco de la terraza de la Playa Grande, pero tampoco dejó de mirarlo.

—Quiero bailar con usted toda la noche en la kermesse.

—Me encanta bailar, pero tengo que preguntarle a mis tías.

—Pasaré de todos modos por su casa para verla.

Él le preguntó si pololeaba.

—Averigüelo —le dijo, y eso fue todo.

El nombre lo supo por una de las hijas de la señora Amanda. Mauricio Izquierdo.

Repasa una y otra vez, mientras el paisaje huye y los tíos duermen, todo lo sucedido esa mañana en la terraza de Cartagena. Mecida por el vaivén del viaje, se pone a inventar. ¿Y si él hubiera ido a buscarla esa noche? Se imagina estrechada por sus brazos, oye la orquesta —«Noche de ronda»—, suspira. Tía Luzmila, que malinterpreta su mutismo, finge dormir para ocultar la herida que la insolencia de la niña abrió en su amor propio.

Para Sibila, estos dos pares de padres son un problema en su reciente adolescencia. La asfixian con sus misterios y prohibiciones. Si viviera su padre, todo sería tan diferente. Lo imagina maravilloso, comprensivo, mil años adelantado. A lo mejor no ha muerto, y un día vuelve para llevársela lejos, a esa Europa de leyenda. O tal vez sea ella la que viaje, y ambos se encuentren sin saber quiénes son, y se enamoren y se casen, como en las historias griegas o en esos radioteatros oídos en la pieza de la Mama Aurora.

El coche corre por las polvorientas y caldeadas carreteras, dejando atrás el verano. Las tías suspiran; qué difícil les resulta esta niña cobriza de grandes ojos color violeta y cejas arqueadas, las cuales se depila a escondidas. Le han dicho que no debe hacerlo, pero Sibila, sacudiendo su roja mata de pelo, se ríe.

—Ay, tía, ¿no ve que se usan? Ya me crecerán.

Y lo peor es que no vuelven a crecerle.

Siento regresar a los humanos. Los pasos de Sibila, ya no corriendo, me estremecen. Pasos en los que percibo aventuras y hallazgos que comienza a ocultarme. Luego de guardarlo todo en armarios y cómodas, como le ha enseñado tía

Luzmila, de espaldas en su lecho recién almidonado, limpio, fresco, se adormece por la noche, mientras repasa entre sus manos oscuras la piedra en forma de pájaro y las blancas Conchitas y yo repaso en su mente todo aquel verano.

3

¡Marzo! La gran sala de la Escuela de Danzas del Instituto de Extensión Musical, en el tercer piso del edificio del Teatro Principal, trepida bajo los pies de veintidós aspirantes. Zulich, el maestro, enhiesto sobre la tarima central, alto, inmenso, extranjero, con ojos penetrantes bajo las pobladas cejas y el idioma quebrado. A Sibila le parece un dios vikingo de esos cuentos nórdicos que le leía la tía Olga: rubio, altivo, delgado, mirada azul e intensa, febril. El dios abre los brazos y el tiempo se detiene, mientras un olor salobre invade la sala. Entonces los músculos se tensan y el maestro exige, apremiando a los cuerpos que trenzan y destrenzan en el aire complicados signos. El sudor empapa; la respiración silba.

Sentada en su redondo taburete, Pepita, la pianista, impulsa, dando acertado ritmo a los nuevos adagios. Los tendones duelen con el esfuerzo; más arriba los codos, más tensión, más fluidez en los movimientos, más y mucho más, hasta el agotamiento. La voz del maestro resuena como un látigo que no cesa, que no perdona, estallando en el aire caliente de la sala.

—Arriba, señoritas. Firmes los tobillos, que vuelen las manos, gracia en los movimientos. Ésta no es una clase de gimnasia. Y usted, señor, su ritmo, ¿dónde está su ritmo?

Y así el tiempo pasa y al fin la chicharra suena. (Nos detenemos lentamente, los brazos caídos a lo largo del cuerpo sudoroso, las piernas tiritonas y el corazón al galope. Contra las lisas paredes de la sala, sentados en el suelo bajo las barras o de espaldas en las tablas duras, respiramos rápido, con los ojos cerrados). En voz baja se comenta, de grupo en grupo:

—¡Uf! ¡Este gringo es una bestia! Mira mis dedos. ¿Tienes algodón?

—Sí, pero en el casillero.

—Ay, gracias, está muy lejos.

Comen sandwiches y beben CocaCola, mirando a lo lejos por las altas ventanas. La señora Pepita conversa con los más antiguos. Es una mujer pintoresca: bajita, flaca, de alto moño trenzado, morena. Una capa roja y zarcillos de oro, un lunar pintado junto a la boca y anillos en todos los dedos; una serpiente de ojos de fuego se enrosca en su anular, una trenza de plata oscura aprisiona el meñique, un zafiro falso y solitario descuella en el índice, un pequeño corazón verde en el dedo medio. Ella es la sacerdotisa de aquella esforzada y fanática comunidad, representante del arte más antiguo del mundo. Los alumnos la adoran. Trabaja en la Escuela desde sus comienzos. Su música es de un estilo distorsionado y personal. Tal vez algún día quiso ser concertista, adquirir fama, renombre, honores. Tal vez sus escasos recursos la mantuvieron ignorada. Un amor único e imposible la dejó soltera, y Pepita se quedó así: estrafalaria y sola. La Escuela es su hogar ahora; los alumnos, sus hijos; y los triunfos de esos hijos, sus triunfos.

La chicharra vuelve a sonar. (Lentamente, mientras nos estiramos dando masajes

a los doloridos músculos, encontramos la diaria ubicación en la gran sala. Ajustarse las zapatillas, apretar el pañuelo en la frente o el nudo de la cola de caballo, aspirar aire y... el grito del maestro, que aparece con el rubio pelo empapado y el pecho desnudo y lampiño).

—¡Señores y señoritas, rápido, por favor, el adagio de ayer! A veeeer... Uno, dos y treeees.

(Y de nuevo talles erguidos, manos en el aire, músculos tensos). En la última fila, la lengua entre los dientes, las rodillas exageradamente estiradas, Sibila trata de mantener el equilibrio.

—¡Señorita, usted, la de atrás! Cierre la boca, levante la barbilla, sonría.

El piano se detiene, y otra vez la voz autoritaria:

—Más arriba los muslos, más levantados los codos, suave, liviano, fácil. ¡Bailen, por favor, bailen! Para eso están aquí.

(Y así, por horas y horas, giramos, y el piano gira y la sala gira). Con la mandíbula apretada, Sibila trata de seguir los complicados pasos del adagio. Nunca imaginó que odiaría al maestro, a la pianista, a los compañeros, sus manos, sus pies, su pobre cuerpo agotado, que el sueño de su vida iba a ser tan gritado, tan transpirado y tan difícil.

—Señorita, usted, la de atrás, no baje los codos, no apriete los dientes, relájese, siga el ritmo. Baile, señorita, baaaaile. No estamos en un gimnasio, lo he dicho miles y miles de veces.

Arrastrándose, al terminar la clase, sin ganas ni de hablar, llega hasta la ducha y deja que caiga sobre su espalda. Se viste, y entonces los tíos, que la esperan hace rato en la pequeña oficina, quieren saberlo todo, todo lo de esa primera clase. Con un «Sí, muy cansada», un «Ay, tía Luzmila, jamás creí que me costaría tanto» y un bostezo de sueño, la muchacha se sube al auto, se recuesta en el hombro de tío Fermín y se duerme hasta que llega frente a mi portón, que traspasa sonámbula, sin siquiera una mirada para Ondina, que luce inútilmente para ella su mejor adagio.

Sibila se acuesta agotada, deprimida, y puedo repasar en su mente esta primera tarde de ballet. «Eres valiente, Sibila», le digo, «y muy hermosa.» Penetrando en sus células, navegando por las alteradas corrientes de su sangre, revivo con ella este comienzo lleno de asombro.

Los siete días de la semana repiten por las tardes, de clase en clase, el esfuerzo y la constancia de la niña. Su sueño y su crecer.

Sábado. Música y baile en casa de Sibila.

Al ritmo acelerado de ancestrales músicas africanas, trepido entera.

El cuerpo elástico del compañero de Sibila insinúa tímidos roces. Su respiración anhelante crispera la pelusilla cobre de la nuca infantil, que la cola de caballo descubre brillante y ensortijada. La sudorosa mejilla de barba incipiente quema la mejilla de la niña. Palabras en sordina, manos húmedas que aprisionan, piernas que se tocan, se enlazan, siguiendo el compás febril y sincopado. Como tema, el tiempo, el calor y la risa sin razón, la Escuela de Danza y el futuro. Sucesos que tejen entre los dos una red de sensaciones frenadas bajo una falsa compostura. «Lo amo», grita su piel virgen, alucinada por el primer contacto; su cuerpo entero responde a ese otro ritmo que la domina, y se deja llevar por él, entregándose, ondulante, obediente. Un solo ser. Inexperto él, confunde con ofrecimiento provocativo la enajenación rítmica de la muchachita; su brazo incrusta contra la dura hebilla del cinturón el talle adolescente.

—¿Le gusto?

La pregunta apremiante sobresalta ensueños, y Sibila, altiva, responde:

—¿Está loco, qué se cree que soy?

A ritmo doble, el muchacho la arrastra tras una palmera enorme que a un costado del salón azul abre sus hojas tropicales desde un macetero de bronce. Así eluden la vigilancia benévola de los tíos, que se entretienen con el ir y venir de las parejas, tan diferente de los bailes de cuando ellos eran jóvenes. Esas sí que eran fiestas. Pero la novedad, la alegría vital que se desprende de aquellos amigos de la sobrina-hija, rejuvenece a los tíos, en la ciega confianza de que no son sino niños jugando a crecer.

El corazón de la muchacha incursiona por oscuros senderos, mientras Laura, girando como voluta de humo por el pick-up, aúlla para separarlos.

—Mátalo; no caigas en la trampa del hombre.

Los labios se ofrecen duros, cerrados, torpes, trémulos. El niño, con experiencia sacada del biógrafo^[2], abre su boca sobre la curiosidad-temor de Sibila. ¿Eso es un beso? En ella el rechazo se oculta, se frena. En él, la decepción. ¡Mocosa! No hay amor. Sin embargo, sus cuerpos siguen enlazados, mientras el hálito quemante de Laura los hiere de culpables sensaciones.

Percibo esa noche en Sibila, antes de dormirse, el oculto deseo de volver a besarlo. «Es el hombre, Sibila, el otro polo de tu especie.» ¿Se lo dirá al padrino? ¿A la Mama Aurora? Cómo se enrabia en el recuerdo, comparando ese beso con el que le dio una vez el Nano en el desván. ¡Qué asco! ¡Qué estúpido! A él jamás se lo dirá. Si al menos estuviera Bárbara. A Doreen se lo va a contar todo, todo, el lunes temprano en el colegio. Su secreto es tan inmenso que teme que, estallando, salga por la ventana, despierte a los tíos y a toda la ciudad.

Con las manos sobre sus pechos doloridos que crecen, llora, como antes lo

hicieron Laura, Estela, Olga.

Velo el sueño de la niña enamorada del amor, sintiendo en mis cuartos oscuros a los humanos dormir confiados mientras reparan en ese sueño-tregua sus vidas diminutas.

Al día siguiente, la muchacha rechaza todo contacto, toda sugerencia. No quiero salir a caminar con el grupo, ni ir al biógrafo, ni conversar en la puerta. La voz de su enamorado tampoco la hace cambiar. Es que no pueden comprender, no puede decirles... Acaba de enfermar y le duelen la cabeza y el espíritu, y el mundo le parece odioso y culpable de su malestar. Lo de anoche fue sólo el baile, el ritmo, el inconsciente olor del hombre. Hoy no quiere verlo nunca más. ¿Que por qué? Porque sí, y que la dejen tranquila. Las lágrimas la ahogan, y se queda sola, enfrentándose a esa Sibila descontrolada que sólo yo comprendo. Los tíos renuncian a entenderla. José Manuel sabe que hay que dejarla sola, y no se aflige. Es tan parecida a él. Las tías mueven la cabeza, fastidiadas. Difícil la sobrina. El muchacho vuelve con el grupo, las manos húmedas rompiéndole el forro de los bolsillos, los hombros encogidos. Eso le pasa por darle importancia a una mocosa, se comenta entre los hombres. ¿Hombres? Pero qué le habrá pasado a Sibila... Las niñas del grupo la entienden, porque ellas también tienen necesidad de afirmar su rebeldía ante una niñez que se aleja.

Sibila se ha encerrado en su cuarto con llave. En el silencio de su aislamiento, percibo cómo los perfiles de su figura se alargan, se redondean, se afirman, mientras, traidores, los llamados de la especie ascienden por sus muslos y sus sueños desde el fondo programado de sus genes imitantes, y antiguos ritos piden libertad, fronteras propias, desconocidos horizontes. Los fantasmas del Pasado la miran crecer, y ya no puedo llegar a ella. En el umbral adolescente mi puerta verde se cierra. Es el tiempo de Luz ahora; es la hora del Sol.

En su cuarto con llave, Sibila ya no percibe mis rumores. Si pudiera dejar de pensar unos minutos. Quiere entrar en un claustro como ella se imagina que son los claustros. Todo paz, todo blanco y soleado, sin edad ni obligaciones. Pero también quiere ser una bailarina famosa. No casarse nunca, viajar por el mundo entero. Vivir sólo para esa religión que es para ella la danza. Esas clases de ballet, esa sala, allá en el tercer piso, más cerca de las nubes. Como va a ser bailarina, no quiere nada con el hombre; lo usará como admirador de su arte, de su inaccesible belleza. Pero, ¿tendrá el talento, la perseverancia, la salud? ¿Cómo quieren que en esta casa llena de gente, de puertas que se cierran, de horas fijas para dormir, estudiar, comer, levantarse, pueda encontrar su yo perdido? Ellos, los tíos, tienen la culpa. Los odia porque no puede amarlos. Y la angustia se transforma en llanto y en un terrible dolor de cabeza. Tendida de espaldas, sin poder dormir, imagina, mientras su sangre violácea fluye, situaciones fantásticas, irreales, inalcanzables amores, oscuros mundos. Ella usa la noche para hacer realidad todo lo que no lo fue en el día, lo que quiso tener y no le dieron, el gesto, el impulso que no se atrevió a seguir, la frase que no se le ocurrió a

tiempo, el encuentro que no se produjo. Ahora está con ella el que todavía no ha llegado, aquél a quien sólo modela con el tremendo deseo de ser amada, de esa condición enamorada que canta Pablo Neruda en los «Veinte poemas».

Y recordando al poeta, al lento hombre oscuro de lenta y gangosa voz y manos de dedos largos en un cuerpo grueso, recita hasta dormirse:

En su llama mortal la luz te envuelve.
Absorta, pálida, doliente, así situada
contra las viejas hélices del crepúsculo
que en torno a ti da vueltas.

Muda, mi amiga,
sola en lo solitario de esta hora de muertes
y llena de las vidas del fuego,
pura heredera del día destruido.

Del sol cae un racimo en tu vestido oscuro.
De la noche las grandes raíces
crecen de súbito desde tu alma
y a lo exterior regresan las cosas en ti ocultas,
de modo que un pueblo pálido y azul
de ti recién nacido se alimenta.

Oh grandiosa y fecunda y magnética esclava
del círculo que en negro y dorado sucede:
erguida, trata y logra una creación tan viva,
que sucumben sus flores, y llena es de tristeza.

Azul y rosa, con cadencioso andar, una blanca sonrisa de blancos dientes en la cara morena, Gabriel se le acerca. Sibila se prepara para la burla ante la crítica del bailarín.

—¡Ay, tú siempre tan delgaducha! Pareces un espárrago en salsa de tomate con esa malla verde. Podrías peinarte y comer un poco más, ya que no eres tan fea. ¡Me encantan los colorines, como tú sabes!

Y azul y rosa, Gabriel, primer bailarín de la Escuela, se aleja. Qué lindos ojos tiene y qué malo es. La muchacha, suspirando, se deja caer de espaldas y apoya la cabeza en un muslo enfundado en malla negra.

—No le hagas caso a Gabriel; ése no sabe nada de mujeres.

Sibila sonrío agradecida. Sólo divisa el fuerte mentón de José, otro compañero de clases, que se mueve al hablar.

—¿Sabes? Anoche soñé algo increíble, como mandado hacer para la presentación de fin de año. Y tú, ¿has pensado en algo?

—Todavía no se me ocurre nada.

La mandíbula sigue subiendo y bajando ante sus cansados ojos. La muchacha ya no lo oye; dormita, mientras la voz ronca de José sigue en su monólogo.

—Entonces, las novias muertas, ondulando sus brazos y sus ondulantes cabelleras verdes...

Adormilada, Sibila reclama:

—Ay, José, qué tema más horrible... Fosas comunes, piernas que cuelgan fuera de las urnas, cementerios, mujeres ahogadas... ¡Qué pesadilla! ¡Qué sueños tan morbosos tienes!

—¡Qué falta de sensibilidad, Sibila! ¿No sientes la belleza de lo macabro? Además, lo soñé así, tal como te lo cuento. Ya ves cómo se equivoca uno. Creí que te iba a fascinar.

—A lo mejor tienes razón. Hay algo atrayente en lo macabro, según Poe. Se me ocurre una idea, a lo mejor podríamos ensayarla juntos: tres novias ahogadas bailan entre los brazos de sus amantes que las han sacado del lago encantado, o más bien maldito, como en los cuentos de Lovecraft... ¿Qué te parece?

—Pero Sibila, si ése es mi tema. Parece que no oíste nada de lo que te conté.

La chicharra suena y... a la barra sin hablar. Lento, liviano, el Adagio N° 10 comienza, al ritmo del piano. Negras, enfundadas en algodón negro, las piernas dibujan círculos; las manos, pálidas, morenas, mueven arabescos en el aire; las mentes sueñan festivas noches de estreno, de luces y de aplausos, de leyenda y de raso. El tempo cambia, los cuerpos se agitan, los talones presagian un oscuro rumor de tambores, la sala se llena de un ritmo espeso y jadeante. Los alumnos vibran enloquecidos, con aprendida enajenación. Los cuerpos juegan a entrelazarse, a procrear, a poseer, a asesinar sin tocarse. Juegan con liviana y distante realidad, como

si se amaran, como si se odiaran, como si se poseyeran. Y el hombre que ama al hombre busca en la muchacha delgada y fría un alivio a su angustia. Y la muchacha delgada y fría, que teme al hombre, no quiere ser tocada ni poseída por la pasión carnal. Teme deformar su cuerpo perfecto. Juega sola, pálida y delgada, sus grandes ojos febriles. Se agota en el goce de los vertiginosos movimientos ante el gran espejo de muro a muro de la sala. Se mira y gira, gira y se mira en voluptuosa contemplación, en una imagen que perfecciona día a día, amándose más y más. Por las noches, con manos finas y ungüentos mágicos recorre esa piel agotada y musculosa, los tobillos fuertes, la cintura absurda, la espalda tensa, sacudiendo su cabellera espesa y húmeda, odiando el sol.

Noche a noche, Sibila me transmite su recuerdo, y vago oculta entre alumnos y adagios, pianistas y maestros, aprendiendo otra dimensión humana. Trato de imaginarme con brazos y no muros, con pies y no piso entablado, con ojos que alarga el maquillaje y no enrejadas ventanas, y a veces, a veces, quisiera ser, sólo por horas, una mujer.

Sibila sueña y se despierta, sueña y se despierta, imaginando el tema de ballet que conversó con José en la clase. Tres novias muertas, con sus blancos trajes mojados, en brazos de sus amantes. Macabra danza de oscuras y brillantes cabelleras y brazos inertes, que al impulso del lento ritmo se cierran y se abren en el aire. La muchacha corre y cae por una pendiente con un grito de espanto que la despierta definitivamente. Es la hora de ir al colegio, de levantarse, de empezar otro día.

6

Mientras el Molino gira, cotidiano, trepido entera; sus aspas, manos en el aire, saludan a Sibila, sentada ante el pupitre allá en la sala de clase de las monjitas. La muchacha tiene un solo pensamiento: que sean las cinco para correr a la Escuela de Danzas a discutir con José la loca coreografía que harán juntos. Luminarias en su mente, bailarinas famosas como la Pavlova o Antonia Mercé.

Las horas pasan lentas, y las letras de libros y cuadernos transmiten Historia, Gramática, Música. La mano se cansa, la mente se disipa. Los ojos hacia adentro crean un mundo de bambalinas y ritmo. Sólo un año más, le ha prometido el padrino; sólo un año y termina con este maldito estudio, para ser admitida por tiempo completo en el Instituto de Extensión Musical. Para ser bailarina no es necesario memorizar fechas, ni sufrir nombres científicos, ni extenuarse en interminables laberintos matemáticos. Las tías están histéricas. Pero todo prejuicio es arrollado por su inmensa ansiedad que, como una enredadera, crece trepando a través de los días. ¡Bailarina! Vida rica y apasionada. Si las tías comprendieran al menos cómo es el día de una bailarina. Ese existir austero, monjil, sacrificado, que ellas imaginan dado al vicio y a la inmoralidad. Un claustro iluminado hasta que los ojos duelan. Una pieza pequeña donde sólo ella puede habitar, un esfuerzo constante entre frustraciones, soledad y sueños. Un escenario ensortijado, abierta boca que aullará al fracaso o a la fama. Leyenda de lentejuelas, de flores y de hielo. Culto mítico, arte primario, recuerdo-retorno a húmedos claros entre selvas jóvenes y recién estrenadas tempestades. Golpear sonoro y rítmico llamando a sanguinarios dioses rubios. Desatados movimientos que hacen huir en estampida a ciervos y zorros de húmedos ojos, y arrastrarse cautelosamente a rayadas fieras ante el recuerdo de la muerte en la punta de una lanza. El hambre, el fuego, la danza y la muerte: los cuatro jinetes de la Prehistoria.

Los ojos-girasoles del Molino me transmiten la carrera de la niña que, saliendo de clase, cruza los amplios patios recién regados entre un revoloteo de hábitos, admoniciones, tocas y rosarios. Corriendo va por la calle Bellavista, llega a la esquina, y corriendo alcanza la góndola que la llevará al centro. La acalorada carita se pierde en la curva, apenas visible tras los vidrios sucios del vehículo.

Mientras espero su regreso, me entretengo en mandarle un mensaje de palomas a mi viejo amante el Molino.

Llega la noche, y el cansancio apaga la mirada de mi niña. De espaldas en la cama con los ojos fijos en lo alto, ojos por los que penetro en su recuerdo de esa tarde. ¡Hay sorpresas!

Sibila llegó temprano a la Escuela. El maestro Zulich estaba en la sala del fondo con Pepita, que descifraba, tras sus azules anteojos en punta, la música de un nuevo ballet. Zulich, en malla negra, despeinados los cabellos rubios, marcaba el ritmo con manos y pies arqueados, inventando complicados pasos y gatunos saltos. Cerrada la

mirada azul, un murmullo extranjero en la voz, repetía y repetía en tono menor.

Al entrar Sibila, curiosa, el maestro levantó la cabeza y, apuntándole con ese dedo largo, gritó:

—Tú, ven.

Y como en un sueño-pesadilla, comenzó a crear con ella, como si Sibila fuera de greda blanca. Con ella, la última «vaca argentina» (no sé por qué el maestro pensaba que las vacas argentinas eran más pesadas) de la fila, recién ingresada ese año. Trabajando sola con Zulich. ¡Imposible! Piernas, cuello, brazos y cintura se le entregaron obedientes; alucinada mientras giraba, volaba, corriendo, crujiendo, esforzando sus músculos, sus nervios y su recién adquirida técnica, para entender, captar, adivinar la jerigonza del maestro. Nunca la tendría tan alerta, tan intuitiva, tan genial, tan suya.

Una hora y media estuvieron trabajando. Las clases habían comenzado hacía rato cuando Zulich puso bruscamente fin a la improvisada sesión y salió con su aire arrogante de dios vikingo, dejándola absorta y maravillada.

De pronto José estaba a su lado, furioso.

—¡Desde las seis y media que te espero! ¿Qué haces aquí adentro, que te perdiste toda la clase?

—¡Ay, José, es que no te lo imaginas! No podía salir. El maestro Zulich me estuvo enseñando a mí, a mí, ¿te das cuenta, José?, una parte del nuevo ballet. Perdóname, pero hasta se me olvidó cómo me llamo.

—¿Que el maestro te enseñó a ti, a ti sola, Sibila? ¡Vaya con la principiante! Te felicito.

—¡Tonto! Si me vine temprano justamente para juntarme contigo y, ¡zas!, aquí estaba Zulich con su cara de loco, ensayando. Me pescó de un grito y no me soltó más. ¡Creí morirme! ¿No te das cuenta, José?

No pudieron seguir hablando. La última clase comenzaba y el maestro hizo su entrada con esa cara que todos le conocían: cara de mercader.

—¡Silencio, abrir ojos y oídos! Quiero apuntar el nuevo ballet, tener que estrenarlo esta temporada, dependiendo de ustedes. Repártanse.

¡Dios, y sólo estábamos a comienzos de abril!

—Ustedes tres, aquí, adelante. Sibila, muéstrales qué te enseñé. Los demás, siéntense en el suelo. ¡Silencio! ¿Lista? Uuuno, dooos, treees.

Y el maestro le hizo enseñarles el mismo adagio, los mismos pasos, el mismo ritmo endiablado, que creyó creado sólo para ella, durante las dos horas que duró la clase. Tal vez quería probarlos a todos, averiguar quién lo hacía mejor. Los catorce alumnos aprendieron a medias la creación, el esfuerzo, invadiendo la ilusión que creyó un obsequio exclusivo del maestro. Y con ese adagio siguieron y siguieron girando, hasta odiarlo, hasta endurecerlo bajo la sudorosa piel, dentro de su cabeza y de su orgullo. (Una tarde cualquiera, Zulich olvidaría esa coreografía, para empezar con otra estúpida y esperanzada alumna un adagio diferente).

—¡Tonta, imbécil! —se repetía Sibila—. ¡Yo la primera figura, yo la elegida del maestro!

Mientras trabajaba con él, se había imaginado contárselo a los tíos esa noche, al Nano, al jardín y al mundo. Por supuesto que también a José y a las compañeras, que la habrían felicitado con envidia. Ahora el cansancio y el llanto cierran los ojos de la muchacha, que ya no percibe mi presencia. Haciendo crujir mis cimientos, la acuno susurrándole designios. Que duerma, que crezca mientras la inician los Señores del Tiempo.

Cruzando los caminos de la memoria, le recuerdo que lo que vale es el mensaje, el impulso genético, el poder que lleva oculto en sus venas, en los tormentosos y oscuros laberintos de la sangre. En esas batallas que indios y españoles entablaron en esta tierra en la legendaria conquista de esta América por abuelos y más abuelos, en la alta estirpe de su padre... Pero ella, que ha entrado en el mundo hermético de la pubertad, no puede escucharme. Espero el día en que volverá a abrirme su mente...

Al despertar, Sibila no recuerda que soñó con Luz, y que el Rojo la llevaba de la mano.

La casa de Sofía, compañera de danza de Sibila, queda en Irarrázaval, perdida en un hacinamiento de cités despintados, todos iguales. La entrada, oscura y con olor a gas. Una mujer morena y flaca se desliza como una sombra por el comedor encerrado y feo. La madre de Sofía. Ante una pequeña mesa redonda con incrustaciones de nácar, un hombre gordo echado sobre un plato de ñoquis, con ojos de pescado. Ñoquis a las seis y media de la tarde.

El hombre, al entrar ellas, ni se para ni se mueve, ni menos saluda. Sofía, con un «Hola, papá», pasa de largo, haciéndole un guiño a Sibila para que no se dé por enterada, y sigue hacia su cuarto por una estrecha escalera adornada con cuadros orientales rojos y morados, mientras le dice:

—Mi papá es así. Machismo árabe. No se te dé nada.

Sentadas en la cama-camarote de Sofía, que comparte el cuarto con su hermana menor, estudiante de teatro, las muchachas comentan las clases, la convivencia con sus compañeros y ese cansancio crónico que por igual las enferma todos los días.

—¡Puf! Cómo me duelen las pantorrillas con el maldito adagio —rezonga Sofía.

—¿Te has fijado en José? Parece que el amor lo tiene tonto. Ni siquiera puede seguir el ritmo y se lo lleva preguntándome qué sigue.

—Me da pena José. ¿Sabías que tiene que asistir a las clases escondido? El papá le pegó una vez.

—¿Te parece a ti que José podría tener algo de marica? No, ¿verdad?

—No lo creo. Pero mi mamá dice que es muy difícil que un hombre que escoge el ballet como carrera sea normal. Aunque José no tenga los modos de los otros, hay algo que... no sé. Mira que ir a clases escondido. Al fin y al cabo, ya tiene dieciocho años. No es para que lo manejen como a un niño chico. Aunque a mí me costó un mundo que mi papá lo aceptara. «¡Una mujer es de su casa!», gritaba como loco. Por eso ya ni me mira, ni tampoco a mi hermana. Para lo que se nos da.

—José está enamorado, Sofía, y sufre por eso.

—¿Enamorado? ¿De esa flacucha rubia que parece un efebo y se las da de princesa? Pero dime, ¿te podrías enamorar tú de José? Yo no.

Sibila se queda silenciosa, y mira a su amiga. José tampoco se podría enamorar de ella. No es fea, Sofía; por el contrario, es exuberante, demasiado para José. Morena, de cabellos crespos, largos y oscuros, como oscuros son sus grandes ojos de oscuras pestañas, y con un busto que, ¡Dios mío!, le ocupa todo el pescante alto, como dice el padrino. A José le gustan flacas y rubias. Como esa Juanita Echaurren a la que critica Sofía, de pelo liso hasta la cintura, con un par de piernas largas y apenas unas magras redondeces que marca la malla. Pero, en realidad, ¿podría ella, Sibila, enamorarse de José?

—Mira, la verdad es que no sé. Tienes razón, algo hay en él que no me atrae, a pesar de que es un buen mozo. Demasiado ingenuo tal vez. Pero me encanta como

amigo. Tú no sabes todo lo que conversamos José y yo. Tampoco él se enamoraría de mí.

Las dos muchachitas se quedan pensativas, cada una en su mundo. En la cocina, allá abajo, los gritos del padre de Sofía estrellan a las amigas contra la realidad inmediata.

—¡Ay, Sibila! Yo sólo espero no casarme con un hombre como mi padre. ¿Te das cuenta la pobre mamá? Una empleada para todo servicio, y sin sueldo. Eso. Sin sueldo, sin amor ni días de salida. Una esclava de la antigüedad.

¡Yo creo que no me voy a casar nunca! Viviré el amor libre, ¿no te parece?

Sibila está aterrada; los insultos, proferidos en una mezcla de español y otro idioma con muchas *eles* y *aes*, han subido de tono. Se oyen ruidos de platos quebrados y de golpes, junto con una voz plañidera que se disculpa. Sofía se levanta y cierra la puerta con llave.

—No te importe nada. Estas peleas son de todos los fines de mes. Fijo que a la pobre mamá no le alcanzó para pagar el gas o la luz, y como él nunca sabe cuándo va a tener plata de nuevo... Lo desesperante es que siempre se pelean por plata. ¡Prométeme que nunca nos vamos a casar, nunca! Para eso nos machucamos en la Escuela. Apenas pueda me largo de aquí y me voy al extranjero con cualquier tipo. Claro que en tu casa es otra cosa. Esos tíos tuyos, tan finos... ¡No, no me digas nada, los he visto!

Los gritos terminan con un portazo y un susurro de pasos que se deslizan rápidos. Las niñas salen al pasillo; la casa está en calma. La voz suave de la madre las llama a la mesa. El té humea en unas tazas orientales, y unos panecillos horneados, con mermelada de higo, hacen olvidar el incidente.

—Coman, niñitas. Deben de estar muertas de hambre. ¡Pobrecitas!

Y sin más comentarios, la madre de Sofía se sienta con ellas a la mesa y les sirve como si nada hubiera pasado. La verdad es que tenían hambre. Sibila, que no acostumbra tomar el té a las siete de la tarde, come de todo sin fijarse en si a esa hora se sirve huevo con salame o pastel de carne con pasas. La señora es la que cocina y ésa es la última comida del día.

El ensayo general comienza a las ocho y media, y seguramente seguirá hasta las doce de la noche. El padrino tomó entradas para el biógrafo con tía Luzmila, que no soporta esos tumultos, y los dos la esperarán al término de la función.

Salen corriendo de la casa de Sofía, corriendo suben al acoplado del tranvía y corriendo se bajan en la esquina de la calle Estado. Rápido, con su maletita colgando, cruzando la cuadra llena de gente hasta llegar a la galería Imperio. Suben acaloradas la vieja escalera que conduce a la Escuela de Danzas, en los altos del Teatro Principal. Llegan justo cuando Zulich cierra la gran puerta con llave, para irse al Municipal con el resto del grupo. El maestro las mira con sus penetrantes ojos de cristal de roca.

—¡Ah, ya están aquí! Unos minutos más y se me quedan. La puntualidaaad,

señoritas. Dije a las ocho y a las ocho ustedes aquí.

En la calle, el grupo es la curiosidad de los transeúntes: abrigos sobre mallas negras, ojos pintados; ellas, con el largo pelo sujeto en una trenza o un apretado moño; ellos, de boina vasca y caminar elástico, de amanerados modales. La figura del maestro sobresale por una cabeza. Un grupo como para darse vuelta.

Sibila camina tratando de que la malla, que se ha arremangado más arriba de las rodillas, no resbale por las piernas desnudas; un poco divertida y otro poco avergonzada de esa caminata estrafalaria por el centro. José, que va a su lado, se muere de la risa al ver las reacciones de los que pasan.

—¡Míralos! Si parece que nunca hubieran visto un hombre alto de ojos azules y con cara de loco. ¡Qué manera de mirar al maestro! Cómo debe de sentirse el muy creído. Las mujeres de aquí se vuelven locas con cualquier gringo. Como si los chilenos no tuviéramos de todo como ellos. Y mejor, más nuevito y en español.

—¡José, no seas grosero! Cállate, que te oyen.

El Municipal estalla por sus cuatro costados de luces y gente. Los de la orquesta, los del coro y otros alumnos, con sus familiares y amigos, llenan la calle y la vereda.

Rápidamente entran por el costado de calle San Antonio y suben a los camarines, pisando viejas escaleras y polvorientos pasillos. Sibila siente la emoción de ese mundo diferente, que transfigura personas y cosas, vistiéndolas de una extraña irrealidad. Jamás pensó que tomaría parte en un estreno. Pero la escasez de alumnas aplicadas, su linda cara y un no sé qué que el maestro vio en ella esa tarde en que trabajaron juntos, hicieron que la incluyera en el elenco. Aquella tarde del famoso adagio no se le pasó por alto, y allí estaba la elegida, con los ojos brillantes y el corazón loco.

Su rol es insignificante. Una de las diez sacerdotisas que, entre soldados, sacerdotes y cantantes, llegan al templo de Isis para adorarla. Se estrena «Aida», de Verdi. Le carga la ópera, pero es diferente ahora. Las bailarinas son las favoritas del público. Para Sibila todo es sueño. Éste es el último ensayo general y, como siempre, Zulich está insoportable. Grita, y sus ojos de loco se clavan en la víctima como dardos de cristal azul.

—¡Arriba los codos! Son sacerdotisas, señoritas, sacerdotisas y no monos. Veeelen, sin arrastrarse, no corran como topos asustados. ¿Qué voy a hacer con ustedes? Han venido aquí para bailar, para bailar y no para jugar. Nadie las obliga, ¿ya? Desastre de estreno tendremos el sábado.

Sibila tiembla bajo el delgado velo. Le duelen los pies desnudos. El escenario está lleno de astillas que el claveteo de cambiantes decorados deja de recuerdo en el antiguo y polvoriento suelo. La niña quiere sentir que lo que imaginó tantas veces junto al padrino ya es realidad. No importan los gritos del maestro o el dolor de pies. No importa el cansancio ni lo breve de su papel. Lo que la fascina es esa misteriosa oscuridad de la platea, esa agitación en el escenario, esa orquesta que se oye apenas desde arriba, ese contar compases como loca para salir a escena mirando a su lado el

movimiento de la comparsa, para entrar justo a tiempo una y otra vez, hasta el agotamiento.

Por décima vez Sibila se arrodilla, los brazos en alto, la roja cabellera recogida en una trenza estriada de perlas y cintas, para adorar a un dios ficticio de cartón piedra. Su figura grácil, de firmes pantorrillas, con suaves y rítmicos movimientos sigue el compás tan vivo y tan marcado, que para ella es leyenda y felicidad corporal. Y sin embargo, un vacío desilusionante sopla desde la platea atestada de parientes y amigos que sólo son un simulacro de público y entusiasmo. Algo mecánico y aprendido mata la espontánea alegría de ese impulso, de ese movimiento, de esa actuación; algo añejo y servil castra su recién nacida pasión. Tras las bambalinas, los gritos del maestro. Es imposible concentrarse y retroceder dos mil años para encarnar a una sacerdotisa supersticiosa y pasional, identificarse con la época y el ambiente egipcios, como Zulich quiere inculcarles en su cansada comprensión. Los ojos irritados por las luces de los reflectores, los pies doloridos sosteniendo el cuerpo agotado, los nervios tirantes como cuerdas musicales. Esto no es lo que imaginó. Todo aprendido y ensayado hasta la desesperación. Todo calculado; ni un gesto suyo, ni una emoción. Y la mujer de Zulich, la maravillosa, la suprema aspiración, el ídolo de todas las alumnas, también cuenta y aprende de memoria las figuras y los pasos que su marido inventa. Mirka ni de noche descansa. A veces, en los recreos entre clase y clase, les cuenta cómo el maestro, despertándose al amanecer, hace levantarse para ensayar un adagio o una nueva figura coreográfica que se le ha ocurrido en sueños. Ella, diez años menor que Zulich, tiene por él una devoción enfermiza. La casualidad los unió en la Alemania nazi. Era hija de un matrimonio griego de actores circenses, pobre y errante. El marido trabajaba como payaso y la esposa oficiaba de pálida y ágil ecuyere en su caballo negro. Tras años de privaciones recorriendo puebluchos y capitales, llegaron a München. Allí, después de una función en que la lluvia se colaba por todos los agujeros de la carpa, el payaso, calado hasta los huesos, murió de pulmonía. Sin tener adonde ir, la mujer se vio obligada a quedarse en München con su pequeña hija.

Mirka era una muchacha linda, armoniosa. De rasgados ojos grises y oscura cabellera, de músculos firmes como el acero, de tenue apariencia. Casi una niña, comenzó a trabajar en un cabaret como cantante. Allí la conoció el director del gran circo Sabatini, que cumplía una temporada de presentaciones en la ciudad. Como Mirka había estudiado danza, obligada por la madre, el empresario le propuso a ésta llevarse a la muchacha y hacerla figura del ballet del circo, famoso por esos años en toda Europa. Aunque Mirka odiaba la danza, la madre, como si se tratara de estudiar derecho o medicina, dispuso que su hija estudiara ballet, con la esperanza de verla triunfar algún día en el mundo circense, que nunca pudo olvidar.

La oferta del empresario fue su salvación, cumpliéndose así en la hija el sueño imposible de la madre: integrar el elenco del circo más famoso de Europa.

De esta manera, a los dieciséis años, Mirka empezó la carrera de bailarina en la

forma más dura y esforzada. Su madre pidió, como única condición para aceptar el ingreso de su hija al circo, no separarse de ella. Pasaron tres años. Mirka se convirtió en la gran atracción del espectáculo. La femineidad hecha movimiento, la juventud en vertiginoso ritmo. En una temporada del circo en París, Zulich, que asistía a la función de estreno, la descubrió a su vez. Fue al camarín para conocerla, y la verdadera vida comenzó para Mirka esa noche. Luego de un amor apasionado y loco, que acalló las súplicas y el enojo de la madre, Zulich se la llevó a Berlín para hacerla miembro del elenco de su Escuela de Danzas, que en esa época comenzaba a sonar en la capital. Entonces y para siempre el maestro se transformó en su dios. El estallido de la guerra los hizo emigrar a las costas de América.

Los alumnos de la Escuela adoran a Mirka. Ella, que no ha tenido hijos, los defiende de las furias del maestro. Hechicera de ojos glaucos, los alienta e impulsa con el ejemplo de su tesón y de su genio.

La vida de una bailarina, comprueba Sibila, es como la vida de una monja. Eso es lo que las tías no comprenden. Claro que en el mundo de la Escuela se ve y se aprende de todo. Dramas pasionales como los de Gabriel y Hans, un alemancito rubio, pálido, bajo, y sumamente marica. Envidias, intrigas, gritos y groserías en los camarines de los «varones». Increíbles colores y formas en los atuendos de esos muchachos que Sibila descubre tan diferentes de los que ella conoce —hermanos y amigos de sus compañeras de colegio— en su mundo cuidado y fácil. La manera de hablar exagerada y cantarína, el desprecio con que miran a las «piojas». Los ha visto «de mano tomada», como «pololos», y enfurecerse de celos si una de ellas mira a su «pareja». Lo que signifique «invertido», para Sibila es bastante oscuro todavía. No les atraen las mujeres, les dan asco; prefieren andar con hombres, enamorarse de un compañero. ¿Enamorarse? ¿Y por qué no? Tío Fermín le ha prestado libros, novelas que narran que en la época de los romanos los hombres tenían amigos más jóvenes y se enamoraban de ellos. Maestros, capitanes, sacerdotes. No todos los seres humanos han nacido para casarse y formar una familia. Ella, por ejemplo, no se casará jamás. No quiere hijos ni hogar que le impidan ser bailarina. Viajar, vivir de estreno en estreno, de teatro en teatro, sin amarras que la obliguen a encerrarse en una casa, disponer comidas y lidiar con las empleadas como tía Tránsito. Ella será una mujer profesional, libre. ¿Por qué tendrían estos muchachos, entonces, que casarse? Acaso lo que buscan es comprensión, una sensibilidad parecida en sus mundos difíciles, ajenos a una sociedad que los repudia. Es oscuro para la niña el mundo del bailarín. Por ejemplo, Gabriel es la primera figura masculina de la Escuela. Por encima de todo está para él el ballet. El ballet y la amistad de Hans, su amigo íntimo. ¿Qué tan íntimo? Las compañeras dicen que viven juntos en un departamento y que Hans es la novia... ¿Acaso se besan y todo? ¿Cómo sería para ella enamorarse de una mujer? De Sofía, por ejemplo. Sería absurdo. Bailar en las fiestas con ella, toparse con ese «pescante alto». ¡Qué incómodo! ¿Ir al biógrafo de la mano? ¡Qué aburrido! ¿Y un hombre con otro hombre? ¿A quién preguntarle? Tal vez a tío José Manuel. Pero el

tío ha cambiado con ella desde que entró en el ballet. Se diría que está dolido, enojado. Aurora le contó que José Manuel se había enamorado de una bailarina en su juventud, una gitana. Con ella vivió una tragedia de la que nunca se repuso. Sin embargo, es el único a quien puede preguntarle, porque si se lo pregunta a José podría creer que lo está sondeando. Todo eso es la inmoralidad que comentan las tías, la causa de sus espantos y sus enojos.

El ensayo termina, y Sibila, agotada, sudorosa, antes de subir a cambiarse a los camarines trata de atisbar por entre las cortinas cerradas del escenario si los tíos están esperándola en la platea. El biógrafo ya tiene que haber terminado. Son más de las doce. ¡Allí están! Seguro que tía Luzmila estará mirando con ojos disimulados las tenidas y los peinados de las mamás de sus compañeros, las voces y modales de éstos y la gritería y el desenfado de ese público libre. Sofía llega corriendo, agitada.

—Sibila, apúrate. El maestro quiere que nos quedemos en el camarín de «las piojas» (es el nombre con que distinguen a las principiantes), para hablarnos. La María Teresa se ha desmayado de nuevo.

—No será para hablarnos de ella que nos llama, ¿verdad?

—Me imagino que no. La María Teresa se desmaya cada vez que el maestro la reta. No sé por qué sigue en la Escuela si le tiene tanto miedo. ¡Es más histérica!

Entre cantantes y comparsas corren escaleras arriba hasta los estrechos y viejos camarines, y encuentran a María Teresa sentada frente a los espejos, la pintura corrida, sin cambiarse y llorando. Jura que no volverá a pisar un escenario ni una sala de clases. El tal maestro Zulich es un alemán grosero.

—¿Qué te pasó ahora, Maritere?

—¡El maestro, el muy ordinario, me dio una palmada en el trasero! Me dijo que me casara y tuviera hijos, que sólo sirvo para eso. Que no llegaré jamás a ser una bailarina. Que me veía como un hipopótamo en escena y que él no podía hacer milagros conmigo. ¡Me lo gritó delante de todos! ¿se dan cuenta? Es una bestia mal educada, un judío emigrante, eso es lo que es. ¡Lo odio!

Y aquí Maritere se pone a llorar como si se le hubiera muerto la madre. Sofía le trae agua y un Mejoral, porque para colmo la pobre está en su período, y con la rabia y el cansancio ha traspasado la malla hasta la silla. No se atreve ni a moverse. Esa fue la causa oculta de su mala actuación de esta noche y de que le gritara el maestro. Consolándola, bajan con ella para presenciar el último ensayo de la noche. El de las grandes, el de las buenas. Sentadas en platea, ven, entre cambiantes decorados y luces, la lucha a muerte entablada entre cantantes gordas y pintadas y esqueléticas y pálidas bailarinas. Rozagantes las primas donnas, hinchidas de triunfo y de grasa; las otras, sólo de esperanzas. No le gusta la ópera a Sibila, pero el ajeteo del escenario, el ficticio esplendor de los decorados, el peso de lo antiguo acumulado en este lugar polvoriento, prometedor de futuro y de cambios, encienden su joven ambición de fantásticos anhelos. Algún día, ella se pasará por ese mismo escenario, como la soprano alta y morena, seguida por secretarias y ayudantes que la peinan, le

consultan, le sacan pelusas y le ordenan los pliegues del disfraz, le retocan el brillo del maquillaje y le dan píldoras, mientras con un rociador de agua con elixir la cantante se fumiga las amígdalas haciendo cómicas muecas. La prima donna puede llegar tarde e insultar a los músicos, subir y bajar al maestro, despreciarlas a ellas, «las piojas», que no se atreven ni a abrir la boca, ni menos a enfermarse. Sólo bailar, girar, transpirar hasta el odio. Las principiantes son fondo movible, marionetas, comparsas, coreografía subalterna contra la cual se lucen los cantantes por contraste, las famosas gordas con talento y los tenores chicos y engolados que salen en los periódicos y se suben a grandes automóviles con chófer. Es una vida dura la que le aguarda si sigue la carrera, pero Sibila se dice que esa lucha vale la pena. Siente en el flujo de su sangre nueva que el impulso que la mueve viene de Luz. El Rojo la llevará por el aire, asombrando al maestro y a los alumnos; podrá volar y ser la primera.

Cae el telón del último acto, y los artistas, jadeantes, van dejando el escenario para cambiarse y después comentar con parientes y amigos, criticando, riendo, envaneciéndose.

Los tíos están en segunda fila. Fermín se ha levantado y le hace señas con el guante. Sibila sube rápida a cambiarse; desagradablemente pegajosa, piensa que se duchará en casa antes de acostarse.

Ya en el interior del automóvil, Luzmila hace esfuerzos para no demostrar su aprensión y su mal humor.

—¿Con esos trajes tan indecentes van a bailar? ¿Usted también, Sibilita?

—¡Tía!, no es cuestión de elegir. El maestro nos da una orden y sea lo que sea tenemos que obedecerle. «Aída», como usted sabe, ocurre en la época de los antiguos egipcios, y el vestuario tiene que estar de acuerdo con ella. ¿Se imagina a una sacerdotisa con pollera y blusa? Allá arriba yo no me llamo Sibila Ballesteros, tía, no me pertenezco, y el público no me verá a mí sino al personaje que represento.

—Ya lo sé, hijita, pero eres mi sobrina y no una bailarina del montón. Ni Fermín ni yo queremos que nadie tenga nada que decir de ti. Ahora comprendo por qué José Manuel se opuso a que te matricularan en la famosa Escuela de Danzas.

—Es que usted y el tío parecen no saber que la vida de una bailarina de ballet es como la de una monja. No podemos fumar, ni beber, ni trasnochar, ni siquiera enamorarnos. No es como ustedes se lo imaginan, tía. El tío José Manuel parece que conoció a bailarinas de cabaret, y éstas son otra cosa.

Así, entre uno y otro tema de discusión, llegan a mí. Sibila se arrastra hasta su cuarto y, sin ducharse, se queda dormida. Leo en el espejo de su frente esa noche de emociones que la dejó agotada. El tiempo no se detiene para los humanos como se detiene en mí, y a través de su sangre y de sus células llego a sus recuerdos y temores, siguiendo los movimientos de esa danza oriental. Me invade con su fuego y su cansancio, e imaginando tener brazos, manos, corazón, una vaga tristeza me conmueve al comprobar que sólo soy una vieja casa.

En la luna biselada y antigua del espejo que fue de Laura, Sibila, las pálidas manos entre el pelo rojo de sol, se peina un moño alto. Como en escenario diminuto y familiar, allí están todas las tías, las de ayer y las de hoy. Porque la Niña va a su primer baile.

En la ventana, vitreaux de espanto, Laura agita las cortinas claras, soplando con furia los rizos de la nuca virginal, odiando a Estela, que con tierna transparencia recorre los pliegues sedosos del vestido verde manzana, vestido largo de gran escote y finos tirantes trenzados.

Revivo mi primer baile iluminado de candelas, de raso y champagne. Abiertos abanicos de olvido agitan el aire. Almidonadas pecheras en oscuros trajes de etiqueta proclaman galanura. Un vals nupcial y una rosa blanca.

Luzmila y Tránsito contemplan a la sobrina con nostalgias de juventud. Tránsito y Luzmila, en sus modelos de elegante y pálida sobriedad.

Un toque de rosa en los labios, una línea alargando las cejas que interrogan. ¿Que si este collar de perlas de su madre, oriente con recuerdos de aguas profundas y silencio de extranjeros orfebres y galerías de lujo, herencia sin sermones? ¿Que si esta pulsera que fue de abuelita Carmela, oro pálido y antiguo que oculta en el tibio metal secretos de caricias y temores y leyendas...? Entonces, de rodillas, Aurora le calza las sandalias de taco alto, zapatilla de cristal que no perderá la moderna Cenicienta a las doce en punto.

Afuera, los hombres, de smoking, como novios olvidados, fuman nerviosos.

Hay expectación en toda mi vieja estructura, y se cuela por salones y puertas, pasillos y desvanes, un olor de lilas y de almizcle. ¡Sibila va a su primer baile! Ellos, los antiguos, lo recitan allá arriba, invisibles y mudos. «Ya alargas el vestido...» Sobre los hombros desnudos, la capa de terciopelo verde.

Se da la orden de partida, y el cortejo avanza por el corredor en busca de los tíos, que llenan la noche de asombros.

La Niña de la casa parece de castillo de cuento. Las mujeres, de una leyenda de reyes. Al traspasar la mampara, Ondina, envidiosa, les dice adiós con sus manos mojadas. En la calle, el carruaje de cuatro ruedas donde Humberto, transformado en lacayo, de azul marino y no de raso, aguarda. Arremangadas las faldas de crepé y de organdí, ajustados los abrigos oscuros y las chalinas de seda blanca, van las Ballesteros con sus consortes a entregarle al mundo (pequeña sociedad) una virgen atemorizada y febril.

El viaje es largo.

—No tomes nada con licor, no fumes, compórtate como una señorita.

Detenida en las gradas de mármol con el séquito familiar, Sibila espera, ante esa casa enorme de ventanas iluminadas y rumor de ritmos sincopados, al príncipe, mientras encaja una horquilla y aprieta friolenta su capa de baile. ¿Habrà llegado

Doreen? Debieron ir más temprano, pero las tías... La puerta de pesadas maderas es abierta por guantes blancos en medio de las risas afectadas y ruidosas. El salón estalla en las caras de los recién llegados, que se internan en la fiesta. Los tíos suben al segundo piso y la niña avanza por entre las parejas que giran, del brazo de Doreen. ¡Al fin Doreen!

—Sibila, ¿se acuerda de mí?

Cartagena en la memoria. Es él. ¡Cómo ha cambiado, y qué buen mozo es!

—Perdón, ¿su nombre?

—¿Mi nombre? No le diré nada. ¿No se acuerda de que me dejó esperándola junto al mar?

«Ah, fue así, entonces», suspira Sibila, ocultando sus manos frías. Ana María, la hija de la casa, viene aureolada de vuelitos blancos, hasta enfrentarlos.

—Sibila Ballesteros, una compañera. Mauricio Izquierdo, mi primo. ¿Se conocían? Los dejo, entonces. Con permiso.

Los ojos intensos del muchacho no dejan de mirarla.

—¿Bailamos, Sibila?

Erguida, la Niña avanza sorteando giros y empujones. Los párpados entornados, el fino esqueleto trémulo. Hay un segundo sin tiempo entre los dos, umbral invisible. Se ríen, y el brazo estrecha la tensa cintura, la boca junto al oído, silenciosa. Alto, firme, masculino. ¡Qué bien baila! Sibila se entrega a ese juego que la embriaga, girando por el salón entre compañeras, camareros, desconocidos y familiares que la observan emocionados con una copa de champagne en la mano.

—¡Qué linda se ve!

Sibila no quiere que nadie más la saque a bailar. Tiene miedo de que vuelva a irse y la deje sola para siempre. Como una sombra liviana y frágil en sus brazos, responde alerta a esa ansiosa intimidad que irá creciendo a medida que aclare la madrugada. Las palabras van abriendo caminos en la maraña de su inexperiencia con el hombre. La orquesta se calma, y ellos aprovechan el detenido tumulto para sentarse en un rincón.

—¡Esos ojos violeta, Sibila, jamás los olvidé! ¡Ese pelo encendido, Sibila, me quemó todos los días! ¿Dónde estabas?

El «tú» audaz encanta a la Niña.

—Sin embargo, esa tarde me dejó esperándolo en la rambla del mar.

—¿Yo a usted? Desde entonces no he dejado de buscarla.

De nuevo la risa los une, y vuelven a bailar, sintiendo él la espalda obediente; ella, el hombro fuerte. La intuición suple carencias, disfraza miedos. Se abren las puertas del comedor, y todos son invitados a pasar. Para Sibila, sólo un vaso de horchata y un pastel de manjar. Para él, un whisky y un cigarrillo. Entonces, la obligación insoportable se hace presente en la cara rubicunda de Luis, el hermano de Ana María.

—¿Bailamos?

En rápida tortura, gira mirando a Mauricio, que fuma con gesto sombrío. Y otra vez está en sus brazos, que la curan de su momentánea ausencia.

—No quiero que bailes con nadie más. Si pudiéramos irnos de aquí.

—¡Olvídese, los tíos vigilan!

Y de pronto son las cinco de la mañana, y Luzmila, con el vestido arrugado y el rostro marcado por el aburrimiento, le hace desesperados gestos de súplica.

—Vamos, por Dios, Sibila. Tránsito y Fermín se mueren de sueño, y José Manuel ya está en la calle, mirando amanecer.

La madre de Ana María besa a la Niña, a las tías, a los tíos, con cariñosa afectación, mientras el dueño de casa se despide.

—Estamos todos de acuerdo: tu sobrina se robó la noche. Y ¡cuidado!, Mauricio Izquierdo no pierde el tiempo, Fermín. Mil gracias por venir.

En el automóvil, luego de un adiós relámpago («La llamo mañana»), la muchacha siente cómo pesa el cansancio en los pliegues fríos de su capa de terciopelo. ¿La llamará mañana? Y como esa tarde, hace dos años, en Cartagena frente al mar, quiere volver a verlo, y se le hace insoportable la incertidumbre. ¿Llamará? Se lo tiene que contar a Doreen. En toda la noche no pudo ni acercársele. La vio rodeada, bailando como una loca boogie, boogie.

La siento llegar cuando el sol ilumina apenas la mojada cabellera de Ondina, que suspira friolenta. Ya en su cuarto, entre las sábanas olorosas, los ojos violeta mirando a la nada, no puede dormir. «¿Me llamará mañana?» Por esa angustia primera penetro en su corazón para insuflarle confianza en su destino. Que apure sin miedo el filtro de su primer baile.

Adulta por decreto, Sibila Ballesteros, estrenada en sociedad. Experiencia inolvidable, común a las jóvenes de ese Santiago aún heredero fiel de sus tradiciones y linajes.

Niña en tránsito, mujer doliente de adolescencia.

Dormida, Sibila corre por un campo de flores azules donde un dragón de fuego tiene los ojos oscuros como Mauricio, mientras giro con los Señores del Tiempo en un antiguo vals nupcial.

Si me levanto, tía, se me van a caer los ojos. Me duele tanto la cabeza que no podré ir a misa.

Regalona, la niña de la casa hace su voluntad, y los tíos salen para la iglesia por primera vez solos.

Tenía que mentirles. ¿Y si llama él? ¿Acaso no es lo mismo mirar al cielo y creer en un Dios que todo lo comprende? Inquieta, da vueltas por mi cuarto, existiendo sólo para ese teléfono que no suena. En la biblioteca de tío Fermín saca un libro y otro. Libros prohibidos, de Miller, de Darrell y de otros que ya no le interesan. Que la encuentre ingenua, que la sienta niña. Y que llame, por el amor de Dios.

Pasan las horas. Frustrada, decide salir a la calle. No quiere nada con él. Si entonces la dejó esperando, que ahora se muera. Mientras entra en su cuarto, los ojos trizados, para buscar un chaleco que la cobije del frío que siente sin su voz, el timbre de entrada estremece sus tímpanos. ¡Que no sean visitas!, o tendrá que atenderlas hasta que los tíos vuelvan.

—Señorita Sibila, la buscan.

—¿Doreen?

Los ojos de la Carmen niegan maliciosos. El corazón le duele. Sus ojos mentales lo ven, allí, junto a la fuente de los peces, a través de muros y puertas.

—Tenía que venir, Sibila.

Con el rojo cabello alborotado, sale corriendo al patio y tropieza y cae en sus brazos.

—Tenía que verte, oírte... El teléfono es impersonal.

Quiero salir contigo, ir al biógrafo, a la plaza, a mirar el río... ¿Te extraña?

—¡Me encanta!

En un tiempo propio, se sientan al borde de la pila de los peces, como lo hicieron Laura y Tránsito y Estela. Con las manos juntas, alucinados.

El molino los saluda con su trepidar centenario, y yo entrelazo hilos de futuro sobre sus cabezas. Curiosa, penetro por esa mano de joven virilidad hacia los verdaderos pensamientos del muchacho, y descubro que la presencia de Sibila acelera su corazón mientras su voz finge serena audacia.

—¿Esperamos el permiso o vamos a dar una vuelta?

—No es fácil tener dos pares de padres. Tienes que comprender.

Sibila entra en mí y él la sigue muy de cerca, en silencio. Los acojo y ellos me presienten, al tiempo que se pasean en la penumbra de mi comedor, donde las enredaderas que cuelgan de los ventanales dan una fresca sensación de intimidad.

—Anoche no podía dormir, recordándolo. ¿Todas las bailarinas son como tú? Qué pregunta tan estúpida, ¿no? Para mí eres única.

La muchacha tiembla suavemente, sin atreverse a mirarlo. Su apasionada urgencia le da miedo.

—¿Tienes frío?

—No.

Las manos cálidas toman las de la niña, heladas.

—¡Sibila!

La llave de tío Fermín abre la puerta y no puedo prevenirlos. Ondina se oculta avergonzada.

—Fue una lástima que no oyeras el sermón del padre... Ah, buenos días, perdón.

—Mauricio Izquierdo, padrino; el primo de Ana María.

—Ah, sí, ya sé, cómo está... ¿No quiere quedarse a almorzar?

Luzmila abre su mejor sonrisa, analizándolo.

—Hay pastel de choclo, que le encanta a la niña.

—Gracias, señora. Los domingos almuerzo donde mis abuelos. Venía a pedirles permiso para ir con Sibila y otra pareja a la matiné del teatro Metro, que estrena «Lo que el viento se llevó». La pasaría a buscar después del almuerzo y la vendríamos a dejar todos juntos.

—El sobrino de Ester Manríquez de Izquierdo, ¿verdad? Estudiante de derecho, si no me equivoco.

Fermín da el permiso, sin objeciones, a pesar de que las tías alegan que no es una película para menores.

—Se te olvida que Sibila ya tiene dieciséis años, mujer. Y son otros los tiempos —interviene José Manuel con un guiño.

Los ojos de Sibila se encienden.

—La vengo a buscar a las dos, con mi primo, el hermano de Ana María, y Doreen.

Tras una mirada oscura, la puerta se cierra, y la muchacha, apoyándose en ella, se enfrenta a Ondina que se ha enamorado de Mauricio. Cierra los ojos y me dice, sin saber que la comprendo:

«Al fin comienzan a pasar cosas en esta casa».

Esperaré en la penumbra de mis muros el día en que el brazo del hombre la conduzca por los caminos de lo establecido. Una semilla crecerá, sembrada por genes humanos de antiguo ancestro, y una rara flor abrirá sus pétalos. Sibila, puente hacia el futuro. Milenaria esperanza que regresa. En la conciencia de mis antiguos sueños, oigo las voces que ella no puede escuchar, voces que vienen desde el Principio.

—Niña Sibila, se le va a enfriar. El almuerzo ya está servido.

La voz cascada de la vieja mama la estremece.

—¡Sí, Mama Aurora, ya voy!

Con pensativos pasos, la muchacha avanza hacia el comedor, donde los tíos están sentados a la mesa. Sólo Mauricio alimenta su corazón.

—Sibila, ¿qué te pasa? Parece que hubieras visto al fantasma de don Félix.

Socarrona, la voz del padrino la hace sonrojarse.

—Dejen a mi niña, ¿no ven que se ha enamorado? —contesta por ella José

Manuel.

Durante el almuerzo, con cariñosas burlas, los tíos disimulan su preocupación y su celo, y Tránsito, intuitiva, comprende que algo pasa por esa cabeza de rojos cabellos alborotados. El camino difícil ha comenzado para la Niña. ¡Ay, si Estela viviera! ¿Cómo prevenirla? ¿Cómo ayudarle? Enclaustrada y tímida en su genética sumisión, la tía calla y se resigna. Habrá que evitar que se vean a solas, con esos dieciséis años rebeldes y tempestuosos. Yo hago crujir mis paredes. Quisiera disuadirla de algo inevitable. Nada detendrá el apasionado impulso de Sibila.

La sobrina come poco y rápido, y sonámbula pide permiso para ir a encerrarse en su cuarto. Se pondrá el suéter nuevo bajo el traje sastre, los guantes de suave cabritilla y el collar de perlas de la señorita Estela, para que le traiga suerte. Perlas que fueron de la abuela, doña Carmelita, perlas que se formaron en una pálida ostra oriental. En el cuarto de baño, la puerta cerrada con llave, repite el femenino ritual, acentuando las cejas, enmarcando los ojos, avivando labios y mejillas con un lápiz de rouge tenue para que no se den cuenta las tías. Tiene las manos trémulas, late su corazón, y el timbre me atraviesa. Es él.

—La buscan, niña Sibila.

Se mira al espejo por última vez, y apretando bajo el brazo la cartera de charol, avanza por mi corredor con estudiado andar.

—¡Hola, Sibila!

Las manos cálidas del muchacho en las suyas, mientras los ojos penetran, interrogan, aprueban.

—¿Vamos?

Se despiden de los tíos y juntos cruzan la mampara donde Ondina entorna sus ojos mojados, herida por los celos. Salen a la acera solitaria y suben al automóvil. Doreen y Luis van adelante; ellos, atrás. La pierna musculosa de Mauricio oprime la suya temblorosa y, hombro contra hombro, el auto parte hacia el centro, mientras la conversación distrae la tensa sensibilidad de ese contacto. Por la calle Bandera van los cuatro, alegres y friolentos. La sala los espera con su penumbra de fantasía, densa y caliente. Sentados en las butacas afelpadas, Sibila atisba el perfil masculino. ¡Qué buen mozo es! Las manos de Mauricio acogen sus dedos helados.

—¿Tienes frío?

—No.

Las rodillas le tiemblan y le tiembla la barbilla. Como ráfagas de neblina, las escenas de la película no logran alcanzarla. A su lado, Doreen llora con un pañuelo entre los dientes, porque allá en la pantalla, una Scarlett O'Hara desgredada jura con los brazos en alto y las manos sucias de tierra, que jamás, jamás volverá a padecer hambre.

—¡Qué controlada eres, Sibila!

La boca masculina tan cerca de su oído hace que se erice el suave pelo rojo de su nuca despejada.

—Me pongo muy fea cuando lloro.

La risa del muchacho enciende las luces del teatro Metro, iluminando un cielo caótico con estrellas y paneles que parecen marcos de puertas en relieve, fantasía moderna que Sibila encuentra horrible. Doreen, con los ojos hinchados y aún emocionada, se empolva la nariz.

—¿Te gustó la película, Sibila? A mí casi me mata.

Silenciosa, la niña camina hacia la salida, rozando apenas el hombro alto enfundado en una chaqueta de tweed. Los ojos oscuros la miran.

—¡Hasta eso me gusta de ti: no lloras como las otras!

Afuera, la indiferencia de los transeúntes la asombra y la confunde. Un mundo donde no pasa nada y a nadie le importa.

—Son las cinco y media. ¿Vamos a tomar un té al Lucerna?

—¡Vamos!

Cruzan las calles corriendo. Ella, de la mano de él, mientras reza para que la otra vereda quede muy lejos, muy lejos. Y luego, con Doreen y Luis de guardaespaldas, caminan muy juntos mirando tiendas, edificios, y el cielo gris de un invierno brillante, nuevo, transparente.

—Mira, Sibila, ¡qué zapatos tan lindos! —irrumpe Doreen—. Cincuenta y dos pesos. Mañana me los compro.

¿Zapatos? En el mundo de Sibila el amor camina descalzo junto a ese hombre que, intimidándola, la fascina.

—¡Qué blusa tan preciosa! A ti sí que te quedaría bien. ¿Qué te pasa? ¿Estás en la luna?

Que se calle, ruega la muchacha; necesita silencio para gozar esa increíble sensación que la hace ver el cielo diferente, una ciudad nueva, una alegría liviana y quemante como el aire frío de ese junio alucinado. ¡Qué hermosa es la ciudad de Santiago!

Mauricio, caminando a su lado, la ve transfigurada, y una timidez adolescente lo hace callar, sin atreverse a tocarla. La otra pareja, riéndose burlona, comenta en susurros. ¿Enamorados? Que no los vaya a atropellar un auto.

Sibila quisiera seguir así para siempre, la mano de Mauricio en su mano, como cuando va de vacaciones a Cartagena y el auto rueda y rueda por caminos sin tiempo ni edad. Intuye que este momento no volverá a repetirse, que hoy mira las cosas y los seres como si los viera por primera vez. La gente la empuja, urgida, y ella sonríe porque va con Él, ese Él de las niñas. Ahora está ahí, a su lado, y no sueña. Puede tocarlo, hablarle para que responda con su voz baja y maravillosa que hace vibrar las cuerdas de su garganta. Presintiéndola, adivinando, él la mira, y sus ojos son dos puertas por las que la muchacha entra temblando al mundo hombre-mujer, a la palabra Amor, te amo, amémonos ahora y para siempre.

—Sibila, tus ojos cambian de color. ¿Será porque me quieres un poco?

—Me gustaría estar cerca del mar, en una playa donde no existiera nadie más que

tú y yo; tal vez entonces comenzaría a quererte.

—Eres tan especial.

La puerta iluminada del Lucerna los sorprende.

—Oigan, ustedes, ya llegamos y tenemos mucha hambre. Mmm, qué bien huele, a torta de chocolate.

La nariz respingada de Doreen rastrea un imaginario humito.

El local, movable, brillante, caluroso, los acoge, y las cucharillas tintinean con ese sonido familiar de hora del té con tostadas y dulces y helados y palmeras. Las voces altas y las profundas se confunden, aturden, mientras los mozos, con las bandejas en alto, sonríen, sudan, y apresurados anotan: un café con leche completo y una torta de merengue con lúcuma. Las dos parejas se instalan en una mesa redonda alejada de la orquesta, que inicia un bolero tropical. Las muchachas piden una copa de café helado con galletas, y ellos, chocolate y un sandwich de lomo con palta. Sibila no tiene hambre. Le parece tan feo comer. Imagina estar en un bosque lleno de pájaros, sola con él. Piensa que en el silencio él podría decirle que la ama, pero con este horrible ruido... ¡Jamás estarán solos! Y sin embargo, no quiere que llegue el momento de saber, de confirmar. Que todo siga igual: él mirándola con una taza de chocolate humeante en la mano, frente a un sandwich que no ha probado.

—Sibila, si caminamos después por el Parque Forestal, te mostraré mi banco de estudiante, ¿quieres?

—Ay, Mauricio, es que el padrino no me dio permiso sino hasta las siete.

—Paciencia; tengo tanto qué decirte, Sibila.

Tan cerca de su boca está esa boca de labios anchos y expresivos, que tiene que cerrar los ojos, mientras Doreen y Luis hablan a gritos, mascan y sorben con las pajitas a rayas blancas y rojas. Nadie oye a nadie entre la orquesta y las voces que aturden.

—En un tiempo más espero que tus tíos me tengan confianza y podamos salir a bailar solos.

—Tal vez. Pero ya tenemos que irnos, estamos en la hora. Si llegamos tarde, no podré volver a verte.

—¿Es una cárcel tu casa, Sibila? Encontré tan encantadores a tus carceleros, no es posible que sean tan anticuados.

—Quizá, pero vamos, vamos pronto, por Dios. Vámonos, Doreen.

Inclinando hacia ella la oscura cabeza, Doreen le dice al oído:

—¡Cómo te mira Mauricio! Pobre, lo tienes flechado.

—¿Pobre?

En la calle ha oscurecido, y una neblina baja empaña las luces artificiales de los escaparates. Las dos parejas cruzan la plaza de Armas y vuelven a ocupar el automóvil, un Ford de cuatro puertas. Apretados, alegres, seguirían así hasta el final de la juventud.

Cuando llegan a la calle Bellavista, al divisarlos hago brillar mis tejas viejas,

recordándolo todo en el recuerdo de Sibila. Abren la puerta, y el aire frío hace tiritar la vidriada piel de Ondina, mientras los pies de Sibila, calzando zapatos reina de charol, absorben la humedad aterida de los ladrillos centenarios.

—Es antigua tu casa, Sibila. ¿Qué edad tendrá?

Yo, mujer al fin, ante la masculina curiosidad, siento el peso de los años pesar en paredes y corredores, y le respondo ofendida:

«Cuatro generaciones de tu tiempo».

Mauricio, la espalda apoyada contra el portón de madera, portón de encina milenaria, sólo tiene ojos para mi niña.

—Mañana te llamo, Sibila, por la tarde, y todas las tardes.

Sibila sonrío, coqueta. Sí, la luz del día es demasiado vulgar para enamorarse.

—A las siete de la tarde los tíos juegan al poker y podemos hablar. Gracias. Hasta mañana, entonces.

—Trataré de sobrevivir hasta las siete. No me olvides, Sibila.

¿Olvidarlo?

Por la puerta entornada, la cabeza canosa de Aurora saluda a la niña.

—Por fin llegó, Sibilita. Sus tíos ya andan preguntando por usted.

La muchacha la despide con un gesto airado, y siento su agitada respiración mientras tiende sus manos hacia Mauricio.

—Adiós, fue una tarde linda.

Estrechando sus manos, él le dice que no quiere irse, que no quiere dejarla. El portón se cierra suavemente. Sibila cruza el umbral sonriendo a Ondina, que quisiera llenarla de palabras en su mudo lenguaje vitral. En mi parquet, un millón de veces encerado, percibo en sus pisadas temblor y júbilo. Con pasos arrastrados, Sibila llega a su cuarto y se encierra. Que nadie la moleste, que nadie le hable, por favor. Se saca los zapatos y el sombrero de paño rojo y los guantes, y tendida en la cama siente una infinita necesidad de llorar. Quisiera tener a su madre, Estela, para contarle, para preguntar si esta vez es el amor o sólo su alocado corazón. ¿Enamorada en dos días?

Afuera, un viento frío y lluvioso arremolina las hojas secas en la ventana de mi niña, que cierra las celosías para guardar su intimidad. Pero Laura, que ha traspasado la madera y el polvo adobado, se yergue al lado izquierdo del lecho donde Sibila sueña con los ojos abiertos. «¡Sibila, hija, nieta, amiga, despierta y mírame! Un hombre como ése me quiso con locura, locura loca que me enloqueció. ¡Mátalo, Sibila, sólo te traerá desgracias! ¡Mírame y espántalo, niña estúpida y dormida!». La presencia de Luz ahuyenta al fantasma antiguo. «Aquí estoy para guiarte, para mutar el futuro en el tiempo y en la ley, en la forma y en la audacia. Abre tu mente, Sibila, sin miedo y sin edad. Por tu sangre navegan moléculas de origen extraño. Despierta, Sibila, y no sueñes más».

—Señorita Sibila, señorita Sibila, don Fermín la llama.

La niña salta de la cama y se apresura hacia el salón, donde los tíos juegan al rocambo con las visitas de siempre.

—Te dije que llegaras temprano. Son más de las ocho y te espera el francés.

Todos miran a la sobrina, que contesta soñolienta:

—Llegué hace mucho rato. Me quedé dormida. No me eche a perder la tarde, tío.

Silenciosa, saluda en rueda a las visitas y va a encerrarse en el escritorio de Fermín. El libro de francés la espera sobre la mesa; diccionario, lápiz y papel. ¡Ay, este padrino!

Tan amoroso y tan exigente. ¿Francés, inglés, griego? ¿Cuál será el idioma de su padre? Griego, griego y hermoso. La muchacha se obliga a concentrarse y leer mientras llega la hora de la cena, pero en cada página se le aparecen los ojos oscuros de Mauricio y la voz del muchacho le susurra al oído: «¿Podré sobrevivir hasta mañana?» Je t'aime, tu m'aimes, ils s'aiment beaucoup.

Llamó todas las tardes. Sibila no podía salir ni lunes, ni martes, ni miércoles, ni jueves. ¡Esos malditos tíos! Y el viernes, al llegar a la Escuela y entrar en el camarín, sabe que no es la misma Sibila de ayer. Hoy volverá a verlo, y él le tomará las manos para mirarla con esos ojos directos y oscuros. En la clase, la niña baila para él, liviana, etérea.

—¿Estás enamorada, Sibila? Guarda tus fuerzas para el ensayo general. No acostumbres mal al maestro.

Con tremenda vehemencia, la muchacha se deja llevar por esa naciente necesidad de entrega. Cada paso, cada adagio, la inundan de voluptuosas sensaciones.

—Ya terminó la clase, Sibila. ¿Qué haces parada ahí?

José la toma por los hombros, sonriendo con esos achinados ojos suyos.

—¿Qué te pasa?

—Ay, José, creo que estoy enamorada.

—Al fin. A ver, cuéntame, cuéntame todo.

—Mañana, José, mañana. Él me va a venir a buscar. Quiero irme antes que empiece el ensayo. ¿Crees que Mirka me dará permiso?

—Si le dices la verdad, yo pienso que sí.

La muchacha cruza la gran sala y enfrenta a la bailarina, que la interroga con sus cariñosos ojos grises.

—Ojalá todas bailaran con tu entusiasmo, Sibila. ¿Quieres algo?

—¡Mirka!, si usted pudiera...

—¿Por qué esos nervios? Si yo pudiera, ¿qué?

Profundos, directos, los ojos violeta suplican.

—Un amigo... Me vendrá a buscar. ¿Puedo salir antes? Sólo por hoy, ¿quiere?

Mirka sacude su brillante cabellera leonada en una risa franca.

—Enamorada, ¿eh? Ya, vete, vete, eres una buena alumna. Rápido, antes que llegue Zulich.

Con un beso espontáneo, la muchacha asalta a la bailarina y corre al camarín para ducharse. El agua jabonosa y caliente relaja su cuerpo. ¡Qué tonta es, pero tan feliz! Una catarata de alegría estalla en su interior, rompiendo todas las compuertas. ¡Lo va a ver de nuevo, lo va a ver! Y saltando y bailando se viste en el camarín solitario. ¡Ya son las seis, debe de estar esperándola! Corre por las viejas escaleras a riesgo de torcerse un tobillo, y al pisar el último escalón un acompasado y lánguido andar por el corredor hacia la platea.

—¡Sibila, creía que no ibas a poder venir!

De la mano, muy juntos, salen por el foyer a la calle, entre mamás con tejidos, niñas de ojos pintados y hermanitos que gritan y se miran sacándose la lengua en los grandes espejos.

—Vamos, te convidó a tomar un café. No te vendrán a buscar antes de las nueve.

—Sí, vamos.

Se miran entre los autos, se miran por la vereda, y sentados en el café del frente se miran a los ojos, en un mundo desierto.

—Sibila, estoy enamorado de ti.

Por encima de la mesa, las manos afirman una respuesta emocionada.

—Te quiero, Mauricio.

Puente en el aire, el amor confirma el pacto. ¿Será para siempre?

—Una bailarina no se casa nunca, Mauricio. Pero, ¿qué importa?

—Ya lo veremos...

Y de pronto son las nueve. El automóvil de tío Fermín está frente al Municipal, y tía Luzmila se baja despacio, como es su costumbre. El largo collar de perlas se le enreda en todas partes.

—¡Corramos, Mauricio!

Pagan el doble, salen despavoridos del restaurante y cruzan la calle Agustinas hacia San Antonio por entre los autos que los esquivan indignados. Sibila tiene que estar ya allí, o no volverán a verse jamás.

Jadeantes, precipitados, entran por el costado del teatro y se deslizan hasta los asientos de la platea; justo cuando Fermín y Luzmila aparecen por el pasillo central. Al levantarse Mauricio para saludar, tropieza con los pies de Sibila y cae en la falda de una señora muy gorda y de muy mal genio.

—Estos jovencitos, cada día más impertinentes.

Llegan hasta los tíos, tratando de disimular su respiración agitada y su embarazo.

—Sibila, tenemos que irnos al momento. Tu padrino tiene una comida en el Club de la Unión y ya está retrasado. Buenas noches, Mauricio.

Van callados hacia la noche, y a espaldas de la tía, mirándose, sienten que son demasiado felices.

—Adiós, Sibila.

—Adiós...

—Hasta luego, don Fermín, señora Luzmila.

En la frente de la niña, los ojos negros de él. En la nuca de Mauricio, los ojos violeta de Sibila.

Esa noche, en su mampara de cristal, Ondina sabe que la niña de la casa tiene un enamorado.

En el silencio inusitado del amanecer, me alerta el despertar sobresaltado de los humanos.

—¿Sientes? Es el molino, Fermín —susurra tía Luzmila. Y ya Tránsito está en el corredor gritándole a José Manuel, que lento comienza a calzarse las pantuflas.

—Anda a verlo, viejo. No me gusta que el molino se calle. Trae desgracia.

Una loca agitación estremece mis cuartos, corredores y desvanes. Toda la servidumbre corre, y los tíos ordenan, y las tías, envueltas en vaporosos chales, esperan en los umbrales, friolentas.

—Que no se detenga el molino.

El corazón de metal está quieto. Ya no trepidan mis paredes con su ritmo, ya no laten mis cañerías, ya no murmuran las juntas y las lámparas con ese rumor tenue y familiar que es el pulso de mi transcurrir. El corazón del Molino está herido y su herida es grave. La oscuridad me invade por un tiempo, y luego la luz de las velas me llena de nostalgia hasta que amanece. Traspasando las grandes aspas, don Félix, empecinado como entonces, maldice eternamente, hurgando con sus manos de humo y de recuerdos entre los heridos engranajes. Esa tarde, cuando levantó la pistola suicida y le estalló en la cabeza, también se detuvo el Molino.

La operación es rápida y masculina. Cortan cables, unen circuitos, atornillan fusibles. Los hombres de la casa y el maestro electricista dan de nuevo vida al viejo motor, mientras Laura baila como loca por techos y galpones, asustando palomas con su risa infernal, burlándose de don Félix, que la ignora para siempre. De pronto la luz del Sol espanta el maleficio. El trabajo restituye esa interminable ronda de pequeños seres que en corriente continua se deslizan por mis venas de alambre, calmando mi angustia. Por esta vez no me quedaré viuda.

Asustada, Sibila ha salido al patio, y Sultán, que no ha dejado de ladrar, apoya su gran cabeza amarilla en los muslos dormidos de la niña. En el comedor, la familia Ballesteros desayuna tranquilizada, comentando una y otra vez cómo cambia la vida cuando el Molino se detiene. Sibila, la boca llena de pan y mermelada de mora, mira por los cristales un amanecer neblinoso y cómo Luz se despierta poco a poco entre los grandes árboles del parque. ¡Necesita que él esté allí! Dos largos y maravillosos meses con su voz todos los días, con sus manos y su presencia todos los sábados y domingos. Los tíos, al hablar de noviazgo, la hacen ponerse seria. Casarse, no. Una bailarina no pierde su libertad. Ella no se casará nunca. Que el encantamiento dure mucho, mucho... Pero casarse, no. Se irá de gira por los caminos del norte, por las provincias del sur, aunque las tías griten y se desmayen; será la primera figura de ese ballet que es su única pasión, y algún día, tal vez, se casará con Mauricio, o sólo vivirá con su enamorado. ¿Acaso no se prometieron ella y Sofía vivir un amor libre?

En el cuarto de baño baila bajo el agua, frente al espejo se peina y baila, y poniéndose una media y otra media, baila hasta salir hacia el colegio. Cuando al

mediodía se encuentre con Mauricio después de clase, se lo dirá. ¿Qué tiene que ver el amor con el matrimonio?, le pregunta a un gato que, soñoliento, se lame en el umbral de una verdulería temprana. Sibila camina rápido, y el aire helado la llena de vitalidad.

La mañana, como todas, pasa entre clases y recreo, lecturas, tareas y ocultas conversaciones bajo el pupitre con Doreen.

Y al fin, del brazo van los dos. Mauricio, con el pesado bolsón a cuestas, le pregunta:

—¿Es verdad que soy el primero?

—Bueno, era distinto antes. Creo que no me había enamorado hasta ahora. Y estaban los tíos, que me cuidan como si fuera de vidrio. No sabes lo que es no tener una mamá para preguntarle tantas cosas, y un padre que te enseñe cómo es un hombre.

¿Un padre? Un extraño sol de invierno ilumina de pronto la calle, y el rojo pelo de Sibila arde en él por unos segundos.

—No te pongas triste y demos una vuelta por esa callejuela que rodea tu casa, ¿quieres? Me encanta la calle de Los Gráficos. Se me ocurre como de cuento.

El brazo de Mauricio sobre los hombros estremecidos de la niña, mientras avanzan por la vereda estrecha, y cuando se apoya para besarla en el muro antiguo de mi huerta, el mismo muro de entonces, siento cómo el corazón de ese hombre-niño se agita al abrazar a la hija de Estela.

—Te quiero, Sibila.

Los ladrillos del muro y las tejas polvorientas y centenarias recogen y me transmiten las palabras de los enamorados. La abierta mirada de Luz vigila a Laura, que, a horcajadas en una rama del Magnolio, el blanco camisón colgando, trenza y destrenza su pelo de sombra mientras aúlla con el viento helado del atardecer.

—¡Mátalo, Sibila, mátalo; no le creas nada!

—¿Qué color tan especial tienen tus ojos, Sibila! ¿Eran así los de tu madre? Y ese pelo rojo, maravilloso, ¿viene por el lado de tu padre? Quiero saberlo todo de ti.

La muchacha, tensa, a punto de llorar, se mira en los ojos enamorados de Mauricio, rechazándolo.

—¿Mi mamá era fea! A mi padre le decían el Rojo, porque era colorín como yo. Dicen que era griego y que murió cuando yo nací, como mamá. No sé, Mauricio, es tal el misterio que los rodea... Me asusta y me fascina. Cuando hablan de mi madre la llaman la señorita Estela. ¿Por qué? ¿No estaría casada?

—Debe de haber sido una mujer maravillosa como tú, Sibila, y muy valiente, con esas hermanas tan...

—Sí, mojigatas; dilo, que no es ningún secreto.

—¿Sabes? Eso me gusta, porque te han guardado sólo para mí.

—Eres un celoso, un egoísta, y por eso no me casaré nunca. Ni contigo ni con nadie.

—No te enojés.

Ríen, y vuelven abrazados hacia el portón por la calle Bellavista, desesperando a Laura, que se desliza por el muro agitando sus brazos de sombra.

—¡Mátalo, que te traerá desgracia!

En la mampara de vidrio, tras mi puerta abierta, Luz ondula en la mojada cabellera de Ondina, que trepida de celos.

—Adiós, Sibila. ¿Saldremos el sábado?

—Así tenga que matarlos a todos, saldremos.

—¡Cómo te quiero!

Corriendo, el muchacho desaparece tras la esquina. Sibila entra lentamente, rozando con su bolsón repleto las baldosas. «Niña, quisiera que me confiaras tu angustia y tu alegría como antes, cuando Mama Aurora se enojaba porque le ensuciabas el delantal y tío Fermín no quería dejarte oír música los días de semana. Es el tuyo un germen diferente; cuídalo porque es frágil. Velaré hasta que vuelvas a escucharme. El que viene es el tiempo difícil. La nueva mujer que crece en ti debe instruirse en orígenes y en cambios. Pero no olvides que eres una Ballesteros.»

—Niña Sibila, su padrino quiere verla.

Y allí, como dentro de una gran caja de madera tallada, entre libros, plantas y recuerdos, tras el escritorio oloroso a cuero y a caoba, está tío Fermín, que por sobre los anteojos la mira con cariñosa preocupación.

—Sibila, quiero que tú y yo tengamos otra conversación de hombre a hombre, como cuando me preguntaste cómo nacían los niños y cuál era el origen de Dios. ¿Te acuerdas? Tenías diez años entonces y me encantó tu curiosidad. Quiero que me cuentes de ese muchacho con el que sales todas las semanas y si sabes lo que estás haciendo. Estos pololeos largos me asustan. Conozco a sus padres, y eso me tranquiliza. Sé que en la universidad es un alumno brillante, estoy seguro de que será un gran abogado, y hasta he pensado que podría ayudarme, si las cosas siguen como las veo, en los asuntos de negocios. Pero eres tú la que me preocupa.

Con las primeras palabras del hombre, Sibila se ha puesto roja. Pero le contesta con voz baja y clara.

—Creo estar enamorada, padrino, y sé que él me quiere, pero no pienso casarme, ni con él ni con nadie. Usted sabe que una bailarina no puede tener hijos ni amarrarse a una vida de rutina. Salimos juntos porque queremos conocernos mejor. Eso es todo, padrino. Cuando estoy con él soy feliz; ¿es malo eso?

—Sibila, mi niña, ¡qué honrada eres! ¿Lo quieres? Pero no olvides que el ser humano es inconstante y que el amor pone vendas en los ojos. ¿Él tampoco quiere casarse?

—No hemos hablado de eso, pero seguiré en el ballet muchos años. No sé cómo explicarle, pero estoy segura de que no va a suceder nada que usted no apruebe.

El hombre, mirándola a los ojos, suspira.

—Eres lo que más queremos en el mundo. Ven, Luzmila nos espera para

almorzar.

—Padrino, ¿por qué tío José Manuel ya no habla conmigo como antes?

—Sibila, yo no sé. ¿Por qué no se lo preguntas a él? Tú sabes lo diferente de mí que es José Manuel. Tal vez eso es lo que está esperando, que se lo preguntes.

Y de la mano, tío y sobrina recorren el corredor para juntarse con Tránsito, José Manuel, Luzmila y una mesa de mantel blanco con cubiertos relucientes, platos de porcelana y preciosas copas de cristal.

Esa tarde, en la clase de ballet, el teatro de la mente gira y Sibila recuerda su conversación con el padrino. Quiere todos los temores: el hombre, el deseo, el misterio del sexo enamorado, todo, y no le tiene miedo a ese ser masculino del que hablan con voz culpable las tías y Mama Aurora. Otro giro del escenario, y la voz de Mauricio pregunta entristecida: «¿No te casarás conmigo? ¿Quién fue tu padre, Sibila? Tienes que ser valiente como la señorita Estela... Nada de eso me importa, porque te quiero.» Al fin alguien, además de los tíos, va a protegerla de esa vergüenza. Sibila baila, y desde lo profundo de su angustia por unos padres lejanos emergen lágrimas que corren por sus mejillas sudorosas. Zulich la detiene para mirarla muy serio.

—¿Te sucede algo, niña?

—Estoy cansada, maestro.

—Ven, siéntate aquí. Mira a tus compañeras. ¿No te parecen gallinas tratando de volar?

Disimulando sus lágrimas con una risa cómplice, Sibila se sienta en la tarima frente al grupo. Si no logra ser primera figura, será maestra de danza y tendrá una escuela a su manera. Es linda la profesión. Será más humana que Zulich. Como extranjero, éste debe de haber tenido una vida dura. De pronto, allí está José. Es hermoso. No como los demás bailarines del grupo, que como dicen las compañeras son una tropa de maricas. Pero es extraño y molesto un hombre que baila. Ella no se casaría con José. Con un coreógrafo como Zulich, tal vez. Allí hay una personalidad recia, creativa. Los muchachos del grupo caminan como bailarines por la calle, hablan con ese acento alargado y burlón y, lo peor, la risa. Además, se dejan manejar como marionetas. Ella no se casaría con un bailarín. Claro que pueden ser prejuicios inconscientes, secuelas de esas conversaciones con las tías. «Sibilita, ¿tú entre esos maricuecas? Me parece increíble. Y peligroso, muy peligroso.»

La sala gira ante los ojos de la niña, en ronda de figuras negras y blancas, en imitación de juncos, de ramas mecidas por el viento, ante la mirada implacable de Zulich. En medio del aire caldeado, frente a su viejo piano, la pianista sigue los movimientos, los adagios, la voz del maestro, creando, acompañando esos trazos que se entrelazan, mientras los pechos suben y bajan al compás que Pepita inventa. La mujer se prodiga en el teclado, adivinando el tempo justo para cada momento coreográfico. Son canciones antiguas, tristes melodías ya olvidadas, ritmo africano sincopado, creaciones que no quedan escritas en ninguna parte y que nunca más recordará. Sibila quisiera conocer la casa de Pepita. La imagina como la de una diva operática del 900. Es tierna la pianista, comprensiva, cariñosa. Cuando la voz y la mano del maestro estallan demasiado duras, los hace reír con sus comentarios.

—Este gringo no se ha visto en otra. Ya les conté cómo llegó a Chile. No lo tomen tan en serio.

Los tíos, cuando se encuentran con ella, riéndose por lo bajo murmuran y se asombran. «¿Pero quién es ese mamarracho, Sibila?» La pianista, con sus capas rojas y azules, vive lejana. Un lunar en la mejilla, pestañas postizas, uñas rojas como esos zapatos de gamuza de tacón tan alto que da miedo. Pero bajo todo ese artificio hay un ser humano maravilloso. Lo leo en el recuerdo de mi niña.

Las lágrimas de Sibila, sentada en la tarima que vibra, se han transformado en risa ahogada ante los gestos y las voces que el maestro escupe sobre sus agotadas compañeras.

—Vacas, vacas argentinas es lo que parecen, mira tú.

Secándose la transpiración con su enorme pañuelo escocés, Zulich grita hasta quedar ronco.

—Mira, oye tú, ¿porké te hinkas como tu abuela si eres koven?

El látigo de su voz fustiga una y otra vez en el aire denso. Sibila se contagia de vitalidad y vuelve a las filas con un guiño de aprobación del hombre de los ojos azules. Así pasan las clases y pasan las horas. Sibila y las otras suben a los viejos camarines con la esperanza de una ducha caliente que no funciona. Comentarios, quejas, bromas.

—A ver si te casas con el ogro, Sibila.

Las futuras bailarinas comienzan a desvestirse. Con el agua fría, la niña siente que sus músculos doloridos se refrescan. Es feliz. Zulich se ha fijado en ella; un privilegio muy especial. Cae la lluvia sobre la cara, la boca, los ojos cerrados; el cansancio se relaja y los problemas se diluyen, hasta que una voz grita impaciente:

—Ya, pues, Sibila, apúrate, que nosotras también queremos ducharnos.

Aun mojada, se sale y va a sentarse en uno de los largos bancos, heridos de inscripciones y fechas. «Para Jenny, de su Juan.» Ya vestida, peinado el crespo pelo rojo, baja de dos en tres las crujientes escaleras. Y entre señoras gordas y caballeros oscuros, niñitas de pollera corta y pelo largo, está él esperándola. ¡Y nadie más! ¿Nadie más? ¡No puede ser! Se ha convertido en costumbre que tía Luzmila, tía Tránsito o tío Fermín vayan a buscarla para volver en el Oldsmobile. Esos viajes entre los tíos y Mauricio ponen rabiosa a Sibila. Antes, volvía sola con el chófer, pero ahora que pololea, ¡cuántas precauciones! Tienen que echarlo todo a perder. Ni que Mauricio fuera un fresco. La obligan a mentir para que los dejen estar solar. ¿Qué habrá pasado? ¿Volverán juntos en el asiento trasero como dos amantes?

Ya en el interior del auto, sobre el suave terciopelo, él la toma de las manos, la mira a los ojos y le da un largo beso que se transforma en asedio envolvente. A su contacto cálido, un fuego frío se enciende en ella. Los ojos de su padre el Rojo se le clavan entre las cejas, mientras una necesidad absurda de poseer la asalta dolorosamente. Así vibrando, Sibila recorre las calles y plazas que la separan de mí y del Molino, sin verlas, sin sentirlas, sin ruido ni tiempo, hasta que Humberto detiene el auto junto a mi puerta.

—Señorita Sibila, ya llegamos; baje, por favor.

Mientras el chófer sigue hacia la cochera, los jóvenes se quedan parados frente a la mampara de vidrio donde Ondina sale eternamente de su fuente de lotos y peces. Tomados de la mano, con un deseo terrible de tiempo libre. Ni un millón de tías Luzmilas ni cien tíos con carabina podrán separarlos.

La carcajada de Laura sacude violenta la enmarañada cabellera del Peumo, que artrítico protesta furioso contra el viento de la noche.

«Mátalo, Sibila. Es un hombre y te traerá desgracia.»

Sibila llora su desilusión y su odio.

—¿Qué te pasó, mi amor?

—El maestro me echó, Mauricio. Me gritó horrores. Sofía y yo llegamos tarde, y nos echó a las dos. Te juro que era tal el cansancio que nos quedamos dormidas en el salón, y eran más de las ocho cuando nos despertó la Mama Aurora.

—¿Es que no tiene ensayo, niña Sibila? Son las ocho y diez.

Corrieron a la Escuela, muertas de susto. Pero Zulich fue inflexible.

—Te vas. Eres una irresponsable, una floka. Eres una estúpida y no te quiero ver más, y a tu amiga tampoco. Váyanse las tos, no sirven sino para criar hikos. Váaaayan se ya.

—Sus gritos me destemplaban los tímpanos. Yo también le grité y le grité «Se arrepentirá, maestro, ninguna va a soportarlo, no somos máquinas y usted es un explotador, un judío explotador, un emigrante que sólo busca dinero y fama a costa de nosotras, las «piojas». ¡Lo odio, lo odio!» Y me fui llorando de rabia al camarín, donde Sofía también lloraba. Ya no seré bailarina, mi amor. Ningún maestro explotador me hará perderte. El ballet no es para mí, ni el amor libre, ni ninguna de esas pamplinas. Lo he comprendido hoy.

Sibila descarga sus sollozos y su decepción en el hombro de Mauricio, y éste acaricia su rojo pelo en silencio. ¡Novios, definitivamente novios! Se juran, se besan, y el futuro cambia para mi niña. Que no le hablen más de ballet, nunca más. La libertad es para los libres, y ella nació en lo establecido, con dos pares de padres, y predestinada para ese hombre que le promete estremecido hacerla su esposa y amarla siempre, siempre, hasta el último instante.

Estremezco mis paredes, hago crujir goznes, chapas y tablas, y con un gran suspiro que estrella puertas y ventanas digo que los humanos son seres imprevisibles.

Sibila amanece cantando y se toma de un trago todo el jugo de naranja. «Para que se ponga rosadita, niña», le dice Mama Aurora.

¿Rosadita? ¡Que asco! La fascinan las mujeres pálidas y ojeras. De un brinco se baja de la cama, y echa las sábanas y frazadas bien atrás, «para que el sueño de la noche se refresque», le ha enseñado tía Tránsito. Descalza, camina por la habitación hasta el ropero donde Laura acecha. «¿Qué me pondré hoy? Hoy salgo con él, con él, con él...» Un sostén rosado, un par de medias nylon, tan finas, tan duras, tan artificiales. Esa blusa de seda natural que le regaló tío Fermín. Traje sastre gris, pollera tableada. Baila y se lo prueba, se lo prueba y bailando se encierra en el cuarto de baño. El agua corre y corre mientras canta.

Tía Luzmila se impacienta.

—¡Sibila, vas a fundir el termo, niña! José Manuel aún no se ha bañado. Sal de una vez.

Suspira la muchacha. ¡Dios! ¿Cuándo la van a dejar tranquila? ¡Que la ducha, que la puerta abierta, que el teléfono! Tío José Manuel no se bañará hasta las doce. ¡Si lo sabrá ella! Cuando chica, los domingos, lo acompañaba a dar el desayuno a sus pajaritos en bata de levantarse. Eso también lo criticaron las tías. «Sibilita, es muy feo que las niñitas no se levanten temprano. Aprende de los pájaros, niña.» Dos mamás es mucho para una sola persona. Cuelga la toalla azul y se mira en el gran espejo con marco de bronce instalado arriba del lavatorio. Se mira de lado, de frente. Le faltan caderas todavía, le sobra pecho. Pero dicen que a los hombres bien hombres es así cómo les gustan las mujeres: ¡pechugonas!, como dice Mama Aurora. ¡Qué horrible palabra! Se viste rápido y...

—¡Yaaaa, tía, el baño está liiiiisto!

Un viento salido de los rincones tironea y enreda su pelo rojo, su falda gris; un viento-aliento de Laura soplando en sus oídos. «Cuídate, Sibila, en este domingo. Cuídate del hombre.»

Que la mañana pase rápida. Se sienta a leer en el banco que está frente a la jaula de los mirlos y de las loicas, en el primer patio, ondeado de huevillo, junto a la fuente de los peces y los lotos. Lee a Tagore, «La Luna Nueva». «A mi Sibila querida, niña de sol y de luna, su tío José Manuel». Se lo sabe casi de memoria. Lo ha leído y releído tantas noches, tantas mañanas, con el tío. Le gusta repasarlo cuando está nerviosa. «Estos jazmines, estos jazmines blancos... Parece que es la primera vez que se llenaron de jazmines mis manos, de estos jazmines blancos...» Se mira las manos, sus manos jazmines blancos en las de él, fuertes y oscuras. La tomará de la mano para decirle: «Estás linda hoy, Sibila.» ¡Que la mañana pase rápido! «He amado después la luz del sol, el cielo y la tierra verde... La puesta de sol del otoño me ha salido al encuentro como una novia que abriera su velo para decirme sí...» ¿La novia de Mauricio? Siente que las palabras del poeta indio la van llenando de una nostalgia

nueva, desconocida, anhelante. Leo en su frente la tremenda necesidad que la consume. Necesidad de comprender, de crecer, de ser... Leo el recuerdo de esa tarde que de pronto aflora en su memoria de niña tímida. Fue en mi salón dorado. Se llena de ardientes cosquilleos al recordar ese beso. Un beso extraño, doloroso. Abrió los ojos y lo vio pálido, respirando fuerte, lejano, mientras Laura traidoramente soplaba en el oído masculino: «Tómala, te la regalo.» Quién sabe cómo pudo levantarse tan rápidamente cuando tía Luzmila entró sorpresivamente en el salón y prendió la luz. Sus ojos mirándola, asombrados, suspicaces: «Saben que a Fermín no le gusta que se queden a oscuras», y el corazón de mi niña golpeando tan fuerte que tenía que oírse en toda la casa. Mis muros trepidaban como un tambor de miedo. Mauricio, con el sobresalto, había derramado la coca cola en el sofá de felpa, y parecía sangre. Sobre la mancha, los ojos de la tía, violentos, ardiendo...

—... Yo limpio. La coca cola sale con agua, tía, no se preocupe...

Un suspiro de alivio y... que no vuelvan a quedarse a oscuras, y acuérdense de las empleadas, que ya son las ocho...

Por fin el almuerzo, con visitas. A pesar de que el pastel de choclo es dorado, oloroso, no puede tragarlo. Pobre Lolo, que tanto se afana en preparárselo los domingos. Sólo come sandía, distraída, ansiosa, pendiente del timbre y de la raya de sus medias. Con las negras pepitas de la fruta dibuja círculos y corazones en el plato de porcelana inglesa.

Mientras toman el café en el salón, el teléfono suena insistente. Acalorados por las discusiones políticas, los tíos lo ignoran.

—Señorita Sibila, don Mauricio la llama por teléfono.

La mirada de la Carmen está llena de estrellitas maliciosas.

Se precipita, y la voz la inunda, baja, masculina.

—Mi amor, no podré ir a buscarte todavía, después te explico. Te llamaré más tarde.

Cortantes, extrañas, las frases le duelen a la niña. ¿Qué pasará? Inquieta, vuelve al salón. Los grandes la miran.

—¿Te dejó plantada el novio, Sibila?

—Así está la juventud. Miren que dejar esperando a una niñita tan linda.

Y de pronto todos se han marchado y está sola en la casa, sola, con el susurro sordo de mi voz. Las empleadas se han ido a dormir la siesta del domingo. Pasan las horas y él no llama. ¿Se habrá terminado el amor? Un frío invernal la estremece. «No temas, Sibila.» Mi voz ya no la calma como cuando era niña. Dentro del escritorio de tío Fermín dan las cinco y dan las seis. Los libros la observan con sus cantos de letras doradas y negras y azules y rojas; miles de libros que respiran, piensan, saben. Para no llorar quisiera leerlos y absorber toda la sabiduría del mundo, quisiera tenderse sobre las alfombras cálidas y morir. Para que cuando él llame se lo digan. Muerta, como las novias ahogadas... ¡Nunca debió dejar el ballet! Traspasada de espera y miedo, se pasea y se ha paseado diez millones de veces entre los helechos, por los

patios, los corredores, su cuarto con olores de azahares y el baño con olores de jabón y agua de colonia. Ellos la siguen en silencio. Laura va tras sus pasos como una loba hambrienta y, en lo alto de las cocheras calientes por el sol, don Félix se yergue oscuro y triste, compadeciéndola, mientras doña Carmelita, con la boca llena de pasteles, se balancea en la mecedora del corredor murmurando: «Eres tan joven, niña Sibila, es tan lindo el amor.» Los pájaros, inquietos, vuelan en círculo como en una danza ritual. Todo el jardín saluda abriendo botones y brotes.

Sibila se ha quitado los zapatos y el chaleco y el último impulso de perdonarlo. Si llega ahora, le dirá a Carmen que no lo deje entrar, que nunca más lo deje entrar. Ella se murió hace muchas horas y su cuerpo está tendido entre los libros y los helechos. «Mi amor, ¿por qué, por qué?»

En alguna parte del mundo es invierno y la tormenta azota con su aliento frío, aliento que se ha metido en el corazón de mi niña en este cálido verano de Santiago. Para ella, soy una enemiga. Mis cristales y mis puertas la miran con odio y la encierran con malignos pensamientos. «¡Sibila, te quiero; te quiero, Sibila!» Nada oye, nada acepta, y las lágrimas corren por sus mejillas como si lloviera, como si lloviera.

Señorita Sibila, don Mauricio la espera en el salón azul. Traspasando la ingravidez de Laura, el odio de Laura, la niña olvida la angustia y el enojo y vuela hacia él, ardiendo en el verano que vuelve.

«No oigas sus palabras mentirosas, Sibila. Matarán tu alma.»

Las cabezas juntas. Él se lo explica todo. ¿Qué importa lo que lo detuvo allá afuera, en un tramo del tiempo que ya fue y que no volverá a ser jamás?

En ritmo frenético y caliente, el viento se arremolina ante la presencia de Laura, que sopla odio sobre sus cabezas, en sus orejas sordas, en sus ojos ciegos, en sus mentes en viaje. Serpiente de fuego, se enrosca en la cintura tensa del hombre joven y exagera con rabia su virilidad, mientras Estela la aparta, conjurándola: «¡Atrás, maldita! Vuelve a tu infierno y deja que mi hija se transforme en mujer por el amor y no por el instinto.»

Todo late en mí, todo trepida, todo canta y se lamenta. Es el amor que llega para instalarse con su corte celeste, con sus cascabeles de platino y sus coronas de grandes y pesadas flores blancas. Los hombros desnudos de la niña se abren a la caricia primera, las rodillas juntas, ardientes. La roja cabellera le quema la espalda, mientras las manos masculinas buscan, desabrochan, tocan por primera vez la piel estremecida. Un intenso dolor-placer la hace estrecharse contra su desbocada angustia.

—¡Te quiero, Sibila!

TERCERA PARTE

EL HOMBRE

La mujer es rara. La mayoría de los hombres se casan con una mediocre falsificación de los hombres, un poco más retorcida, un poco más flexible; se casan con ellos mismos. Se ven a ellos mismos pasar por la calle con un poco más de garganta, un poco más de caderas, todo envuelto en un jersey de seda, y entonces se persiguen a sí mismos, se abrazan y se casan. Después de todo, es algo menos frío que casarse con el espejo. La mujer es rara; salta las crecientes, derriba los troncos, detiene los años. Su piel es el mármol. Cuando se tiene una, es el atolladero del mundo... ¿A dónde van los ríos, las nubes, las aves aisladas? A arrojarse en la mujer... Pero ella es rara... Hay que huir cuando se la ve, pues si ama, si detesta, es implacable. Su compasión es implacable... Pero es rara.

GIRAUDOUX

1

¡Sangre! Penetrándola, puñal de carne, el dolor y el miedo refrenan el ritmo acelerado de su orgasmo. Sangre en la camisa de Mauricio, sangre en sus manos trémulas.

—¡Mi amor, eres mía para siempre!

Y el beso que la llena de relámpagos por dentro. Virginidad, nunca más. Y entonces el pánico la violenta. Laura, desgarrándose imaginarias vestiduras entre las cortinas de mi salón azul.

«¡Ramera como tu madre! ¡Desgraciada como yo, Sibila! Has sellado el pacto maldito con el hombre. ¿Qué será de ti? ¿Qué será de mí?»

Denso como el barro, irritante como el humo, el aire sofoca a la muchacha, que siente a su enamorado respirar mientras juega con una guedeja de su pelo que quema.

—Te quiero, Sibila.

Ensimismada, violenta, Sibila lo mira y calla. No sabe por qué, pero lo odia. Lo odia, aunque una ternura dulce comienza a invadirla.

—¡Mauricio!

En el salón cerrado, la claridad de Luz aquieta el corazón de Sibila, y la mirada candente de su frente sudorosa. «Hija, estoy aquí, y él no te hará daño. Estaba escrito. Ellos lo aprueban. Tu vida comienza hoy.»

—¿Mauricio?

El muchacho la tiene en sus brazos, y por ellos penetro emocionada, porque mi Niña es mujer para siempre, un siempre limitado, humano y solitario. El muchacho la tiene en sus brazos, queriéndola, protegiéndola, alisándole las revueltas y húmedas greñas de su pelo rojo. Con la carita esquiva entre sus manos serenas, la besa con un beso largo, tierno, agradecido.

—¡Soy tan feliz!

Dentro de mis paredes blancas el silencio les dice que están solos, que Aurora y Teresa se hallan lejos, y lejos la Lolo y Carmen, que los perros duermen y duermen los pájaros y el tiempo.

Ondina, eterna virgen cristalizada, se estremece celosa en su vidriera. Sibila se levanta para arreglar su ropa, su alma conmocionada, y va al cuarto de baño en penumbra, porque siente la ancestral necesidad de purificarse con el agua. Al ver disolverse su sangre en el líquido claro, se sonríe a sí misma. Adiós virginidad, adiós misteriosos tabúes. El agua fortifica, renueva. Se pone una blusa roja, se peina mirándose intensamente a los ojos, de un violeta oscuro con oscuras ojeras. Un ancho bienestar la invade, y se siente sana, liberada. Pero en el fondo de esa pleamar bienhechora, un vago temor se esconde. ¿Embarazada? No. Eso sucede sólo en las comedias de radioteatro y en las novelas. Sale al corredor, hermosa, relajada, joven de alegría nueva, en busca de Mauricio, que con el pelo mojado y la corbata en su sitio la recibe protector. De la mano por el jardín, se pasean recogidos en íntima

oración, y los viejos árboles los acogen entre susurros de hojas y ramas, de flores y frutos, con su umbrosa complicidad que da escondrijo a insectos y fantasmas familiares. El dulce aroma de flan de caramelo que viene de la cocina les hace recordar que es de noche y que tienen hambre y que van a llegar los tíos.

Aurora, con su paso lento y pesado, se afana entre el comedor y los corredores, entrando y saliendo con mucho ruido para que Sibila sepa que está preocupada por esa soledad en que pasaron tanto rato. ¡Ay, Mama Aurora, mi Niña ya es una mujer, y tus cuidados nada valen contra la abisal sabiduría del destino!

Respiro hondo mientras Ellos van desapareciendo silenciosos entre cortinas, tejas y arboledas, para que la luna llena brille en el jardín anochecido.

—Adiós, mi amor; adiós, mi mujer.

Ardientes, posesivos, los labios masculinos sellan el pacto.

El muchacho se va, y Sibila queda de espaldas contra el portón cálido.

Quiere estar sola antes de que lleguen todos y comiencen las preguntas y la rutina del rumor hogareño. Sus pies me rozan de forma distinta.

Ya en su cuarto, todo le parece diferente; desde el espejo que fue de Laura y de Estela, unos ojos brillantes le devuelven una mirada febril. No es la misma. Nunca más lo será. Ensimismada, se queda un siglo mirándose en esos ojos extraños. ¿Quién es esa mujer? Un escalofrío recorre su espalda cuando la mano ingrávida de Estela le ayuda a desvestirse, trenzando su pelo rojo, soplando tiernamente en sus pequeñas orejas adornadas con diminutas perlas. «Madre, ¿cómo decirte, como traspasarte esta pena por tu ausencia?» Las tías, tan antiguas las voces de las tías, a ellas no se atrevería a contarles que ya sabe cómo es un hombre. Pero, ¿qué pasó realmente? ¿Fue el amor, el mágico abrazo primero, la posesión, el misterio y el inicio de la vida? Revive el extraño momento. Nunca como esa tarde sintió la urgencia masculina y la certeza de que quería conocer por fin la verdadera cara del amor. Tantas tardes en que fueron recorriendo uno a uno todos los estados, todos los deseos, hasta detenerse en el umbral prohibido.

—No, Mauricio, eso no. No hasta que sea tu mujer.

Vírgenes a medias, mujeres-niñas, control que las limita e impide la entrega espontánea, el impulso natural. Grito en silencio por corredores y cuartos: «Abre tu mente, niña Sibila, y no le temas al hombre, tu compañero y tu réplica; abre la guardia, niña Sibila, que tu vida cumpla el mandato.» Pero ella no oye mis rumores y sigue pensando con los ojos puestos en el reflejo de sus ojos, sigue recordando. No hubo prohibiciones que pudieran refrenar el vértigo. El dolor ahogó el clímax; demasiado consciente esperó la fantástica sensación que no llegó. Supo de la enajenación del muchacho; susurros guturales la llenaron de deseos y de ternura, de desilusión y de rabia. ¿Eso era el famoso momento? Tenían razón las abuelas. Tal vez si la legitimidad del sacramento los hubiera unido primero, su entrega habría sido libre de temor y de culpa. Pero no pudo detenerlo, no quiso detenerse. El ritmo de su sangre cambió ese domingo. Tantas lecturas prohibidas que prometían maravillas,

voluptuosos éxtasis de amor y sexo, en esos volúmenes arrugados y sucios que Doreen leía a escondidas bajo el pupitre, colección «El Caballero Audaz». Chocantes las historias, oscuros los motivos. No eran para ella. Sin embargo, Lawrence, «Los Amantes», «El Arabe», «El Cantar de los Cantares», la dejaron alucinada y ansiosa. No fue así con Mauricio. Ahora quiere dormir y que nadie le pregunte nada. Deslizarse bajo la ducha, sentir el chorro caliente mojándole la cara; los ojos cerrados, la boca abierta, el cuerpo entero, borrando las manos masculinas, devolviéndole la paz. Se envuelve en la toalla tibia y el polvo de talco y el agua de colonia le dan la seguridad de lo limpio, de lo sano, de lo normal. Cubre con su camisón suave la desnudez ya en calma y, peinándose el pelo húmedo, sonrío. Entonces siente los nudillos de Mama Aurora en la puerta.

—Señorita Sibila, don Mauricio la llama.

Poniéndose la bata, descalza, corre por el pasillo.

—Mi amor, quiero verte ahora.

—Sabes que es tarde. Los tíos no han llegado todavía y estoy sola pensando en ti. Me voy a la cama y te echo de menos.

Saltando de baldosa negra en baldosa blanca, vuelve a su cuarto, se introduce en el frío de las sábanas y me estremece entera con el timbrazo que llama a Carmen.

—Tráigame la comida aquí; comeré en la cama.

Refugiarse en la penumbra de su cuarto es lo que hace cuando se siente mal, en esos períodos malditos. «Tienes que cuidarte mucho, niña, cuando estés así. Es bueno para el cutis», le dice siempre tía Luzmila. Tía Luzmila. ¿Harán el amor aún las tías con los tíos? Entonces siente el flujo que surge de sus entrañas, tranquilizando los temores ocultos. Corre al baño, y de nuevo el agua la purifica.

Limpia, tranquila, de espaldas sobre el lecho, Sibila espera la bandeja que le lleva Carmen sobre albo mantelito de encaje. Sopa de sémola en posta negra, pan amasado y mantequilla dorada. El gran vaso de agua lava su garganta y su vientre oscuro. El último bocado de manjar blanco se diluye en su boca y el sueño pesa en su mirada violeta.

—Buenas noches, Carmen. El desayuno a las siete. Tengo prueba de inglés.

—Buenas noches, señorita Sibila.

Ya dormida, la niña sueña con la voz salvaje de Laura, que aulla en su conciencia: «¡Sibilia, Sibila!, ¿qué has hecho? ¡Serás castigada y no podrás ver nunca más a tu dios!»

2

Al amanecer, Luz se encierra dentro de la botellita de cristal pintado, que se ilumina suavemente de azul, llenando de reflejos el ovalado espejo que fue de Laura y de Estela, en este cuarto donde hoy vive y sueña Sibila.

Entonces silencio el crujido rítmico de mis maderas, paraliza a los grillos, ajusto puertas, tragaluces y ventanas, para que el viento del amanecer no las golpee en torpe juego. Esquivo el roce leve de las hojas de magnolio y de los dedos verdes de la hiedra centenaria sobre mis tejas friolentas, para escuchar, sin perder un susurro, esa leyenda futura que Luz ha comenzado a revelar tras los párpados dormidos de Sibila.

A horcajadas sobre el alféizar, traspasada de cristales, crucificada, está Laura acechándola.

—Maldita, no me escuchaste. Vivirás para siempre esclava del hombre, tu dueño ahora.

Doña Carmelita, esparciendo por el cuarto su olor de lilas, se reclina en el sofá, entre cojines de crochet verdes y rosa pálido, gorjeando con su voz antigua:

—Es tan lindo el amor, niña Sibila, y tan triste y largo el olvido.

¿Madre?

Un tenue olor, el olor de todas las primaveras, se infiltra por las ojivales ventanas de diamante. Reverenciales pájaros alisan sus plumas en las puntiagudas torres de la ciudad eterna. Un hombre de cabellos rojos avanza con una niña de la mano, una niña de rasgados ojos color violeta. «Es tu padre, Sibila; es tu nieta, Sibila; eres tú en el hoy eterno de los Señores del Tiempo.»

Por la ciudad suspendida, la gente circula confiada a sus quehaceres. Como puentes en el airé, silenciosas máquinas se desplazan fúlgidas y veloces de un lado a otro de los blancos edificios, que abren sorprendidas fauces para ocultarlas. «Es el futuro de tu descendencia, Sibila. Abandona el pasado de tu madre y de todas las abuelas. Despréndete de añejos ritos. El mandato cósmico se ha cumplido. La flor de tu sexo entrega su misterio genético para continuar la raza del hombre, hasta el final. Algún día el flujo de la sangre cesará en las mujeres de la tierra, como sucedió hace un millón de años luz allá en la Galaxia Primigenia. Sólo entonces comenzará la Gran Síntesis, porque el número de la especie se habrá completado. Así como fuiste uno, andrógino, en el comienzo, hombre y mujer en el pasado, en el inicio de la nueva era tu condición se mu tará, y el sexo diferenciado no será necesario para la procreación. ¡Angélicos! Cada hora, cada día, cada siglo que pasa, han ido dejando atrás tabúes y rituales que allá en el alba de los tiempos fueron necesarios para la continua purificación que conduce al Gran Cambio.»

«Esta niña que avanza de la mano de tu padre es tu nieta, y lleva la señal. No temas, que ellos están aquí para guiarte en el éxodo, a horcajadas en la Luz.»

Inquieta, Sibila se vuelve de espaldas en el lecho, y un rayo de sol que entra por la hendija de las cortinas corridas desvela sus ojos color violeta.

Desperezándome, parpadeo suavemente con todas mis ventanas, ojos de cristal que se abren a la mañana que llega. Los habitantes de la noche se van de uno en uno. El último grito de Laura me recorre como un relámpago.

«¡Sibila, ramera, sólo desgracia te traerá el hombre!»

Grito que ondula con gélidos soplidos la colcha de hilo celeste y blanca, blanca y rosa tejida por Tránsito.

Soñolienta, aprisionada por sueños, Sibila se levanta. Su último año de colegio y nunca más el ballet. ¿Nunca más? Deprimida, enciende la luz del cuarto de baño, recuerda a Mauricio y se llena de rápidas corrientes de deseo y de temor. Cuando la ducha caliente y jabonosa corre por su espalda, vuelve a sentir las manos masculinas. ¿Eso es ser mujer? Se demora bajo el agua. «No debes bañarte cuanto estés así, niña. Te saldrán espinillas y te dolerá la cabeza.» Eso le han dicho las tías. Ella quiere que el agua se lleve la oscura sangre misteriosa. Y de pronto Bárbara está riendo en su memoria. ¿Bárbara y el Soplón? Bárbara, la frágil, la maravillosa niña de cristal. ¿Cómo pudo? No, ella jamás lo creerá. Las mamás y las empleadas todo lo entienden mal. Tía Luzmila, ¿le contaría la verdad? La tía Olga y sus hijos se fueron a recibir una herencia allá en el sur. ¿Qué será de Bárbara? Se dice que el flujo menstrual es una droga que deja al hombre a merced de la mujer que lo hechiza. Ella, niña del siglo veinte, no debe creer en magias negras ni en brebajes diabólicos, porque es el mal, lo negro, lo prohibido, lo que la Biblia execra en la mujer. ¿Usaría Bárbara esa droga? ¿Sabrán las tías, con sus pieles de raso, lo que dice el Libro de los Libros? Una piel de raso. ¡Que lata! La piel oscura hace resaltar sus ojos violeta y el sol vitaliza su juventud.

Sibila se viste, ajustando la oscura pollera tableada del uniforme a su cuerpo grácil, martirizando el cuello largo y fino con la almidonada blusa de piqué blanco, ocultando la curva del empuje breve con la tosquedad de los zapatos de negra suela de goma. Entonces arrastra el gastado bolsón por el corredor, hasta toparse con el olor de lavanda del tío Fermín, que la besa apresurado.

—El desayuno está en la mesa y ya son las ocho menos cuarto, sobrina. Llegarás tarde otra vez. Sería una lástima que en tu último año arruinaras tu excelente promedio. Haz un esfuerzo, Sibila.

—Si me apuro y tomo el desayuno volando, usted me va a dejar, ¿quiere, padrinito lindo?

Con un guiño picaresco de sus ojos celestes, el tío le da una palmada de aprobación, y los dos entran en el comedor, donde el café con leche espera en sendas tazas grandes, acompañado por tibias tostadas, dulce de mora con nata y huevos a la copa. Sólo tía Luzmila, en una bata de casa color té, les acompaña, haciendo tintinear sus seis esclavas de oro al servirles, metiendo los volantes de su manga en la mantequilla rubia.

—¡Qué ojeras tienes! ¡Ah, ya me imagino! No camines hoy. Que te vaya a dejar Fermín.

El matrimonio José Manuel-Tránsito desayuna en cama desde que a él le dio el infarto. Los pájaros revolotean por el pasillo, acostumbrados a su temprana ración de lechuga y pan. Se están poniendo viejos los tíos, piensa con pena Sibila, y de un trago se quema entera. ¡Qué manía tiene esta Aurora de calentar tanto el café!

—Vamos, padrino, la madre Tarsicia ya me debe estar echando de menos.

Ondina los despide soñolienta, feliz de haber nacido adulta y no tener que ir nunca al colegio.

Yo, asintiendo, los miro alejarse mientras me baño en el sol de la mañana.

3

Con los ojos muy abiertos y las manos juntas, la muchacha escucha a Sibila.

—Y entonces... ¿qué pasó?

—Ay, no sé cómo decírtelo, Doreen.

—No habrás peleado con Mauricio.

—¿Estás loca? Bueno, estábamos solos esa tarde. Tú comprendes... Tenía que ocurrir...

—No te entiendo, Sibila, no me digas que...

—Sí... como si me hubieran embrujado. Y él estaba tan raro que me dio miedo. Pero nos casaremos. Júrame que no se lo dirás a nadie.

Entonces, en voz baja, las amigas repasan los detalles misteriosos, una y otra vez, las sensaciones y el asombro.

—¿De verdad me juras que no se lo contarás a nadie? Y entonces él...

Sibila inventa para Doreen la maravilla de su entrega. Termina por creerlo ella misma, y es feliz. Las manos húmedas, febriles, los ojos traspasados de visiones, se sienten muy mujeres y muy sabias mientras la amistad se fortalece con cada confianza.

—¿Te acuerdas, Sibila, de la Juanita Pinto? Decían que tenía fiebre uterina o algo así, y que por eso se la llevaron a Europa.

—Se la llevaron porque iba a tener un niño.

—Ay, Sibila, ¿y tú no tienes miedo de...?

—Ya no. Me enfermé justo esa noche. De la impresión, creo yo. ¿Sabes? Bárbara, mi prima, allá en el sur, tuvo un niño.

—¿Tenía fiebre uterina y por eso...?

Doreen se despide de Sibila con un beso convencional y una mirada intensa. ¡Cómo envidia a su amiga! Ella, todavía virgen, se siente por primera vez excluida de su intimidad, como si Sibila hubiera entrado en otra dimensión. La muchacha se resiente, y un sutil velo de distanciamiento se levanta entre ambas.

Sibila roza mi pared al encender la luz, y percibo la emocionada vibración del cuerpo de esa niña humana a quien quiero tanto. «¡Sibila, Sibila! estoy aquí para protegerte, para borrar el temor que te provocan las palabras de Doreen, una muchacha que no conoce tu origen. En ti no se cumplirá la ley de la ignominia. Te acojo y te respeto porque eres semilla de esperanza para tu generación. Así lo proclaman los Señores del Tiempo.» Luz invade mis corredores y la noche agazapada en el afuera llena de rincones desconocidos la huerta, el jardín y las grandes jaulas.

Sibila entra en el escritorio oscuro, oloroso a encierro, y enciende el quinqué de la mesa de nogal, veta umbría, herencia de bosques, de luz de luna, de peludos habitantes, de lluvia y de tiempo. Sentándose rodeada de libros, de ideas que la sobrecogen, se decide a sumergirse de mala gana en la aburrida Historia de Francia, desechando la imagen de Mauricio, su intensa necesidad de verlo.

Graves, sonoras, las risas de los tíos, claras y contenidas las voces de las tías, se oyen a lo lejos en el salón azul. Una última vuelta de rocambor y la cena estará lista. Media hora para introducirse en el mundo antiguo y ajeno de esas páginas que una vez la apasionaron. La revolución y sus mujeres tejedoras, la guillotina y el miedo. Nada; los ojos, los brazos, el olor de Mauricio borran visiones y letras, comprensión y memoria. ¡Al diablo Francia! Aunque repita el año, se casará. ¿Y el ballet? ¿Y sus ideas de amor libre y de andanzas por tierras europeas? ¿Y la promesa que se hicieron ella y Sofía? No ha visto más a Sofía. Dicen que la señorita Estela tenía veintiocho años cuando se casó. ¿Se casaría en verdad? Toda una solterona para la época... Y de nuevo su apellido materno, mito y misterio de su infancia. Señorita Estela Ballesteros... Sibila Ballesteros... No, ella tiene que casarse; ya no es virgen. ¿Quién la querría así? Necesita que su madre esté ahora, en este minuto, sentada frente a ella, para contárselo todo. La ingrávida sonrisa de Estela la envuelve como un manto de humo, y la niña se calma y las lágrimas se secan en su mirada violeta. «¿Mamá?» El Rojo se yergue, colmando toda la habitación con su presencia. «¿Papá?» El violento cabello de Sibila se sacude para alejar las ideas, y vuelve la Historia de Francia a llenar su imaginación de leyendas y violencia. Esas mujeres, las tricoteuses, ¿se casarían vírgenes? Poco femeninas le parecen, sentadas a la orilla de la guillotina, desdentadas y chasconas, mientras nobles, reyes y princesas eran conducidos a la muerte. ¿Cómo podían reír y comer ante un espectáculo así? El abandono de esa gente, el odio, la miseria, la ignorancia, el orgullo de una casta fueron la causa. Las fechas se borran y los lugares de complicada pronunciación enredan su lengua. Tiene sueño y mucha hambre. No sólo de comida.

—Señorita Sibila, la sopa está en la mesa. Apúrese, que se enfría.

Cierra el libro y las imágenes se esconden, apaga la luz y Mauricio reaparece en su piel. Ya en el cuarto de baño, frente al espejo de marco dorado, su imagen le devuelve ojeras y cansancio. Se estremece al recordar una frase: «¿Te has fijado en cómo se les nota el embarazo en la cara a las chiquillas primerizas?» No recuerda quién lo dijo. Pero el flujo de su sangre corrió abundante, puntual y doloroso. Desenredándose el cabello encamado, se lo ajusta con un pinche y corre al comedor, donde los tíos, sentados en silencio a la mesa, enfrían un consomé humeante.

—¿Cómo va esa Historia de Francia, Sibila? ¿Puedo ayudarte? Sabes que viví años en París. Dicen que mi alma encarnó antes en un francés que murió a fines del siglo pasado. Te lo he contado, ¿verdad?

Sentándose precipitadamente, Sibila se resigna a oír por centésima vez la curiosa historia en la voz baja y doctoral del tío Fermín.

—Hace unos años, en una de las sesiones de espiritismo de Tránsito, apareció un personaje hablando en francés. Se identificó como Jean Cebren, oficial del ejército francés, muerto en Niza el 23 de julio de 1894, justo el día de mi nacimiento. A pesar de que, como ustedes saben, yo no creo como mi cuñadita en esos mensajes del más allá, cuando fuimos Luzmila y yo a París, al pasar por casualidad —aunque Tránsito

afirma lo contrario— frente al edificio de los archivos del Ministerio de Guerra, decidí entrar para ver si en los viejos libros estaba efectivamente el nombre de ese oficial de ultratumba tan aficionado al espiritismo. Después de mucho buscar, con la ayuda de una funcionaría gorda y de muy mal genio, encontré el nombre exacto, Jean Cebron, y la fecha de su muerte, que era la misma de mi nacimiento. Curioso, ¿verdad? Como dice el indio: «¿Crees en brujos, Garay?» «No, no creo; pero de haberlos, los hay.»

Ríen los tíos, y Sibila exclama ansiosa:

—¿Sabe, tío?, la verdad es que usted se parece mucho a Chevalier. Sería maravilloso que me ayudara, porque tengo una horrible confusión. ¡Qué hambre, y esta sopa tan caliente, Dios mío!

—¿Te sientes mal, Sibila?

La mirada de tía Luzmila traspasa el temor de la niña, inquietándola.

—Es que me duele la cabeza con el maldito francés y el hambre que tengo.

—Déjala, mujer ¿No ves que ha estado estudiando toda la tarde? Llama a la Carmen para que vaya a buscar al botiquín del baño un Aliviol. Te lo tomas con la comida, sobrina, para que no te caiga mal al estómago.

El timbre me recorre, y allá, en el repostero, Carmen se levanta rezongando entre dientes, mientras Teresa y Aurora se hacen las desentendidas.

—¡Qué manera de comer rápido! Con lo cansada que estoy...

En el comedor, el gesto agrio de la mucama se transforma en una sonrisa servil.

—¿Llamaba la señora?

—Sí. Tráele a la niña un Aliviol del baño, y de paso busca mi chaleco negro en el armario, que está haciendo frío.

El postre aparece en la fuente de porcelana azul y blanca. Arroz con leche, pasas, almendras y caramelo. La muchacha come y repite, muriéndose de sueño. Los tíos la miran cariñosos, pensativos, inquietos.

Sólo yo sé la tremenda emoción que consume a Sibila. Mujer por primera vez.

Con lentos pasos, Fermín y José Manuel, como todas las noches, se van a fumar al escritorio, con una copa de coñac en la mano, para comentar los difíciles momentos políticos que vive el país; apasionado Fermín, distraído José Manuel. Y luego, el eterno tema de lo mucho que se gasta en la casa. Fermín revisa la contabilidad, que el pequeño y tímido empleado de la oficina lleva con rigurosa exactitud. Desde que el hermano de Luzmila y Tránsito se jugó allá en el sur el fundo a los naipes, la fortuna de las Ballesteros disminuye mes a mes ante la preocupación de Fermín y la indiferencia de José Manuel, que viaja de vez en cuando entre molinos y viñas para ajustar cuentas con capataces y administradores. El tío, bohemio y sin ningún amor por el dinero, le traspasa al cuñado las sinrazones de esas hipotecas y deudas, sin imaginar ni importarle que la cuarta parte de esos millones heredados de don Félix vaya pasando lenta y eficazmente a bolsillos ajenos y serviles.

—¿Qué quieres que haga, Fermín? Román dice que todo sube y que los jornaleros

reclaman. Ya no son los tiempos en que se les podía contentar con cualquier cosa. Tú sabes que después de la muerte de Julio se enredaron las cuentas, y yo no tengo cabeza para arreglarlas. Pero no te preocupes; son muchos los millones y es muy corto el tiempo que nos queda.

Así las Ballesteros, ya no tan millonarias como antes, se sientan en mi salón dorado para tomarse una agüita de menta y de boldo en pequeñas tazas de porcelana y oro; un tejido en las manos de Luzmila y un pañuelito de encajes para disimular el mal cuidado resfrío en las de Tránsito.

—¡Qué pálida está la niña, Tránsito! No sé, a veces tengo miedo. Estos pololeos de hoy, con tanta libertad. No es que no tenga confianza en Sibila, pero no sabemos qué sangre lleva. A veces los instintos se heredan y a veces no; ya ves tú lo de Estela... Nadie se lo imaginó jamás. Lo peor es que no me atrevo a preguntarle; porque si no ha pasado nada, imagínate.

Tránsito calla mientras se suena ruidosamente con sus manos flacas cuajadas de anillos.

—¡Dime algo, hermana! No por estar resfriada tendrás la mente en blanco, supongo.

—Mira, Luzmila, qué quieres que te diga, si tú te lo hablas y te lo contestas todo. Creo que las jovencitas de hoy saben lo que hacen, no como nosotras. Nadie nos explicaba nada. A los quince años todavía creíamos que los niños venían de Europa. ¿Te acuerdas de los sustos que pasamos cuando detrás de la mampara José Manuel me dio un beso en la boca la primera vez que nos dejaron solos, y ya de novios? Se me atrasó la regla diez días, y yo juraba que estaba embarazada. ¡Qué pánico le teníamos al hombre!

—¿Pánico? Yo nunca le tuve pánico a Fermín; al contrario. Y eso de que me lo hablo todo... Pero si hace una hora que estoy conversando sola. Parece que tienes miedo a contestarme. Ahora, que las niñas de hoy saben lo que hacen... Pero hermana, si nunca las niñas de ningún tiempo han sabido lo que hacen. Son jóvenes, inexpertas, tales como fuimos nosotras; que sepan cómo vienen los niños al mundo no quita que hagan lo que no deben y, peor que antes, puesto que tienen mayor libertad y por lo tanto mucho más peligro. ¿Cuándo nos dejaron a ti o a mí con un muchacho? ¡Jamás! Allí estaba la mamita entre los dos. Fermín y yo nunca pudimos vernos a solas, ni de novios, y si a ti te dejaron sola unos minutos fue por descuido. Y dime, ¿sabías tú qué pasaba con el matrimonio, con el hombre y todo lo demás? ¿Qué te había dicho mamá? Nada, ¿verdad? ¿Qué leímos? Ni al teatro nos dejaban ir.

¡Qué no habría dado por estar unas horitas a solas con Fermín! ¿Para qué? Esa prohibición era mucho peor y mucho mejor para ellos, para los hombres, diría yo. ¡Ay, hija, creo que la mujer, chica o grande, antigua o moderna, es la misma, y los deseos son los mismos desde que el mundo es mundo!

Mientras el silbante aliento de Laura enreda la melena dorada de Luzmila, soplándole con odio oscuras maldiciones, Tránsito, dando vueltas en sus manos al

cordón de seda gris de su vestido, se ha quedado pensativa.

—Tal vez tengas razón. Hay que cuidar a la sobrina. Tú, que tienes más confianza con ella, deberías hablarle. Mal que mal eres como su madre, mucho más que yo. A veces pienso que Sibila me tiene miedo, por eso de mis ataques... Por lo menos Mauricio es de buena familia y tiene una profesión que le dará prestigio. Se ve muy enamorado. Sibila estará pronto en edad de casarse. A nosotras nos sacaron de las monjas para casarnos. ¡Qué increíble!, ¿verdad?

Ingrávida y compasiva, Estela se yergue entre las dos hermanas, protegiéndolas para mitigar el maléfico conjuro de la Loca.

—Ay, hermana, así es. Me temo que la perderemos muy pronto. ¿Qué va a ser de esta casa sin ella?

Por aquellos pies hermosos y cuidados, yo, la Casa, a través de zapatos de tacón alto o de cómodas zapatillas de felpa, por tendones y venas, nervios y oscuridad, descubro el agitado corazón de esas dos hermanas y entiendo sus temores y su desconcierto. ¿Cómo transmitirles que Sibila tiene guardianes más eficaces que ellas?

Jamás llegaré a sus mentes cerradas. Sólo Tránsito, estremeciéndose en sus extraños estados, intuye de pronto la presencia de Ellos entre mis paredes, y santiguándose abrocha su chaleco de fina lana peinada.

—¿No sientes un olor a lilas, hermana?

Con un súbito impulso miedoso, se levantan y, dándose las buenas noches, cada una se encierra en su cuarto para dar comienzo a los rituales nocturnos. Los hombres, llenas las mentes de apasionado entusiasmo, de nostálgicas visiones de poder, de viajes, de proyectos, se les reúnen para sellar por enésima vez el pacto matrimonial, en salud y enfermedad, en holgura y pobreza, hasta que la muerte los separe.

Suavemente, el descanso humano me tranquiliza, mientras Luz, oculta por la oscuridad externa, vigila el sueño de Sibila, sumergida entre las sábanas celestes y blancas, blanca y ardiente.

Tránsito va caminando por el desierto abrasador y cotidiano de su eterna pesadilla... Pero allá, en el horizonte, es ahora la mano de su marido la que en su adiós lejano la deja sola y despavorida. Corre hundiéndose en la arena caliente, y es el mar el que, ahogándola, la lanza a una inmensa playa desierta... «No me dejes, José Manuel, no me abandones tú también como ella, volveré a ser huérfana otra vez, viuda otra vez, desconsolada otra vez». Como un sollozo, Tránsito se despierta y, sentándose en la cama sin prender la luz, remece suavemente el hombro de su marido.

—¡Ay, viejo!, ¿por qué siempre tengo que soñar con ella? Pero, ¿sabes?, ahora eras tú el que me abandonaba en el desierto. José Manuel, José Manuel...

La luz amarillenta de la lámpara, al encenderse, descubre sobre la almohada común una mancha oscura y al hombre que, tenido de espaldas, con los ojos abiertos y una postura absurda, no puede contestarle. Con incredulidad, con furia, con espanto, las manos de Tránsito, crispadas, nerviosas y espantadas, se aferran al camisón helado, zarandeándolo, gritando una y otra vez con un contenido alarido de miedo:

—¡No, tú no! ¿Qué te hice, mi amor, qué te hice? ¡No me dejes ahora, no me dejes!

Desde arriba, los ojos para siempre abiertos, el ser de José Manuel contempla el dolor de las hermanas y de la servidumbre, de la Niña y de su padrino, junto a ese traje vacío del que acaba de desprenderse tan alegremente. Contempla el cuarto y la casa y el valle, y ya leyenda, se lanza ingrávido y eterno hacia los confines del Cosmos. Observo esa mancha de sangre y leo en ella la mentira de la muerta.

Negro vestido, zapatos y medias negros, negros pensamientos, Tránsito, de aros de strass y doble argolla, contempla con ojos curiosos el silencio de la jaula desmantelada. Como lo dispuso José Manuel, todos sus pájaros han sido regalados al Zoológico del Cerro San Cristóbal. Octavio, el viejo jardinero, se encargará de construir con albañiles y talladores una fuente, gran espejo vacío que va a herir la triste mirada de la viuda.

Ya presiento ese gran ojo húmedo de pestañas de helechos y juncos invadir mi costumbre de trinos y aleteos; y, Como tía Tránsito, deploro la ausencia de las grandes jaulas. «Que desaparezca todo lo que pueda recordarle a José Manuel.» Fue la drástica receta del doctor Flores. La súbita ausencia de su hombre ha dejado a tía Tránsito en un mundo intermedio, excluido de la realidad, inmerso en una ficción diaria.

—¿A dónde te has llevado los pájaros, José Manuel? Siempre los odié, porque me separaban de ti. No me castigues; mitigan tu ausencia.

Por las mañanas, la Carmen se ve obligada a llevarle dos desayunos si no quiere violentarla. Conjugando un triste solitario, la tía viuda se sienta en el lecho y, mientras conversa con su ausente, se toma los dos cafés en mantequillando las dos tostadas y tragándose el huevo que José Manuel saboreaba. Deja las migas que luego de bañarse y vestirse con quebrada alegría esparcirá junto a la pila en construcción. Sentada en su mismo banco, que no le han podido quitar, por horas y horas presencia los trabajos de albañilería, el traslado de los pájaros y el silencio.

—¿Por qué mataste a tus malditos pájaros, viejo? Ya me había acostumbrado a compartirte con ellos. Sé que los vas a ver todas las noches, y a mí me tienes abandonada. No puedo acostumbrarme a vivir sin ellos y sin ti. Es el castigo por no haberte dado hijos, ¿verdad? Hijos alados, horribles hijos con garras y largos picos crueles.

Y los sollozos estallan incontenibles, hasta que Luzmila va a llamarla para el almuerzo o la comida. Cayendo bruscamente en la realidad que rechaza, avergonzada, vuelve a ser la dulce tía Tránsito, la hermana cariñosa.

—¿Cuándo se me va a pasar esta locura mía? Mejor para él que se haya ido primero. Los hombres soportan menos la soledad.

Como yo, Sibila siente el vacío de esa personalidad fuerte y extraña del tío preferido. Nadie ahora para comprenderla, nadie para guiarla por el nuevo camino adulto y desconocido que irá trazando con Mauricio. En Mauricio adquiere Sibila la réplica de ese hombre, padre y amigo, al que tal vez quiso más, mucho más que a un tío normal. Siente en Mauricio la mano segura, la mirada profunda de José Manuel, pero también una voluntad de triunfar y ser obedecido que el tío de los ojos raros jamás tuvo. Ocho años mayor que ella, el muchacho satisface su tremenda carencia de amor paternal; quiere al Rojo en su acento, y lo quiere para confiar y

enorgullecerse de su inteligencia masculina. Desde el mismo banco en que tía Tránsito sintió el gran cambio bajo el Magnolio, recuerda esos ojos desconcertantes del tío, y su voz y sus ideas y su misterioso pasado. Se arrepiente tardíamente de no haberle confiado el secreto de su entrega. Un amigo que de nada se escandalizaba, un hermano mayor de pobladas cejas y tumultuosos pensamientos. ¿Por qué él? Los Señores del Tiempo lo necesitaban. Estremeciendo las altas ramas del viejo Magnolio, el viento del atardecer, como cuando era pequeña y comprendía el lenguaje de las cosas inanimadas, le transmite seguridad, esperanza, y la certeza de que José Manuel está esperándola en la ciudad eterna. La niña llora, sin percibir mi continua presencia. Entonces Luz, enviada por el sol del otoño, absorbe la tristeza de su mirada ausente, encendiendo su cabellera de oscuras estrellas cobrizas, regalo que la niña agradece con un amplio suspiro resignado.

La vida vuelve a lo cotidiano y los días pasan mientras tía Tránsito adelgaza, encerrada en su cuarto. Peligrosa por las noches, se desliza hacia el huerto y sale a la calle de los Gráficos en camisón, descalza y alucinada. La alta e ingrávida sombra del Rojo la protege, mientras Ellos vienen a jugar con sus trenzas grises. A pesar de la estricta prohibición del doctor Flores, se escapa a sesiones espiritistas improvisadas en casas de amigas, en las que la voz astral de José Manuel acuna su soledad.

Para Sibila, la noche se ha transformado en despierta pesadilla. En cualquier madrugada, de pronto, se abre la puerta de su dormitorio y Tránsito, descalza, destrenzada, con los ojos despavoridos y los anillos en la boca, aparece contra el espacio amanecido del patio de los naranjos. Laura cuelga a su espalda, como un apéndice de espanto. ¿Internarla?

Sé que debe seguir entre mis paredes, porque Ellos pueden calmar su tristeza. Y de nuevo los maestros del cemento y la madera me visten y me desvisten, cerrando puertas y abriendo ventanas y cambiando muros. Y como antes Laura, oculta de la maledicencia externa, Tránsito vive en una vida de claustro entre enfermeras y médicos, puertas con llave y drogas, horarios y misterios. Cuando Sibila y Mauricio van a verla, se transforma y ríe, joven y despreocupada como una niña a quien visita su enamorado.

—Nos casaremos, ¿verdad, mi amor? ¿Quién es esta mujer? Odio su pelo rojo. Te incendiará; máta la José Manuel.

Se van sin poder calmarla. Entonces la señorita Victoria, la enfermera, con sus fuertes manos que huelen a hospital se la lleva al cuarto blanco y acolchado. No puedo conformarme con que la tía Tránsito sea otra Laura la Loca. Sibila, apoyada en el hombro masculino, confiesa su angustia y su miedo a esa herencia que la sobrecoge. Acunándola, el muchacho, íntimamente desconcertado, afirma con una mentira inventada un certeza que no siente.

—Mi amor, ¿quién te ha dicho que la locura se hereda? Además, yo no pienso morirte y dejarte sola. Aquí estoy para protegerte de todo mal.

Yo comparto esas palabras masculinas y le agradezco con leves crujidos ese amor

que reconforta a mi niña.

Una noche lunar, sentada la pareja en el banco del Magnolio, ensimismada en su mundo nuevo, las manos juntas, la voz susurrante, Sibila siente unos pasos familiares, y una alegría absurda la invade. Los pasos detienen, en la paralizada imaginación de la niña, su paseo por el lugar ahora vacío de las grandes jaulas, entre las hortensias que rodean la nueva fuente, los helechos y el tiempo.

—Tío José Manuel... ¿eres tú?

La agitación de la niña es intensa y ninguna broma de Mauricio logra alterar su certeza. Las manos heladas entre las otras cálidas, Sibila porfía que es él, el tío, con los ojos arrasados. Entonces, estrechando la breve cintura, el muchacho recorre pacientemente con ella el borde de la fuente, el jardín y el huerto, y solo los perros y la luz lunar los acompañan. Los tíos y la servidumbre se han acostado, cansados de esperar que el novio se vaya. Con mil recomendaciones:

—Recuerda, Sibila, que no debes quedarte hasta muy tarde. Al tío José Manuel no le gustaba que se quedaran solos. Buenas noches, y confío en ti, Mauricio.

De la mano penetran en mí y avanzan despacio por el corredor, por los salones a oscuras, y yo oigo emocionada la canción de sus corazones, que retumban como entonces los de Estela y el Rojo.

Han cerrado la puerta de entrada, como si el novio se hubiera marchado. En la tibia penumbra, que solo deja traslucir la luz de la luna por entre las cortinas de raso azul, vuelven firmes los pasos de ella, en puntillas los de él.

No, no puede dejarla sola en ese estado. Es su mujer, y los tíos no tienen por qué saberlo. Poco a poco la muchacha se relaja, se calma y olvida. Muy juntos en el gran sofá del salón azul, deja que la voz, las manos, la mirada de Mauricio penetren en su conciencia, en su corazón y en su deseo. La entrega es rápida, temerosa, sumisa; el orgasmo no llega, y los ojos de mi niña recorren el techo con una pregunta angustiada. «Cierra tu recuerdo, niña Sibila, y abre el cauce primario de tu virginidad». Ellos están alerta para que el signo del amor no engendre una nueva vida. El tiempo no ha llegado todavía.

La madrugada aparece, y el muchacho, sigilosamente, como antes el Rojo, sale por mi puerta mientras Ondina trata de seducirlo, temblando. Sin mirarla, se pierde en la calle solitaria.

6

Sibila, disimulando las lágrimas que quiebran las imágenes del Salón de Honor, lo atraviesa resuelta para recibir su diploma de graduación. El abrazo de la madre Tarsicia hace desbordar su llanto al decirle ésta con su voz extranjera y emocionada:

—Te echaremos de menos, Sibila. No olvides tu colegio. Ven a vernos.

En incómodas butacas, los tíos aplauden, y el pañuelo de encajes de Luzmila enjuga, cuidando de no correr el rimmel, unos ojos congestionados. Doreen, con su diploma en la mano, la estrecha nerviosa y alocada. El brazo de Mauricio en sus hombros, los ojos de Mauricio en sus ojos, y entre sus dedos húmedos se desliza un pequeño paquete, redondo y duro, envuelto en papel dorado.

—Cómo has crecido, mi amor. Ya no eres la colegiala que conocí. Me das miedo, ¿sabes? Y ahora, ¿quieres casarte conmigo?

Ya en el automóvil, entre Luzmila y Mauricio, mirando la nuca de cabellos entrecanos de tío Fermín bajo el sombrero de pita y la flamante gorra nueva de Humberto, la muchacha oye a su corazón latir apresurado. Ya nada volverá a ser igual. Una puerta se cierra a sus espaldas. Colegiala nunca más. Otra puerta se abre frente a ella, alta y desconocida, con un letrero recién pintado. Mayoría de edad. Habitación aun vacía, antro de responsabilidades y seriedad. Ya no volverá a correr por los desvanes polvorientos de la infancia. Ya los ojos del Nano, lejanos en el tiempo del sur, no la llenarán de temblores curiosos ni de enojos. Hoy conoce el abrazo de un hombre, y al compararlo con el remedo infantil del primer beso duro del primo esa tarde olvidada en el desván, la hiere la súbita conciencia de que hoy es una mujer y pronto será una señora casada. ¿Casada? Palabra rara. ¿Casada por quién y para qué? Sólo la ortografía acusa la diferencia. Casar y cazar, casada con argolla y cazada con balas de plomo y muerte. ¿Vendrá a casa-hogar o de cazar con armas de fuego? Ella será la mujer de Mauricio y no la esposa. ¡Qué palabra tan rebuscada! Esposa, esposarse, esposa o esposas, grilletes como los de los presos. ¿Vendrá de allí? Desposarse, ¿será quedar presa de un hombre para toda la vida? Tiene sólo dieciocho años y ya está casada, atrapada, limitada, y no está tío José Manuel para enseñarle la raíz de las palabras. Pero no debe pensar así. Tía Luzmila, a su lado, tiene más de cincuenta y no se ve tan vieja. Es una señora bonita y elegante. ¿Podrá ella vivir tanto y verse así? Una sensación aprensiva de vértigo la coge al calcular cuántos años le quedan por delante. ¿Serán todos con Mauricio? ¿Acaso las historias que le leía José Manuel no terminaban todas: «Y se casaron y fueron muy felices?» Tener una casa para ella, un lugar suyo. Hacer lo que le dé la gana, cuándo y cómo le dé la gana. Sin tías, ni tíos, ni mamas, y con un marido que le diga que la ama, que la adora sobre todas las cosas. Sin empleadas que caminen de un lado para otro, apareciendo por los rincones, espíandola por los rincones, siempre espíandola. No se quede a oscuras, niña Sibila; no se demore, niña Sibila; no corra, niña Sibila. No, nunca más, no. Pero esta casa, ¿podrá dejarla?

Las raíces, cuando se arrancan, duelen, y tardan años y años en cicatrizar. «Tu pequeña maleta de niña, la que llevabas a Cartagena llena de vestidos de muñecas y libros de cuentos, llena con mi voz y mi silencio, no dejará lo alto del ropero donde la abandonaste cuando crecías y crecías sintiéndote mujer. No temas, niña Sibila, que la magia de estas paredes, la presencia del Molino, y los Señores del Tiempo seguirán a tu lado, casada o no. Adondequiera que vayas te seguiremos, y Luz no dejará que la monocromía de una vida gris te excluya de tu destino. Volverás a mí, Sibila; lo sé y Ellos lo saben.

»Te veo llegar en el gran Oldsmobile y bajarte entre los tíos y junto al hombre que te elegimos. ¿Eres la misma Sibila que cruzaba corriendo mi umbral para disparar los gruesos zapatos y el bolsón?»

Ondina, con los ojos eternamente abiertos, de los que brotan imaginarias lágrimas de cristal, la acoge con una loca envidia que triza su laguna azul.

En la penumbra de su cuarto, Sibila no siente ya el impulso de hablarme como cuando era niña impúber y creía en brujas y en hadas. Nunca más niña Sibila, mientras la ropa dura y gruesa cae en el olvido de un cajón con naftalina; nunca más zapatos negros ni medias escolares ni blusa almidonada; nunca más tareas ni horarios ni monjas con olor a cera y a jabón sin perfumar. La ropa interior de fino raso cae ante el espejo, y la ceremonia antigua y rígida de su graduación desfila como película muda ante sus ojos adormilados. Un ritual emocionante, definitivo, que ya pertenece al Pasado.

Por entre las celosías y las vigas de madera, Luz se filtra hasta la colcha blanca de hilo tejida de crochet por las desoladas manos de Tránsito, y se detiene como un punto lunar en el corazón dormido de Sibila. El redondo lunar de Luz se desplaza del pecho a los labios, de los labios a la frente que sueña, y se va por las rendijas que me duelen y me crujen con el frío amanecer. Entonces la puerta se abre con estrépito fantasmal, y Laura, materializándose en la habitación cerrada, extiende sus manos trémulas y delgadas sobre el cuerpo de la muchacha y grita con furia antiguos maleficios y conjuros. «¡Cásate, cástate con el hombre, ramera maldita! Arruinarás tu cuerpo y tu mente. Mírame, Sibila, y verás tu futuro. Mira lo que soy ahora: una sombra que no descansa, un mal recuerdo, un nombre sin tumba. Por la culpa de un hombre igual a todos los que te acechan para violar tu intimidad y derramar en ti la semilla maldita de la especie. Infierno, repugnancia es el hombre para nosotras, criaturas primigenias que conocimos a los ángeles. Déjalo o mávalo. Libérate del hombre, Sibila, o quedarás atada a la tierra como yo.»

Una sombra sobre todo el lecho y en las cortinas, y Luz hiere la trágica visión con las espadas de la aurora. El cuarto gira y el estridente lamento de la loca me hace estremecer y el Molino trepida con esfuerzo y los cristales se quiebran, mientras en sus casuchas los perros tiritan ladrándole a la espalda de la sombra.

¡Un minuto de silencio, por favor! Pido a vuestras mercedes permiso para casarme con Mauricio Izquierdo de la Fuente.

Los tíos, echando atrás sus sillas, con puro y costuras detenidos en el aire, se quedan mirándola. Un segundo de expectación, y luego felicitaciones, lágrimas, temor y preguntas. El primero en acercársele es el padrino. Fermín, las mejillas rojas, toma a la niña por los frágiles hombros que tiemblan y, mirándola profundo en los ojos color violeta, la enfrenta.

—Hija, hijita mía, no sabes cuánto me alegro. ¿Estás bien segura de lo que haces? Eres una niña todavía, y el matrimonio se supone que es para toda la vida. ¿Tanto lo quieres?

Sibila, cobijándose entre los fuertes brazos y el ancho pecho con olor a lavanda, sonrío entre lágrimas.

—Lo adoro, padrino, no podría vivir sin él.

—Enamorada, entonces. Se me olvida que ya eres una mujer. Pero supongo que Mauricio hablará primero conmigo, ¿no es verdad? Mal que mal, soy tu padre, tu tío y tu padrino. Ese jovencito tendrá que vérselas conmigo, ahora que no está José Manuel, para llevarse nuestro tesoro.

Tránsito se ha sentado en un rincón, y entre sollozos retuerce nerviosamente su labor de bolillo, mientras murmura como en trance:

—José Manuel, viejito, tienes que convencer a la niña de que no se case. ¿Qué será de esta casa sin ella? ¿Qué será de ella sin tus consejos? Cómo te habría gustado hablarle en este día tan especial. ¿Por qué no estás aquí con todos nosotros? Eres un viejo egoísta.

Luzmila toma suavemente las manos heladas de su hermana, y juntas abrazan a Sibila, que llora sin poder contenerse, llora a mares, llora con pena y con amor.

Recuerdo a Laura en el tiempo de su compromiso con don Félix, hermosa Laura de negros cabellos y negros ojos; a las tías, cada una en su traje nupcial; a la abuela, doña Carmelita; a la señorita Estela, aquella noche junto a la fuente, en su ritual solitario y silencioso: «Seré tuya, mañana seré tuya; no me importa quién eres ni de dónde vienes.» Repito con todas ellas: «Te damos permiso para ser feliz.» ¿Feliz?

Se fija para un sábado de diciembre la comida en que se pedirá la mano de la niña. Las tías se arremolinan entre discusiones sobre vestidos, tortas y pavos. Los tíos —yo veo a José Manuel junto a Fermín—, quietos, piensan en la soledad y en la vejez, sonriendo con los ojos bajos para que nadie sospeche la nostalgia y la Presencia. Fermín siente una alegre confianza, una olvidada felicidad, al pensar que en Mauricio puede retomar las riendas flojas e inseguras de la fortuna de las Ballesteros, tan desangrada por mentes mezquinas y pequeñas traiciones después de la muerte de José Manuel. Mauricio, como abogado, sabrá ajustar cuentas y esclarecer papeles y propiedades. El tío, cansado, con la vejez esperándolo tras la

puerta de los años por vivir, se tranquiliza al resolver que el yerno, el sobrino, el marido de Sibila, enmendará las cosas y volverán con él los buenos tiempos. Ahora podrá morir en paz.

Sibila, pasada la emoción y ya en su cuarto, mirándose en el espejo que fue de Laura, los ojos oscuros y secos, se viste llena de rebeldía. «¿Pedir mi mano? ¡Qué estupidez! ¿Por qué nadie tiene que entregarme, aceptar o negarse para que yo y sólo yo sea feliz? ¡Estos tíos y sus añejas costumbres! Deberíamos mandar al diablo todo, como lo hizo la señorita Estela, y huir. Pero, pobre tío, pobres tías; después de todo tienen derecho a hacer las cosas como ellos quieren, como siempre se han hecho en esta casa. ¿Qué habría pasado si yo tuviera un padre y una madre como todas mis amigas? ¿Y si yo no hubiera conocido a Mauricio?»

Sibila se rebela ante esa posibilidad. «¡Jamás podría vivir sin él!»

¿Jamás? En mi eterno presente, sé que un jamás y un para siempre son sólo palabras humanas.

«Sin él», repite Sibila, y ese «él» llena todo su pensamiento y deseo. Por ahora será como los tíos quieren. Después vivirán, Mauricio y ella, en el siglo veinte. Una casa con vistas al río, en las alturas, para ver los cerros y las nubes y los pájaros y la ciudad, con luces indirectas y timbres y cortinas de fino nylon y máquinas eléctricas para todo. Un hogar pequeño y lleno de sol para los dos, sin empleadas que interrumpan el amor. De pronto la asalta la idea de que Mauricio tendrá dos suegras, o una suegra y media, para criticar su comportamiento de novio y de marido. A ella, huérfana, le gustan los padres de Mauricio. La señora Adela tiene que haber sido muy linda. Tía Luzmila dice que los hijos se parecen a sus abuelos. Si ella tuviere una niña, ¿podría ser fea? Era fea la señorita Estela. Ese retrato de la cómoda la mira con tristeza, y sus ojos pequeños no le dicen nada. ¿Y si es un niño? El Rojo tiene que ser un hombre maravilloso; está segura de que vive. Lentamente, cubierta por el fino camisón de batista, Sibila se cepilla el cabello largo y cobrizo, y les pregunta a esos ojos color violeta que la miran rasgados y nostálgicos desde el espejo: «¿Quién eres, Sibila? ¿De dónde vienes?», porque de pronto una duda terrible la asalta. ¿Será verdad que su madre fue la señorita Estela, la hermana solterona de las tías? ¿No la habrán adoptado las Ballesteros, y toda esa historia de muerte en el parto y del padre desconocido sea sólo una mentira para encubrir una adopción mucho tiempo deseada por aquellos dos matrimonios sin hijos? Acaso la hermana menor murió de un tifus o de una pulmonía, y ellos se aprovecharon, con la complicidad del doctor Flores y la Mama Aurora, de ese hecho trágico para inventar todo lo demás. Aterrada, siente la incertidumbre de su origen y llora en silencio, jurándose que mañana le sacará a Aurora la verdad, toda la verdad. ¿Será capaz la mama de haber inventado toda esa historia del Rojo y de la huerta y de los amores clandestinos? Sollozando, se interna por sordos pasillos de miedo y mentira, mientras yo quiero aquietar su corazón, aunque ya no escucha mi voz, porque ha olvidado el puente mágico donde comienza el Presente eterno. Desbocada, cruza corredores de hospitales y orfanatos,

imaginando una madre pobre y necesitada que vende a su hija por una gran suma a la pareja de señores bien vestidos y cariñosos. Vislumbra un padre borracho, humilde, llorando por no poder mantener a su familia, envejecido y flaco. El turbio ensueño la traslada a barrios malolientes, donde la lloran seres de cabellos rojos y rostros ocultos tras oscuros antifaces.

Allá en su cuarto, Tránsito, a oscuras en la gran cama matrimonial, lugar sagrado, alargando la mano como pata de pájaro, con dedos cuajados de anillos que quieren sentir la mano cálida, ancha y protectora de José Manuel, murmura bajito para no despertar a la señorita Victoria, para no alarmar a la hermana afortunada que duerme con su hombre: «Viejo, ¿estás ahí? La niña se casa, mi amor, y no serás tú el que hable con el novio. ¿Te acuerdas de esa mañana de sábado en que caminamos juntos hacia la salida de la iglesia, tan llena de gente, tan iluminada de flores y vestidos y sonrisas de color? Nunca supiste cómo temblaba mi corazón, ni el miedo de tu Tránsito a esa noche desconocida. Con tu precioso traje gris oscuro y tu plastrón de seda y tu perla, que había sido de tu abuelo y de tu padre, eras un príncipe italiano allí en la puerta de la iglesia, entre gritos y arroz y flores, y yo te amaba y temblaba. Sólo me habías dado un beso. Un solo beso en esa tarde en que por casualidad nos dejaron solos. Pero esa noche, la primera de nuestra luna de miel, fuiste tan paciente, tan tierno, tan serenamente hombre. Y sólo tenía veintidós años. Me costó aceptar que durmieras a mi lado con tu camisión de hilo bordado, y tú, sonriéndome, pusiste mi cabeza en tu hombro y esperaste a que me durmiera. Amanecí dolorida y feliz, sin haber conocido lo que era ser una mujer. ¿Cómo agradecértelo, mi amor? Te lo dije tantas veces, y tú te reías con malicia. «Más sabe el diablo por viejo...», me decías, insinuando toda una vida oculta y aventurera. Veintidós años, y ya eras un hombre experimentado. Yo había oído entre susurros el espanto de otras recién casadas, el horror inesperado de su noche de bodas, en que quedaron frías para siempre. Mujeres-niñas que nunca conocieron el amor, el abrazo maravilloso de un hombre como tú, que esperaste paciente a que la flor trémula se abriera para ti. La niña se nos casa, José Manuel, y nadie le ha hablado de cómo es el hombre. Pero es diferente ahora; ellos muchas tardes han salido solos a caminar, han pasado horas en el salón azul, con esa extraña y crispante música girando y girando en la victrola una y otra vez, una y otra vez en el mismo surco, como si estuvieran demasiado ensimismados para darse cuenta. José Manuel, quiero que vengas ahora como entonces y, tomando mi cabeza entre tus manos —¡ay, tus manos, qué falta que hacen!—, hagas que me duerma en tu hombro y allí pueda llorar tu muerte y mi soledad. ¡Qué desconcertada me has dejado! Es como si tuviera un solo ojo, una mano, un pie, la mitad de todo, y un corazón lento. Y estoy siempre esperando, esperando que vuelvas por mí de una vez y para siempre. Sibila se casa, y tendrá a su lado un hombre para guiarla por el camino largo, tan largo y tan corto ahora, que iniciamos los dos. Y yo moriré sola. A ti puedo confesártelo: la envidia. ¡Dios, cómo la envidia! Porque me casaría contigo otra vez. ¡Dios mío, qué cosas pienso! Perdóname y no te enojas con tu pobre

Tránsito, pero no debiste irte así, tan de repente. Yo no era para estar sola, tú no me enseñaste a ser persona sin ti.»

Tránsito se duerme entre sollozos y recuerdos. Por la ventana abierta, la sombra de José Manuel calma los párpados hinchados y la frente sudorosa.

En la alcoba contigua, sentados entre almohadones en sus camas gemelas de blancas sábanas de hilo con el monograma de las Ballesteros, Luzmila y Fermín conversan y temen por la niña sin padre.

—Pero mujer, si él está enamorado, ¿qué puede importarle quién fue realmente el padre de Sibila? Además, como abogado, sabrá ordenar las cosas. Yo le entregaré el mando de todo lo nuestro. ¿Qué te parece? Por otra parte, ya deben de haber hablado sobre el tema. Hoy los jóvenes no se ocultan nada. A propósito, creo que tienes que hablar con la niña sobre... tú sabes. ¿O quieres que lo haga yo? José Manuel habría sido el indicado.

Luzmila se ha quedado silenciosa, y sus ojos verde pálido miran una ventana cerrada sin verla. Hablarle a Sibila sobre eso... ¿qué puede decirle? ¿Qué sabe ella de cómo son los demás hombres y de cómo esos demás hombres hacen el amor? Sólo ha oído susurrar a Merceditas entre sollozos cuando recuerda su primera noche; son temas que no se tocan entre mujeres. Le da horror el marido de Mercedes. ¿Qué palabras se pueden usar para explicar ese acto brutal y maravilloso, temido y ansiado? No, ella no puede decirle nada a Sibila; y sin embargo, ¿cómo le habría gustado que su madre la hubiera prevenido entonces! No sabía nada, no comprendía nada; y a pesar de su camisa transparente, fue una novia tonta. Sibila no será como ella: las miradas de los enamorados, las horas que han estado solos por las tardes, los libros, el cinematógrafo, las comedias de la radio, les habrán enseñado... Si le hablase, haría el ridículo.

Fermín se ha quedado dormido con la luz del velador encendida y el libro sobre el pecho, que sube y baja lento. «Estos hombres a nada le dan importancia», murmura la tía, apagando la luz y retirando con cuidado la novela, «La Montaña Mágica», que tanto interesa a su marido. Magia es lo que hace falta para hacer frente a todos los días y noches que vendrán, piensa Luzmila, para consolar a su hermana, para reunir nombres y direcciones y mandar hacer los partes, para el ajetreo y las compras y los desvelos que trae una boda, y la de Sibila debe ser con todo el amor y la belleza que ellos, los tíos, le puedan dar. La pobre niña no ha de echar de menos ni a su madre ni a su padre. ¡Maldito Rojo! ¿Qué será de él? En la oscuridad, la mujer, adormeciéndose con la rítmica respiración de Fermín, cierra los ojos verdes y suspira; mañana, mañana se encargará de todo. Está tan cansada.

Las empleadas comentan el matrimonio, ríen y hacen chanzas sobre la preocupación de los patrones.

—¡Las cosas de doña Luzmila! ¡Miren que la chiquilla no va a saber lo que pasa con el hombre! Si yo con estos ojos los vi la otra noche abrazados en el salón azul, hechos un nudo. ¡Cómo sería que ni se dieron cuenta cuando abrí la puerta! Estas

ricas se imaginan que la juventud de hoy es tan quedada como fueron ellas.

Teresa defiende a Sibila y no quiere oír chismes.

—Muy feo lo que hiciste, Carmen. Nadie te manda andar aguaitando a la niña. Las cosas del hombre y de la mujer son como son y no para que anden en boca de groseras como tú. Sí, ya oí lo que le decías a la tonta de la Aurora. Está tan vieja que ni a la niña defiende ya. ¿Te has fijado cómo se cansa con el aseo y lo mal que hace las camas?

Vigilo el amanecer mientras siento el amoroso contacto de enredaderas y nidos cobijarse entre mis muros. Y el lento y seguro trabajo de las termitas que, como sarcoma, roen mi esqueleto de madera. Tránsito duerme y sueña que es joven y que José Manuel le acaba de regalar un gran ramo de rosas blancas, y que entre las rosas una cara de niña le sonrío con pequeños dientes de leche.

Sibila extiende lentamente su brazo desnudo para mirarse la mano mientras hace jugar a Luz en el magnífico brillante de alta engastadura de platino que luce victorioso en su dedo de novia. Mineral de siete quilates, gota millonaria en tiempo, petrificado prisma de siete colores en el que yo, la Casa, descubro leyendas de orígenes africanos.

—Te debe de haber costado una fortuna, mi amor.

—Es lo que quería para ti: un brillante único, luminoso y claro como tú.

—Mi novio es todo un poeta, y yo soy la mujer más feliz del mundo.

Sentados al borde de la fuente con sus peces y su mano de mármol, los novios se besan, y el agua refleja sus perfiles como lo hacía antes con todas ellas, las entonces niñas de la casa, y sus novios. Novias un día, esposas en el tiempo. Quisiera contar a los enamorados de hoy una leyenda de amor y locura, de odio y pasión, de incompreensión y muerte. Me contento con subir por esas manos unidas bajo el cristal del agua; lo masculino y lo femenino cumpliendo el mandato de la especie. Quisiera hundirme en la corriente tibia de la sangre, navegar hacia ese corazón de los amantes y quedarme allí, para no seguir en esta fría y diaria rutina de los días y los siglos. Una vez fui amada por una enredadera, y sentí las pequeñas raíces buscando mis Cimientos. Diminutas ventosas se adherían a mis paredes en un intenso succionar de amor y posesión. En mi inmovilidad, le respondí con la sabia solidez de mi estructura, resguardándola de la lluvia, del viento y del viejo sol del verano. Entonces era hermosa y blanca...

Cómo quisiera que la niña Sibila me escuchara de nuevo, pero su corazón sólo oye el cálido y apasionado correr de su sangre violeta.

Los dejo para acompañar en su delirio a tía Tránsito, que, sentada en la mecedora que fue de Laura, mira las jóvenes cabezas reflejarse en el agua. Se ve a sí misma sentada con su novio en el borde de esa fuente, con otras aguas y otros peces y otros lotos, tatarabuelos de esos lotos de hoy. Recuerda ese día en que por descuido de su madre, doña Carmelita, se quedaron solos en el salón por media hora. Siente el mismo delicioso temor de aquella vez, la primera en que conoció los brazos de un hombre. Los extraños ojos de José Manuel, el celeste y el oscuro, la traspasaron, y un beso, el único antes del matrimonio, la estremeció de deseo y de miedo hasta el desmayo. ¿Por qué las niñas de ahora no se desmayan? La mujer se levanta de un salto que deja balanceándose la enjuncada silla, y con un absurdo andar felino y flexible exige a su viejo cuerpo una agilidad que ha quedado interrumpida en días y años de uso lento. Casi corriendo sale al jardín, la mirada gris, el corazón golpeándole en las viejas arterias.

—José Manuel, por fin has llegado. Mamá quiere verte.

La tía se sienta entre los dos muchachos y, como si Sibila no existiera, se apoya en las rodillas trémulas de la sobrina, mientras toma las manos de Mauricio y le mira

a los ojos con apasionada insistencia.

—¿Ya no me amas, ya no recuerdas a tu Tránsito?

Con risa nerviosa, Mauricio trata de calmarla.

—Buenos días, señora Tránsito. Qué linda blusa lleva esta mañana.

Tránsito se levanta violenta y se queda parada ante el muchacho por unos segundos, a punto de llorar.

—¿Quién es este hombre? ¡Dios mío, perdónenme!

La tía, encorvados los hombros, hundiendo el escuálido pecho, corre a su cuarto sollozando histérica, seguida por la señorita Victoria, que la abraza solícita. Sibila, la barbilla trémula, se refugia en los brazos de un Mauricio serio y pensativo.

—¡Que horrible, mi amor! ¿Qué vamos a hacer con tía. Tránsito?

Entran en el comedor. Teresa ha preparado unos sandwiches y una bebida para Mauricio, que llega siempre con hambre después del pesado trabajo en los tribunales.

—¡Me da tanto miedo la tía! —suspira Sibila mientras el muchacho come en silencio—. Me recuerda a Laura que, según dicen, se pasea a veces por los salones en las noches de invierno. Bueno, son cosas de las empleadas, sobre todo de Aurora y Teresa que creen en ánimas y en duendes... Pero dime, tú que estudias tantas cosas diferentes, ¿se heredará la locura? El doctor Flores dice que es un trastorno temporal. ¿Y Laura, entonces? Ojalá sea lo que dice el doctor; yo quiero a tía Tránsito, es una mujer especial, y el tío era más que un padre, más que un hermano. Él me decía: «Tú y yo somos de la misma sangre». ¿Te acuerdas de «El Libro de las Tierras Vírgenes», de Rudyard Kipling? Era nuestro preferido. De la misma sangre. Y no teníamos nada que ver.

—¿Sabes, Sibila? No compadezcas a tu tía. Es maravilloso haberse querido así como ellos por tantos años. Y no tengas miedo, mi amor. Ese tipo de locura, de pena, no es hereditario. Laura, la bella y maligna Laura, hace más de cincuenta años que murió. No vas a creer en esos cucos tú, una niña de esta época, ¿verdad? Ven, a mi amor, y olvidémonos del miedo. Tenemos que preocuparnos de tantas cosas. Quiero que veamos juntos esa casa que encontré en «El Mercurio», esa del barrio alto. Sé que te va a gustar.

Sibila calla un momento, y luego lo enfrenta, escogiendo cuidadosamente las palabras.

—Mauricio... tío Fermín me hizo una proposición... El quisiera, como regalo de matrimonio, habilitar para nosotros esa parte izquierda de la casa que nadie usa ya, donde están el granero y las cocheras... Está ilusionado con construir allí un departamento para nosotros... ¿Te gustaría...?

Además... me da pena dejar solos a los tíos, la casa, el jardín, esta tierra...

El muchacho se oscurece por unos segundos. Se lo estaba temiendo.

—Si lo prefieres, mi amor... Yo sólo quiero que tú seas feliz.

Sibila, junto a ese cuerpo duro, siente que es el hombre, que su amor será más abierto y menos dependiente que el de tía Tránsito. Si llega a quedar viuda, sabrá

resistirlo y continuar siendo una persona... En un súbito impulso, cierra los ojos y refugia su cabeza en el pecho fuerte y cálido. ¿Vivir sin él? ¡Qué cosas se le ocurren!

Como es sábado, Mauricio se queda a almorzar, y por la tarde, presionados por Fermín y los ruegos de tía Luzmila, deciden ir a ver a unos parientes para anunciarles su compromiso.

Instalados en el coche de Fermín con Humberto, salen por la calle soleada hacia Macul, donde viven los Hurtado en una inmensa casaquinta tan vieja como yo. Ella es la hermana de José Manuel, casada con don Arturo Hurtado, abogado de las Ballesteros. El jardín, lleno de glorietas y prados de diferentes formas, da al lugar un aire de castillo europeo. La tía Ana es una señora de sonrisa tímida, gordita y de ojos bajos. Sólo una vez, hace mucho tiempo, vino Sibila a visitarla con el tío José Manuel. Fuera de ese hermoso pelo plateado, no ha cambiado mucho.

—¡Qué alegría, sobrina! Ya sabíamos la noticia. ¡Qué pena que el pobre de mi hermano ya no esté para ver la linda pareja que hacen los dos! Voy a avisar a Arturo mientras les traen un refresco con soda.

Sentados muy derechos en altas sillas de incómodos respaldos, en medio de un salón oscuro con muebles de la época victoriana, esperan la llegada del tío Arturo. Olor a encierro y a naftalina. Mauricio, a través de todo el trayecto en el automóvil, ha seguido dándole vueltas a la idea de vivir con los tíos.

Vivir en un mundo tan antiguo no es lo que imaginó para ellos. Tendrá que discutirlo con Sibila, pero más adelante. Hay algo en aquella casa que lo rechaza; no son de la misma sangre.

Interrumpiendo sus pensamientos, entra un hombre de edad, con grandes bigotes y una calva reluciente enmarcada por crespos y cortos cabellos grises. Los ojos claros bajo las cejas anchas y pobladas, el empaque altanero, las piernas largas y flacas. Lleva un chaleco que apenas le cruza sobre el voluminoso abdomen. Fuma un puro que apesta.

—Sobrina, qué bien que hayan venido a vernos. Creía que los jóvenes de hoy no tomaban en cuenta a los parientes viejos. La juventud no sabe lo mucho que podríamos ayudarle con nuestra experiencia en este mundo de locos en que le ha tocado nacer... Me imagino que habrán leído en el diario lo del desembarco en Normandía... Ojalá sea el fin de ese demonio de Hitler. ¿Sabían ustedes que se descubrió un plan nazi para apoderarse de Sudamérica? Yo lo sabía desde un principio... Mauricio, ¿es usted pariente de los De la Fuente Salas?

—Sí, señor. Por el lado de mi madre.

—Tiene usted los mismos ojos, y ese aire digno que me gusta para mi sobrina. Además, somos colegas, ¿verdad?

Y con su voz sonora, como si estuviera en un juicio o en un estrado, el tío Arturo sigue su monólogo mientras la tía Anita les sirve helados de frutilla hechos en casa y pasteles de manjar blanco. La conversación decae, y el tío, mirando su reloj con cadena de oro, se impacienta. La pareja se levanta, y rápido, tanto como lo permite su

abultado vientre, el abogado sale a dejarlos a la puerta.

—Es que van a ser las ocho —se disculpa la tímida mujercita—, y a Arturo no le gusta perderse el noticiario de la radio Agricultura. Mil gracias por la visita y muchos cariños a Tránsito. Sé que no ha estado nada de bien la pobrecita. Nosotras, las mujeres de hombres mayores, tenemos que hacernos a la idea de quedar solas un día. Así es la vida, hijita. Ya nos veremos en la iglesia, y que sigan siendo una pareja tan linda como hoy.

El trayecto de regreso lo hacen en silencio, cada uno ensimismado con las palabras de guerra y de soledad.

Mauricio, rumiando otra vez la proposición de vivir con los tíos; Sibila añorando a José Manuel, en un extraño despego de su novio. Algo le pasa, algo se quebró en algún momento, pero no quiere buscar el porqué. Frente a la puerta de la calle se quedan silenciosos, esperando a que abran.

—¿Qué tienes, Sibila?

—Nada. La visita me dejó molesta, no entiendo por qué.

—¿Sabes? Me gustaría que habláramos un poco sobre lo que me dijiste esta mañana...

La puerta se abre y la cara de la Lolo aparece congestionada y llorosa.

—¿Qué pasa, Lolo, por Dios?

—Es la Aurora, señorita Sibila. Se nos muere. Le ha dado un ataque y el doctor no puede volverla.

—Dios mío, la Aurora no.

Sibila entra corriendo y atraviesa los patios y los corredores para llegar angustiada al cuarto de la mama, más allá de la cocina y del repostero. En la puerta están tía Luzmila, Fermín y las empleadas, que lloran en silencio. Al verla, el doctor Flores mueve la cabeza.

—Ya no hay nada que hacer, Sibila. Pero no sufrió: un ataque al corazón. Ya estaba muerta cuando llegué. Mejor para ella.

—Se nos fue la pobrecita —solloza la Lolo—. Su corazón había trabajado mucho. Que Dios la perdone.

Sibila no quiere aceptar que su mama sea ese bulto inmóvil que yace en el lecho cubierto por una sábana de tocuyo blanco. Morirse así, tan de repente. A la hora del almuerzo la vio feliz. La muchacha aprieta entre sus manos trémulas ese pañuelito de encajes que la misma mama le bordó como regalo de novia, y con él se seca las lágrimas. No, la Mama Aurora no tenía que morirse nunca. Y, sin embargo, una rara tranquilidad la invade, una paz casi alegre por el descanso definitivo de la vieja criada. ¿Cuántos años tendría? Decían que más de ochenta. Demasiados años. Frotándose las mejillas con el pañuelo bordado con sus iniciales por esas manos ahora quietas, Sibila sale del cuarto en busca de Mauricio, que se ha quedado en el corredor, desde donde divisa la desnudez de la pieza modesta y oscura y la silueta recortada en el lecho. El muchacho intuye que debe dejar que Sibila llore sola.

Reflexiona que esta muerte le servirá para crecer, para dejar atrás su conflictiva infancia. Con esta ausencia se corta la última amarra entre ella y su madre, la misteriosa señorita Estela. Él sabe, se lo dijo Sibila, que sólo Aurora vio al Rojo. Con ella se ha ido la posibilidad de verificar esa leyenda. Se reprocha no haberle rogado que le revelara el secreto, si es que había uno. Pero todo el misterio se clausura allí, en la memoria en viaje de la Mama Aurora.

Los tíos se han reunido en el salón, en espera de la funeraria. Mauricio se encarga de los trámites. Todo será poco para rendirle el último homenaje a la vieja mama. Con los ojos pesados, comentan en sordina esa vida que por más de sesenta años los sirvió cariñosa, diligente y humilde.

Me deslizo por entre las gruesas sábanas-sudario, y a través de la piel gastada y amarillenta como papel antiguo, por el cauce de las venas detenidas, llego al roto corazón que yace como una máquina descompuesta por el uso.

Aurora siente mi presencia. Desde arriba contempla su cuerpo, que fue morada estrecha, y asciende, esplendente, a la maravillosa libertad con que comienza a SER.

Sibila Manríquez y Ballesteros, ¿aceptas por esposo a Mauricio Izquierdo de la Fuente?

—Sí, lo acepto.

El tiempo se detiene. La luz de los altos candelabros del altar se alarga y una bruma luminosa acelera el ritmo de su corazón.

—Mauricio Izquierdo de la Fuente, ¿aceptas por esposa a Sibila Manríquez y Ballesteros?

—Sí, la acepto.

El coro y el órgano inundan la nave de vibrante música nupcial. El antiguo rito se cumple, y la voz impostada del sacerdote les habla de amor, de fidelidad, de sacrificio y de entrega. Sibila, centro de todas las miradas. Centro de la vida, centro y eje del amor. Es su día, su triunfo, su destino. Casada, casada, se repite sin cesar mientras en su dedo la argolla matrimonial fulge su oro a la luz de cirios y lámparas. Lentos, ceremoniosos, los minutos pasan, y el coro irrumpe en cánticos de victoria. La señal de la cruz. Los novios, dándose vuelta, enfrentan del brazo una iglesia multicolor. Ráfagas de rostros alegres, emocionados, llorosos, indiferentes o curiosos, se confunden a su paso. Es domingo, 9 de diciembre de 1945.

Mientras el automóvil engalanado de cintas blancas y rosas blancas corre hacia mí, mi niña sueña de la mano de Mauricio, recordando esa mañana en que despertó con la luz en los ojos trasnochados. Era el gran día. Allí, junto a su cama, el vestido bordado de margaritas y perlas en fino piqué, la invita. La corona, sobre la cómoda de la niña Estela, se refleja en el espejo, con sus azahares de cera y su velo de tul. Se levanta de un salto y se la pone en camisón, antes de que Teresa, la mamá ahora, le traiga el desayuno. La presencia de Estela llena el cuarto. «Madre, ¿dónde estás?» La puerta se abre y las mujeres de la casa la visten y aconsejan. Luzmila, con mil precauciones después del baño, le abrocha los veinticinco botones en el ajustado talle y en las mangas. La modista le arregla los pliegues que caen sobre las caderas estrechas, y entre los rizos rojos y brillantes la peluquera le acomoda la toca nupcial. Leve, el maquillaje acentúa los ojos, los labios, el perfil pálido y el largo cuello enfundado en piqué.

—Hoy es tu día, Sibila. El único en que la mujer es el centro y la razón de todo lo que sucede. Serás una novia maravillosa.

Bailando un vals imaginario, la niña danza entre las mujeres, que la contemplan girar una y otra vez.

—Cuidado, te vas a deshacer el peinado; cuidado, te ensuciarás el ruedo; cuidado, que el corazón late, late, late...

Y de pronto, entre la peinadora, las manos enjoyadas de tía Luzmila y el espejo que fue de Laura, las criadas se apartan para dejar pasar una presencia alucinada que corre a abrazarla.

—Sibila, mi niña, ven. José Manuel ha venido a buscarte.

Sibila, pálida, sonrío a tía Tránsito y mira a un afuera sin nadie.

—Sí, tía; sí tiiiita, ya voy. Apenas esté lista iré a verlo.

Luzmila toma a su hermana del talle con amoroso y angustiado gesto, y la saca al corredor para dejarla en las manos de Victoria, que llega a la carrera.

—Se me arrancó, señora, en el minuto que fui al baño. Abrió todas las puertas.

—Pobre hermana, ¡qué día tan doloroso para ella!

Sibila siente una mano helada que le oprime el talle ceñido por el gran lazo de piqué. ¿Estará tan loca como Laura la tía? Hoy no debe pensar en eso. Levantando la cabeza, se mira en el espejo para ajustarse la toca, y en ese espejo veo reflejarse las manos de una, dos, tres novias que se colocan a la vez la corona y el velo nupcial. La mano de Laura, de largos dedos, acomoda entre la cabellera negra y brillante una corona de finas perlas y diminutos azahares de seda. Su risa es alegre, suave, tímida. En el alto moño de tía Tránsito, la corona de flores y el largo manto de gasa hacen marco a un rostro feliz. Y la cara redonda y joven de doña Carmelita, con un mohín antiguo, ajusta una toca monjil.

Sibila, en el interior del automóvil detenido ante el portón adornado con flores y guirnaldas, de la mano de su marido, recuerda la extraordinaria luminosidad de esa mañana. Toda la luz del amanecer se concentró en su cuarto, como un regalo del Rojo.

Por más vueltas que dan en el auto, todavía no llegan todos los invitados. Pero al fin mis salones abiertos reciben a los novios con arroz, gritos y abrazos. Unos hombros emocionados envueltos en gasa azul hacen que la toca se ladee, y el velo se enreda en las pulseras de Doreen. ¿En qué mundo estaba en estos días?

—Eres la primera en casarte, Sibila. ¡Qué linda estás! Te deseo todo lo mejor, amiga mía.

Y como en ésa mi lejana noche de estreno, veo las bandejas de champagne desfilan por mis salones, y el vals comienza como entonces, y la novia, ya no de marfil ni de encaje blanco como mi primera dueña, sino de frágil tul, baila y gira con el novio oscuro, de almidonada pechera y colleras de oro.

Luzmila, de encaje negro, hace sonar sus perlas y sus esclavas de platino mientras vigila que los mozos recorran los salones y no dejen a nadie sin su copa de champagne.

—A la salud de los novios, y de un trago.

Fermín, de chaqué y colero, con los guantes grises en la mano, alegre, buen mozo, brinda el primero. Sibila, de espaldas en medio del patio de los naranjos, con expectación y suspenso lanza y no lanza su ramo de novia, hasta que por el aire cae en manos de Doreen, que grita alocada:

—¡Yo seré la segunda, yo seré la segunda!

De la mano, Sibila y Mauricio se pierden entre la gente, saludando y riendo, cansados y muertos de ganas de irse, irse por fin a ese Hotel Carrera, al departamento

nupcial que les ha regalado en nombre de José Manuel tía Tránsito, durante un rapto de lucidez.

Como entonces, siento el roce de cientos de pisadas, presurosas o lentas, emocionadas o indiferentes, estudiadas e impulsivas, tímidas o arrogantes. Las horas pasan y el vino corre y corren los mozos con las bandejas de riquísimos bocadillos de pavo y de marisco, de dulces de San Estanislao y de las Monjas Carmelitas. Y en medio, la torta de novia, que con un gran cuchillo labrado cortan los dos, entre adornos de dulce y perlititas de azúcar. Es el regalo de la Lolo: una torta de tres pisos y mil figuritas de mazapán. Tres meses estuvo a escondidas preparándola. Se toma y se come, se come y se baila, se baila y se ríe, y las miradas se cruzan con diferentes intenciones. Hay pena y angustia y frustración en los ojos pintados de algunas mujeres que han pasado la época del amor a primera vista, y hay hombres serios que quisieran irse a dormir, y niñas ansiosas de experiencias adultas que nunca han tomado champagne, y niños atolondrados que corren y se resbalan en el arroz, y jovencuelos presuntuosos que fuman por primera vez, y amarillentos donjuanes que quisieran gozar una última noche la núbil magnificencia de la carne de mujer.

En la puerta de servicio, próxima al flamante departamento levantado en el lugar que ocupaban el granero y las cocheras, su futura morada, los novios están listos para huir. El traje sastre color manzana hace resaltar el rojo cabello de Sibila, y sus largas piernas se cubren con finísimas medias nylon. Mauricio, esbelto en terno gris y corbata escocesa. Ella, zapatos de tacón alto y sombrero de paja con guindas. No quieren que nadie se de cuenta de su fuga, pero allí ya están todos rodeando el automóvil con cintas, tarros y pintura blanca imposible de borrar. Leyendas nupciales cubren por completo la popa del vehículo: «Recién casados»; «Vivan los novios»; «Sibila y Mauricio», dentro de un gran corazón.

Sibila corre con sus zapatos nuevos y su cartera nueva, sujetándose el sombrerito, y Mauricio corre con la alegre rapidez de un enamorado que quiere a su mujer para él solo. Empujones y vivas y manos que despiden y consejos y bromas y arroz. Las puertas del auto se cierran, y diviso el rostro pálido de mi niña a la luz de los faroles de la calle, pegado al vidrio trasero, contra una noche estrellada y sin luna. El automóvil se pierde, y me quedo sola, llena de gente extraña, con unas ganas terribles de silencio. «¡Qué vieja y cansada estoy!», dice tía Luzmila, tratando de no llorar y de que no se le corra el rimmel. «¡Qué vieja y cansada estoy!», repito, ahita de invitados. Sólo al amanecer se van de uno en uno, hasta que la paz y el desorden me invaden por completo. Tránsito, encerrada con llave en su cuarto, golpea la puerta y llora, llora, llora.

—José Manuel, ¿por qué me encerraste aquí? ¿Qué te hice para que me dejaras sola en una noche como ésta? ¿Quién robó a Sibila? Desgracia y sólo desgracia veo en el futuro.

El silencio ronda por mis viejas paredes y la tristeza vaga de cuarto en cuarto, arrastrando nostalgias por la ausencia de Sibila. Comienzo a sentir frío, ese frío interior de los viejos al caer la tarde. Lo siento en la mirada lejana de tía Tránsito, en ese chal de cachemira que cubre los hombros de Luzmila por las noches en la cama matrimonial, en esa desazón de tío Fermín, que pretende leer un diario que no tuvo tiempo de hojear por la mañana. Cada día, con un nuevo dolor de espalda, se va temprano al encuentro de sus amigos y de sus quehaceres en el Banco de Chile y en la calle de la Bolsa para no ver el puesto vacío de la sobrina a la hora del desayuno, para no asistir a la melancolía de Luzmila y no oír el llanto tenue de su cuñada.

—Sibila se fue con José Manuel. Él se la llevó, hermana, y nos han dejado solas.

Las manos cuajadas de anillos de Luzmila alejan a la mujer de la nueva construcción, recordatorio claro y doloroso de la caducidad en que han entrado sus vidas.

A veces, por las noches, Luzmila y Fermín conversan, recorren la juventud y el tiempo pasado, y la mujer, frente al espejo, cepilla su melena gris, añorando a la sobrina-niña. Durante el día, sobreponiéndose a un extraño cansancio que ha empezado a aposentarse en sus huesos, trata de aliviar su tristeza engalanando el pequeño departamento en el que por un tiempo, ojalá por siempre, Sibila vivirá con ellos. Recuerdo ese otro tiempo, recién transcurrido, en que volvía a sentirme grávida. Jóvenes maestros, tal vez descendientes de los maestros de entonces, con cajas y herramientas y clavos y martillos, serruchos y compases, acudieron a engendrar en mi vieja estructura una morada para mi niña. Los maestros de la cal y del cemento han hecho huir despavoridos e indefensos a los ratones y los murciélagos, los gusanillos y los insectos, arrasando las telarañas y el polvo dormido en el viejo galpón donde en tiempos lejanos se guardaban los coches y caballos de don Félix y de don Benjamín. Rejuvenecida en esa madera nueva por cuyas vetas húmedas fue recorriendo el pasado umbrío de bosques seculares, mi antigua y cansada armazón se estremeció de sana envidia al ver crecer día a día esta hermana menor clara y alegre con sus colores de moda y sus nuevas instalaciones de luces y ventanales, de modernos y relucientes artefactos, de molduras sintéticas y persianas susurrantes.

En las noches sin luna, siento, desde mi silencio en sombras, el aliento caliente y maléfico de Laura aullar por las paredes y quemar con su rencor el piso todavía húmedo de esos cuartos vírgenes, entrando y saliendo por las ventanas atónitas, huyendo de la madrugada que se abate sobre ella y la asesina.

Mis cuartos se cierran temprano y se abren al amanecer. Las pisadas leves de la servidumbre y la voz ronca de la Lolo, con su cansancio lento, circulan comprobando que el baño está impecable, que no hay charcos por el suelo como cuando la niña se daba largos y voluptuosos baños de tina, que no se ha quedado ninguna luz encendida

y que la puerta del ropero que cruje está cerrada. Nadie toma ahora jugo de naranja, a nadie hay que servirle el desayuno cuidando de que no tenga nata la leche.

La ausencia me invade y me ronda, mientras tía Tránsito busca en su joyero de caoba y terciopelo pequeños engastes y cadenas de oro rubio con los cuales mandar hacer anillos y broches para cuando vuelva la sobrina, conversando eternamente con José Manuel.

—Sibila, igual que tú, mi amor, se nos ha ido lejos. Se la llevó ese hombre que la enamoró. ¿Te acuerdas de nuestra ciudad o cuando de la mano corríamos por el puente bajo la lluvia? Londres era hermoso en invierno, y yo, junto a ti, me sentía protegida. ¿Recuerdas que en el barco que nos llevó desde Valparaíso corría como una loca por las cubiertas, mientras tú, serio y elegante en tu traje sport a cuadros y tu jockey, tan buen mozo, me seguías para calmarme? Desde la muerte de papá nunca me había sentido tan segura como al tomarme de tu brazo. ¿Dónde estarás ahora? ¿Tendrá Sibila esa sensación con su nuevo amor? Ella voló lejos, cruzó las montañas heladas y solas. Nuestra sobrina volverá, y me da miedo su vuelta, mi amor, porque será como si yo llegara de tu brazo otra vez. ¿Recuerdas cómo esperábamos mes a mes ese hijo que no pude engendrar? Odio este vientre estéril que me negó a prolongar tu nombre y tu sangre. Y tengo miedo de odiar a Sibila, al hijo que tendrá. Sé que esta noche soñaré contigo, mi amor, mientras en un cuarto de hotel lujoso y cálido Sibila engendra al hijo que no tuve. El nombre de las Ballesteros no quedará en el olvido.

CUARTA PARTE

VERÓNICA

Imagen de su época

1

Ensangrentada en lila, boca abajo en el aire tibio y aséptico de la clínica, retorciéndose en el espacio, la criatura cuelga de la mano de la matrona protegida por el guante, remedo de piel. Aterrada, grita por primera vez, aspirando dolor y vida.

Son las siete de la tarde y es otoño.

En el silencio de algodón, volviendo apenas de un sueño anestesiado, Sibila percibe la llamada angustiada.

—¡Es una niña, señora!

Y la mascarilla otra vez, sumergiéndola en la nada.

Mientras rueda de vuelta a la pieza 36 —la eligió porque sus dos cifras sumaban nueve—, vislumbro a Sibila recordar...

Mareos, antojos, náuseas... El atraso de los períodos, el cuchicheo de la servidumbre y las miradas tiernas de tía Luzmila. El doctor Flores, jubilado ya, bálsamo de los dolores de su infancia, le recomendó a un sobrino suyo, experimentado en nuevas técnicas de obstetricia y en clínicas de moda. Su primera visita a la consulta, en el sexto piso de un edificio céntrico, fue temerosa. El doctor Álvarez, alto, rubio, mirándola a través de sus anteojos metálicos de miope, ni la hizo desnudarse para examinarla, como vaticinaban sus amigas, ni la subió a la «silla del tormento.»

—Sí, señora Izquierdo. Estaría embarazada de dos meses y medio. Debemos comenzar con el régimen. Nada de líquidos azucarados, ni grasas ni alcohol. Cuídese de los esfuerzos, las caídas y el cigarrillo.

—No fumo, doctor.

Entonces, ¿el embarazo no era un proceso normal? Tras los anteojos, la mirada verde del doctor le sonreía, y hasta el próximo control.

Alivio fue lo que sintió, y un vago temor hacia aquello que crecía sin permiso dentro de su vientre. Aunque un futuro de vitaminas, frutas y cosas lindas que mirar —tía Luzmila decía que, para que el niño salga hermoso, la madre debe mirar sólo lo bello— no le parecía tan mal.

Adiós a las excursiones al cerro San Cristóbal, y adiós definitivo a las clases de ballet.

¡Diablos! Se le había olvidado preguntarle al doctor si ella y Mauricio podían hacer el amor. La verdad, no supo como preguntárselo, y él no le dijo nada al respecto. «Puede hacer su vida normal.» Para ella todavía no era normal vivir con un hombre, y hacer el amor era una fiesta nueva, violenta, anhelante. ¿Sabría Mauricio qué hacer?

Mientras baja en el ascensor, la mirada de un señor de bigote y calañé echado al ojo le sonríe con complicidad. ¿Se le notará el embarazo en la cara? Tío Fermín dice que sí.

Ya en la calle, dentro de un taxi, rueda hacia mí y sus ojos lo encuentran todo

diferente: el Parque Forestal, la plaza Baquedano, Providencia, la Costanera, el río...

La recibo alegre. Ondina, virgen eterna, se sonroja en el frío cristal. Tras un portazo, Sibila entra apresurada.

—¡Sorpresa, voy a ser mamá!

Un lunes por la tarde, dentro de su vientre apenas abultado, siente el roce leve.

—¡Se mueve, Mauricio! Pon la mano aquí. ¿Sientes cómo se mueve?

Esa madrugada, el Rojo se le aparece desde el fondo de la huerta. Alto, imponente, con su cabello de un caoba encendido.

—Sibila, hija —le dice—, mira qué linda flor tienes en la cintura. Es una rara especie. La llamarás Verónica, por misma, perdidos el pudor y la vergüenza a manos ajenas. Cuando los dolores se hicieron presentes, a la carrera se la llevaron por el pasillo blanco en la dura camilla, seguida por los ojos compasivos de tía Luzmila y los de una pareja jovencita que pasó a su lado. Allá a lo lejos siente la voz de él, que llega sin aliento. Que no entre, que no la vea. «El padre en estos casos sólo pone más nerviosa a la madre», comenta en voz baja la matrona con un ser de mascarilla y ojos oscuros. Nadie le ha explicado a Sibila cómo es tener un hijo, parir un ser humano. ¡Qué palabra tan fea! Luces, ruidos e instrumentos metálicos, temor y una obligada fortaleza. Ajenos a su voluntad, los dolores y las contracciones vuelven. Le duelen hasta los ojos y siente que sus venas estallan. El valor ancestral de la hembra acude a contener el terror, el alarido. ¡Que todo termine pronto! Que aquello salga de una vez de sus entrañas convulsionadas. Y que la criatura sea sana, normal; es lo que claman todas las madres del mundo.

Ya no es Sibila Ballesteros de Izquierdo, sino otro eslabón en la cadena de la especie. Nada es realmente tierno o hermoso en el recuerdo de la parturienta. Nadie, ni siquiera el Rojo, le explicó cómo sería el trance, ni el porqué del dolor. Tía Luzmila dice que es el destino de la mujer. Y tía Tránsito, ¿qué pensará? Tiene necesidad de sus manos de pronto, de su voz, y se sorprende de ese impulso incongruente con el triste estado de la infortunada mujer. «Mamá, ¿dónde estás?» Hasta ese momento, dar a luz un hijo no es algo maravilloso, sino sólo un hecho animal. «Embrujo femenino», palabras de tío Fermín para definir a la mujer. Pero hasta el acto del amor se parece por momentos a este parto viscoso y agresivo. En ambos casos la intimidad de la mujer es violada; emociones y sentimientos son vivencias adicionales que pueden darse y no darse. Recuerda unas frases de ese poema de Juana de Ibarburou: «Tú me quieres frágil, tú me quieres tierna, tú me quieres pura...»

El alumbramiento irrumpe en su cuerpo con una violencia desconocida en su mundo fácil y cuidado de hija única con dos pares de padres adoptivos. Manos imperiosas le dan vuelta. Pinchazos, voces que la urgen a abrir las piernas, a ser valiente y pujar hasta romperse como una herida lila ofrecida en sacrificio. Veo su propio nacimiento, que extinguió la vida en la señorita Estela. De pronto, tal vez llamada por esta visión, la leve presencia de la madre roza el alma en grito de la

parturienta. Se agarra a esa mano tutelar con su mano sudorosa. «¿Mamá...?» Entre los dientes apretados, la voz ronca murmura en sordina: «¿Mamá...?»

—¡Puje, señora, que ya viene! Tranquila, tranquila...

Tranquilidad es lo que menos siente, impulsada en un solo canal de fuerza y vida. Y de nuevo el dolor atroz. Cuatro manos la manipulan. Seres de blanco, sin boca y sin nombre. ¿Se morirá como su madre? Aparece la alta figura del doctor, como un dios seguido de sus acólitos. Tras la mascarilla, los ojos verdes le sonríen. Aquí nadie se muere. Su voz de barítono la detiene en su navegar incierto.

—Todo va perfecto, señora Sibila. Un último esfuerzo y estaremos listos.

¿De qué juego, de qué competencia se trata? El olor del éter la desconecta, aparece tío José Manuel... «Tu madre te llama, Sibila.» Pero la muerte está lejos y la vida pide lo suyo. Su hija tendrá una madre y un padre como todo el mundo... La visión es roja, amarilla, azul intenso. El sudor corre por sus senos hinchados y la espalda le duele, tirante como un arco de hueso. La frente estriada de venas, las manos empuñadas e inútiles. Le tiemblan las rodillas flexadas, altas como dos montañas ante el gran reflector central, y su sexo en vitrina le es ajeno y odioso. Mujeres, máquinas ensangrentadas, de blandas cavidades misteriosas, que producen eslabones y más eslabones que no siempre encajan en la cadena eterna...

—¡La cabeza ya está aquí, doctor!

El dolor caliente, cósmico, vacía las entrañas; un minuto en el infinito detenido. «Mujer, ¿estás dispuesta?» Los ojos color violeta rodeados de ojeras se cierran. «Ya está aquí tu hijo, mujer. ¡Ya viene, ya viene, ya viene!» Cántico de voces en ascenso, mientras aquello se apodera de su vida. Un grito ronco, lejano, que empuja latiendo, como si un gran corazón bombeara en el silencio luminoso. Algo blanco se desgarró para siempre. El grito ajeno la asusta mientras la mascarilla la urge a respirar lento y profundo. Un túnel angosto, rojo, carrusel de luces que la instala en la eternidad. Voces que ya no oye comentan:

—¡Ya está aquí, doctor!

Ha llegado la nueva niña. Géminis es un signo astral. Yo, la Casa, anclada sin piernas ni manos, abro puertas y ventanas para recibirla, mecida por un viento suave que estremece los árboles, ondula el agua de la pila y hace cantar a los grillos. Allá arriba, en el desván olvidado y polvoriento, Ellos anuncian al nuevo ser.

Asepsia, utilería de metal, desgarraduras y latidos. Los duros cristales y la luz artificial destacan en el lienzo blanco un cuerpecito violeta de largos brazos y piernas largas. Ojos hinchados, cerrados, y el llanto llenando sus pulmones de miedo y su boca de espacio.

Dormida, Sibila vuelve por el corredor al cuarto que suma nueve, con Mauricio y los tíos.

—Todo salió perfecto, señor Izquierdo. Es usted padre de una hermosa niña de tres kilos trescientos. ¡Felicitaciones!

Demasiado pronto, Sibila despierta, y su mirada recorre el techo blanco y el

tiempo en el recuerdo. ¿Una niña? La mano de Mauricio en sus dedos helados, la emoción en la voz.

—Es igual a ti.

Los ojos de su hija están abiertos. Una carita arrugada, milenaria. Un envoltorio de lana celeste tejida por tía Luzmila en el invierno.

—¡Pero tú querías un hombre!

Un hombre para ponerle el nombre de su padre: Florencio. Pero el Rojo no se equivoca nunca.

Urgencia por volver a sus cosas, a su cama, a mi presencia, de sentir el viento entre los viejos árboles y las flores nuevas. Pero, ahora, que la dejen dormir.

La enfermera de ojos pintados y voz suave le coloca un sedante que duele.

Adormeciéndose, revive ese lunes lejano en que tomaba el sol por los caminitos de la huerta entre las rosas silvestres y el piar de diucas y zorzales. Avanzaba despacio, como un barco sin viento, para llegar al muro de la pequeña puerta de madera que todos los días la recibía, cálida y antigua. Apoyando en ella la cansada espalda, con las manos en el vientre tenso, evocó a Mama Aurora contándole que en ese lugar y en esa misma puerta sus padres se amaron en secreto. Entonces sintió la presencia del Rojo sobre el muro —«¿Papá...?»—, y supo que su padre estaba vivo y que era el Poder el que lo transportaba hasta ella esa tarde.

Amanece allá afuera. El río Mapocho suena en sus oídos, alegre y cercano.

La recién nacida se luce ante ojos emocionados y curiosos. Los parecidos surgen de todos lados.

—Es igual a Estela, que en paz descansa...

—Yo encuentro que es igualita al padre.

—Pero no, si tiene el mismo perfil de Sibila.

Con tacto profesional, la enfermera saca a los parientes del cuarto para que madre e hija descansen.

En las suyas, las manos de Mauricio. El hombre se siente tan ajeno, tan inútil, que Sibila tiene pena por él.

—Mi amor, ¿quieres que me quede contigo?

Sibila suspira. Él estará incómodo, ignorado. Que no la toque ni le pregunte nada.

—Ven más tarde, Mauricio. Con los calmantes volveré a dormirme.

Ronda un oscuro rencor en sus palabras.

Cuando los pasos del marido y el rumor de las voces se pierden por el corredor iluminado, Sibila, estirándose de espaldas en el blanco y angosto lecho áspero, palpa su vientre informe, flácido. Cierra los ojos y quiere silencio, sólo silencio. Afuera, los sonidos de la clínica siguen su rutina. Otras madres y otros niños duermen, lloran, amamantan y respiran el mismo aire, la misma ansiedad, tan ajenos. Pasan las horas, lentas, tediosas.

—Me duele, señorita.

La sonrisa de la muchacha; cofia ladeada, zapatos quitados, arrugado el delantal

blanco.

—No se alarme, señora. Son los entuertos; ya lo creo que duelen. Cuando yo tuve a mi niño, creí que venía otro bebé, pero el médico me explicó que el útero se contrae para volver a su tamaño normal y que esas contracciones son a veces tan dolorosas como las del parto. Le daré estas pastillas que le dejó el doctor Álvarez y verá como se duerme.

¿Entuertos? ¡Qué palabra tan fea! Le recuerda un pasaje del Quijote... «desfacer entuertos.» De pronto, el Rojo está sentado al borde del lecho y el dolor se ha ido.

—¿Por qué me dejaste sufrir así papá...? ¿Dónde estabas?

—Recuerda que eres también humana, hija. Tu niña es hermosa y trae una flor roja en el pelo. Verónica, ven con tu abuelo a volar.

Las manos fuertes cogen a la criatura de su cuna blanca, la lanzan entre nubes al aire, y los dos desaparecen de la vida de Sibila. La muchacha grita y se despierta, sudorosa.

—¿Qué le pasa, señora?

—Tuve una pesadilla.

Es la primeva vez que tiene miedo a soñar. Dolorida aún, se da la vuelta para mirar hacia la cuna, vacía en la penumbra.

—¿Y la niña, señorita?

—Está en la sala-cuna; usted tiene que dormir.

Sentí cómo se la llevaban. Al pasar bajo la ventana de cortinas blancas sobre un muro blanco, un rayo de Sol encendió la pequeña frente en un segundo infinito. «Te bautizo Verónica Izquierdo Ballesteros.» Allá arriba, cada uno de Ellos la fue apadrinando con un don. Infancia, doña Carmelita; inteligencia y rebeldía, José Manuel; rechazo a los hombres, Laura; señorío, don Félix; soledad, su abuela Estela.

Entibio mis paredes para recibirla, y mis puertas esperan ansiosas manos pequeñas en el recuerdo de sus perillas de bronce y porcelana. Mis ventanas estarán abiertas para que los ojos nuevos miren al mundo por ellas. El Molino me transmite su emoción de abuelo. Mama Aurora teje chales de humo y borda sábanas de niebla para la cuna de madera.

Al atardecer, y en brazos de la enfermera que sonrío, Verónica aparece en el umbral del cuarto que suma nueve.

Pequeña boca desdentada, húmeda, abierta.

La enfermera, con hábil ademán, la coloca cerca del abultado seno. El pezón, informe todavía, no se adapta a la boquita, que a ciegas —manitas empuñadas— busca, busca frenética el primer alimento, en ese afuera desconocido y ensordecedor.

De pronto la niña encuentra el pezón, y succionándolo hace que la leche fluya, entibiando su ansiedad. Sibila, inclinada, con los ojos bajos, siente por primera vez el flujo, el lazo de sangre. Alimentándose de su vida, Verónica traga con dificultad el espeso líquido. Pierde el ritmo y se atraganta. Descubro en Sibila rebeldía y fastidio. Por años recordará esta lactancia de pezones heridos, de rechazo y angustia. Ahora se absorbe en reflexiones que impugnan los mecanismos procreadores de la especie. Siglos y siglos han pasado, y la mujer sigue amamantando a sus hijos. Ella no lo hará. Hoy despuntan otras ideas, otros procedimientos. Mientras la mujer de a luz, con dolor y humillación, la semilla implantada por el hombre, el ser humano no evolucionará. Vislumbra que en otros mundos, en otras moradas del cosmos, la forma de transmitir el fulgor ansioso de la vida es diferente. En ese libro de Huxley, «Un Mundo Feliz», los niños nacían en probetas y todo era programado y llevado a cabo en infalibles laboratorios. Le pareció inhumano, pero algo debe ser mutado en el Futuro para que el hombre-mujer vuelva a su condición angélica. Un Tiempo vendrá en que la intimidad de la mujer no será invadida, en que terminará su vieja servidumbre. Su ser astral será el que brille como un sol en la nueva Era, junto al hombre, compañero pero no amo, amigo pero no protector. Serán sellados los conductos para dar a luz un alma libre, investida de materia incorrupta, abierta a todos los infinitos del espíritu.

Sibila se ha dormido, y la pequeña Verónica respira ávidamente entre sus brazos.

3

Cuatro días y cuatro noches. Sibila sigue en la clínica de la avenida Santa María, frente al río y muy lejos de mí.

La recuerdo en otro atardecer, al regreso de la primera ausencia.

Corriendo entró Sibila y, como siempre, disparó cartera y guantes, maletín y abrigo, y el sombrerito de paño rojo comprado en una tienda de Buenos Aires, para saludar con un loco abrazo a tíos, empleadas, animales y rincones.

—¡Hola, casita; hola, padrino; hola, tía! ¿Me echaron de menos?

Es Sibila, vibraron mis muros; es Sibila, crujían puertas y ventanas. «Es Mauricio», cantó Ondina en su vitreaux. Anochece, y el Molino encendió para ella todas las lámparas. La presencia del hombre, del ser que la ha hecho suya por un tiempo humano, hizo resonar el entablado antiguo con pasos firmes y alegres. Recordé con temor a don Félix Ballesteros, y me sentí vieja. Quise de pronto colores claros, metal y mucho vidrio. Luego, avergonzada, comprendí mi destino, y la vida y la alegría volvieron con la pareja. Todo me pareció entonces más alerta. El ruido del agua en la fuente de los peces, el oculto poder de los signos, el roce de enredaderas y arbustos contra mis muros friolentos, la lucha simbólica de Luz y Sombra.

En esa noche de fiesta, entre pinturas y maderas nuevas, alfombras color miel y muebles lacados, cortinajes y linos, Sibila ya no oye mi voz. Casada, sumida en un estatuto milenario, ciega y sorda a mis rumores. Laura, a horcajadas en la cómoda de madera clara, le grita silenciosa, interrumpiendo esa alegría primera: «¡Te atraparon, Sibila, te cortaron las trenzas y por tu inocencia serás maldita por los siglos! ¡Esclava del hombre, nada quedará de ti ni de tus talentos!»

En la cama matrimonial de colcha almidonada por Mama Teresa y flamantes sábanas de hilo, Sibila siente una pena opresiva que no puede descifrar. «¡Madre!, ¿dónde estás?»

Los pasos de Mauricio en el corredor. La sombra de Laura se aleja.

Se acuestan rápido y se duermen cansados y ausentes, pero ya no en mi regazo.

La claridad de la luna llena suspende sobre la piel indefensa pequeños escudos de Luz...

Mañana, mañana se irán a casa. Sibila mira por la ventana de la clínica un cielo claro sobre el rumor del río. De pronto, el recuerdo de esa primera mañana después de su luna de miel. La voz de Mauricio en sus oídos.

Despierta, mi amor, ya estoy atrasado.

Adormilada aún, se levanta, poniéndose al revés la bata de chiffon para acompañar con un bostezo regalón el desayuno de su marido. Están solos, hace sol y son felices. De improviso la muchacha siente que las tostadas con dulce de membrillo le dan un asco insoportable, que el café huele a trapo sucio.

—¿Qué te pasa, mi amor?

—No sé, me cargó el dulce, supongo. Pero vete, que llegarás tarde.

Vuelven a besarse, y él sale disparado. El sombrero en la mano y una grata sensación de marido. Siento el eco de sus pisadas por el nuevo corredor hasta la puerta. Roble americano y chapa de níquel. Un disfraz de solidez que no durará mucho. Una puerta sin historia.

Sibila se estira en el lecho ajeno de la clínica, mirando a la niña dormida en su cuna igual a todas las cunas de ese piso donde se adolece de maternidad.

«Ven, Sibila», le digo desde la distancia. «Vuelve, que el tiempo se ha detenido en ti y los tíos sienten frío por las noches y le temen a la soledad.»

Contrasto este lecho áspero con su cama tibia y suave de aquella mañana.

Inquieta, no volvió a acostarse. En la pieza faltaban flores, y ese cuadro que le regaló Doreen no iba allí donde lo colgaron los tíos. Todo era demasiado nuevo. Sale al jardín descalza. Comienza a hacer casita, y en ese trajín atávico deja la esperanza de ser diferente, posponiendo sus talentos, renunciando a la aventura individual, unciéndose a la yunta que le asegura un futuro doméstico, un techo y un abrigo. Sus ojos brillan febriles, sus manos acomodan objetos y despejan rincones. Otra mujer que continúa la ley, y que lo hará por muchos años. De pronto una secreta angustia frena sus pasos, y esa alegre disposición se hace oscuridad en su mente por añoranza de algo inexplicable.

En medio de las rosas rojas, blancas, amarillas, color té, está tía Tránsito, transfigurada sombra gris, seguida de su guardiana, ancha y roma. Con un par de tijeras de podar, las mismas de tío José Manuel, va cortando los agresivos tallos.

—Niña Sibila, ¿estás aquí? ¿Ya te dejó tu marido? Debes ponerle flores a su retrato. Los hombres se van primero, y la soledad es nuestro destino. Flores para ellos, los amantes de la muerte. Tómalas, las corté para ti.

La mujer extiende sus brazos delgados como patas de pájaros.

—Tómalas y vuélvete a tu casa. No quiero verte con ellas en los brazos. Me hace mal.

Asustada, con un beso al aire, la muchacha se apresura por el corredor con el rostro hundido entre las flores, huyendo del miedo y de la pena. En mis baldosas frías

la cálida suavidad de sus plantas. Cruza la mampara de cristal, sustituta de Ondina olvidada y celosa. Camina entre un objeto y otro, cambiándolos de lugar, recordando a las personas que se los regalaron. Son sus cosas ahora. Cuando llegue Mauricio debe ver que ella es una mujer hacendosa.

Son las doce, y tiene que vestirse. Ha prometido a los tíos que almorzará todos los días con ellos. Tránsito discute siempre con Luzmila, tratando de imponer los platos preferidos de José Manuel: entrada de huevo con repollo, locro falso, dulce de leche. Y el inevitable clavel rojo frente a su puesto vacío. «Hermoso como un clavel, embriagador como el vino, así era José Manuel.»

Al terminar, el café y las agüitas en tazas de porcelana, servidas en el salón azul.

—Tía Tránsito, se le va a enfriar el agua de boldo. Venga, que quiero contarle de Buenos Aires.

La tía aparece con los ojos muy abiertos y una risa ausente.

—José Manuel, Mauricio no vino a almorzar, ¿te das cuenta? Sibila está sola, como yo.

Por la tarde, Sibila se baña y se perfuma. Se pone el vestido rojo que le gusta a Mauricio. Sale al corredor antiguo y abraza a Luzmila y a Fermín, que la esperan desde hace rato, sin atreverse a ir al departamento, disimulando su ansiedad por esa presencia que vierte en sus huesos cansados la frágil ilusión de recobrar el tiempo perdido.

Ha llegado el día en que ellas vienen a mí. Estoy impaciente, como los tíos y la servidumbre. Mauricio se adelanta en el auto con la enfermera de toca almidonada que lleva a la niña en brazos, toda de celeste, para guiar a la ambulancia, que avanza despacio por la calle del río. Tendida mirando el techo, Sibila siente pasar la ciudad. El traqueteo del vehículo la adormece, y entre sueños recuerda cómo les contó a los tíos que se quedó dormida esa primera mañana de vuelta a casa y que Mauricio tuvo que despertarla, ya atrasado, para que lo acompañara a tomar desayuno. Y la complicidad en la voz de tía Luzmila: «Tienes que dormir. Es bueno para una niña que nada sabe todavía de deberes matrimoniales. Tienes que descansar.» ¿Creerá la tía que se pasan toda la noche... amándose? Luego Fermín, con el tono que usa en las ocasiones en que quiere impresionarla: «Sería bueno que leyeras «La perfecta casada», de Fray Luis de León. Tus tías lo leyeron. Allí aprenderás que toda dueña de casa que se respete debe levantarse antes que la servidumbre para...» «¡Ay padrino, eso era en tiempos de Maricastaña! ¿Para qué voy a levantarme con los pájaros, si en esta casa no tengo casi nada que hacer? En el hotel de Buenos Aires nos llevaban el desayuno a la cama, y eso es lo que quiero. Además de la Teresa, vamos a tener una empleada para nosotros solos.»

Los tíos la miran en silencio alejarse hacia la puerta de su departamento, sin darse cuenta de que la niña es ahora una señora que ya no pueden manejar. Y que nunca han podido hacerlo.

Ante mi puerta, de par en par abierta, la ambulancia y el auto de Mauricio se

miran de farol a farol. Ella, enfermera en uniforme; él, caballero último modelo.

Por primera vez, Sibila, entre el ajetreo de camilleros y tíos y las lágrimas de Teresa, ve a Mauricio como jefe de familia, presidiendo la lenta procesión, seguido de la mama temporal con María Verónica en los brazos. Entra en mí mirando al techo. Molduras descascaradas, electrificadas lámparas de gas y opalina, manchas como mapas dibujados por oscuras goteras de torrenciales lluvias, cañerías rotas, el tiempo bordando por telarañas. Y la idea sorpresiva y deprimente de que algún día saldrá así, de espaldas, amortajada como lo hizo la señorita Estela.

El cuarto la recibe, enflorado y cálido. Sábanas celestes bordadas a mano, cortinas diáfanas, parece claras. La cuna luce primorosa entre volantes y bronces. Son las doce del día, y las hojas del Magnolio brillan y las enredaderas se adhieren a mis muros y el sol pálido del otoño es un bautismo de Luz para la niña nueva.

Sibila queda sola. Mauricio sale a dar las últimas propinas. La enfermera se ha llevado silenciosa a María Verónica para mudarla, ritual que Mama Teresa observa con desaprobación. Demasiado brusca con el angelito.

Sibila, los pechos plenos, la espalda cansada, cierra los ojos y lanza un largo suspiro. Respetando su necesidad de paz, contengo rumores y silencio crujidos.

Mauricio almuerza apresurado para salir fuera de la caverna y matar al mamut. La caverna está guarecida de vientos y asechanzas, atávica sensación de refugio y continuidad.

Mientras la pequeña boca succiona el alimento tibio, fragmentos del pasado asaltan el recuerdo de Sibila.

La figura de tío José Manuel, saliendo con ella a comprar cáñamo y alpiste en la Vega Central... Esas mañanas de recién casada en que aún nada sabía de su embarazo, y alegre preguntaba como en la fábula: «Casita, casita, ¿quién es la más bonita?», al salir de compras con Doreen. Doreen. Tenía tantas cosas que contarle. No era fácil la convivencia con un hombre. Había secretos que no se atrevía a compartir con él. ¿A Doreen le iría a pasar lo mismo con su marido? Pero la amiga había cambiado. Sin sueños, sin imaginación más allá de su respingada nariz. Ya no era la confidente misteriosa de los años de colegio. Una barrera de ausencia se había levantado entre las dos. ¿A quién recurrir? Añoraba a Bárbara. ¿Por qué la habían desterrado los tíos? Entonces, con rabia, con pena, se quedaba absorta en el vacío de esa madre que nunca conoció...

El Presente está otra vez en sus brazos. Una gota blanca resbala por la pequeña boca fruncida. Vuelve a evadirse hacia los recuerdos... El automóvil del tío, la sonrisa de Humberto al volante...

—¿A dónde la llevo, señora Sibila?

Calle Bellavista. Puestos de La Vega. Sillas de paja y cántaros de greda, sacos de harina y plumeros, verduras y frutas, legumbres y carne y pájaros muertos. Vendedoras de mal genio con rojas peinetas en lo alto de sus cabezas despeinadas. «Chitas, se cree la reina de Inglaterra porque viene con el mozo, la futra.»

La enfermera se lleva a la pequeña, que ronronea satisfecha como ese gatito gris del puesto de quesos, jamones y mermeladas, en el que una mujer sonriente, parecida a Mama Aurora, le ofrecía con alegres gestos: «Mire, caserita, este dulce de membrillo está recién hecho. Tiene el mismo color de su pelo.»

Verónica no va a tener el pelo rojo como ella ni como el abuelo. Sibila sacude los colorines rizos y cierra el recuerdo. El silencio se apodera de todos mis cuartos. Mirando a su alrededor, el pequeño departamento-regalo, los muebles-regalo, los objetos-regalo, se pregunta: «¿Crecerás algún día, Sibila?»

En la cocina hay un queque que sube y sube, dorado y esponjoso, mientras los tíos espían por las ventanas, temerosos de despertar a la sobrina-nieta.

En el forzoso confinamiento de su lecho, Sibila vuelve inevitablemente al pozo sin fondo de los recuerdos. El germen tierno de Verónica...

Leve, extraño dentro de su vientre terso y asombrado, percibe el inequívoco movimiento. Se mueve despacio, mientras Luz ilumina el cuarto, encendiendo el rojo oscuro de su cabellera destellante. Estela, inclinada sobre la cintura todavía breve, conjura el rencor de Laura, que estrella galerías y ventanales, se detiene ante la casa nueva como si le temiera a la cal y a la madera verde, y huye tras la puerta cerrada hasta desaparecer en el Magnolio.

—¡Quiero besar a la mamá más linda del mundo!

Con los brazos llenos de cerezos en flor, Mauricio llega abarcando todo el cuarto. Las cabezas juntas, la pareja se sienta en el sofá de Chintz floreado.

—¿Sabes, mi amor? Me subieron el sueldo y tendré mi propia oficina... El niño nos trajo suerte.

—Mauricio, quiero que mañana mismo salgamos los dos a comprar la cuna. Que los tíos no se nos adelanten. No quiero la cuna de madera, no quiero recuerdos antiguos para él.

—Tienes razón. Ya estoy harto de tradiciones y vejesterios.

Sibila sonrío. Siempre hace lo que ella quiere.

Se quedan silenciosos; él, planeando futuros; ella, acariciando el tiempo ido. ¿Qué será del Nano y su repentina novia americana? ¿Y de Bárbara y el niño moreno? El hijo del Soplón. Vagamente en su recuerdo, los ojos violentos del muchacho, la voz ronca, las manos callosas y anchas. «¿Le corto rosas, niña Sibila, para el retrato de doña Estelita, que en paz descanse? ¿Le bajo un racimo de uvas, niña Sibila, para usted?» Visión confusa de un muchacho oscuro y furtivo. Nunca más se supo de la tía Olga y de sus hijos. Sólo murmuraciones, y esas cartas que no le dejaron leer. ¿Estaría Bárbara enamorada del Soplón?

Sibila se sacude los pensamientos tristes, y un fulgor cruza por los ojos violeta al evocar lo que Mama Aurora le dijo esa vez: «¿Tu padre, mi niña? El más alto, el más hermoso, el más hombre...»

Mauricio la abraza, tierno y protector.

—A ver, mi niñita, ¿qué pasa? ¿No te ha dicho el doctor Álvarez, que algo sabe de estas cosas, que no debes entristecerte, porque tendrás un niño tímido? Apuesto a que es esta casa la que deprime a mi niña. «Yo no quiero que a mi niña golondrina me la vuelvan...» Deberíamos vivir solos, en una casa sin recuerdos, pero tú, con tus tíos y tus misterios...

—Pensaba en mi padre y en la señorita Estela... ¿Y sabes?, creo que en otro lugar sería aún más grande mi nostalgia. Ellos me acompañan cuando tú no estás. Claro que esta casa tiene misterios. «Ella y yo somos de la misma sangre», como decía Mowgli en «El Libro de las Tierras Vírgenes», que leía con tío José Manuel. ¿Lo

leiste tú? Tantas cosas que no sé de ti. Creo que viví enamorada de ese muchacho selvático toda mi infancia. Aquí, en estos árboles de la huerta, en la tierra y en las flores del jardín, en la pila de mármol, está mi fuerza. ¿Me comprenderás algún día?

Angustia en el muchacho, sordo rencor contra ese padre que no pudo o no supo serlo.

—Mi amor, si tu padre vive, algún día volverá aquí; y si ha muerto, como lo asegura tu tío Fermín, ¿para qué entristecerse con el pasado? No pienses más, Sibila, pronto seremos tres, y no volverás a estar sola.

Un súbito viento agita las cortinas, y Laura, traspasando la puerta cerrada, se cuelga de la lámpara, un globo de vidrio color malva entre brillantes círculos niquelados.

—Nadie te protegerá, niña estúpida; te quedarás sola, y yo seré tu única compañía.

El viento caliente roza las mejillas de Sibila, despeinando el crespo cabello de Mauricio. Se detiene el tiempo en el cuarto recién pintado.

Una tremenda necesidad de salir los invade. Abrazada, la pareja recorre el sendero que circunda el departamento hacia la casa vieja y atraviesa el prado de rosas próximo adonde estuvieron las grandes jaulas sonoras de pájaros exóticos y que Tránsito hoy cuida, entre olvido y olvido, como si fueran sus hijas. Rosas color té para el sueño, rojas para el amor, amarillas para la envidia, blancas para la pena y lilas para el silencio. Ondina languidece en su vitreaux opaco, porque a Teresa ya no le importa el polvo y la nueva criada les tiene miedo a las arañas.

En el salón azul, el favorito, veo en el Pasado-Presente a Luzmila y a Fermín, que juegan rocambor con la eterna pareja de amigos, don Arturo Avila y su mujer, doña Teresita Ariztía, amiga de colegio de Luzmila. La aparición de Sibila y Mauricio hace que el juego se interrumpa.

—Sibilita, me han contado novedades y quiero felicitarte —la aturde doña Teresita con su voz aguda—. Ay, hijita, lo contenta que estaría tu madre al ver que al fin, después de todo, encontraste un marido.

Un apretón en el brazo gordezuelo indica a la señora, que nunca se ha caracterizado por el tino, de que ha metido la pata; para disimular, finge estar muy ocupada con su juego que ha quedado en la mesa de bridge. Fermín, que la mira como si quisiera asesinarla, cruza el salón en penumbra y abre el bar que ha instalado en el comedor como gran novedad, regalo de Luzmila. Saca una botella del mejor whisky escocés y otra de menta para celebrar en familia y borrar el mal recuerdo que la estupidez de Teresita ha dejado en el aire.

—A ver, no se sienten todavía. El futuro abuelo les va a servir un buen trago. Brindemos de pie por el nieto que viene. ¡Harta falta que hace en esta casa!, ¿verdad, Luzmila?

—Sí, mi amor, será maravilloso tener un chico corriendo y desarreglando tus libros, tus pipas y tus recuerdos. Apuesto a que no te enojarás con él como con Sibila

cuando yo tenía que defenderla de tus palmadas y tus retos.

—¡Ah, no te imagines que vamos a tener un nieto mal educado! No, señora, lo educaremos igual que hicimos con su madre. Y aquí está el marido, para que dé fe de su buena crianza.

Entre risas y brindis, de pronto, allá por el fondo de la huerta, unas carreras y un llanto estremecedor los dejan mudos. Tránsito irrumpe desmelenada, y rechazando a Mauricio se abraza a Sibila para murmurar entre sollozos:

—¿Por qué tenías que llevártelo, sobrina? Sabías cómo nos amábamos. José Manuel, Sibila espera un hijo y no quiere entregármelo. No quiero niños en esta casa. ¿No ves que va a matar a tus pajaritos? Los chiquillos tienen las manos crueles; los odio. Llévatelo, José Manuel.

Con los ojos desorbitados, Tránsito sale al jardín y busca imaginarias presencias, tropezando entre las rosas y matando insectos invisibles. Fermín y Mauricio se apresuran tras ella para calmarla, y tomándola por los brazos gesticulantes la obligan a volver al cuarto-cárcel, en cuya puerta acaba de aparecer la enfermera, balbuceando excusas.

—Se me arrancó, don Fermín. Parecía dormida y, en un segundo, mientras fui al baño, no se cómo abrió la puerta que tenía con llave. Va a ser difícil que siga viviendo aquí señor...

Sibila, con los ojos arrasados, se apoya en Mauricio, mientras Luzmila, trémula, ayuda a la enfermera a llevar a su pobre hermana hasta su lecho de confinamiento y cierra la puerta tras sí. En silencio, los demás esperan su regreso, y el tío comenta por lo bajo con su amigo: «El doctor Flores asegura que no recuperará la cordura. La muerte de José Manuel la ha dejado así y, como tú sabes, ya hubo una loca en la familia. ¿Será hereditario?»

Siento a Laura resoplar colérica en el oído de Fermín: «Cállate, viejo maldito. ¿Qué sabes tú de sus angustias?»

Ella y yo somos las únicas que entendemos de los Señores del Tiempo. No interfieran en las leyes de los muertos.»

Enroscándose en las cortinas, agitando las lámparas, haciendo crujir el parquet, desencadena un escalofrío que levanta el vello de los brazos femeninos y hace a los hombres abrocharse las chaquetas y cerrar las puertas que dan al jardín. Luzmila ha vuelto del cuarto de Tránsito, desencajada.

—Pobrecita, se ha dejado desvestir como un niño con sueño. ¿Qué vamos a hacer con ella, Fermín?

El brindis se hace doblemente necesario, y a la voz de la Lolo: «Por favor, no se demoren porque se puede enfriar el asado», pasan al comedor. El pan, la sal, el vino, platitos con nueces sobre el albo mantel bordado. La luz artificial hace brillar los cubiertos de plata, nimbrando la fina porcelana de un dorado pálido. Fermín, la copa de vino en la mano, mira al muchacho con tierna complacencia al hacer un «¡Salud!» esperanzado. El hijo que no tuvo, el hermano menor que se fue, savia nueva que

vendrá a restaurar su cansada autoridad. Es un hombre cabal el nuevo sobrino. Lo ve en los ojos de Sibila, en la sonrisa de Sibila, en la forma en que ella le dice «lo que tú quieras, mi amor», en esas manos que sobre el mantel se unen. Su mano de venas anchas y oscuras busca la mano pálida de Luzmila. ¿Sentirá su mujer el cansancio y la tremenda necesidad de la muerte que lo cogen a veces? Este muchacho, este hombre, esta nueva imagen masculina será su salvación en los años difíciles, en la desconfianza que poco a poco va royendo su antigua vitalidad. Al mirarse al espejo por las mañanas, el hombre lee en las arrugas de los ojos, en el ceño fruncido, en los labios magros, esa lenta regresión que se instala día a día en su cuerpo. A veces quisiera no levantarse, no seguir lidiando con administradores y abogados. A Mauricio le caerá la carga de ordenar la confusa contabilidad que dejó José Manuel, de evitar un desastre como el del cuñado Julio allá en el sur. ¿Qué será de Olga y sus hijos, Bárbara y el Nano? No han vuelto a escribir. Parece que una maldición pesara sobre las mujeres de la familia Ballesteros. Con Sibila será distinto. Con ese pequeño ser que crece en el vientre de su hija adoptiva será distinto. Me estremezco, como si el viento del atardecer quisiera cerrar suavemente puertas y ventanas asintiendo a las palabras del hombre triste.

Sobre el albo mantel de hilo, los candelabros encendidos y un ramo de flores frescas en la fuente de plaqué. Comienza el ritual del humano alimento de cada día. Sopa de tomates, asado con papas doradas y ensalada de coliflor, tallarines con laurel y callampas, flan de leche con miel de palma, el favorito de Sibila. El silencio y la tristeza no abandonan los rostros, que disimulando sonrían entre bocado y bocado.

—¡Pobre hermana! —suspira Luzmila—. Sería mejor que Dios se acordara de ella.

La tía ha envejecido. Su figura y su peinado, siempre a la moda, ya no tienen ni el brillo ni la postura radiante que la hicieron famosa en salones y reuniones. Ya no le interesan las tiendas del centro. Su larga boquilla de ámbar ha quedado olvidada en un cajón de la cómoda, ante el horror de ver a su hermana con una camisa de hilo grueso y unos zapatos negros que la ayudan a sobrevivir en esos ataques en que se desgarran la ropa y se enredan los largos y enmarañados cabellos canos, que no deja que nadie peine. ¿Habrán siempre una loca penando en casa de las Ballesteros? Siento la presencia de Ellos, protegiendo a los vivos del aire denso que de pronto flota en el comedor familiar. A horcajadas en el alto respaldo de la silla de balance, la sombra de Laura espía el encierro de Tránsito, mientras acuna un imaginario niño: «Muérete, mi niño, muérete ya.»

El llanto de la pequeña Verónica hace que la leche tibia y pegajosa se escurra manchando la oscura blusa de hilo. Atávica tiranía de la maternidad. Leche, alimento de los dioses del Olimpo, creadora de estrellas, blanca corriente que da vida a la vida. La pequeña boca succiona, y Sibila experimenta una vaga sensación de ser comida por su hija. Le duelen los pezones, y el suave ronroneo de esa respiración, con intervalos de descanso, le confirma que ese ser de ojos cerrados y manitas empuñadas sigue nutriéndose de su materia. En revistas y novelas ha leído que el período de lactancia es el más maravilloso de la maternidad; pero ella, ocultándolo muy adentro, sólo siente temor e impaciencia ante esa dolorosa succión. Presiento que no tiene recuerdo de las células que amamantaron a las células una y otra vez en criaturas y más criaturas desde el comienzo de los siglos. No, no siente la ternura y complacencia de que hablan los libros. ¿Qué pasa? Se aburre Sibila; la responsabilidad la ata y la fastidia. No puede confiar solamente en la enfermera, que parece querer a la pequeña, cuidarla, estar atenta a sus menores gestos. Sibila descubre el absurdo de los hijos criados por esas mujercitas que en un burdo remedo de madre se hacen cargo de niños ajenos cuando lloran, cuando gritan, cuando hay que darles la sopa o cambiarles los pañales. «Parirás tus hijos con dolor y ganarás el pan con el sudor de tu frente.»

La pequeña boca de labios húmedos se llena de blanca leche, y poco a poco Sibila siente aflorar una escondida ternura por ese ser que viene de su ser y que, hermético, se cierra a la mirada curiosa de sus ojos violeta. La puerta se abre despacio y la cabeza de cabellos crespos de Mauricio se asoma.

—¡Miren a la regalona, cómo crece con esa leche maravillosa! Quiero que sepan que estoy muy celoso.

Sibila siente una oscura vergüenza de que el hombre observe aquel acto tan íntimo. ¿Lo verá hermoso como lo pintan los cuadros y los dichos populares, o sentirá, igual que ella, lo animal? A veces quisiera salir y correr por el jardín y que el tiempo haya pasado para que su hija sea ya una niña que camine y se alimente sola. Tal vez entonces, y sólo entonces, comenzará a quererla.

La niña se ha dormido, ahíta y serena.

—Ven, ahora creo que le toca al padre, mi amor.

Con suave ademán, la muchacha-madre toma a la hija y, como si entre sus brazos estrechara un fino cristal, la deposita en su cuna con sábanas de hilo celeste. Duerme la niña. Mauricio y Sibila la miran. El hombre tiene un nudo en la garganta y sus manos torpes suben un poco más la sábana bordada, cubriendo el cuello frágil. Sibila suspira. Ahora, cumplida su tarea, podrá dedicarse a él, sólo a él, y librarse de una pequeña tiranía para caer en otra enorme, voluntariamente aceptada.

—¿Sabes? No sé por qué, pero de pronto tengo unas ganas terribles de ver el mar.

Mauricio la mira. La toma en sus brazos y, besándola, besándola más y más, le

susurra que sí, que será todo lo que ella quiera.

Con las hojas altas que sus manitas alzadas tratan de coger, la niña juega mientras gorjea pidiendo que bajen, que con la luz se transformen en flores, en pájaros, en estrellas.

Me introduzco en su carne tierna, con un idioma que sólo ella entiende. «Juega, mi niña; juega y crece tranquila mientras allá, al otro lado del mundo, niños como tú tiritan de espanto ante la infinita y cruel ignorancia del ser humano. Juega y no pienses en los niños de Hiroshima, quebrados para siempre por el sello del poder.»

Sibila entra de puntillas y se queda mirándola en silencio. ¡Qué indefensa, qué dependiente es todavía! Ya tiene conciencia de sus manos y de su boca, que todo lo quiere comer. Siete meses, cifra mágica. Tía Luzmila, tío Fermín y Mama Teresa la malcrían con sus mimos. Luzmila la lleva a veces al cuarto de la tía de ojos extraviados. Con sus dedos flacos y nudosos como patas de pájaro, Tránsito acaricia la carita tersa, la carne frágil.

—Que los espíritus del Aire te bendigan, niña Sibila, por traerme felicidad otra vez.

Mauricio llega más temprano. ¿Por qué ahora?, se pregunta Sibila. Una extraña angustia la hace desear ser eternamente novia. Dicen que los hombres quieren más a las hijas mujeres. ¿Prolongación tal vez de la esposa?

—¡Sibiiiiilaaa! ¿Dónde está la señora Sibila? Le traigo una sorpresa, el señor ha llegado.

Al sonido de la voz, los oscuros pensamientos se borran.

—¿Una sorpresa? ¡Pero qué paquete tan grande, mi amor!

Con manos apresuradas desata las cintas blancas y desgarrá el papel de seda. Aparece una caja de cartón que destapa ansiosa para sacar un armazón de fierro que la desconcierta.

—Ah, una pesa para María Verónica.

A duras penas logra disimular su desencanto. El doctor ha insistido en que es muy importante saber cuánto sube de peso la niña mes a mes.

—Qué bueno que te acordaras, mi amor. Te debe de haber costado cara, ¿verdad? Y a lo mejor no era tan...

No pasa inadvertida para Mauricio la expresión desilusionada de su mujer. Tal vez no debieron tener hijos tan pronto. Sí, le costó cara la famosa pesa... Mañana le traerá flores o chocolates... Cansado, deprimido, se sienta en el sofá de grandes ramazones verdes sobre fondo crudo y mira a Sibila ir de acá para allá, hablando sola mientras busca una ubicación para la pesa.

—Bueno, no queda más remedio que colocarla aquí. Es muy bonita después de todo. Lástima que no sirva para que también me pese yo.

—Ven y siéntate conmigo. No sabes lo cansado que estoy. Fue difícil conseguir el préstamo para tapar los hoyos que dejaron tus tíos. Pero creo que ya salvamos una

parte. Tengo un hambre... Toca el timbre, ¿quieres?

A través de mis venas nuevas el sonido hace que la Carmen se levante rezongando y vuelva a la cocina para aporrear las ollas de la Teresa, que duerme siesta todavía. Pero todo sea por don Mauricio, tan buen mozo, tan simpático... Una blanca marraqueta calentita, palta y tomate con mucha mantequilla será un buen sandwich para él, con un vaso de CocaCola en una bandeja con pañitos y servilletas. Suerte tuvo la huerfanita, harta suerte, después de todo. Se asoma a la puerta de la cocina y llama a Matilde, que también dormita en su pieza.

Los pasos de la muchacha me sacuden y las puertas nuevas se abren silenciosas, sin el crujido de estas viejas habitaciones de la Casa Grande, como me llaman ahora los tíos. A veces me cuesta traspasar la madera húmeda de savia y de bosques de mi orgullosa hermana. A veces me duele el claro color de paredes y muebles; el brillo de cristales en las mesas modernas me fastidia y me deslumbra. No hay recuerdos en ellas, ni tiempo ni historia.

Matilde coloca la bandeja frente a su patrón y sale con un intencionado cimbrear de caderas bajo el uniforme azul marino. El muchacho come ansioso mientras sigue contándole a Sibila. Ella lo escucha distraída. Le gustaría ir al cine esta noche. Dan una película de Ingrid Bergman: «Arco de Triunfo». La novela la fascinó. Todas sus amigas la leyeron. Quiere saber cómo la interpretan en la pantalla. Pero él está cansado... Bueno, el sábado, a lo mejor.

—¿En qué piensas? ¿Qué fue ese suspiro tan hondo, mi amor? ¿Tienes hambre?

—No te rías, ¿sabes?, estaba dando gracias por tener un marido que no se vio obligado a ir a la guerra. El horror de Hiroshima... Y pensar que nosotros estamos comiendo aquí tan tranquilos... Esas mujeres, esos niños...

—¿Y por qué esos pensamientos así de pronto, mi amor? Es otra la guerra que ganamos aquí. Ven, quiero amarte mucho, mucho esta noche.

Entonces la niña prorrumpe en chillidos, y el encanto se rompe cuando Teresa aparece para calmarla.

—¡Pobrecita, mi linda! Me la tienen abandonada. Pero aquí está su mamá...

Las manos se separan. Levantándose del cómodo sofá, salen al jardín para mirar las rosas de José Manuel, esperando que el encantamiento vuelva con el sueño de Verónica. Allá, al fondo del jardín, tía Luzmila camina despacio entre las flores con su eterno chal y su largo collar de perlas pálidas y antiguas.

—¿Tío Fermín no se vino hoy contigo, Mauricio? La tía se siente tan sola. Creo que esta vieja casa le hace mal. Demasiados recuerdos tristes.

Después de acariciar las mejillas heladas de la tía, de calentar sus manos y su corazón, vuelven al ala izquierda y se encuentran con Teresa, que sale en puntillas con un grueso dedo en los labios. La niña se ha dormido y la mujer se va a la cocina. Entran, y una a una se abren las puertas hasta la alcoba nupcial.

En el umbral, las dos cabezas se juntan para mirar a la hija dormida, la roja cabellera y el pelo oscuro y crespo. Un beso por el aire. En los párpados cerrados de

Verónica, pequeñas vibraciones acusan un sueño misterioso e inquieto. Frunciendo su boca, la niña succiona, se alimenta, sonrío y hace muecas de dolor. «¿Es verdad que se ríen las guaguas, mamá?» Pregunta que Sibila le hacía a Mama Aurora cuando las amigas de las tías venían a mostrarles alguna recién nacida en esos años en que creía en los duendes y en las hadas.

Afuera, la noche ha oscurecido el jardín y la huerta. La luna llena se refleja en la pila de mármol y sus peces. La sombra de Laura llora en el vacío de sus ojos sin órbitas. Rencorosa, maldice a la pareja que se ama. Estela se ha sentado en la silla de balance, junto a la cuna de la pequeña, y sopla suave sobre los párpados cerrados, sobre el lino celeste, sobre los volantes y los rincones en penumbra. Nada puede acechar a su nieta si ella está presente.

Luego de una comida rápida y un paseo por la calle de los Gráficos, Sibila y Mauricio se desvisten el uno al otro y, ardiendo en las sábanas frías, se aman. El tiempo se detiene. Tomados de la mano, serenos ya, esperan que el sueño repare sus cuerpos jóvenes. Sibila piensa en su madre, y envidia a su hija, que tienen un papá y una mamá como todas las niñas del mundo. Para su hija no habrá abuelos maternos, y los padres de Mauricio son fríos con la niña. Sólo piensan en viajar, en ir a los remates y en construir esa casa en la costa. Lejos, siempre lejos, ajenos a la familia. A lo mejor tienen razón. Ella quisiera una casa frente al mar, una casa pequeña, sin niños, sin empleadas, ni tíos ni recuerdos. Sólo para ella y él.

Mauricio siente el respirar inquieto de su mujer y, creyéndola dormida, no se atreve a moverse. Ya no será el viajero que soñó un día recorrer Europa con una maleta, una camisa, un par de pantalones y un impermeable. Se le han entumecido los dedos y la mente firmando cheques, revisando expedientes y abriendo puertas y más puertas. Pero esa niña-mujer que duerme a su lado recompensa el sacrificio. Si hubiera partido, tampoco sería libre. Un día irán juntos, de la mano, por esos pueblos y ciudades que tanto ha estudiado en mapas y libros. París, Londres, África, Egipto. Piensa en los compañeros de universidad que se casaron y se olvidaron, en la muchacha morena con que salió una noche, ¿qué será de ella? Se recibieron juntos. Pero él eligió a Sibila, femenina, dependiente, niña-mujer.

Las manos se desunen. Dándose la espalda uno a otro, se alejan hacia sus mundos herméticos, con sueños propios que no se cuentan. El Poder duerme en Sibila. Es una mujer que no comprende ni quiere oír. Los años pasarán; y entonces, cuando el ciclo de la sangre se cumpla, volverá a su origen, a su misión.

El silencio me pesa y me aburre. A veces creo que Sibila tiene razón. Sólo soy una vieja casa que cruje, que muere un poco cada día.

¡Verónica, cuidado, eso no!

Exclamación sonora, alarmante, que la hace mirar a su madre con temor. Como no puede sostenerse sobre sus piernas, Verónica se deja caer sentada en los abultados pañales para darse una vuelta trabajosa llena de sonidos. «Mamá», «tata», «agua», es todo lo que puede modular en su aprendizaje del idioma. El acento primero en su garganta. En cuatro patas, como aquel ser cavernario, la pequeña gatea, alejándose con rabia del objeto prohibido, un hermoso cenicero de cristal. No, nada se puede tocar. No, nada se puede golpear, nada se debe comer.

Sibila ríe viendo la rapidez con que Verónica da vueltas en torno a la mesa de comedor, mientras teje para ella un chaleco rojo como la sangre. La lana, entre sus dedos pálidos, se va transformando en tela y en abrigo; corrida a corrida, el pensamiento va más rápido. Sibila se aburre, y olvida cómo se comienza una manga. Se aburre de poner flores, de decirle a Matilde que tiene que limpiar la cuchillería nueva y planchar mejor el cuello de las camisas y sacudir el polvo en lo alto de las cortinas y de los marcos. El polvo fino que sopla el jardín hacia el interior, con historias, insectos y existencias milenarias. Sibila tiene la sensación de ser un paquete de regalo. Como si no viviera, como si no pensara, como si nada fuera suyo. Se levanta, y por tercera vez arregla las rosas que tía Luzmila le llevó esa mañana. La tía le enseñará cómo terminar el chaleco rojo. Las manos mágicas de Luzmila sabrán dar forma a ese pedazo de lana que deshace una y otra vez, fastidiada.

Teresa aparece con su cara brillante para llevarse a la pequeña a su almuerzo de sopa de verduras y plátano. Al inclinarse a recogerla con su ruido de almidones, la niña grita y se retuerce entre los fuertes brazos.

—Mire cómo se pone cuando está usted, señora, de puro regalona. Cuando estamos las dos solitas, ni chista.

La niñera se va con su bultito berreante y Sibila vuelve a contar las corridas mientras se recrimina por no darle ella misma la sopa a Verónica. Otra vez una mujer alquilada, humilde, para criar un hijo ajeno. Pero si ella se dedicara entera a esa niña, ¿no sería peor su sensación de cárcel, de monotonía, de fastidio? Además, nadie le ha enseñado cómo hacerlo. El ballet aparece de pronto. Nostalgia dolorosa por esa sala... la genialidad tiránica del maestro Zulich, Pepita y sus adagios, los compañeros de su recién perdida pubertad... ¿Y si volviera a tomar clases de danza? ¿Por qué no? ¿Y por qué sí? con un brusco ademán se levanta, mete el tejido inconcluso en la bolsa de pañolenzi, sale al jardín y cruza los corredores hacia el cuarto de tía Luzmila. Le preguntará cómo diablos se termina el maldito chaleco antes que Mauricio llegue a almorzar, antes de ese almuerzo añorado que corta el día en dos. La presencia del hombre trae el afuera. El mundo, la calle, la política, noticias, visiones diferentes. Un alto que la distrae. Mauricio, su hombre, su apoyo. ¿De dónde vendrá la palabra «marido»? Se lo va a preguntar a tío Fermín, que tiene esos viejos diccionarios

etimológicos. Le encanta usarlos para ella.

La mano de Sibila en mis chapas, los pasos de Sibila en mi corredor otra vez. Me siento viva de nuevo.

—¡Hola, hijita! Pasa. Te estaba echando de menos. ¿No ha llegado Mauricio todavía? Ya es más de la una. Se me hace tan larga la mañana. Estos hombres cada vez retrasan más la hora del almuerzo. Ya no se les pueden hacer esos guisos complicados que a la pobre Lolo le resultan ahora trabajosos. Como siempre te he dicho, es una la que debe esperar a la comida y no la comida a una. Cocinar es un acto de amor, hijita, y el amor no se hace a la carrera, ¿verdad?

Los ojos grises de la tía tienen un brillo picaresco que la rejuvenece.

—Ay, tiíta, vengo a preguntarle cómo diablos se termina el raglan y cuántas corridas se tejen para la edad de Verónica. Ya lo he deshecho tres veces. Mire cómo se ve de fea la lana. Usted teje tan maravilloso y yo como alumna soy un desastre.

Luzmila comprende que la sobrina no ha oído nada, que viene a ella con una idea fija, un pedido de ayuda y nada más, como todos los jóvenes, ensimismados y egoístas. Crueles sin quererlo. Pero es feliz de serle útil y de ver la, aunque sea por un chaleco raglan. Desde que José Manuel murió, Fermín se atrasa cada vez más, y el tiempo no transcurre en esta casa. ¡Pobre viejo! Tal vez, como ella, se encuentra solo y aburrido y prefiere conversar con los amigos o pasear por el Parque Forestal. Recuerda su sobresalto al verlo esa tarde en que volvía del centro en trolley. Pero comprobó que iba solo, caminando despacio y comiendo un helado como un niño, sin sombrero y al sol del verano.

Si al menos Bárbara y el Nano se hubieran quedado a vivir con ellos... Pero comprende que su cuñada se fuera al sur, a casar en el silencio del olvido a la muchacha lo antes posible. Nostalgia de ruidos, de voces, de pasos es lo que tiene. Sin hijos, y ahora casi sin hermana, esta casa le queda como un chaleco holgado y viejo. Me duele la comparación. Y mis fuertes muros, y mis tejas añosas, ¿es que dejan pasar la inclemencia del sol o de la lluvia? ¿Y el canto del Molino, que de vez en cuando estremece todavía mis paredes? ¿Y el Peumo centenario? ¿Y el Magnolio y las fuentes? ¿Y los recuerdos, dónde están? ¿Acaso no son solidez, compañía y refugio? Ingratos, los humanos, con el tiempo transcurrido. Envejecemos juntas; y sin embargo, yo, sin Pasado ni Futuro, sólo en el Presente veo el transcurrir de los días, de las noches, tan iguales.

Luzmila toma el tejido y con tierna paciencia vuelve a explicarle a Sibila cómo dividir los puntos, cómo contar las corridas, cómo dejar en suspenso las mangas en un gancho mientras se continúan los delanteros. La sobrina aprende rápido. Sus hábiles manos recogen los puntos idos y, muy juntos los cabellos rojos y la cabeza de plata vieja que ya no se tiñe, las dos mujeres se afanan con la pequeña prenda.

—Son diez y diez puntos, así, ¿ves?

—Ya, ya lo aprendí.

—Ligerito tus tejidos serán más lindos que los míos, sobrina.

Trabajan en silencio, y los pensamientos se urden. El pasto crece sobre los muros y las lagartijas resplandecen entre las trizaduras. El nuevo jardinero, un muchacho grande y torpe, no quiere a las plantas ni comprende su lenguaje como Octavio.

De pronto Sibila tiene conciencia de la depresión en que ha caído la tía, y levantando la cabeza del tejido acaricia con tímida ternura las rodillas enflaquecidas.

—Ay, tía, ¿qué haría sin usted? No sabe cuánto me aburro a veces. Cuénteme de la tía Tránsito. Quiero ir la próxima semana a verla. Y dígame qué crema usa para tener esas manos tan suaves y ese cutis tan lindo.

—Te vas a reír, hijita, pero jamás he usado otra cosa que la Crema del Harem... En cuanto a Tránsito, es mejor olvidarse. Ella es una muerta en vida para nosotras. Por suerte no sufre; vive en su mundo con José Manuel, detenida en el tiempo en que fueron novios. Se comporta como una jovencita. Pero hablemos de ti. ¿Estás contenta, hija? ¿No tienes problemas con la casa? Sabes que mis empleadas están a tu disposición, que se pasan el tiempo sin hacer nada. Nos queda grande la casa, hijita. Tienes que apurarte y tener muchos niños y convidar a tus amigas y encontrar cosas que hacer para llenarla de nuevo. Tu prima Bárbara podría vivir aquí. Sé que está mal de situación. El campo y las cosechas de papas no dan para vivir. Aquí estarían cómodos, y seguro que Fermín le consigue un trabajo a Miguel. El niño está grande ahora. ¿Sabes que está esperando otro? Sus cartas son tan cariñosas. Me dice que anda a caballo y que hace dulces para vender. No debería montar si está embarazada. Otro niño es lo que le hace falta a Verónica para jugar. No sabes lo contenta que estoy de que Mauricio trabaje con Fermín y se ocupe en esos asuntos que no supo manejar José Manuel. No es que me importe el tener más o menos plata. Es por ustedes, mis hijos ahora. Y aunque digan lo contrario, el dinero ayuda a ser feliz. Con él podrían viajar, comprar cosas lindas, y algún día, cuando nosotros ya no estemos, una casa propia. Tal vez en este mismo terreno se podría alojar un edificio, como esos nuevos que se hacen en el barrio alto.

Me estremezco entera y un dolor temprano me hiere los cimientos. No, todavía no. Aún estoy fuerte, y me gusta la caricia de las enredaderas, las sombras de los árboles centenarios. Aún me arrulla el trepidar de mi consorte, el Molino. No, todavía no. Él puede volver. No es casualidad que Sibila y Verónica vivan aquí.

Sibila se ha quedado pensativa. ¿Otro niño, otra cadena que la atará a la rutina y a la casa?

—Aún no, tía. Verónica es muy chica, y quisiera descansar de pañales, de mamaderas y de llantos. Creo que la maternidad no fue hecha para mí.

La entrada de Mauricio y Fermín interrumpe la conversación.

—Fijo que estas mujeres estaban pelándonos.

—Quédense a almorzar aquí. Tengo un rico asado que para los dos sobra.

—Yo, tía, encantada. Seguro que Mauricio trae la misma hambre de siempre y que allá en la casa el cocido se le pasó a la Teresa. Ya son más de las dos.

Sibila se levanta, y corriendo cruza el corredor y el jardín para entrar en el

departamento y avisarle a Teresa. La niña duerme.

Sibila vuelve, y una fragancia de Chanel la acompaña.

—Tío, ¿me sirve ese vinito añejo que usted sabe?

—Así me gusta, sobrina. Y para nosotros, amigo, ¿un whisquicito con soda?

Fermín abre el diario La Nación, y con su trago en la mano los dos hombres comentan el alza del dólar y la tembladera del partido, en una conversación masculina y reservada. Ellas, enredándose en el rojo tejido, sonrían. ¡Estos hombres!

Compruebo cómo esas parejas disparejas van viviendo una vida fácil y sin apremios. Allá en su pieza celeste y rosa, Verónica, entre rezongos, trabaja su siesta obligada, y en la penumbra sus manos inquietas arrugan las sábanas bordadas por Luzmila. «Duerme, mi niña, duerme creciendo.» En sordina, la voz de Estela canta una canción antigua y sus manos tienden tules sobre las ventanas para que el sol no despierte los ojos dormidos. El día ahuyenta a los fantasmas, y Laura, allá en la noche que no ha llegado aún, espera soplando las sombras.

Luz juega en el parabrisas del automóvil de Mauricio, y en ese resplandor vislumbro el pensamiento del hombre viajando hacia mí. Como un riachuelo metálico, los vehículos suben por la avenida Costanera, bordeando esas aguas oscuras y terrosas que traen lejanas materias de las montañas.

Entrecerrando los ojos al resplandor del atardecer, Mauricio piensa en Sibila y en su hija. Percibe un compás mecánico en su vida, que no le gusta. Con la niña tiene poca intimidad. Por las mañanas la saluda con un rápido beso y por las noches vuelve a besar su carita dormida. Un matrimonio burgués, demasiado burgués, es el suyo. Los fines de semana van al cine o salen con parejas de amigos y hablan de banalidades, culpándose por no saber decir que no, que ese día va a ser diferente. La vida que se prometieron no es la que llevan. Se siente viviendo de prestado, en lo ajeno, en lo fácil, y lo peor es que Sibila se alimenta de esa vieja casa y ese viejo jardín. Sus pensamientos me producen un dolor que agrieta mis muros y humedece mis rincones. Está equivocado. No es el lugar, ni el ambiente, sino el conformismo en la rutina. Es él quien no encaja en la rueda, en el círculo hermético de los Señores del Tiempo. Y sin embargo...

Distraído, acelerando, llega hasta mi portón y despierta de un sueño que deja un gusto a soledad. Abre la mampara nueva sin Ondina y lanza el sombrero de fieltro gris sobre le perchero de bronce. El portón ha quedado caviloso, y Ondina solloza en la oscuridad. Al sonido de la llave, Verónica corre, alegre ante la novedad de esta llegada temprana. Siete años lleva la pequeña viviendo aquí. Colgándose de la cintura del padre, ríe alborozada.

—Mamá, mamá, el papá llegó. No tengo que acostarme, ¿verdad?

Sibila levanta la mirada desde el sofá en que ha estado toda la tarde leyendo un libro: «La Hora Veinticinco». Todavía absorta en la historia, exclama distraída:

—¡Hola, qué sorpresa!

Al darle un beso, el hombre percibe en ella un no sé qué de aburrido desencanto, a pesar de su tono alegre. Su aspecto es descuidado. Está despeinada, con la blusa sucia, la mejilla marcada por una arruga, tal vez de la siesta, los pies descalzos, una media rota en el talón. Su beso resbala. No se ha movido para recibirlo.

—Papá, me saqué un siete en lengua. ¿Me das un caramelo?

Mauricio se rebusca en los bolsillos, saca un paquete y lo pasa a la niña, que se sienta en el suelo y agrupa los dulces por formas y colores sobre la cubierta de vidrio de la mesa central. Verdes los de menta, rojos los de fresa, amarillos los de vainilla, pardos claros los de chocolate. Chupa uno de cada, llenándose de almíbar las manos y embadurnando la mesa.

—¡Verónica, mira cómo ensucias! Ya estás grande para hacer cochinas. ¡Pero qué idea la de darle todos los caramelos, Mauricio!

Enrabiada, Sibila zarandea a la pequeña, que rompe a llorar.

—¡Mira cómo se dejó el delantal recién puesto! ¡Tu papá viene cansado, vete a la cocina a comer!

A los gritos de Sibila, aparece la Mama Teresa y toma de la mano a Verónica, que se suena con el delantal.

—Yo quiero quedarme con el papá. Limpiaré la mesa. No te enojas, mamita, ¿quieres?

Hay un lento cambio en Sibila, una sonrisa forzada y un no sé qué de distraído y colérico en su acento.

—Te dije que fueras a la cocina.

¿Qué le pasa a su mujer? El muchacho no sabe cómo borrar ese desencanto. Tendrá que caer de nuevo en la rutina y proponerle lo que parece gustarle. Una fuga de la realidad.

—Sibila, ¿vamos al cine esta noche? Para eso me vine temprano. Comemos y nos vamos al teatro Oriente. Dan esa película que se nos pasó la otra semana. Me dijo el abogado Velasco que era una de las mejores de este año. ¿Te gusta la idea?

—¡Ay, sí, mi amor! Estaba tan aburrida... Qué bueno que te acordaras de que existo.

Mientras Sibila va a la cocina a decirle a Teresa que comerán temprano, Mauricio se sienta con la pequeña, que llega con su plato de manjar blanco y, tomándole las manitas pegajosas, las limpia con el pañuelo.

—A ver, mi niña grande, quiero que le muestres al papá tus progresos en la lectura.

Verónica, con voz de duende, arrugando las páginas del libro de lectura, recita un fragmento de «El pequeño patriota paduano», de Edmundo de Amicis. El hombre, riendo, abraza a la niña, que se monta a caballo en su espalda, y juntos caen al sofá y se revuelcan entre cosquillas, risas y suaves mordiscos, hasta que Sibila, peinada y con los ojos brillantes, los separa, para luego quedarse de espaldas mirando hacia el jardín.

—Papá, quiero que toques la música.

La música es un disco que el padrino Fermín le regaló para su cumpleaños: «Pedrito y el lobo.» El tocadiscos del gran mueble de caoba comienza a girar y la niña va marcando el compás con los talones en el borde del sofá, cosa que irrita a Sibila.

—Vamos a comer temprano, y apenas termine el disco te vas a acostar. No quiero rezongos.

La pequeña se va desilusionada, y Sibila se sienta al lado de Mauricio con un suspiro exagerado.

—¿Quién es ese abogado Velasco? ¿Lo conozco?

—Me parece que no, pero es buena persona. Alguien que viene subiendo en la escala social, como diría tío Fermín. Un corazón generoso. La mujer es un encanto. Podríamos convidarlos a comer un día. Tiene muy buenos clientes.

—¿Y dónde conociste a esa mujer?

—Lo va a buscar todos los días.

—Sabes que me carga invitar a gente extraña.

—Si quieres viajar y tener una casa propia, he de ampliar mis contactos, ¿no te parece?

Sibila, estirándose lánguida, acaricia la mano de su marido mientras endereza la costura de las medias nuevas que acaba de ponerse.

—¿Viajar? ¿Vivir en una casa nueva? ¿Veranear en un lugar que no sea Cartagena? Solos, sí, sería maravilloso, mi amor. Pero, ¿y los viejos? No podemos dejarlos. Se morirían de pena.

Sibila y Mauricio cenan. La niña se ha dormido en su camita azul y blanca. Traspasa a su mente sueños de leyendas, hadas, príncipes, flores y pájaros, de jardines encantados donde corren unicornios y dragones.

Acá, en el comedor de la Casa Grande, como me llaman ahora los humanos, Luzmila y Fermín comen en un rincón de la mesa, en la que siempre hay un puesto preparado para José Manuel y Tránsito, ritual que nunca se olvida. El de José Manuel, frente a la ventana abierta, porque a él le gustaba mirar las jaulas y el jardín. Los tíos, entre plato y plato, recuerdan el Pasado y se duelen del Presente.

—¡Qué lástima que Olguita no se quedara con nosotros, viejo! ¿Qué será de ellos? Dicen que ha llovido mucho en el sur, y la pobre, con su bronquitis...

—Creo que tuvo razón, Luzmila. No podían quedarse, aunque entonces nadie les dijo nada. ¿No crees que aún es tiempo de que alguno de ellos vuelva por aquí? Les he escrito que la casa nos queda grande, y han pasado tantos años...

Fermín suspira mientras toma su café cargado. El médico se lo ha prohibido, pero, ¿para qué cuidarse tanto? Algo anda mal en su organismo desde hace unos meses. Se cansa, y el café le sabe cada día más amargo y el cigarro más ácido. Esa dificultad para respirar, ese miedo a algo que no puede definir. No es a la muerte. Ese deterioro lo llena de una rabia sorda que disimula para no preocupar a su mujer, demasiado tensa con la enfermedad de Tránsito y sus ataques de furia. Unas manchas rojizas han aparecido en el rostro pálido y ya arrugado de Luzmila.

Fermín se levanta, y con antigua galantería le ofrece a su mujer el brazo para salir del comedor. El médico les ha dicho que no es bueno acostarse recién comidos. Cosas de viejo, protesta el hombre. Pero sale con ella de la mano a caminar un rato por el jardín en penumbra. El Peumo los recibe con su fina lluvia de flores blancas. Los pasos lentos de la pareja se pierden entre los caminitos que bordean la fuente de los peces y el reflejo lunar de los naranjos. En el pensamiento de Luzmila, la otra casa se interpone entre ellos y el futuro, como un muro de silencio y soledad.

—Parece que van a salir.

—Sí. La niña se quedará sola, viejito, al cuidado de Teresa.

—Así son los padres de ahora. No debemos entrometernos. Teresa es de confianza.

Así será, piensa la tía, pero antes de acostarse irá a ver a Verónica unos minutos, para quedar tranquila. Y no podrá dormirse hasta que oiga el automóvil de Mauricio entrar en el garaje.

Mientras se desviste con pausados movimientos, Luzmila se siente extrañamente desamparada. Fermín no es el de antes; sus manías y mutismos son presagio de que algo anda mal en ese hombre al que quiere tanto. Sin embargo, no se atreve a enfrentarlo.

Al contactar con ella a través de la fina piel de sus pies descalzos, vuelvo a repetirle que debe preocuparse de Fermín, averiguar qué pasa en su interior, en qué lugar ha comenzado el mal. No comprendo ese silencio en que se encierran los dos después de tanta vida en común. ¿Por qué ese miedo a aceptar la vejez, la enfermedad y la muerte? La muerte, que es un comienzo y no un final.

Sibila y Mauricio se preparan para salir a ese afuera que los atrae y los esclaviza. La mujer, frente al espejo, se pinta los labios de un rojo violento. Vuelve a enderezarse la raya de las medias, se perfuma y sale con la cartera de charol al brazo. Mauricio se mira de reojo en el espejo de la cómoda, se arregla la corbata de seda y se cerciora de llevar la billetera y cigarrillos para el intermedio. A Sibila le encanta ir al cine. Le recuerda los días en que eran novios, lo siente más suyo, más preocupado de ella. Esta salida la hace estúpidamente feliz, lo reconoce.

—¿Estás lista, Sibila? Vamos. Sabes que me gusta llegar a los noticiarios.

—Lista, mi amor. Le doy un beso a Verónica y vuelvo.

Sibila entra de puntillas en el cuarto en penumbra, despertando a los fantasmas que dormitan. Tira un beso al aire y va a reunirse con su marido, que tiene ya el motor del automóvil en marcha, espantando a ratones y murciélagos.

—¿Traes un chaleco? La noche está fría.

Ruedan por entre el tránsito nocturno de la avenida Costanera, de cara a la cordillera iluminada por la luna.

—¿Te acuerdas de lo estrictos que eran tus tíos? Nunca pudimos salir solos de noche. ¿Qué sacaban con cuidarte tanto?

Sibila ríe, pero algo le dice que el hombre está contento de que la hayan guardado sólo para él. Un machismo cómodo, que a Sibila no le desagrada. Acurrucándose contra el hombro de su marido, le dice en voz baja:

—Me acuerdo de las mentiras que tenía que inventar para salir contigo. ¿Qué pasará cuando Verónica tenga quince años?

—¡Ah, vas a ver! Voy a ser un papá terrible. Mil veces peor que tus tíos.

Llegan al teatro. A juzgar por la cola que hay en la boletería, tiene que ser buena la película. ¡Qué bien se siente Sibila del brazo de su marido!

Mientras comen chocolate y conversan bajito, tomados de la mano en la semipenumbra de la sala, mientras se abre el telón y las luces se apagan, allá, en la pieza blanca y celeste, como neblinas que se deslizan, Ellos van llegando. La señorita Estela, para mecer y cantarle a la niña una canción angélica que acalla el lúgubre

aullido de Laura, ráfaga de fuego que se cuele por la puerta. Unos pasos leves ahuyentan la sombra oscura, y doña Carmelita y sus perros con cintas y cascabeles van a despertar a don Félix, para urgirlo a que encierre a su mujer. José Manuel llega sobre las alas de un pájaro blanco, mientras la niña sueña con castillos y canarios anaranjados.

La luz de la luna me cuenta de Mauricio y Sibila, atentos sólo a lo que sucede allá en la pantalla, como si vivieran, como si viajaran en la oscuridad transportados por el sonido de la guerra y de la muerte, comiendo chocolate de licor y pastillas de menta.

Y así, siempre así, pasan veinte años.

Domingo de mayo. Amanezco deprimida. La humedad de tantos inviernos hace que mis rincones huelan a moho y a herrumbre. Un viento sorpresivo agita los viejos árboles, dispersando las hojas ya marchitas del Magnolio, donde Laura acecha silenciosa.

Me sorprende el correteo insólito de los pequeños habitantes del entretecho, que se escabullen en lo oscuro o alzan el vuelo fuera de mis paredes. Los relojes renguean su tictac intermitente como el corazón de Teresa, la antigua criada, que despierta con las voces de las mujeres del servicio. Se oye un ruido. Es como si en el corazón inmóvil de la tierra algún ser enorme estuviera cavando un túnel. ¿Serán los años que pesan bajo mis tejas, sobre los cansados cimientos? A mi hermana muda, que ha abierto una puerta que la comunica conmigo desde la muerte de Fermín y el casamiento de María Verónica, no le sucede lo mismo. Duerme tranquila y abierta hacia el oscuro corredor, aboliendo con un baño de visitas la alcoba que fue de Tránsito y José Manuel.

El sonido viene subiendo. Es como el galope de un millón de cascos en estampida, enfundados en cuero. Revienta por las orillas del río, por las laderas del cerro, brama por la calle de los Gráficos, empuja los antiguos adoquines que ondulan hasta desencajarse. La carrera fantasmal se abate contra mis ventanas, contra el cristalino temor de Ondina, despertando a los humanos con el estruendo de lozas y botellas que se quiebran, mientras se balancean lámparas y floreros hasta estrellarse contra el parquet. Siento que mi tiempo termina, que se coagula el agua en mis cañerías. El cielo se pone lívido, surcado por frenéticas enredaderas que se desprenden de mis muros agitando inútiles dedos verdes.

Estalla el trueno, mis tejas bailan enloquecidas y las puertas saltan en sus goznes de bronce. El enojo de la tierra, terrible como el primero que se abatió sobre mí en 1906; el mismo quebrarse de las tejas contra los huevillos del patio, el mismo lúgubre aullido de los perros, el mismo clamor de rezos y gritos de quienes huyen despavoridos. Resistí joven y fuerte entonces, pero ahora... La tormenta abre el cielo en mil heridas. Un viento caliente se cuele por rendijas y calles, arrastrando remolinos de tierra suelta, hojas secas y desperdicios. La lluviosa claridad ilumina un rompecabezas de postes y alambres eléctricos en cortocircuito y de celosías batiendo. El galope aumenta su furia, embistiendo a la Iglesia de Las Carmelitas, que se derrumba junto con mis muros de adobe humedecidos por el tiempo y los frágiles ladrillos de la casa nueva.

En la vereda, vecinos, empleadas, niños envueltos en chales, con fervientes plegarias de labios pálidos, se miran sin hablarse.

Herida en los cimientos tantas veces incólumes, sin manos y sin voz para prevenir a mis habitantes, aflojo el techo centenario, que se desploma con estruendos y polvo.

Muros hacia afuera, y puertas y destrucción hacia adentro, arrastran a mi hermana indefensa. Me aterro por los humanos atrapados en esta cárcel de escombros.

Sibila, en medio del patio de los naranjos, detenida por un infranqueable Círculo de Fuerza, se debate histérica sin intuir el Futuro.

—¡Mauricio, vuelve, vueeeelve, no entres! ¡Padre, Dios, protéjanlos! ¡No me dejen solaaa!

Desde lo alto del zarandeado Magnolio cae largo y desbocado un grito hasta sofocarse en la tierra antigua: «¡Corran, malditos, corran! ¡Que la aborrecida tierra los mande a todos al infierno!»

La risa de Laura, odio y presencia, se debilita con el sonido que se aleja.

Subterránea como había comenzado, la furia de la tierra vuelve a dormirse. Y Ellos, desterrados y sin refugio, uno a uno se esfuman en busca de la Morada Definitiva.

Concentro mi Ser en la pila de mármol. Protegida por el Círculo de Fuerza, ha quedado intacta, sin tiempo y sin devenir. Despojada de pertenencias como los humanos, en desparramo inútil sobre la delgada corteza que separa del homo milenario, comparto el horror de la inseguridad en la tierra que nos cobija.

Con la luz de un sol pálido se van secando las pozas, y el corretear de insectos y animalitos de sangre caliente se silencia en nuevos y más seguros escondites.

En el cuarto desventrado de la niña Estela, en el espejo que fue de Laura, la sombra errante de la niña-bruja, tatarabuela de Sibila, se multiplica hasta desaparecer en la luna biselada que la redime, trizada un millón de veces.

La mañana luce una claridad que enrarece el jardín y la huerta en desconcertado espanto de murciélagos, arañas y ratones. Entre raíces de árboles tumbados y recién estrenadas grietas, hormigas diligentes huyen eternamente en círculo.

Sibila, la roja melena enterrada y sudorosa, con grandes ojeras bajo los cansados ojos, contempla sus manos empuñadas. Sólo unos minutos antes, siglos ahora en su recuerdo, huyó de la casa chica aferrada al brazo de Mauricio, oyendo la débil voz de tía Luzmila que, lejana, pedía socorro en su forzosa inmovilidad entre el aullido de los perros y el fragor de muros y techumbres. No supo cómo llegó al patio de los naranjos, cómo dejó los brazos del hombre, angustiada por el súbito silencio de la tía. No comprendió qué cristal invisible la encarcelaba; sus manos, frenéticas, golpeaban y se herían sin lograr quebrarlo. Sólo un momento atrás la voz de Mauricio la tranquilizaba:

—No corras, mi amor, despacio, en el patio estaremos seguros. Ponte esta almohada sobre la cabeza y no te muevas de aquí. Voy a buscar a la tía.

Desapareció, y su voz no volvió a sonar en el corazón de Sibila. Otro temblor derrumbó las pocas paredes que quedaban en pie. Sobre ellas, como una vela en la tormenta, Ondina brillaba al sol, milagrosamente intacta.

Herida de maderas y fierros retorcidos, entre cañerías que dejaban correr a chorros el agua de mis venas de estaño, entre afilados vidrios y muebles

desvencijados, supe que el Pasado terminaba, que Ellos volvían a su Origen.

No fue la mano del hombre. No fue la picota asesina. El Círculo Hermético se abre al hacerse el silencio en la tierra. Sólo destrucción a su alrededor. Al grito ronco de Sibila contesta la caída de una viga que trepita equilibrándose.

—¡Mauriiiiiciooo, Mauriiiiiciooo!

Sibila corre, saltando tablas y ladrillos, empuja la desencajada puerta interior y avanza por los restos terrosos del corredor-para-morir.

—¡Tía Luzmila, tíaaa!

Nada. Con las uñas escarba entre los terrones.

Concentro todo mi Poder en el agua serena de la fuente y su mano de mármol. Mi corazón apaga sus latidos y mi voz centenaria llega por última vez al subconsciente de Sibila:

—Se te ha elegido para ser de ahora en adelante sedimento del Círculo Hermético que en este instante te traspasa. Ya eres libre.

Como una Furia de la mitología griega, desmelenada la oscura cabellera, los ojos de fuego, los puños sobre la cabeza, Sibila me grita bajo un cielo que comienza a nublarse:

—¡Cáallate! ¡No quiero oírte nunca más! ¡Has asesinado a mi hombre porque lo odiabas! ¡Me alegro de que ya no vuelvas a cobijarnos! ¡Me has dejado viuda, huérfana! ¿Qué me queda ahora?

Con el furor de su pena y de su miedo, desoyendo el mandato, Sibila salta entre mis derrumbadas paredes para llegar al centro del caótico salón azul, polvo sobre polvo, pateando puntas de sillones que sobresalen entre desgarrados cortinajes, lámparas, cables y abiertas ventanas ciegas, mientras busca una mano, un pie, un hombro...

En la desgarrada camisa tenue, en el yerto regazo, entre la tierra antigua y la ruina, de rodillas, Sibila limpia la sangre amada que ya nunca más será su sangre.

—Señora... perdone, pero... tiene que salir de aquí. Vamos a remover para... buscar si hay otras víctimas...

Manos ajenas, manos cariñosas y ásperas, manos de la infancia, la toman de los hombros para ayudarlo a levantarse. Es la vieja Teresa, que allá en el fondo de la huerta, quedándose bajo el Peumo, se ha salvado y acude a la carrera a consolar a su niña envuelta por el pánico.

—¡Qué desgracia, Dios mío, qué desgracia, mi señora! Las dos están muertas, la Carmen y la Matilde... Se lo dije, no corran, no salgan a la calle... ¡pero tan porfiadas, pobrecitas! Y su tía, mi niña, y don Mauricio... ¿Qué pasó con ellos, por Diosito santo?

Horas después, sentadas, contra el muro de la huerta, sobre la pequeña puerta redonda hundida en el polvo, las dos mujeres miran silenciosas el atardecer. La cabeza herida de Mauricio sobre el regazo de Sibila, el cuerpo semicubierto por una manta. Acunándolo, llorándolo, le pregunta:

—¿Qué será de María Verónica y José Luis, mi amor? ¿Habrá llegado hasta ellos el olor de la muerte? Tenemos que ir a verlos, tenemos que ir...

Bajo la sábana de hilo bordada a mano yace tía Luzmila, los ojos piadosamente cerrados. La voz entrecortada de Teresa reza un Padrenuestro mientras esperan a los camilleros.

Ramalazos de polvo y niebla barren la ciudad...

QUINTA PARTE

TIEMPO DE TRÁNSITO

Legendaria máquina del tiempo, atravesando el Presente, la silla de balance que fue de Laura mece los años en la mente de Sibila. Hacia atrás viaja al Pasado, hacia adelante navega al Futuro, en lo alto del oleaje, a veces calmo, a veces tormentoso del pensamiento...

«... y había cesado ya en Sara la costumbre de las mujeres.»

Génesis, 10,11.

1

Pese al desarraigo y al dolor, seguí siendo yo misma. Acomodando venas, células, neuronas a la súbita transformación. Ahora era Sibila Ballesteros a secas. Pero el Poder, traspasado en aquellos minutos de horror por el espíritu tutelar de la vieja Casa, se había aposentado en el centro de mi mente.

Barridos los escombros de la destrucción, quedó sólo el terreno. Extenso, desmantelado. Sobre aquella desolación se erguía, como único sobreviviente, la antigua fuente de mármol, morada del Poder. A su alrededor construí un edificio híbrido: departamento-habitación-cubículo, suspendido en el vacío. Ya no tendría tierra donde afirmar mis pasos.

Escogí para mí uno de los departamentos del piso nueve. Número mágico. Allí me dispuse a enfrentar todas las angustias, todas las nostalgias. Rutina de los días y las noches bajo este techo múltiple y plano.

Puertas y ventanas que pude rescatar me acogen con su presencia familiar. Escaleras de material sintético suben serpenteando en torno a los ascensores gemelos. Al recorrerlas trabajosamente, añoro la escalerilla desvencijada del desván, polvoriento lugar de cita con el Nano, Laura y la encantada infancia. Siento cómo suben y bajan por el corazón de esta estructura esas pequeñas jaulas compactas suspendidas en el vacío, que por las noches reemplazan al latir del Molino, pero sin alma y sin estirpe. Suben y bajan con un zumbido sordo, cibernético, depositando desconocidos en los diferentes pisos, con leves portazos.

Cuando me canso de tanto modernismo, voy a sentarme al borde de la fuente, centro exacto de la plazoleta en que se yergue el edificio. Inclineda sobre el agua de la vieja pila y su mano de mármol, tabernáculo indestructible del Poder, me aquieto en la añoranza del Pasado.

Por las noches, sentada sobre la alfombra persa del escritorio de tío Fermín, medito. Práctica del oriente, ejercicio del espíritu y del soma, renovador del Poder en los umbrales del climaterio. Traspaso los límites de la carne, como lo hacía la Casa del Molino en la juventud lejana, y me vuelco hacia arterias y cavidades para anidarme entre neuronas y células fatigadas. Hurgo en los tejidos magros, reconozco el camino que sigue el curso de mi sangre, ligeramente violeta, enterándome del proceso que allí se cumple. Compruebo cómo el trascurso del tiempo hace que la máquina humana se deteriore y se consuma al servicio de la inteligencia. ¿Con qué propósito la mano del Gran Arquitecto hizo la mente superior a su envoltura? La soledad y los años me han hecho perder flexibilidad, opacando esa antigua alegría de correr allá en el jardín, cuando el sol, abriendo las flores del Magnolio, perfumaba el aire, mientras diucas y zorzales cantaban inspirados por las notas del piano de tía Luzmila. Cavilando, navegando, llego al laberinto donde se guarece la divinidad.

La aparición de aquellos síntomas no fue cadena de angustia o desesperación. Por años las hermanas de la Fraternidad del Agua me habían inculcado, para esta Tercera

Edad, claves de liberación. No fue renuncia sino aceptación. La vejez llegó en esperanza y no en muerte. Esa muerte que sé Futuro luminoso y no término en sombras.

Septiembre. Comienza la era de Acuario. El Tiempo del Cambio.

El nacimiento de Fernanda, mi nieta, insta un tiempo de ternura y convalecencia. Otra infancia a mi cargo, que transcurre ahora entre las paredes del piso nueve y los alrededores del río. Cerca, tan cerca de mi vida solitaria y de Mama Teresa, que a veces imagino que es sólo mía. Su pequeña existencia, que los conflictos entre María Verónica y José Luis Zañartu, su marido, dejan totalmente a nuestros cuidados, cambia mi «todos los días» durante diecisiete años. En ese extenso tramo del Pasado, dos sucesos duelen profundo, desequilibrando mi difícilmente adquirida serenidad: la muerte de la vieja mama y la separación de María Verónica. En este siglo que envejece, mi hija descubre que la vida de casada no es para ella.

Escenas amargas, violentas, se desatan en el departamento de los Zañartu, situado en el piso once de este mismo edificio. Escucho acongojada, con la clarividencia que me da la Visión, llantos, discusiones, portazos, que me hacen invocar el Poder para calmarlos.

Pero todo es inútil. María Verónica se va.

Los dieciocho años de María Verónica. Quiso cortar la cadena que la ataba a la Casa vieja y a los tíos, e irse a vivir con Mariana, una compañera de universidad. Le rogué que no lo hiciera. Les quedaba poco tiempo a los tíos, y a pesar de Mauricio me sentía sola. Aceptó. Fue entonces cuando llegó ese muchacho alto, de uñas comidas hasta la raíz y ojos huidizos... La perdimos igual. Nunca más volvió a ser la misma. Después de aquel aborto clandestino, del que sólo nos enteramos meses más tarde, la que había sido la niña de la casa se transformó en un muchacho de bluyines y cabellos cortos, que pateaba a los perros y no contestaba los buenos días de tía Luzmila en el desayuno. Un ser distante y hostil, cerrado a todo acceso, sumido en la sombría fijeza de los resentimientos...

En el piso trece, el último del edificio, he construido un penthouse con grandes terrazas y sauna, lugar de meditación entre plantas y espejos de agua. Ventanales con una vista panorámica que abarca las laderas del cerro San Cristóbal, desde donde el viento trae el rugido cautivo de los leones del Zoológico, que se mezcla con el sonido del oleaje del río. Un regalo que guardo para el matrimonio de mi nieta.

Converso con ella por las tardes, aquietando el germen rebelde que afloró en su ánimo la noche en que María Verónica decidió irse.

—La mamá tiene que estar muy neurótica —me dice—. Algo encaja mal en su mente. No quiero imitarla, abuela.

Una noche, ya tarde, suena el teléfono. Es Fernanda, que al fin se decide a contarme lo que ya me ha contado la Visión.

—Abuela, tengo que hablar contigo.

Percibo en su voz un dejo de ansiedad.

—Claro, mi niña, ven inmediatamente.

Minutos; y por el corazón vacío del edificio, un sonido apagado y descendente. El ding-dong, y la voz baja de Fernanda anuncia su presencia en el intercomunicador.

Abro la puerta familiar de tibia madera. Abrazo el cuerpo delgado, envuelto en una bata azul de suave tela estampada. La niña tiembla.

—¿Qué pasa, Fernanda?

Ella sobre cojines en el suelo, y yo en el sofá blanco de hilo. Brusca, mirándome directo a los ojos, me lanza la noticia:

—Abuela, estoy embarazada, y tú eres la primera en saberlo.

Junto las manos en un gesto acostumbrado y hago acopio de serenidad, respirando lento y profundo. Tuvo que ser así. Con María Verónica fuera de casa y la muchacha nutriéndose de ese barrio Bellavista, entre drogadictos, artesanos de la nada y palomitas que, solas como ella, caen a la violencia del amanecer en un deslumbramiento de rebeldía. Pero la Visión no me dejó intervenir en el Futuro. Una niña embarazada como tantas.

—¿Tú quieres ese hijo?

—Sí, abuela, lo quiero. Debí contártelo, lo sé. Pero tenía tantas ganas de pertenecer a alguien, y él fue todo lo que yo esperaba.

Me pongo de pie frente al alto ventanal, miro el imperturbable curso del río, iluminado ahora por faroles de sodio. Las luces de las casas se van apagando poco a poco allá abajo. Le contesto sin mirarla:

—Impulso maravilloso, mi niña, impulso primario y sagrado... Cómo no voy a comprenderte. Pero un hijo, para una mujer como tú, una niña del siglo XXI, debió ser algo especial, programado...

—¡Ay, abuela! ¿Acaso no conoces el momento del amor? Tú, más que nadie...

Ensimismada, no le contesto. Pero al fin formulo la necesaria pregunta, cuya respuesta ya conozco.

—¿Cómo se llama tu amor?

—Ángel. Y te prohíbo que te rías, como lo hizo papá cuando lo nombré hace unos meses. Mi Ángel de la Guarda, me dijo.

Una lucecita picaresca en los ojos de Fernanda.

(Ángel. Vuelvo a verlo como me lo mostró aquella vez la Visión. Su primer encuentro aparentemente fortuito con Fernanda, esa noche, a la salida del teatro. El Cerro. La invisible aureola pálida nimbando su cabeza de rizados y largos cabellos.)

Me paseo por el living, llena de contradicciones.

—¿Qué edad tiene él, Fernanda?

—¡Abuela, por Dios, qué más da la edad que tenga! Lo quiero tanto, tanto...

Los ojos llenos de lágrimas de Fernanda.

—Te ayudaré. Pero sois tú y Ángel quienes debéis decírselo a tus padres.

Fernanda baja los ojos.

—Por lo menos ya te lo he dicho a ti, abuela... Y ahora tengo que irme. El papá

debe de estar por llegar. Salió a comer con unos amigos.

Se levanta, da unos pasos, se vuelve al llegar a la puerta. Sus ojos violetas se han oscurecido.

—¿Me prometes que buscaremos entre los tres la mejor manera de decírselo? ¡Tienes que ayudarnos cuando quede el espanto!

La puerta se cierra tras Fernanda. Vuelvo a la cocina. Lavo tazas y platos. El cansancio hace que me apresure a guardarlo todo. Me desvisto y acorto los rituales de la noche. Necesito dormir, dormir sin meditar, sin sueños, como cuando muchacha llegaba agotada de las clases de ballet y los ensayos del Municipal. ¡Cómo me hubiese gustado que mi nieta hubiera sido bailarina! María Verónica tampoco siguió con las clases de Mirka. No, la danza no era para mi hija. El ballet de hoy no es como el de mis tiempos, religión corporal, ascenso hacia la femineidad. Diferentes los movimientos y la intención. Febriles, entrapajados los pies; libres y violentos los cuerpos. Belleza fuerte, desesperada, salvaje como en el comienzo del mundo, sin esa condición alada, ingrávida del ballet clásico, derrotado por la guerra.

Me duermo con el estruendo de las bombas en mi recuerdo cinematográfico.

Recostada en la silla de Laura, Sibila va una vez más al encuentro del Pasado. José Manuel y sus jaulas en el viejo jardín. Ninguno como él. La muerte de los tíos, el derrumbe, su entrada en la Fraternidad del Agua, la prolongación vital con el nacimiento de la nieta.

Los pálidos ojos abiertos de Sibila vagan por el paisaje invernal de allá abajo, repasando esa década del 90. Y siente en la piel el contacto ingrávico de los Señores del Tiempo. La roja cabellera indómita ha terminado por ordenarse en un moño rosa claro con finas guedejas que cubren como un halo su pequeño cráneo erguido de frente combada, tras la cual las visiones se suceden como en una cinta que registrara el devenir de sus neuronas.

De pronto, como esas viejas heridas que vuelven a doler cuando cambia el tiempo, Sibila siente en su ánimo la quemadura de aquel recuerdo no cicatrizado. Semanas después del desastre, calmados el pánico y el desorden, tuvo que ir a recoger lo que había quedado de las cosas de Mauricio en su oficina. Una secretaria nueva la atendió solícita y comprensiva. Quedó sola frente al escritorio de nogal y el tintero de bronce que había sido de tío José Manuel. En el armario grande, un sinfín de archivadores abultados, y en la mesa de trabajo, cajones con lápices, gomas, carpetas, cigarrillos, un paquete de pastillas de menta, olor a tabaco rubio, limas, recortes de diarios. Ajadas libretas, con esa letra que conocía tanto. Las manos de él en ellas, su presencia en todo. Números de clientes y amigos. Sobre la cubierta, el retrato de Sibila y el de María Verónica enmarcados en cuero, parte del juego de escritorio que le había regalado en su último cumpleaños.

El cajón de abajo, cerrado. En el manajo que le había dado la secretaria, una llave dorada. Con el corazón batiendo, abrió ese cajón, como si hiciera algo prohibido. Papeles, fotocopias, una billetera vieja con duplicados de sus documentos: cédula de

identidad, de conducir, certificados de nacimiento y de matrimonio, tarjetas de crédito...

Comencé a revisar todo con un sollozo reprimido... Una fotografía envuelta en papel de seda me detuvo. La desenvolví sin respirar. La mano de Mauricio en el hombro de una mujer joven, bonita, de pelo corto. Su mano para esa desconocida, su sonrisa, y la indudable intimidad. Sentí que iba a desmayarme, como en una estúpida novela. Me rehíce con la esperanza de que fuera alguien de su familia, una prima, o una colega de su oficina. Di vuelta la fotografía. «Para ti, mi amor imposible.» La letra, redonda y clara...

Sentada en el sillón Chippendale, frente al revuelto escritorio, no logré llorar. ¿Mauricio queriendo a otra? ¿Mi marido enamorado de otra mujer? Esa muchacha de pelo corto y largas pestañas, de ojos que lo miraban con amor, un amor profundo que hasta en la fotografía era evidente... La fecha, sólo meses antes de su muerte. Entonces recordé una figura velada, detrás de los árboles del cementerio. Las repentinas comidas con amigos o clientes, y esos viajes por días al sur, a la viña de los tíos...

¿Por qué no la había aplastado también a ella el maldito muro...?

¿Perdonar...?

Mi viaje al Elqui, surgiendo como un fogonazo. Fui con cuatro de las hermanas, hace más de veinte años. Habíamos preparado esa aventura durante meses de febril ansiedad. El trayecto en la camioneta nueva de Ximena, la maestra, y el parloteo nervioso de las otras. Un paisaje que fue cambiando al atardecer, una velocidad que hacía callar a Isabel, siempre temerosa de todo. Los ojos de Ximena, brillantes a nuestra llegada al pueblo de Vicuña. La austera hostería en que nos alojamos por una noche. La caminata con la maestra, mientras las otras se instalaban, incómodas. La necesidad de comunicación allá afuera con Ximena, la única en quien me atrevía a volcar mi angustia. Frases locas, creadas por la esperanza de hallar en el valle, bajo las estrellas, el lugar de reconciliación.

Al día siguiente, la continuación del viaje, entre cerros desolados, exóticas plantas y burros y arenas color sepia claro. La llegada al conjunto de casas blancas y sencillas donde conocimos a la madre Cecilia. El Valle del Elqui, la Era de Acuario, y la voz pausada de esa mujer humilde vestida de blanco, con olor a pan y a ingenuidad.

Al anochecer, la tosca mesa de madera de lingue, pulida por el trapo y la lejía, donde la sal, el agua pura de la vertiente, la especias y la verdura recién cortada nos alimentaron, relajándonos.

Mientras comíamos en silencio, mis ojos agobiados recorrían las murallas blancas de cal, buscando un resplandor, una señal. Nada.

Terminada la cena frugal, con olor a cocina de leña, salí para buscar alivio en la noche que comenzaba a caer sobre las cosas, sobre los ojos soñolientos de Isabel y María Regina y el silencio de Ximena. Tenían sueño, y el cansancio las hacía pensar que lo sobrenatural vendría por la mañana. Se quedaron en ese cuarto que olía a tierra

mojada, a sábanas tendidas que la mujer Cecilia les había preparado.

La noche allá afuera, en la soledad del campo... Caminé y caminé. Me detuve al fin frente a un árbol viejísimo, de grueso tronco y grandes hojas como manos, que encrespaban su follaje. Al pie de ese vegetal con mil ojos que me miraban, me senté a esperar. No sabía qué, pero esperaba. Por el camino de tierra vi venir al anciano, con su bastón toscamente tallado y sus ojos vacíos.

—Hija, ¿me das un fósforo? —me dijo—. Tengo frío y no veo el final de la pendiente.

Le hice sitio a mi lado y lo cobijé con mi chal azul, sin hablarle.

—Hija, ¿no me reconoces?

Un relámpago rojo me cegó por unos segundos, y las manos cálidas, fuertes del extraño estrecharon las mías heladas.

La voz, en un susurro que me entibiaba por dentro, como una mañana de sol nortino. Era él, y no lo había conocido; era él, que había venido a mí desde su largo silencio.

Cuando quise preguntarle, ya no estaba allí, y el frío del amanecer hacía que mi cuerpo temblara. El chal azul, en la tierra seca, brillaba sin Luna.

Fueron dos semanas. La ciudad quedó allá, fuera de mi conciencia. Había llegado al Elqui en busca de esa conformidad que no encontraba en mi nuevo departamento, ni en el artificio urbano, ni en mis familiares, ni en mi corazón. Decían que el centro magnético de la Tierra se había trasladado desde los Himalayas a ese lejano lugar de Chile. Estaba segura de que allí y sólo allí habría un final para mi angustia.

No conté lo que me había sucedido aquella noche. Desde entonces, la paz se instaló en el desconcertado vegetar de mis días, como un llamado a vivir otra vez.

Vuelvo a sentir los ojos de la madre Cecilia entrar profundo en mi congoja, las manos rudas y fuertes en mis hombros:

—Señora, haga lo que yo hice. Busque la dimensión de Cristo, y todo dolor se alejará de su alma. Confíe en Él, que nos protege.

Sus palabras se vertieron como una bebida fresca en el caldeado vórtice interior. La voz siguió:

—Mañana, a la salida del sol, celebraremos la diaria ceremonia de purificación energética, que hace desaparecer toda pena, odio y falsedad. Venga a compartir con nosotros el «Agni Nostri», que atrae hacia la Tierra la positiva energía del Cosmos y pacifica el alma y el cuerpo de los que sufren como usted. Traiga a sus amigas.

Descalzas, vestidas sólo con una camisa de tocuyo a la salida de un sol naranja, caminamos entre dos cerros, cojeando entre piedras y troncos espinudos hacia el riachuelo que corría abajo en la quebrada, con un agua tan fría como cristalina. No se cómo logramos soportarla. No nos enfermamos, como temió, tiritando, María Regina. Sólo una profunda y vivificante sensación, que nos hizo comprender, aceptar... y perdonar.

No sentí la vejez de golpe. Se insinuó una tarde, con un calambre en mi

pantorrilla izquierda, después de una caminata por el Shopping Center Parque Arauco, de vitrina en vitrina, buscando una cinta violeta para Fernanda, al tono de la blusa y la pollera medieval que sólo ella sabía usar. En la progresiva pesadez del carro del supermercado (esas compras por computador no me convencían) al arrastrarlo por los pasillos. En la tentación de quedarme bajo las sábanas en los amaneceres de esos inviernos lluviosos, bajo la tibia comodidad del plumón térmico y del chal a crochet, igual a los de la infancia, tejidos por tía Luzmila. En la emoción de ver crecer a mi nieta Fernanda con una absurda lágrima imposible de retener. En la inesperada satisfacción por esa íntima complicidad que iba surgiendo entre las dos día a día.

La inclinación al silencio y a la soledad fue marcando y enclaustrando el proceso de regresión. Echada hacia atrás en esa silla que fue de Laura, compongo fragmentos del Pasado. Mauricio me mira desde una fotografía, sobre la cómoda, siguiéndome por el cuarto (¿qué hubo realmente entre él y aquella desconocida?). Su mirada me acompañó durante esas semanas en cama. Una neumonía aguda me dejó un tiempo sin poder valerme sola, sumándose a ello el temor de agravarme y ser un peso para mi hija y una pena para Fernanda. Entonces venía el deseo de la muerte, del regreso a la nada...

Hoy, que ya no me importa lo físico como antes, observo sin pena mi deterioro. Las arrugas —gestos del tiempo—, los kilos de menos, la palidez progresiva del cabello. Me gusta ser una vieja flaca. Lo logré a costa de ayunos y caminatas junto al río, suprimiendo esos cojines de carne que se anidaron traidores, en un tiempo hormonal, en mis caderas, en torno a la frágil cintura, en las rodillas y en los largos muslos. Peores eran los vacíos de la memoria y la falta de palabras: nombres de medicamentos o modismos, que confundía haciendo exclamar fastidiada a mi hija: «No se dice así, tú que te las das de “moderna”». Y acentuaba burlesca la palabra. ¿Qué importaba cómo se decía? Las cosas eran las mismas. De franca molestia era la cara de mi hija cuando yo equivocaba los nombres por segunda vez, o me olvidaba de apagar la luz o de desconectar la alarma. «Se dice “farmacia” y no “botica”, mamá.» Era el tono lo que me dolía. Para consolarme, una vez sola en el departamento con los objetos familiares, extendía las manos e invocaba a las Presencias... Una a una llegaban, reconfortándome. Una a una, como en la vieja Casa.

Era en esas noches. Iba y venía por ese departamento que se me hacía estrecho, añorando los árboles de la huerta, mientras hablaba sola invocando el Poder. Hacía progresos, en tanto el crujido de la silla de balance adormecía al Tiempo. Para aceptar el Presente debía despojarme de todo temor, de reservas mentales, de ese lapso consagrado a ser una mujer casada, madre, esposa, compañera. Comprendí que fue un espacio de aprendizaje necesario para lo que vendría, otro eslabón en la cadena.

El comienzo de la mutación se produjo cuando dije NO. Y se fue haciendo fuerte al alejarme día a día de los objetos que al deteriorarse se olvidan. De la moda y sus tiranías, de los roles que me obligaban a cumplir los demás. Comencé a apreciar

nuevamente la tierra, las nubes, los pájaros, el deslumbramiento y la soledad, como cuando era niña. Me obligué a la tolerancia, recuperé el asombro por el mundo que me rodeaba, cambiante y vertiginoso. Quise saber más sobre las cosas y los augurios del Futuro, hurgando en el Pasado. Leí y releí, hasta extraer de esas lecturas mi propio juicio. Conocimiento exclusivo e intransferible. Creí convertirme en una mujer armónica, sin edad ni aparentes contradicciones. Traté de adaptarme a todo y a todos. La juventud me contagiaba con su loca alegría, pero escuchaba atenta y en silencio las eternas historias de las amigas que no habían cultivado sus talentos para el último tramo.

Sentada en la mecedora de Laura, vivía fugaces imágenes cotidianas, mientras María Verónica murmuraba a la pasada: «Te has transformado en una mujer dura, mamá, en una mujer fría.» Y Fernanda, en contraste: «¿Sabes, abuela? Eres la mujer más maravillosa que conozco. ¿Cómo se hace?»

Y yo, balance entre el Presente y el Pasado, comienzo por milésima vez, como en los cuentos infantiles: «Fue hace muchos, muchos años...»

Mirándome en el espejo del Presente, sé que los ojos deben mantenerse alerta. «Cuando pierdas la capacidad de asombro, serás una vieja triste», me decía mi maestra. «El Tiempo no importa; es tu mente lo que permanece.»

Tras el gran ventanal del living se oyen bocinas y pájaros y voces ajenas. Aquí arriba en el piso nueve, la cordillera se ve nítida al fin, y eterna.

Me levanto. Al hacerlo, mis ojos caen sobre el río, allá abajo. Ese río que meció mi infancia y mi juventud. Ha seguido allí, paralelo a mi vida, lo mismo que el cerro por donde subía corriendo con Sultán y la Morena después del colegio, o caminaba los domingos con tío José Manuel, para terminar en el Zoológico. Era el rumor del río el que marcaba los cambios. Su enojo coincidía con mi enojo interior. Sus ansias de libertad inundaron mi espíritu de la necesidad de ser yo misma otra vez. Cuando se lanzó a las calles, llevándose las nuevas construcciones que usurpaban su lecho natural, lloré la muerte de tío Fermín y la enfermedad de tía Luzmila. La soledad de la Casa vieja, después del matrimonio privado y el viaje a Europa de María Verónica y José Luis.

Con Mauricio había desavenencias, frialdades, desconciertos. ¿Tal vez por causa de la mujer de la fotografía? Si sólo hubiera yo intuido el corto tiempo que nos quedaba para vivir juntos...

Me costaba disimular una desesperante sensación de fastidio en esa casa en la que ya no me interesaba poner flores ni cambiar los tapices gastados. La Casa vieja, cerrada, a oscuras, parecía otro cadáver, con tía Luzmila sobreviviéndola. Entonces me acosó una imperiosa necesidad de cambio; los genes de ese padre anónimo gritaban dentro de mí, impulsándome a rebelarme contra el entorno al que me obligaban a pertenecer.

Llueve en la noche, y el viento huracanado desordena las hojas, los papeles del escritorio y las nubes de la madrugada.

Sibila despierta con un dolor en la cintura. Le costó quedarse dormida. Soñó con el Rojo, que volvía para conocer a la hija de Fernanda, la pequeña Emmanuelle, nombre que a Sibila le fue dictado en sueños. Comiendo el desayuno de cereales, piensa en esa niña de ojos color violeta como los suyos y cabellos de un sol oscuro, en su porvenir y en lo que presagia para el siglo veintiuno, en el que transcurrirá la vida de Emmanuelle.

El parto de Fernanda en su memoria. Ángel, aureolado de azul, orando en voz baja en el penthouse. Una vez más, Sibila confirma que los seres humanos son extraños. En un relámpago de tiempo vuelve a ver la figura de Fernanda, que se oculta hasta el suelo bajo una especie de túnica roja. Enormes calcetines de lana a rayas verdes y lilas, a pesar del calor, bajan por las trémulas y largas piernas, terminando en zapatillas de paño negro. En los cabellos despeinados y sudorosos, una especie de pinza plástica de peluquería, también de color lila, sujeta un alto moño de rizos rojos que serpentean por su espalda tensa. Las manos de la matrona, una muchacha tierna y eficiente, en bluyines y hawaianas, la toman solícitas por los hombros para hacerla caminar de un departamento a otro, por las escaleras, entre contracción y contracción. Despacio, muy despacio. ¿Por qué el dolor en este parto «sin dolor»? Ángel, a oscuras, tendido en el lecho del penthouse, entre sábanas, yace desconectado, en profunda relajación, preparándose para ayudar a la madre cuando llegue el momento señalado.

La clínica en la Visión de Sibila. El parto en una sala silenciosa, iluminada por una luz azul. No hay camillas ni instrumentos; el médico y la matrona, apoyados contra la pared, esperan los ojos fijos en las cabezas inclinadas de ambos padres, que trabajan en conjunto, amorosamente. La parturienta, sin anestesia, más allá del miedo y del dolor, respira profundo y acompasado. Ángel, vestido con una bata blanca, le sostiene por la espalda. De vez en cuando la muchacha reclina la cabeza en su pecho emocionado. Los minutos pasan...

Sibila vuelve a ver las miradas furtivas de María Verónica a la ventanilla del quirófano vacío, cuando, sentada en la sala de espera junto a José Luis, parecía aceptar con fría actitud aquel procedimiento. Pero las lágrimas se ocultaban tras los anteojos oscuros, en un llanto sorprendente. Pasaron las horas, y la cabeza de María Verónica se durmió al fin en el hombro de José Luis, acostumbrado por tantos años a sostenerla. Los brazos masculinos rodeándole la espalda, la emoción en la garganta.

Ha nacido una niña. Acuario es su signo astral.

Se llamará Emmanuelle.

Como antes hacía todas las mañanas, Sibila sale nuevamente a caminar por la orilla del río. Cruza el puente hacia la Costanera. Detenida ante el semáforo musical, observa el progreso de la ciudad. Ya en el Parque Forestal, entre añosos árboles, desanda su vida. Subió a la montaña y llegó a la cumbre. Ahora comienza a descender, y en este viaje último es sólo un residuo de experiencia envuelto en piel y huesos. Fue una vida hermosa, después de todo. Pero que envejecer sea la mejor parte

de la vida, como lo proclama en su libro una famosa actriz norteamericana, es una quimera, aunque una condición digna del combate del espíritu. Hoy comprende que ese terco dolor de espalda y el desgano con que amanece en invierno, ese vago aburrimiento de vivir, ese contemplar desde lejos el ajeteo de lo humano, serán sus compañeros por todos los años que le quedan. Para siempre el cansancio, el abandono de la energía, el sueño invencible por las noches frente al muro televisivo. Con la muerte de Mauricio, tía Luzmila y esas amigas mayores que se fueron antes, la certeza de su lenta destrucción celular la ronda.

No, no quiere retroceder ni un año, ni un mes, ni una hora, para repetir la vida. Hoy, pasados el miedo y la incertidumbre, la fe profunda en un más allá de cambio y transmutación incita su ávida curiosidad, su intenso deseo de llegar, de completar el ciclo. Siente la mirada de su bisnieta —saetas de Luz— y el creciente regreso de María Verónica, con emocionada Visión. En este tiempo amante del silencio, su parte masculina se ha apoderado de su organismo, doblegando esa femineidad que todavía pugna por brotar en primavera. Hay que recorrer todos los caminos con el hombre para luego disfrutar realmente de la libertad, aboliendo la dependencia que la impronta masculina marca a fuego en casi todas las mujeres y que las transforma, al quedar solas, en seres indefensos, incapaces de volver confiados por las noches a sus casas apagadas de recuerdos.

Vuelve despacio hacia su barrio, deteniéndose en cada esquina, frente a edificios que han suplantado a almacenes y quioscos de la infancia, donde compraba caramelos y revistas. Ya en la plazoleta de su morada de trece pisos, se inclina sobre la fuente y su mano de mármol, para jugar con el agua que refleja la imponente estructura múltiple. Recordando al Rojo, da gracias por todo lo que tiene. Luego cruza las puertas vidriadas, que se abren susurrantes a su paso, en contraste con las de la vieja Casa del Molino. Mirándose en los espejos del ascensor, sonrío a sus ojos pálidos, a su cara enrojecida por el viento frío de la primavera.

Ya en su hogar, después de un frugal almuerzo y de dejar en el homo antiguo una golosina para «las niñas», se reclina en la silla del Tiempo y dormita, mirándose en el espejo de Laura para ver desdoblarse su rostro en una galería de ojos que le preguntan acusadores cómo ha podido olvidar en ese paseo matinal sus años de aprendizaje, la sabiduría con tanto esfuerzo y constancia esculpida en su mente. ¿Dónde está su esperanza en el Más Allá? ¿En la continuidad del espíritu? Lo que sucede es que ha estado enferma, como en el cuento del elefante y el ratón. Ésta es su primera salida después de meses, y se siente deteriorada por esa gripe que se le sumó en agosto. Así como la herrumbre carcomió la vieja Casa, que pudo renacer en este edificio gracias a su herencia y al ingenio del hombre, ella sucumbió a la erosión del tiempo oscuro y bebió después las aguas de la renovación en la fuente de mármol, guardiana del Poder. Ondina, eternamente joven, la mira desde fuera del devenir.

Lentamente echo el cerrojo a la puerta que fue del escritorio de tío Fermín, y desde esa madera antigua llega la evocación. ¿Cuándo se cumplirá la hora en que tú,

padre, vengas a explicamos el porqué de estos actos aparentemente tan sin destino? Estoy cansada de vivir, y sin embargo siento que esta vida que a veces me aburre es hermosa, y que la lucha por recuperar a mi hija es valedera. A oscuras, hago girar la silla de Laura y, junto al balcón, de par en par abierto, dormito y recuerdo, dormito e imagino, dormito y sonrío a una presencia oculta, mientras mis dedos de deformadas coyunturas se enredan en gesto maquinal en el collar de perlas largo y tibio. Último regalo de Mauricio. Collar que lucirá un día en el cuello erguido y elegante de María Verónica. Para Fernanda será la legendaria transparencia de Ondina. Para Emmanuelle, la niña de los ojos sin edad, que fabrica palomas que vuelan con las migas de pan del desayuno y hace danzar con su invisible mandato las cintas multicolores del costurero de tía Tránsito, el Poder y la Visión.

Un pájaro había descendido confiado sobre la flor recién abierta, la primera en el gran macetero de azaleas que Sibila cultivaba en su balcón, atraído tal vez por la inusitada frescura vegetal allá tan arriba, entre el cemento y el olor del hombre. Sibila detuvo su viajante vaivén para contemplar el pequeño chirigüe, que le recordó a tío José Manuel. A pesar de la lentitud con que bajó el pie para detener el Tiempo, el pájaro, alertado por antenas invisibles, huyó hacia el aire libre y seguro. Ante la ausencia del ave, Sibila volvió a su vaivén, mientras sus pensamientos se iban tras ese vuelo. Llegó a los años de la tranquila infancia. ¿Quién era ella entonces? Una niña huérfana de padres y de conocimientos. Una mujercita de delantales almidonados, que paseaba su insaciable curiosidad por la huerta del Molino, persiguiendo los rumores de la vieja Casa. Entonces, las tías... ¿Se habría reencarnado en ese chirigüe José Manuel? ¿Viviría el padrino Fermín como consejero de otro planeta en alguna lejana galaxia? A tía Luzmila la ve como una orquídea lila. A Tránsito, la medium, como esotérica guardiana de algún extraño lugar.

Los ojos de Sibila, al girar en imaginaria ronda por pisos y más pisos, comprueban que en ese edificio híbrido que la cobija ya nada conserva su identidad. Todo se mezcla y todo se puede. Edificio que es catastro del mundo. Añora el Tiempo de la hiedra a su alrededor, las persianas de la vieja Casa agitadas por el viento del atardecer y la familia reunida a la hora fragante del almuerzo. En esta alta columna de cemento, las habitaciones ajenas se suceden, y ya no se sabe si son hogares o cárceles. Si siempre fueron lo que son o están soñando ser lo que fueron...

Confusa, la mente de Sibila se aleja, y todo a su alrededor es niebla. Llena de urgencias por llegar, le duelen los ojos, los huesos en el fino esqueleto, el tiempo que aún la separa de los ausentes.

Sibila está tan arriba en el recuerdo, que no ve que el pájaro ha vuelto a posarse y que la tarde se ha quedado sin sol.

2

Me he quedado en silencio, escuchando el rumor que pulsa sordo en mis venas. Uno a uno voy distendiendo mis músculos, hasta su entero reposo. Domino células y latidos, con la mente en tránsito. «Padre, si estás aquí, ven ahora. Hazte Presente ahora.» El conjuro resuena de muro en muro. Laxa, desconectada, soy toda deseos, toda espera.

El estampido de un relámpago se estrella allá arriba. Abro los ojos. El techo de mi cuarto se abre como una ventana enorme y perfecta. Los astros relucen sin sonido, y en medio de ese azul profundo avanza una esfera dorada, hueca como un anillo. Empiezo a sentir frío. Es el viento, que se cuele por el cuarto revolviéndolo todo, soplando bajo el lecho que cruje y gira. Alzada sobre las revueltas sábanas, soy un ojo, un oído. Siento en la espalda la presión de dos manos que se apoyan en mi piel y me arrancan de entre las frazadas, nido tibio que me protegía. Con acelerada urgencia soy transportada fuera del edificio, hacia la noche. Subo más y más ligero, más y más arriba. Mi pecho hiende el aire como un cohete vivo; piernas, brazos, cabellos, el amplio ruedo de mi antigua camisa, impulsados violentamente hacia atrás por la aceleración del viaje, flamean como una bandera enloquecida. La piel de mi cara se distiende, deformándose. Los ojos se nublan de lágrimas heladas. No respiro. Mil sonidos pasan. No siento cuerpo, ni dolor, ni tiempo. Una súbita calma me rodea, negra como terciopelo negro. Viajo a la velocidad de Luz. Silencio infinito y sin contornos. Por entre los párpados cristalizados diviso adelante la esfera de oro, argolla matrimonial que gira acercándose a igual velocidad, mientras el planeta, allá, es una estrella más en la negrura del espacio. Me siento libre flotando hacia aquel círculo opalescente que viene a mi encuentro, hasta que hundo mis manos en él, distendiendo su materia. La áurea estructura se ajusta como una máscara a mi cuerpo. Sus paredes cóncavas se cierran a mis espaldas, sin puertas y sin señales. Tibio, redondo, amarillo, todo a mi alrededor es incomprensible y placentero como un gran útero. Me quedo inmóvil, respirando apenas. Los ojos desorbitados quieren ver, entender. Desde la nada, tres miradas violetas, levemente humanas, me traspasan. Rayos luminosos suben y bajan por mi cuerpo; la piel comienza a arder y la mente late, late, entregándose a lo Desconocido.

Igneo carro circular, la esfera ha detenido su viaje. Los tres esperan. El Rojo abre sus brazos radiantes para recibirme. En mi asombro su voz: «Hija, he vuelto por ti.» A su derecha, en claridad lunar, la niña Estela. A su izquierda, en sombras, Laura, redimida representante del lado oscuro del mundo. Bajo el ámbito silencioso del No Tiempo, la Triple Llamada del Poder me desviste de la inútil materia, y emerjo ingrávida, para iniciar con Ellos el viaje de regreso hacia la Luz, en la infinita alegría de SER.

Allá abajo, girando, desmembrándose en el vacío, cae hacia la Tierra mi cuerpo antiguo, como una muñeca de trapo...

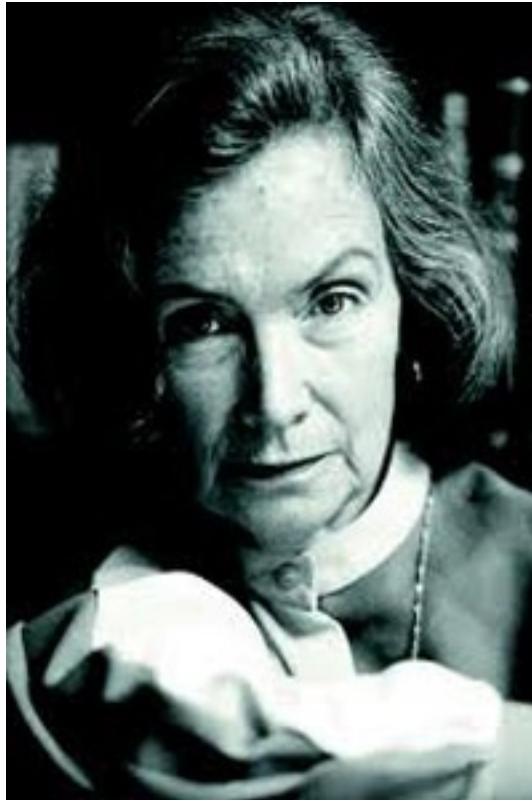
EPÍLOGO

ELLA

No sé cómo explicarlo. Es como si alguien muy íntimo, tal vez yo misma, me acompañara durante todo el día y a veces parte de la noche, cuando no puedo dormir obsesionada por Ella. Busco entre mis amigas verdaderas, a ver si coincide con alguna; repaso a las conocidas de los domingos, de los cócteles obligados. Creo descubrirla en Gabriela, la que murió hace años. Algo tiene de su mirada profunda, de su risa. Pero es mía y está aquí, tan cerca de mi vida, que no puede ser una persona distante. A veces siento su presencia como una imposición; otras, como si me protegiera de algo que no sucede todavía. Es un ser con ese misterio indefinido de la gente callada. Es esa mujer que yo hubiera deseado ser: esa madre, esa abuela, esa amante. Esa desconocida enigmática de la que se podría escribir una historia asombrosa. Por las tardes, cuando salgo a pasear por mi barrio, cansada de encierro, la siento caminando con mis pasos, mirando los jardines con mis ojos, atravesando las bocacalles con ese temor distraído a lo imprevisto. Es una presencia que me reconforta, que me llena de calor y de intriga. Que me angustia. ¿Quién es? ¿Dónde la conocí? ¿Cómo se llama? ¿De qué lugar remoto apareció para ser esa parte de mí misma que no es todavía? Una pregunta sin respuesta.

No se lo he dicho a nadie. ¿Cómo explicar esa Ella sin nombre y sin rostro?

Una tarde, conversando junto al mar con Alicia, surge la respuesta inesperada. Me pregunta cómo va «El molino y la sangre», cuándo comencé a vislumbrar su tema, sus períodos... Entonces, en un relámpago de tiempo, en un fogonazo que me hiere, aparece Ella, la que caminó a mi lado todos estos años. Ella, la que, protegiéndome con su presencia, me hizo sentir la vida diaria más intensa, saltando sobre lo doméstico y la rutina. Es Ella la que acucia en mí la necesidad continua de trascender. Ella la que, sentada a los pies de mi cama, me da los buenos días con esa sonrisa sin rostro, calidez sin presencia. ¿Cómo no la reconocí en todo ese tiempo? Ahora, agonizando en mí, afronta su personaje definitivo. Es Ella y, al descubrirlo, una tristeza, una soledad intensa, una sorpresa angustiada comienzan a llenar el espacio que durante tantos años ha ocupado Sibila Ballesteros.



María Elena Aldunate Bezanilla, más conocida como Elena Aldunate (Santiago, 1 de marzo de 1925 - ibídem, 2005) fue una escritora feminista, cuentista y libretista de radio chilena perteneciente al grupo de escritoras de la generación del 50 en las que también están Mercedes Valdivieso, Elisa Serrana, Marta Jara y Matilde Ladrón de Guevara, entre otras. Incursionó en cuento, novela y relato corto dentro de los géneros de la ciencia ficción, literatura femenina y estética costumbrista.

Su padre fue el también escritor y Premio Nacional de Literatura 1976 Arturo Aldunate Phillips. Estudió danza y teatro en la Universidad de Chile y la Universidad Católica de Chile respectivamente, que abandonó tras casarse a los 19 años.

Debutó en el ámbito literario con *Candia* en 1950, y sus sucesivos tres trabajos abordaron la óptica feminista, hasta que en la década de 1970 incursionó en la ciencia ficción género en el que se transformó como una de las autoras más prolíficas. En este contexto, es considerada como una de las patriarcas de la ciencia ficción chilena junto a Francisco Miralles, Ernesto Silva Román, Luis Enrique Délano y Hugo Correa; en particular, recibió el apodo de «dama de la ciencia ficción» en Chile.

Notas

[1] Las onces es el nombre que se le da en Chile al té de la tarde. (N. del E.) <<

[2] En Chile, en los años 30, al cine se le llamaba biógrafo. (N. del E.) <<